

Herido

VERÓNICA VALENZUELA

volucion
net
amou



Índice de contenido

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

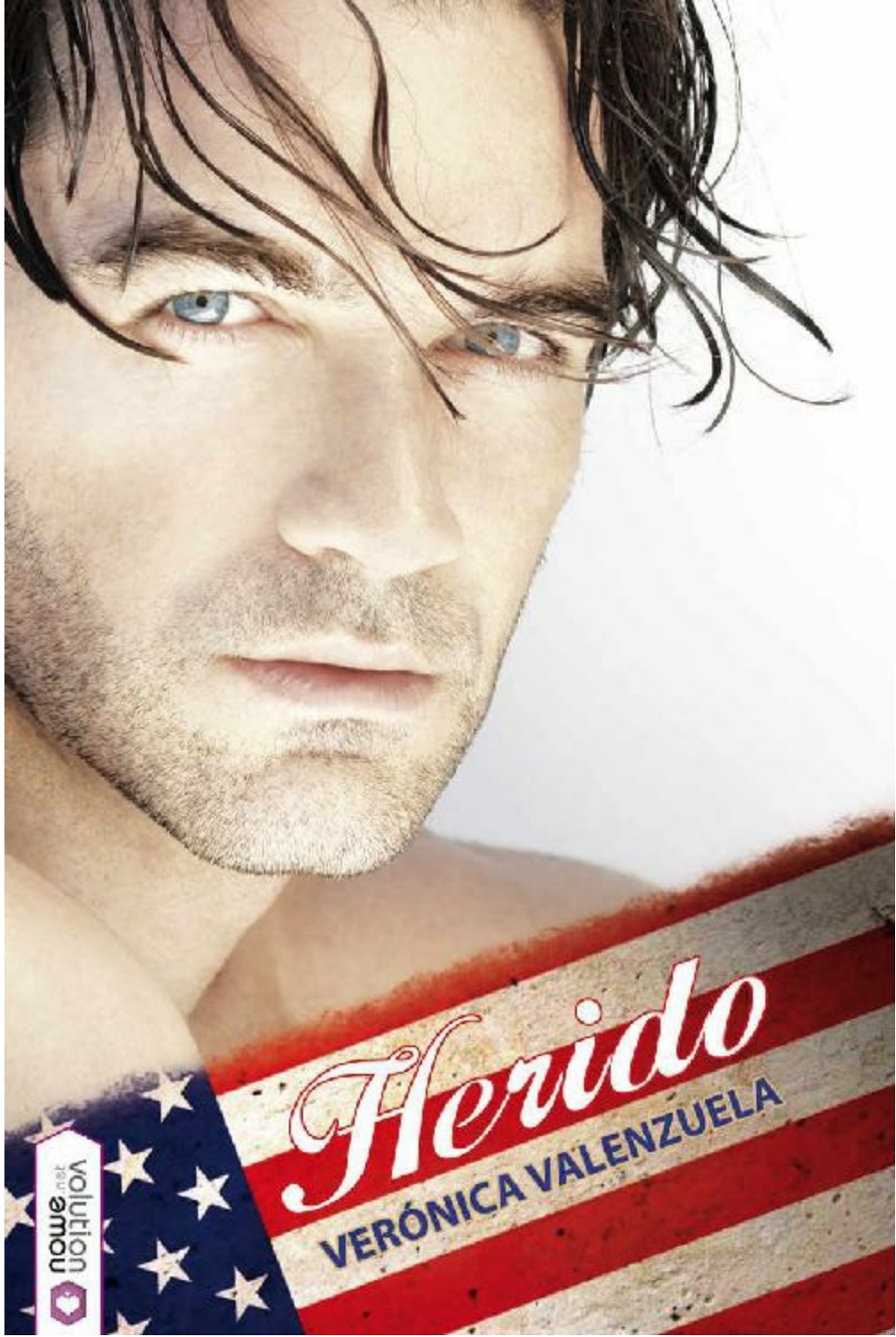
[11](#)

[12](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Más Nowe](#)



.nowevolution.
EDITORIAL

Título: **Herido**
© 2017 **Verónica Valenzuela**
© Diseño Gráfico y diseño de portada: **Nouty**
Colección: **Volution.**
Director de colección: **JJ Weber**
Editora de colección: **Mónica Berciano**
Corrección: **Sergio R. Alarte**

Primera edición digital julio 2017
Derechos exclusivos de la edición.
© nowevolution 2017

ISBN: 978-84-16936-27-4

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

www.nowevolution.net / **Web**
info@nowevolution.net / **Correo**
nowevolution.blogspot.com / **Blog**
[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / **Twitter**
[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolution) / **Facebook**
[nowevolution](https://plus.google.com/nowevolution) / **G+**

*A todas mis lectoras a lo largo de los años, porque hacerlos felices con
mis historias es la mejor forma de soñar*

«El hombre es dueño de sus silencios y esclavo de sus palabras».

Prólogo

La mansión Drake recibía a sus invitados en la fiesta del solsticio de verano que el anfitrión organizaba todos los años a finales de junio.

El Mayor John Drake, retirado de la Marina años atrás, agasajaba a sus antiguos amigos del ejército en contadas ocasiones como aquella, entre copas de Cabernet Sauvignon¹ y exquisitas viandas. Su rostro atractivo, de ojos oscuros y penetrantes que vigilaban como un ave de presa todo su entorno, reflejó la luz de la casa recortando su efigie en la oscuridad, mientras contemplaba en el jardín el comienzo de los fuegos artificiales contratados como fin de fiesta.

Michael Thomson, su compañero de armas y quien le había salvado el pellejo en más de una ocasión, se acercó con aspecto preocupado.

—John, acaban de traer un telegrama —le informó mostrándole el sobre. El Mayor lo desdobló con rapidez, leyéndolo en silencio.

Morgan Drake Mason. Teniente de marines del ejército americano. SEALS². Desaparecido en combate. Lugar: Irak. 22 de Junio de 1991.

—Al menos ese bastardo ha hecho algo honorable en su mísera vida —respondió entre dientes para que no le escucharan los invitados, mientras lanzaba sin miramientos el telegrama hecho trizas en la bandeja junto a la mesa.

Cualquier padre hubiera llorado la pérdida de su hijo; cualquier padre hubiera sentido el alma hacerse pedazos al conocer la noticia; cualquier padre se habría encerrado lejos de la gente a penar su desgracia.

Sin embargo, John Drake se alegraba en su fuero interno de no volver a contemplar el rostro de Morgan, tan parecido a su hermosa Eleanor.

Los ojos verdes de su esposa, profundos e insondables, habían sido heredados por el muchacho, así como su simpática sonrisa. Incluso el pronunciado hoyuelo de la barbilla que tan encantadora la hacía parecer. Era el constante recuerdo hecho hombre de la pérdida de la mujer que más había

amado.

Morgan representaba para John todo lo que odiaba: le consideraba un doloroso cáncer en su vida y el culpable de la prematura muerte de su esposa, sintiéndose profundamente asqueado al llamarle hijo suyo. Siempre procuró que el chico nunca olvidara hasta qué punto lo aborrecía.

En cambio Adam, el primogénito, era muy semejante a su padre. De ojos negros, cabello castaño oscuro y tez morena, había nacido con el carácter ganador de los Drake convirtiéndose en el abogado de la familia.

El Mayor respiró aliviado cuando su hijo pequeño le pidió permiso para enrolarse en la Marina con diecisiete años, solicitándole su consentimiento al ser menor de edad. Su padre se lo dio gustoso. Hacía ocho años que se había marchado de casa. Solo recibía sus visitas en breves permisos, porque había comprado su propia casa a cinco km de la mansión.

Mientras saboreaba el delicioso caviar recordó que habían pasado cuatro meses desde la última conversación telefónica en la que Morgan le contó su marcha a Irak, despidiéndose.

—Morir como un héroe es lo menos que puedes hacer para compensarme por sobrevivir a tu madre —proclamó con dureza, como un último adiós.

Finalmente, en noviembre del noventa y uno, el alto mando comunicó al señor Drake la aparición de su hijo en una cárcel al sur de Irak, liberada por el ejército norteamericano.

Morgan conocía peligrosa información confidencial sobre varias incursiones en el país para atacar puestos estratégicos del ejército de Sadam. Como primer oficial, era el único de su unidad que sabía los enclaves secretos donde se encontraban, de incógnito, varios grupos de SEAL, esperando la orden de despliegue en las bases enemigas.

Durante cinco meses le torturaron, destrozando su cuerpo y su mente, dejándole la espalda deshecha y dolores insoportables para el resto de su vida. No dijo una sola palabra. Jamás escucharon otra cosa que no fueran sus gritos en la sala de interrogatorios nombrando su número de rango.

Para Morgan era una cuestión de honor salvaguardar la misión y a sus compañeros apresados. Valiente y testarudo, convenció a sus captores de que probaran su propia resistencia. La máxima de «Un solo oficial. Una sola información», fue aceptada por sus enemigos, que le utilizarían de diana durante largas noches de horror.

El resto de la tropa sufrió palizas y una atmósfera de terror absoluto cada vez que llevaban a Morgan inconsciente ante ellos, mostrándoles de lo que

eran capaces. La idea de sufrir su misma suerte planeaba en el aire como la más oscura bruma, hasta que los iraquíes comprendieron que Morgan era suficiente distracción y que los demás no sabían nada.

Hicieron su trabajo a conciencia. Cuando los soldados americanos asaltaron la prisión, encontraron su cuerpo convertido en una masa sanguinolenta, tirado en una sucia celda y al borde del coma.

Para contentar a su padre había decidido ser un héroe. Deseaba un gesto de aprobación en sus labios cuando regresara de aquel infierno.

Habría bastado un poco de ternura ante sus heridas, un simple abrazo en la cama del Hospital *Monte Sinaí*, donde se recuperaba, para que Morgan olvidara el daño que le había hecho desde niño.

En seis meses de intenso sufrimiento, y después de que el médico los llamara para informarles del lamentable estado en el que había quedado, ni John ni su hermano Adam visitaron la habitación 430. Permaneció solo, sin apoyo ni consuelo... sin familia. Olvidado en una espiral de dolor e intensa pena.

Con el alta en la mano volvió a su casa de Venice, en Los Ángeles, dispuesto a empezar una nueva vida dejando atrás el horror de la guerra.

Otro hombre olvidaría el desapego de su familia y seguiría adelante sin ellos, pero Morgan no podía luchar contra el sentimiento de cariño que, a pesar de todo, sentía por su padre, descubriéndole más enfermo y envejecido cada vez y deseando que algún día se comportara como el padre que necesitaba desesperadamente.

El dilema de ser un hombre hecho y derecho, un soldado curtido y que rememoraba el terror sentido por aquel niño asustado como antaño ante la presencia de John, le hacía luchar continuamente consigo mismo por la debilidad que sentía hacia él. Pero no podía evitar ser un buen hijo sin dejarse llevar por el destructivo deseo de venganza, que intentaba alejar de su corazón cuando el rencor se hacía insoportable.

El mismo día de su regreso a casa, apareció en la mansión de su progenitor en Santa Mónica. Tenía la vana esperanza de comprender la razón de la tremenda soledad que quien le había dado la vida le seguía imponiendo como castigo.

Cuando John abrió la puerta, la mirada de odio y resentimiento que sentía por Morgan quebrantó la noble alma de su hijo, dejándole herido para siempre.

Aquella última mirada sentenció su futura existencia, transformándole en

un hombre amargado, triste y solitario a lo largo de los años.
Hasta que apareció la persona que pondría su mundo patas arriba.

¹ Vino tinto procedente del suroeste de Francia, con notas a pimienta verde, menta y cedro.

² Son los equipos de mar, aire y tierra de la Armada de los Estados Unidos. Son la principal fuerza de operaciones especiales.

Capítulo 1

Verano del 2007.

La sensación de asfixia es angustiada. Mi boca se pega al plástico intentando obtener una bocanada de aire. No puedo respirar... no puedo soltar las correas de mis brazos... me ahogo.

—¡Habla!

El miedo me paraliza hasta que me quitan la bolsa de la cabeza y consigo abrir los labios, recuperando el aliento. Siento algo frío entre mis muslos y no puedo dejar de temblar.

¡No, otra vez no, eso no! La muerte sería un alivio...

Mi cuerpo se convulsiona tan violentamente que las correas me cortan las muñecas. Me volveré loco...

—¡Ahhh! —Forcejeo desesperado.

Morgan se despertó con el rostro desencajado, jadeante, con las sábanas blancas enredadas en sus piernas. Empapado de sudor se sentó desnudo en la cama, obligándose a dominar el pánico que amenazaba de pesadillas las noches, tantas que ya había perdido la cuenta.

Lobo, su fiel compañero de amables ojos castaños, se subió a sus rodillas lamiéndole la cara en la oscuridad. El Alaskan Malamute³ le consolaba dejando que se aferrara al pelo blanco de su fornido cuello, como si entendiera la fragilidad de su amo en esos delicados momentos.

Encendió la lámpara de cristal rojo de la mesilla y miró a su alrededor, comprobando que seguía en casa. Sus pies tocaron desesperados la tarima de madera negra, que elevaba el colchón y el cabecero sin adornos de la cama.

Austero y sencillo como su dueño, el dormitorio constaba de grandes ventanales sin cortinas, que le permitían disfrutar la maravillosa vista de las montañas de Santa Mónica. Necesitaba luz, toda la que el sol pudiera ofrecerle para iluminar la oscuridad de su existencia.

Las paredes pintadas de verde manzana le relajaban proporcionándole

seguridad, con el hermoso cuadro de «El Beso», de Klimt, frente a su cama, que compró en la calle del centro donde se reúnen los bohemios de la zona. No había fotos en ninguna estancia, como si su habitante fuera un espíritu sin pasado.

Componían su acogedor mundo la mesilla oscura como el mobiliario, un armario de caoba con filigranas en relieve alrededor de las puertas de pomos dorados y un baúl, tallado con estampas de campesinos chinos recogiendo la cosecha de arroz.

Ese baúl protegía algunos de sus pequeños secretos, como el hombre que lo compró también guardaba en su interior los fantasmas de su infancia. Él sabía mejor que nadie que hay recuerdos que nunca se cuentan, que te atormentan, que te avergüenzan... Así que había adoptado la costumbre de callar.

El suelo de madera de cerezo que se extendía por toda la casa le produjo una agradable sensación de libertad a sus pies descalzos.

Morgan vivía como un monje, enclaustrado en su hogar que le cobijaba como a un bebé el vientre materno. Solo compraba lo necesario para su propia comodidad en la que adoraba los grandes espacios, tal vez un estigma de los tiempos en la prisión.

Deseando librarse del sudor pegajoso que se adhería a su pecho, caminó rendido hasta el cuarto de baño. Los azulejos aguamarina que revestían la habitación mostraban un atisbo de su cuerpo reflejado en su brillante superficie.

La ducha, de estilo romano, de paredes recubiertas de mosaicos azul cielo en las que las teselas describían las olas del mar, se convertía en un refugio en el que acurrucarse para huir de sus miedos, escondido tras la mampara de cristal. El dibujo era un recuerdo del mar al que hacía diecisiete años que no regresaba, el placer del que se había privado. Esa prohibición, impuesta por sí mismo, le recordaba cada mañana ante el espejo del lavabo de mármol nacarado en quién se había convertido.

Su cara alargada de pómulos perfectos, con el hoyuelo en la barbilla como su madre, ofrecía el aspecto de una obra de Miguel Ángel maravillosamente esculpida. Los ojos verde esmeralda, brillantes, poseían una luz repleta de ilusión que aún no se había apagado, de pestañas negras y largas, rizadas en las puntas, mostraban un rastro de timidez a quien le miraba. La nariz fina, aristocrática, no excesivamente larga, acababa en unos labios sensuales y rosados con dientes blancos en su grata sonrisa.

Su piel disfrutaba de un bronceado natural con el dorado tono de la canela.

El cabello negro con irisaciones azules caía largo por encima de los hombros, lacio y reluciente.

Alto hasta el metro noventa, poseía un cuerpo fuerte y esbelto de pectorales anchos y prominentes, cubiertos de suave vello oscuro hasta el pubis. Sus brazos conservaban los antiguos bíceps marcados, al igual que los músculos de sus muslos, que Morgan mantenía practicando taichí⁴ con las técnicas de artes marciales que aprendió en el ejército.

El vientre terso, firme a pesar de sus cuarenta y dos años, desembocaba en una cintura estrecha. La espalda larga y definida, atlética, terminaba en unos glúteos redondos y apretados.

Pero esa belleza de dios griego estaba empañada por decenas de llamativas cicatrices, de latigazos y quemaduras que recorrían su torso. Solo era capaz de aguantar unos segundos la visión de aquella carnicería.

Sus manos recorrían cada áspera huella con los dedos: la piel lacerada al contacto aún seguía muy sensible. En los costados, en la espalda, aparecían zonas donde le habían arrancado jirones de tejido, mostrándose de un leve color morado. Terribles costurones con la dermis arrugada se abrían paso a lo largo del pecho y el vientre hasta el monte de Venus.

Morgan había renunciado al goce del sexo desde que volvió de Irak. Allí le robaron su alma. Sentía tanta repulsión por su aspecto, que no había vuelto a acercarse a ninguna mujer. Ni siquiera se había masturbado durante años, temiendo haberse vuelto impotente ante el horror de sus recuerdos.

Los médicos de Nueva York, después de varias exploraciones antes de enviarle a casa, le advirtieron de que podría tener problemas en sus relaciones íntimas debido a los terribles traumatismos que sufrió en prisión.

En el fondo era mejor no sentir ninguna erección, ningún deseo. ¿Qué mujer querría acariciar a un monstruo desfigurado?

—Ninguna que esté cuerda —contestó irónico a sus funestos pensamientos.

Se metió en la ducha y relajó sus doloridos músculos con el agua templada resbalando sobre él. La espalda le estaba matando. Las vértebras aplastadas por los golpes le tenían enganchado a fuertes calmantes.

Si fuera fin de semana y no tuviera que ir a trabajar en unas horas, dejaría que el dolor se extinguiera entre sorbos de la botella de *whisky* que le acompañaba cuando el sufrimiento físico se hacía insoportable.

Pero David le esperaba en la empresa de muebles de artesanía que fundaron juntos en el 93.

El bueno de David Butler, siempre velando por él...

Se conocían desde los diez años, cuando iban al mismo colegio de Venice, y conectaron enseguida haciéndose inseparables. David era un chico alegre y ruidoso, con el flequillo rubio oscuro alborotado, dispuesto a echar una mano a cualquiera que necesitara su ayuda. Sus ojos castaños reconocieron instintivamente los males de Morgan desde que le vio por primera vez sentado en un rincón del patio, aislado del resto de la chiquillería, y se acercó a charlar con él.

David era su tabla de salvación, la que le mantenía cuerdo ante el maltrato de su padre. La única persona que conocía el infierno que Morgan vivía en su hogar, las palizas que recibía casi a diario.

Tuvo que luchar contra su propia ética para no romper el juramento de guardar silencio que su compañero le obligó a hacer y no correr a contárselo a sus padres.

Nadie en el colegio conoció jamás el mapa de los moratones que ocultaba bajo la ropa, ni las humillaciones que John le hacía padecer. Un pacto de silencio como un funesto código de vida que mantuvo hasta en la prisión de Irak.

Morgan le arrastró a alistarse con él, dispuestos a encontrar juntos países exóticos y buenas dosis de riesgo extremo.

David sabía que su amigo se dejaría matar antes que ponerle en peligro. Como su teniente que era, le debía obediencia, algo que cumplía de buena gana porque le quería como a un hermano. Ese hermano que constantemente cubría su espalda ante el fuego enemigo, pero que no pudo evitar que cayera prisionero junto al resto de su unidad en Bagdad.

Morgan intuía que el miedo de los soldados era ínfimo comparado con el que sentía David al verle torturado y escuchar sus gritos.

Se afeitó envuelto en su albornoz negro. Eran las cinco de la mañana, así que sacó del armario una camiseta gris de manga corta y unos pantalones blancos de lino, y se fue a la cocina.

De paredes blancas, con muebles de melanina lacados en color melocotón y electrodomésticos de última generación, era moderna y desenfadada para un soltero. La piedra de mármol blanco donde cortaba las verduras en el centro de la estancia, unida a un soporte en la base, tenía frascos de barro alineados que contenían especias de fragante olor. El ambiente estaba impregnado de menta y vainilla. Aunque no le gustaba malgastar el dinero, se había permitido el capricho de un horno pirolítico donde cocinaba deliciosas tartas,

que David devoraba en la oficina.

Mirando por la ventana, de madera blanca y doble hoja, que se abría a la parte trasera del bulevar de la playa de los Músculos, notó el hocico húmedo de Lobo.

—¿Tienes hambre, chico?—preguntó besándole en la cabeza cuando el animal le puso las patas en el pecho.

Sirviéndole una buena ración de pienso fresco y agua limpia en el comedero, encendió la cafetera italiana para su primera ración de café. El amargo líquido se estaba convirtiendo en un vicio, tomaba más de cinco al día ante las recriminaciones de David, que le instaba a cuidarse.

Cogió una manzana de la nevera y se fue al salón para abrir las persianas metálicas de seguridad. De estilo hindú, una enorme alfombra persa de color vino tinto se esparcía en el suelo de madera. Bordado en el centro había un harén de odaliscas, danzando vestidas con saris dorados, que estaban casi tapadas por los juguetes de goma que el perro dejaba sobre ella y por cuatro anchos cojines de terciopelo morado desparramados, que Morgan usaba para echarse a jugar con su amigo.

Las paredes color crema tenían el roce de las patas de Lobo en los bajos, ya que los solía rascar para coger su conejo de plástico.

El sofá de cuero marrón de tres plazas se había convertido en el lugar de las siestas de su peludo vecino, frente al televisor de pantalla plana y el DVD que reposaban en un armario de madera de nogal con puertas de cristal para protegerlos. Un par de lámparas de pie con plafones plateados, a cada lado del sofá, iluminaban las noches tranquilas.

La mesa de teca de superficie lisa, elegante y con cuatro sillas a juego, estaba dispuesta frente a los dos ventanales que llegaban a media altura en la pared y desde los que Morgan adoraba contemplar la luna reflejada sobre el mar en la distancia. Subiendo las persianas los abrió, dejando que el olor del salitre inundara todo el lugar.

Entró en su santuario, el estudio que había dispuesto en la habitación contigua a su dormitorio. Una librería de caoba recorría todas las paredes hasta el suelo, repleta de libros apilados en hileras dobles, con dos sillones de cuero para leer en una esquina. Aros de luces halógenas colocados por todo el techo de escayola blanca le daban un toque de luz cálida.

Morgan coleccionaba libros de arte, tratados y novelas de historia, vampiros, brujería y cualquier lectura interesante que llegara a sus manos.

Al otro lado de la habitación había una mesa de cristal con un sillón negro

de oficina. Encima se encontraba el portátil rodeado de una desordenada cantidad de papeles, bolígrafos y lápices. En ocasiones el amanecer sorprendía a Morgan agotado, después de las interminables noches de insomnio que dedicaba a trabajar.

Terminando la manzana, se sentó a comprobar los bocetos que ya había elegido para la temporada 2008, que se vendería en tiendas de antigüedades de toda América. Ese era su negocio: él diseñaba los muebles y se encargaba de comprar los mejores materiales. David, con su inconfundible encanto para los negocios, captaba los clientes, ocupándose de que los envíos a las tiendas se hicieran en los plazos correctos.

Desplegó sobre la mesa una variada sucesión de dibujos hechos a mano y en formato digital: preciosos baúles de teca tallados en el frontal y los lados con intrincadas cenefas doradas de estilo árabe; mesas de haya y roble con las patas labradas en hojas enroscándose en ellas, con las superficies lisas para pintar encima imágenes de cuadros famosos; sillas de estilo élfico, con duendes sentados en las esquinas superiores del respaldo, moldeadas con flores en relieve que les servían de lecho.

Escondido entre los papeles apareció su joya más preciada: una cama de palisandro con dos cisnes grabados en el frontal, unidos en los picos con un beso. Representaban el símbolo de la fidelidad conyugal. Desde el extremo inferior hacia arriba se extendía el cuerpo de cada animal con las largas plumas, labradas una a una, y las cabezas alzadas formando un corazón. Parecía que si los tocaba cobrarían vida por arte de magia y navegarían juntos para siempre.

Morgan nunca le había enseñado a David el dibujo. Dolía demasiado.

Antes de marchar a Irak, había creado aquella maravilla pensando en regalarle ese mueble a la mujer que un día fuera su esposa. Entregarle sus sueños, su cuerpo y su alma. Hacerle el amor sobre ella entre sábanas de seda, arrancando el deseo de sus labios con dulces gemidos.

Deseo... Amor... Solo eran palabras. Ya no significaban nada.

En el presente, Morgan simplemente subsistía en una vida vacía de sentimientos que no fueran aborrecerse a sí mismo. No cultivaba la amistad de nadie aparte de David y su novia Laura. Si su amigo conseguía convencerle para ir a tomar una copa, desechaba la idea con cualquier excusa y al final acababan en su casa.

Eternamente escondido de los demás, atrapado en su propio infierno del que era incapaz de salir; avergonzado de lo que ni siquiera había contado a su

compañero.

El teléfono colgado en la pared, junto al televisor, sonó estridente en la quietud del amanecer.

—¿Dígame? —respondió sobresaltado.

—Sabía que estarías despierto —replicó David bostezando al otro lado.

—Lo raro sería que aún roncara; las malditas pesadillas se suceden todas las noches. —Su tono cansado alarmó a su socio.

—Morgan, ¿por qué no vas a un psicólogo? Si no descansas bien, los dolores de la espalda se hacen insoportables, ya lo sabes. Y el hábito de encerrarte en casa te hará caer en una depresión.

—No me gusta salir, David —cortó a propósito para eludir el tema.

—Ni relacionarte con el resto de la humanidad. Espero que cuando lleve a Sara le muestres tu cara más amable.

—¡Mierda! —exclamó, admitiendo su despiste.

—¿No habrás olvidado que va a trabajar con nosotros, ermitaño? Hoy tengo que recogerla en el aeropuerto a las ocho.

—David, no necesito ayuda con el diseño —contestó incómodo, sabiendo que perdería su reducto de paz en el trabajo.

—Estás agotado con la colección. Sara estudió Bellas Artes. Ella quiere cambiar de aires y tú deberías empezar a ser más sociable.

—¿No podrías convencerla de que regresara a España?

—Si tienes suficiente valor, intenta hacerlo tú. —La risa contagiosa de David rememoró los ataques de cólera de su hermana pequeña.

—Estoy atrapado en vuestras redes, ¿verdad?

—Si prefieres verlo de esa manera tan drástica...

—Hasta luego, entonces—respondió gruñendo.

—Hasta la tarde. Descansa un poco.

—Lo haré —refunfuñó como despedida. «¡Y un cuerno!», pensó cabreado cuando colgó el teléfono.

Sara iba a venir. Aún no se había hecho a la idea y quedaban menos de tres horas para verla. Morgan temía encontrarse con su antigua amiga de juventud y que descubriera al hombre esquivo en que se había convertido.

Ella era una chica intrépida, de fuerte carácter, que supo lo que quería con apenas diez años: deseaba pintar más que nada en el mundo.

Cuando su hermano y Morgan se reunían en la casa de sus padres en Santa Mónica, al regresar de permiso, la pequeña Sara se entusiasmaba teniéndole como invitado por unos días, en los que él le enseñaba técnicas de dibujo y le

contaba la vida de sus pintores favoritos.

La terraza repleta de hortensias de Megan Butler se llenaba de ruidosas bromas juveniles hasta altas horas de la noche. Paul, su padre, tenía que obligarla a irse a la cama ante las protestas de la chica.

Morgan apreciaba a Sara como si fuera su propia hermana y ella le adoraba. Incluso su intuición femenina notaba sin necesidad de palabras cuánto sufría al relatar alguna discusión con su padre, ocultando los detalles más escabrosos. La chiquilla cogía su mano entre las suyas dándole apoyo y consuelo, aunque nunca supo el verdadero maltrato del que era objeto.

La última vez que la vio tenía 15 años y él salía rumbo a Irak. Cuando Morgan regresó recuperado, Sara se había marchado a estudiar a España tras la muerte de sus padres en un accidente de coche, cuatro meses después de decirle adiós con lágrimas en los ojos.

Parecía que intuía el largo tiempo que pasarían sin volver a verse.

El vuelo de Iberia 787 procedente de Madrid seguía su rumbo sin contratiempos. Los ojos azules de Sara, envueltos en sus gafas de montura metálica roja, contemplaban el cielo a través de su ventanilla. De rasgos suaves y una cara alargada de mejillas rubicundas, con una nariz pequeña y un poco respingona en la punta, la boca de labios llenos y una cautivadora hendidura en la barbilla, había abandonado a sus treinta y dos años a la adolescente que Morgan conocía.

Morgan... Su amado Morgan...

Nunca se dio cuenta de que las miradas de admiración que ella le dirigía no eran a sus dibujos, sino a él. El tiempo que robaba a sus estudios y a sus amigas para dedicárselo a su secreto y añorado Morgan, se lo reservaba con auténtica ilusión, la misma con que esperaba impaciente cuando se enteraba de que volvía a casa tras una misión.

Megan lo sabía, pues conocía a su hija como la palma de su mano y adoraba al joven que tanto velaba por David.

El día que partió a Irak, estuvo a punto de besar a su ídolo en los labios y decirle todo lo que su corazón sentía. Pero la muchacha sabía que el soldado la consideraba poco más que su familia, no la mujer que ella ansiaba ser ante sus ojos.

Rozando apenas su mejilla le dijo adiós, sabiendo que el tiempo estaba de su parte y solo debía esperar. Los brazos de su madre la rodeaban por la espalda con afecto, susurrándole al oído:

—Él es un hombre y tú solo una niña. Madura primero para poder conquistarle, cariño mío. —Megan creía que el paso de los años le haría olvidar ese capricho de juventud.

Cuando fallecieron, un par de meses después del regreso de David, Sara decidió abandonar su país y estudiar en Madrid Bellas Artes gracias a la beca que logró, convirtiéndose en una consumada artista.

Jamás volvió a Los Ángeles. David siempre la visitaba en su piso de Lavapiés, pasando con ella algunas semanas de vacaciones si el trabajo lo permitía.

En diecisiete años no dejó de pensar en Morgan. Lo que empezó como el enamoramiento de una chiquilla se transformó en el anhelo secreto de una mujer. Una mujer que nunca olvidaría aquella cuenta pendiente de su pasado, aunque hubiera conocido a otros hombres.

Su hermano le contaba que Morgan estaba bien y seguía con su vida de siempre. David nunca supo mentir y ella lo sabía.

A primeros de marzo del 2007 no tuvo más remedio que confesarle el estado en que se encontraba, en una de sus llamadas telefónicas:

—Sara, sé que amabas a Morgan hace años. No te he contado nada sobre él para no hacerte sufrir, creía que con tu vida hecha en España tenías suficiente en qué pensar. Pero está mal, cada vez peor —comentó decaído.

—¿Qué le ocurre? —El corazón se le paró de emoción ante los recuerdos adolescentes que revolotearon en su cabeza al oír aquel nombre.

—Quedó hecho polvo después de Irak. Su cuerpo está desfigurado, sufre dolores terribles en la espalda y está cayendo en una depresión. Tienes que ayudarme, tienes que venir.

—¿Por qué iba a necesitarme? Hace casi 20 años que no tenemos contacto —replicó con sentido común.

—Solo tú eras capaz de ver dentro de su alma y tal vez puedas encontrar la causa de su desdicha. Morgan oculta muchos secretos, algunos incluso a mí.

—¿Y crees que yo los desvelaré? Ahora somos dos extraños.

—Pero siempre confié en ti. ¿No sientes algún rastro de cariño por él?

—Ya no tengo quince años, David. No voy a babear como una tonta solo con verle.

—¡Por supuesto que no esperaba eso! Te encantan los retos y desvelar misterios. Atrévete con el desafío que supone el enigmático Morgan —respondió provocándola.

—¿Tan horriblemente desfigurado está? —preguntó, muerta de curiosidad

y tocada en su amor propio.

—Su cuerpo está cubierto de grotescas cicatrices. Yo solo le vi una vez. Es muy orgulloso y no quiere que nadie le tenga lástima, fue una casualidad que me permitiera hacerlo. Dime, ¿trabajarás con nosotros este verano, por favor? —preguntó, incitándola a aceptar.

—Trato hecho, lo haré como un favor hacia ti y disfrutaré de la vuelta a casa unos meses. Unas cuantas cicatrices no me van a asustar. Déjame arreglar mis asuntos aquí y a primeros de junio estaré con vosotros.

—Gracias. Eres muy valiente, hermanita —la halagó.

—O muy loca por dejarme liar en tus jueguecitos —respondió riendo.

Sara volvió a la realidad. En pocos minutos tomarían tierra y vería al hombre que una vez la hizo soñar.

³ Es un perro originario de la zona Ártica, siendo una de las razas más antiguas de los perros de trineo.

⁴ Es un arte marcial en la lucha cuerpo a cuerpo que proviene de China. Se considera una práctica físico- espiritual para mejorar la calidad de vida.

Capítulo 2

David tenía razón, estaba cayendo por momentos en una amarga depresión y Morgan conocía el motivo perfectamente: una parte de él murió en Irak con el secreto que ocultaba, y los restos de su alma perecían lentamente ante la fría dureza de su padre al conocer lo que ocultaba.

No recordaba ninguna actitud cariñosa de su progenitor en los cuarenta y dos años que tenía. Ningún roce afectuoso en señal de orgullo paterno; ni besos ni abrazos que pudieran animarle.

John solo reservaba aquellas muestras de amor para Adam. Su hermano era el ojo derecho del Mayor, su único desvelo. Morgan simplemente no existía salvo para convertirse en el origen de sus encarnizados ataques.

Adam había sabido aprovechar su ventaja desde que observó el desprecio de su padre hacia su hermano pequeño. Él, que siempre temió durante el embarazo de su madre quedar relegado a un segundo plano, utilizó la debilidad de Morgan para obtener el favor de John.

Jamás hubo un hermano tan despiadado como el muchacho de ojos negros que solía culparle de todas las trastadas que hacía. Los castigos, que sabía que caerían sobre su hermano, le volvían más ruin y sanguinario con el paso de los años.

Odiaba a Morgan porque Eleanor murió al darle a luz, tras horas de intensa agonía, por una hemorragia que el médico no pudo cortar.

Para un niño de apenas cinco años, contemplar la lucha de su madre para sobrevivir a la intensa fiebre y el dolor de saber que poco a poco se le escapaba la vida fue algo insoportable.

Desoyendo al doctor, no se separó de la cama de la moribunda, sino que mantuvo la cabecita pegada al rostro de ella. Pidiéndole que no se fuera, que no le dejara solo... Pero la muerte se cobró a su víctima, que exhalaría su último aliento con lágrimas en los ojos y el nombre de su pequeño Adam en los labios.

Marcado para siempre con ese amargo recuerdo, juró a todos los dioses que conocía maldecir con cada fibra de su ser al bebé que le había arrancado el

amor de su madre. Desde aquel momento no le dio tregua ni descanso.

Desde niño le trató con la mayor crueldad, mediante sucias jugarretas que acababan con Morgan sangrando bajo unos golpes que luego eran remplazados por las duras bofetadas de su padre.

Pero el hermano menor conocía las secretas intenciones del primogénito. Le había confesado siendo adolescente, en una de sus discusiones aprovechando que John estaba de viaje, que nunca había querido al viejo. Deseaba que muriera cuanto antes y quedarse el dinero de la familia, presumiendo de sus intenciones para provocar la furia de su hermano a quien el anciano sí le importaba, a pesar de todo. Adam rozaba imperceptiblemente el límite del complejo de Edipo, tal era la adoración que sentía por su madre.

Con los años, aprovechando la ausencia de Morgan durante una de las misiones del ejército, convenció al padre de cambiar su testamento.

Eleanor era la única descendiente de un rico empresario vinícola de Texas, quien le había obsequiado con una magnífica dote de varios millones de dólares al casarse con John. Su fortuna, unida a la de su marido que ganaba mucho dinero en el alto mando militar, pasaría a sus hijos cuando falleciera.

Por expreso deseo de éste, Adam se adueñaría de todos los privilegios como había ocurrido desde que nació, excluyendo a su hermano. Morgan sabía que la artimaña no era legal y que podía recurrirla mediante abogados para ejercer sus derechos, pero John le había apartado sin miramientos y en el fondo el dinero no le importaba lo más mínimo.

No necesitaba ni la fortuna ni su buen nombre. Escuchar en boca de su padre un sincero “Te quiero, hijo” era el único sueño que añoraba. Cuando afirmó ante John que no envidiaba la herencia que dejaría a su hermano, sino un gesto de cariño, este tronó colérico: «Moriré sin pronunciar las palabras que tanto anhelas».

John le aborrecía aún más que su hermano, con una animadversión tremendamente enfermiza. Veía en Morgan la razón de no disfrutar de Eleanor entre sus brazos nunca más. Sus besos, su maravilloso amor. Le odiaba con cada célula de su cuerpo, hasta el punto de sentir ganas de arrancarse las venas por llevar su misma sangre.

Ella era la mujer que le había arrebatado el corazón hacía más de cincuenta años, con la que esperaba envejecer feliz. Le pidió ilusionada concebir un segundo hijo, sabiendo que con Adam hubo algunas complicaciones en el parto, y John se lo concedió, temeroso de que sufriera algún daño.

Al final ese pequeño malnacido la había arrancado de su lado dejándole

muerto en vida, quedando a merced de la cólera que le hacía arder la sangre y le cegaba al golpearle con saña, deseando que pagara por cada minuto de soledad que sentía.

Después de alistarse apenas tuvieron contacto. Intercambiaban algunas palabras, siempre de desprecio por parte de Adam, cuando llamaba para saber cómo estaba su padre, quien nunca se molestaba en hablar con él.

Morgan había telefonado a finales de mayo, cuando su hermano le contó a regañadientes que John sufría un ataque de neumonía. Una hora después apareció en la casa, alarmado.

Al penetrar en la lujosa mansión, cuando la señora Taylor, la enfermera contratada por su padre, le franqueó la entrada, le asaltaron duros recuerdos de su infancia: la tarde en que Adam con diez años entró en el despacho de su padre y cogió su estilográfica de plata favorita, la que tenía grabada la fecha de su nombramiento de Mayor, escondiéndola en la bolsa del colegio de Morgan.

Los ojos del padre la descubrieron sobresaliendo del bolsillo lateral de la mochila gris en el cuarto del pequeño, donde estaba buscándola, mientras su hijo predilecto le aseguraba que se la había robado. La rabia del Mayor se convirtió en una cólera incontrolable, que se desahogó en brutales latigazos con la correa de su pantalón sobre el indefenso cuerpecito del chiquillo.

Las brumas que evocaban su primera paliza se despejaron, llevando a Morgan de nuevo al presente.

El salón de estilo inglés donde recibían las visitas, a un lado de la escalera de mármol, había sido muchas veces testigo de los golpes. Estaba decorado con dos sofás biplaza, de tela beige y cortinas doradas recogidas con un borlón a cada lado; las paredes, del mismo bordado que el sofá, envolvían la estancia donde reposaba una mesa de té con tapa de cristal y cuatro patas doradas en forma de garra. Varias lámparas de pie, de cristal esmerilado en forma de hoja en cada esquina del salón, iluminaban la estancia en las horas nocturnas.

La chimenea de mármol blanco en el frontal, con un espejo de bordes dorados como la mesa, reflejó las bellas facciones de Morgan al entrar.

Acercándose a la enorme ventana de color castaño divisó el frondoso jardín de rosas que Ambrose Taylor, el jardinero de su padre, cuidaba con esmero. Su intenso aroma recorría toda la casa.

El suelo de toda la mansión tenía baldosas de mármol negro y blanco, como

un tablero de ajedrez. Subió hasta el primer piso por la escalera, con su mano apoyada en la costosa barra de madera de nogal, respirando agitado. El color lavanda de las paredes no lograba sosegarle.

El dormitorio del fondo era su antigua habitación. Donde tanto había sufrido. Donde más había llorado.

Ahora tenía la puerta cerrada, pero Morgan recordaba perfectamente cómo era: una estrecha cama de metal plateado, que se oxidó con la humedad que se colaba por la desvencijada ventana de pino. Una mesilla vieja con tres cajones, del mismo material que la ventana, y una silla de estudio negra con el cuero desgarrado en varios sitios. Un armario con la madera de las puertas desgastada y las polillas contra las que tenía que luchar para que no acabaran con la poca ropa que tenía, eran su máxima comodidad.

Nunca tuvo cortinas, mínima calefacción y solo un par de viejas mantas. Él mismo pintaba el cuarto de color blanco intentando iluminar aquella sordidez.

La áspera voz de John le sobresaltó al acercarse a la puerta de su dormitorio, color vainilla, donde resaltaba la enorme cama de nogal.

Los visillos blancos con bordados de hojas estaban recogidos a un lado de la ventana de madera, dejando que la brisa de las flores bajo ella limpiara la habitación del olor a mentol de los medicamentos que se acumulaban en la mesilla. De la pared cercana a la ventana colgaba un cuadro con el mapa del Mundo Antiguo creado por Américo Vespucio⁵, que siempre fue admirado por Morgan.

Los ojos de halcón le contemplaban desde la cama. El anciano seguía siendo un hombre autoritario a pesar de acercarse a los setenta y seis años, con la afilada nariz y los labios apretados en un gesto seco. Más delgado por la falta de apetito, conseguía reponerse de la asfixia y la fiebre alta que le habían acosado. La nieve de su pelo cortado al uno, al estilo militar y sin rasgo de calvicie, suavizaba un poco su fuerte mentón.

—¿Qué demonios haces aquí? —le recriminó con gesto ofendido.

—Quería saber cómo te encontrabas, padre —Morgan contestó con ganas de abrazarle y un rastro de pena en los ojos, al ver que ya no era joven.

A pesar de la distancia que procuraba mantener entre ambos, puesto que nunca deseaba tenerle cerca, no podía evitar un estremecimiento si se encontraba a solas con él.

Había aprendido a temerle desde que tenía uso de razón. Aunque ahora era un hombre adulto y ya no osaba ponerle una mano encima, durante años se moría de miedo con solo escuchar su aterradora voz, y no olvidaba las

sensaciones de antaño.

Morgan sabía que no era sano para él ese íntimo anhelo de cariño hacia su padre. Era un sentimiento que rozaba a veces el masoquismo y otras una horrible desesperación por ser aceptado y querido. Esa dependencia vital le asqueaba como en ese mismo momento, pero no podía... y tal vez no quería librarse de ella.

—Estoy perfectamente sin ti. Mi hijo Adam me cuida estupendamente. — Le fulminó con la mirada, recalcando sus palabras para herirle. Disfrutaba sabiendo el daño que le producía evitando llamarle hijo. Jamás se dirigía a Morgan con un trato afable que no le colmara de insultos.

Un ataque de tos hizo que este se acercara, ofreciéndole el vaso de agua que había en la mesilla. El botón de su camisa se desabrochó con el movimiento de su cuerpo al incorporar al anciano, dejando al descubierto una parte del pecho.

—¡Cúbrete esa piel asquerosa! No te atrevas a tocarme. Eres repugnante — respondió, dándole un manotazo al ver las cicatrices.

—No volveré a molestarte. Ya veo que te encuentras mejor —respondió serio, ocultando el dolor que le producía su rechazo y las lágrimas que empezaban a quemar sus ojos.

Salió de la habitación disimulando el nudo que le oprimía la garganta. En el recibidor se tropezó con su hermano.

—¿Se divierte contigo? Tienes una habilidad especial para sacar su mal humor —preguntó, con el triunfo brillando en su negra mirada.

—Más vale que cuides bien de él —le amenazó empujándole al salir.

Después del funesto encuentro, trataba de olvidar aquellas palabras que se habían clavado en su corazón a fuego, emborrachándose por las noches con el *whisky* que guardaba en el armario de su dormitorio.

David se cabrearía si sabía que había vuelto a dejarse pisotear por John. Su amigo era el que siempre recomponía su corazón destrozado con palabras de aliento y de consuelo.

Ignorando los malos recuerdos, salió a trabajar para continuar el ritmo de la semana.

El aeropuerto de Los Ángeles, el LAX como solía llamarle la gente de la ciudad, se encontraba situado a 24 kilómetros al suroeste. David había recibido la llamada del móvil de Sara diciéndole dónde la encontraría si se retrasaba.

Sentada en la cafetería *Travel Right* de la sala de embarques de la Terminal 4, atisbó la silueta de su hermana pequeña devorando un donut de chocolate.

Se sorprendió al ver su cabello rubio oscuro rapado, muy corto, que contrastaba con el vestido negro de tirantes, de corte gótico, que resaltaba sus curvas de mujer. Las sandalias negras de tacón, a juego con el vestido, hacían mucho más esbeltas sus piernas, y el maquillaje que cubría su rostro conformado por una fina línea de kohl en los ojos azules con irisaciones verdes, como los de su madre, y aquellos labios perfilados de morado, habían hecho desaparecer la dulce niña que recordaba.

Su hermano la abrazó muy fuerte al levantarse, estrechando contra él su escaso metro cincuenta.

Ambos hermanos se parecían mucho: tenían el mismo color de pelo y el tono rosado de la piel. Sin embargo, los ojos de David eran castaño claro, grandes y rasgados como los de su padre, con el óvalo del rostro alargado, una nariz un poco prominente heredada de su abuelo paterno y una boca sensual con el labio inferior más grueso, tan parecida a la de Sara que había sido el codiciado manjar de muchas chicas en el instituto.

De modales elegantes, con un cuerpo esbelto y atractivo de metro ochenta, era un hombre optimista y alegre por naturaleza y el mayor tesoro que su hermana poseía.

Desde que la descubrió en su cuna, al volver del colegio cuando su madre regresó del hospital, se había convertido en su protector, venerándola.

Con solo siete años ayudaba a cambiarla y alimentarla. En el colegio, ningún niño osó jamás burlarse de ella porque eso significaba enfrentarse a la furia de su hermano. Siempre juntos a pesar de miles de kilómetros de distancia.

Señalando las maletas al lado de su silla, Sara bromeó.

—¿Vas a ayudarme con esto o me meto dentro de vuelta? —concluyó con un guiño.

En un autobús Lax sin asientos que conectaba las terminales con los aparcamientos, salieron de la nueve hasta el *parking* B. A pocos metros se encontraba el Mercedes negro de David. Tomando la autopista 42 se encaminaron a la 405, que llegaba a Los Ángeles.

—Es maravilloso tenerte de vuelta. —Suspiró, acariciando el corto cabello de su hermana.

—Es una pena que vendiéramos nuestra casa cuando papá y mamá

murieron. Me habría gustado dormir en mi antigua habitación.

—Si nuestro plan funciona, dormirás junto al hombre de tus sueños —le comentó con intención de provocarla.

—No hables en presente, hermanito, que ya no soy una inocente quinceañera. Además, no te hizo mucha gracia cuando te enteraste hace tiempo, David.

—¡Me quedé de piedra! Pensar que mi mejor amigo te hacía babear con cara de lela. —La chica le pellizcó en el brazo por meterse con ella.

—¡Te pusiste hecho una furia! Ni siquiera papá reaccionó así cuando mamá se lo contó.

—Eras una cría y él un tío curtido en la guerra —respondió serio.

—Estabas celoso de que ya no fueras mi ojito derecho —sentenció ella aguantando la risa.

—¡Claro que sí! De la noche a la mañana no se te caía Morgan de la boca —se quejó con cara de niño travieso.

Los dos rompieron en carcajadas mientras David intentaba mantener la concentración al volante.

—Cuando le vea sé que despertará recuerdos hermosos de la época más bonita de mi vida —le aseguró risueña.

—Ojalá le saquemos del pozo en el que se está hundiendo. Pero contén tu temperamento, Sara. Se siente incómodo por que trabajes con nosotros, no le gusta que nadie se meta en su terreno creativo.

—Pues se va a morir al enterarse de que tiene que alojarme en su casa —anunció con picardía, mirándole de reojo.

Morgan se había reunido con los proveedores de madera hasta las diez, en una ardua negociación para conseguir que los precios de sus obras no llegaran a límites desorbitados cuando se pusieran a la venta.

Tras la larga discusión necesitaba relajarse en su despacho. Más grande que el de David, contaba con una sencilla mesa de roble, un sillón abatible de cuero marrón a juego tras ella y un ordenador de sobre mesa plateado encima.

El ventanal de aluminio con las persianas blancas subidas en el segundo piso daba a la avenida Ocean, donde se encontraba Drake & Butler Artesanos, reflejando la vida bohemia del bulevar Venice con las tiendas de ropa repletas de gente y los artistas callejeros.

Empujando la mesa para que no tropezaran sus largas piernas, colocó en el ordenador el CD de Vanesa Mae⁶ que le apasionaba y cerró los ojos,

dejándose llevar por la intensidad del violín eléctrico.

Sus rasgos se suavizaron al ritmo de la música, sus piernas se estiraron a lo largo del sillón mientras el pecho bajaba y subía, lentamente, en un tranquilo sueño.

David y Sara acababan de llegar, dejando los bártulos guardados en el armario de la entrada.

—No se te ocurra irrumpir en su despacho. Cuando pone esa música suele quedarse dormido unos minutos, es el único momento de reposo que disfruta —le advirtió David.

—Nunca me prohíbas algo, porque sabes que lo haré. No voy a despertarle, solo quiero echarle una ojeada en secreto. —Sin hacer el más mínimo ruido, abrió la puerta y entró.

Sara contuvo la respiración ante la vista del hombre. Era tan hermoso que se quedó absorta unos segundos en la visión. Se arrodilló con mucho cuidado al lado del sillón para contemplarle de cerca.

Su corazón latió frenético, conteniendo el ansia de apretarle contra ella y cubrirle el rostro de besos. No podía negar, allí delante, ese pequeño secreto que aún guardaba en el rincón más escondido de su alma: la cuenta pendiente que tenía con Morgan desde hacía casi veinte años y que nunca admitiría delante de nadie, disfrazándolo de indiferencia.

El pelo largo le confería unos rasgos más marcados y varoniles de lo que recordaba.

«No me ha servido de nada alejarme de ti, Morgan», pensó emocionada, sintiendo que sus ojos comenzaban a empañarse con los recuerdos de chiquilla.

—Han pasado muchos años, ya es hora de que eso cambie —susurró, levantándose y dándose la vuelta para salir de la habitación sin despertarle.

Una voz profunda, que deslizó un escalofrío en su vientre, resonó a su espalda:

—¿Sigues con tu costumbre de pensar en voz alta? —la interrogó.

—Tu oído de soldado no se resiente con la edad —respondió dándose la vuelta.

Aquella voz que le hacía vibrar el alma, como si pudiera envolver cada una de sus células en una corriente de deseo y anhelo que la ahogaba, hacía que se sintiera febril por el ardor que despertaba en su sexo, en su alma y en su mente, imaginando las perversas caricias que las manos de ese hombre podrían darle, a riesgo de perder su dignidad y hasta la razón si se

descuidaba. Porque antes moriría que confesarle todo.

—¿Me estás llamando viejo? Tú sigues siendo tan diminuta como recordaba —se burló de ella, sacándole la lengua.

—¿Ya empiezas a meterte con mi tamaño? —Morgan se divertía a su costa, buscándole las cosquillas como en el pasado.

—Me disculpo, señorita —resolvió su anfitrión, arrodillándose.

Ella se acercó para abrazarle. Morgan se quedó paralizado, pues no soportaba que nadie le tocara. Se apartó inesperadamente antes de que llegara a rozarle, provocando un brusco crujido de su espalda. Un dolor agonizante le recorrió la columna, doblándole sobre las rodillas.

La muchacha se aproximó asustada, escuchando la respiración entrecortada del hombre.

—No te acerques... busca a David, él sabe qué hacer —le pidió entre jadeos, con el rostro desencajado.

El rechazo de su ayuda le provocó una angustiada sensación de tristeza que no pudo explicar. Salió al pasillo y llamó a David desde allí, temblorosa.

Su hermano entró corriendo. Sacó del cajón principal de la mesa una caja metálica, que contenía una ampolla del antiinflamatorio que combinaba una pequeña dosis de morfina en su interior. Después llenó una jeringa desechable.

Morgan estaba lívido sobre la alfombra, con los dientes apretados, intentando aguantar el grito de dolor que pugnaba por salir de su garganta.

Su amigo le bajó el pantalón, pinchándolo con rapidez. Estaba tan acostumbrado a sus ataques, que había aprendido a ponerle la inyección cuando la agonía le hacía llegar al borde del desmayo.

Levantó a Morgan con cuidado por debajo de los brazos y le agarró por la cintura, llevándole fuera de la habitación hasta el taller de dibujo donde se encontraba un cómodo sofá rojo de dos plazas. Le depositó con mucho cuidado para que descansara y el fuerte calmante le hiciera efecto, adormeciéndole. Llegó al lado de su hermana, que seguía inmóvil en la puerta del despacho, y la hizo entrar cerrando la puerta.

—¿Te has asustado? No te inquietes, esto le ocurre muy a menudo.

—Yo he tenido la culpa. No esperaba esa reacción tan brusca. Se apartó demasiado rápido, como si mis manos le quemaran —explicó turbada, aún temblando.

—¿Recuerdas que te conté que solo le he visto el cuerpo una vez? Me dejó hacerlo una noche de invierno en que el dolor le provocó un desmayo en la

ducha y no conseguía levantarse. Se arrastró hasta el teléfono y me llamó porque no tuvo más remedio que hacerlo. Morgan aborrece sentirse un inválido y que los demás lo descubran. Sé paciente, cariño, es muy duro para él.

—No pretendía una bienvenida tan caótica —musitó desilusionada.

—Sara, necesita tiempo para acostumbrarse de nuevo a ti. Anda, prepárale un té de jazmín, hay una lata encima de la mesa. La cocina está al fondo del pasillo. Yo voy a convencerle de que te deje una habitación.

Llamando a la puerta del taller entró, subiendo las persianas blancas de las dos ventanas de aluminio. La luz de la calle iluminaba una amplia mesa de madera de pino, donde Morgan solía trabajar el ensamblado de piezas pequeñas sentado en un taburete, con los buriles y las herramientas colgados sobre repisas metálicas y dispuestas en la pared blanca.

Los muebles grandes los montaban artesanos de confianza en un almacén en el centro que pertenecía a la empresa.

—¿Estás mejor, campeón? —le preguntó David, revolviendo su cabello para animarle. Morgan continuaba echado, pero había recuperado la compostura.

—No pretendía dar un espectáculo —susurró mirándole avergonzado.

—Deja de creerte un idiota, amigo.

—Evité que Sara me abrazara, me siento muy inseguro ante ella. — Lentamente comenzó a incorporarse, cerrando los ojos con un leve mareo.

—Deja de atormentarte. Le he explicado por qué no te gusta que te toquen —le aseguró, sentándose en el taburete.

—¡Se lo has contado! —Morgan abrió los ojos sorprendido, alzando la voz hasta que tronó en la habitación.

—Si va a vivir contigo, debe saberlo.

—¿De qué coño hablas, David? ¿Qué es eso de vivir conmigo? —replicó, aún aturdido.

—Laura y yo no tenemos sitio en casa. Solo hay un dormitorio, no pretenderás que durmamos los tres en una cama.

—Le buscaremos un buen hotel. De ningún modo se quedará en mi casa — se negó con el ceño fruncido.

—Ni hablar, es mi hermana. ¡Nuestra Sara! No un cliente al que agradar. Tu casa es espaciosa y te sobra una habitación.

—No, David. Me la has jugado, sabes que no puedo vivir con nadie. Ni yo mismo me soporto a veces —observó taciturno.

—No se asustará de tus incursiones nocturnas al armario del *whisky*, pasó por las mías hace años.

—No quiero que nadie oiga mis gritos al soñar, ni tener que cubrir en casa mi grotesco aspecto. Es imposible, búscale otro sitio —respondió tajante y muy enfadado—. Sabías desde el mes de abril que vendría, has tenido suficiente tiempo para encontrarle un buen alojamiento, David.

—¿Qué temes que descubra de ti, Morgan? —le interrogó su amigo.

—Nunca seré el mismo hombre de antes. —Una sombra de amargura, que no pasó desapercibida a su compañero, cruzó por su rostro.

—¡Desde luego no eres el Morgan que yo conocía! No necesito su caridad, señor Drake. ¡Se la puede meter por el culo! —Sara gritó enfurecida, entrando en el taller al escuchar sus quejas.

Como una exhalación salió de allí, sacó sus bolsos del armario y abrió la puerta. David la alcanzó en la escalera.

—Espera, ¿a dónde vas? No llegarás muy lejos con los bultos.

—A buscar un hotel. No pienso pedirle nada a ese gilipollas.

—Yo te llevaré. Sigues siendo un torbellino —la riñó, cogiéndola del brazo y metiéndola en el ascensor que llevaba al *parking* subterráneo del sótano.

—No ha sido buena idea venir, David —le expuso con gesto abatido.

Llegaron al *parking*, donde había cuatro coches más. Metió las cosas de Sara en el maletero y le abrió la puerta.

—No sabía que tenía por hermana a una cobarde. —Su vanidad era su punto débil.

—Y no la tienes. Creía que encontraría al hombre que me hacía reír, triste y enfermo, pero el mismo de mi juventud. Se ha convertido en un amargado —respondió dolida, con ganas de mandarlo todo al infierno.

—Ha cambiado mucho, Sara. Te quiero demasiado para verte sufrir. —Resopló, sintiéndose culpable—. Si prefieres irte, te llevo al aeropuerto y saco un billete para Madrid. Tú decides.

—¡Dios, estaba tan mal! Parecía tan frágil y desesperado —replicó, conmovida, mientras se iba aplacando su cólera lentamente.

—Debes intentar comprender cómo se siente. Pasa por esto a diario, es normal que se le haya agriado el carácter. Su vida es un suplicio; yo me hubiera pegado un tiro mucho tiempo atrás.

—Es una pena que no vaya armada, porque se merecía uno hace un momento. No pienso aguantar sus “encantadores modales”.

—Lo arreglaré, peque. Te doy mi palabra. —Su hermano le pellizcó las

mejillas, guiñándole un ojo con picardía.

Casualmente, se alojó en el hotel *Moon* que David conocía, muy cerca de la casa de su enemigo.

Morgan siguió trabajando hasta las ocho de la tarde intentando concentrarse en vano, por lo que salió a la terraza a descansar con una taza de café.

Las luces del paseo del bulevar Venice pronto se encenderían y acabaría el bullicio de la gente en las tiendas, que estaban a punto de cerrar. La pequeña Venecia, como se la conocía, era un paraje encantador situado al lado de la playa. Rodeado de canales que unían las calles a través de puentes blancos, las casas y mansiones de la zona, también blancas, resaltaban entre la frondosa vegetación y las palmeras.

La brisa marina solía desconectarle del estrés del trabajo, asomado a la barandilla negra, contemplando la playa a lo lejos, donde el sol pronto se dejaría abrazar por el mar y teñiría de rojo el crepúsculo.

Se sentía aliviado de no tener cerca a la muchacha. Ahora habría un clima de hostilidad entre los dos cuando volvieran a encontrarse a la mañana siguiente. Pero también lamentaba aquel tropiezo tras casi veinte años sin verla.

Estaba sorprendido del cambio que había transformado a la soñadora y vivaracha adolescente en una preciosa mujer. La larga melena rubia había desaparecido en un corte radical, que dejaba libres sus rasgos suaves: la nariz pequeña y recta, una boca de labios sensuales, el óvalo perfecto de mejillas generosas. Los ojos claros que siempre habían penetrado en su alma ahora se escondían tras unas gafas, pero seguían teniendo el mismo poder de seducción. Si Sara se enfadaba, brillaban como un par de turquesas.

Convertida a la moda gótica desde los doce años, continuaba vistiendo ropas oscuras y tenebrosas con el aspecto de una exótica vampiresa. Para asombro de Morgan, lo que menos le había impresionado era su excéntrico corte de pelo.

Por un leve segundo, había sentido una oleada de calor en la entrepierna al comprobar que las formas de la chiquilla que recordaba se habían transformado en unos pechos grandes y generosos, con un trasero respingón. Al pensar de nuevo en lo suaves que podrían ser esos senos al contacto de sus manos, Morgan notó un estremecimiento en el vientre y su corazón comenzó a latir desenfrenado.

¿Había vuelto a despertarse el deseo en su cuerpo después de tantos años?

—Será muy bonita, pero continúa teniendo la furia de una arpía —comentó en voz alta.

—Que no te escuche o es capaz de castrarte —musitó David a su espalda, sonriendo ante el comentario.

—No te he oído llegar.

—Antiguas técnicas de soldado, teniente Drake.

—Estoy en baja forma —comentó con un tono irónico. Su socio encendió un cigarrillo a su lado.

—¿Sigue enfadada? —preguntó, notando el aguijón del remordimiento morderle las entrañas por sus palabras delante de ella.

—Se le pasará, pero te lo pondrá difícil a partir de ahora. La has herido en su orgullo y ya sabes lo terca que puede ser.

—Debiste decirme que tendría que quedarse conmigo. Ahora yo soy el cabrón.

—¡Qué melodramático te pones, Morgan! Si la invitaras a tu casa dejarías de serlo.

—No juegues conmigo, no cambiaré de decisión —contestó testarudo.

—¿Por qué te aíslas de la gente? A Sara la conoces desde niña.

—Soy un insociable, ya lo sé —dijo saliendo de la terraza. Entró en la cocina para dejar la taza vacía.

Con los muebles de melamina⁷ en suave color amarillo hasta el techo, una vitrocerámica de dos fuegos y la mininevera en un rincón, era el lugar donde solían relajarse cuando acababan con la cabeza embotada de trabajo. Acogió a Morgan una encimera blanca en el centro de la cocina, con tres taburetes de asientos rojos y patas metálicas de estilo bar, desde la que veían por la ventana la avenida. Estiró la espalda al sentarse, dolorido.

—Te noto nervioso hace al menos dos semanas. Y no es por Sara —aseveró David, sentándose a su lado con otra taza de expreso recién salido de la maquina italiana que había sobre la encimera.

Morgan suspiró. Su amigo le cogió la barbilla bajando su rostro para que le mirara, porque le sacaba más de una cabeza aun estando sentado.

—¿Cuándo has visto a John?

—Hace dos semanas —reconoció, evitando mantener su mirada.

—¡Lo sabía! ¿Por qué cojones fuiste? ¡Ese hijo de puta está acabando contigo! —bramó con la rabia clamando en sus ojos.

—¡Ese hijo de puta es mi padre! Ha tenido neumonía y me inquietaba su estado —le defendió obstinado—. A Adam le importa una mierda.

—Bien. ¿Qué ocurrió? ¿Te echó de su casa como un perro? ¿Volvió a desear que te pudrieras? ¿O alguna otra de sus lindezas?

—Lo de siempre —susurró, sin decirle cómo lo había despreciado.

—Estupendo, Morgan. Puedes visitar a tu jodido padre cuando te dé la gana. Pero luego eres tú el que acaba destrozado, maldito imbécil —le recriminó enfurecido, soltando la taza en el fregadero con un golpe seco.

—Procuro no traer mis problemas al trabajo. Si no querías conocer mi respuesta, no haberme preguntado, David —respondió saliendo al vestíbulo.

—¡Morgan, no te vayas así! —El hombre se dio la vuelta en la entrada, mirándole con una infinita tristeza. Su amigo se acercó, cogiéndolo por los hombros—. No quiero que te haga más daño, por eso me enfado. Debes aceptar de una vez que tu padre te odia, solo entonces vivirás tranquilo.

—Jamás podrás entenderme, no cuando gozaste de unos padres que os adoraban. Seguiré intentando que me acepte hasta mi último aliento. —Un leve brillo de esperanza cruzó por sus ojos—. Debe de quedar algún resquicio del hombre bueno que fue, antes de que yo naciera.

—Es una batalla perdida que te destrozará de nuevo.

—Eso ya lo hizo una sucia prisión —declaró, abriendo la puerta de cedro para salir.

—A pesar de que veíamos cómo regresabas, nunca me has contado todo lo que te hicieron allí. Y sé que me ocultas algo muy grave, Morgan —se sinceró.

—Ya viste suficiente cuando me llevaban a vuestra celda cada noche.

—Al volver de la guerra, el doctor Andrew me ayudó a asumir toda la mierda del ejército. Deberías concertar una cita. Es un hombre paciente y comprensivo; un excelente psicólogo.

—No pienso sacar mis miserias a la luz, ni necesito más médicos. Ya experimentaron con mi cuerpo, probando los malditos calmantes para que me dieran un respiro y reparando mi cuerpo todo lo que pudieron. Paso de doctores.

—¿Y si la solución consiste en contarle a alguien lo que te atormenta? Tal vez acabarían las pesadillas, Morgan.

—No podría contarle mi pasado a un extraño, ya me conoces, David. Con suerte me entra alzhéimer y me olvido hasta de mi nombre —se mofó con sarcasmo.

—¡Qué cabezota eres! Harás lo que te dé la gana, como siempre.

—Es mi vida, no la tuya. Ocupate de ser feliz con Laura y de llenar la casa

de mocosos pesados como su padre —respondió, dándole un cariñoso empujón.

—¿Y tú cuando vas a ser feliz, Morgan?

—Soy una causa perdida. Tu chica te estará esperando. ¡Lárgate ya a echar un buen polvo! —Le sacó del brazo hasta la entrada.

—Bajo contigo, así sabré que vas directo a casa y no te metes en un garito.

—Si quiero beber dispongo de una excelente bodega en mi cocina.

En el *parking*, David le habló de sus planes.

—Sigo pensando que te vendría bien la compañía de Sara. Necesitas que te cuiden, comer en condiciones...

—Has disfrutado de mi mesa, sabes que soy muy buen cocinero. —Montó en su Toyota rojo.

—¿A que no has probado bocado desde el desayuno? —Morgan asintió como un niño al que regañan por una travesura—. No puedes mantener ese cuerpo de gigante sin comer y con toda la medicación que tomas.

—No tenía apetito. Luego cenaré algo ligero.

—Ven a casa y quédate a tomar algo con nosotros —le suplicó con amabilidad.

—Detestaría otro enfrentamiento con Sara. Por hoy basta —respondió muy cansado.

—Mi hermana cenará en el *Moon*. La he alojado allí.

—Está muy cerca de mi casa. —Le miró con recelo.

—Sería una excelente idea que la recogieras por las mañanas para venir al trabajo.

—Lo has hecho a posta —advirtió, suspicaz, por la ventanilla abierta—. Eres un manipulador.

David se encogió de hombros divertido, montando en el coche aparcado junto al suyo.

—Mañana ven a las diez, te acostarás agotado por organizar la colección, como si lo viera.

—No me hagas la pelota. Dormiré poco como todas las noches, da igual la hora a la que me acueste.

—Una forma de relajarte sería pasar por el hotel y cenar con mi hermana para disculparte —sugirió David, disimulando su triunfo.

—Si espera que me disculpe por desbaratar el asedio de mi casa lo lleva claro. Os salió el tiro por la culata con vuestro plan —atestiguó socarrón.

—Sois tal para cual —contestó David, arrancando el coche y conduciendo

hacia la salida.

[5](#) Navegante italiano nacido en Florencia en 1454. Amigo de Colón, dio su nombre al continente americano. Tras la muerte de Colón, explicó en Europa que el descubrimiento de su amigo no eran las tierras asiáticas como creía, sino un nuevo continente.

[6](#) Violinista china, que toca mezclas de piezas clásicas con ritmos techno, pop y rock, con su violín eléctrico.

[7](#) Resina que se usa como adhesivo para fabricar muebles de madera aglomerada y contrachapado.

Capítulo 3

Morgan entró con el Land Cruiser por la avenida Ocean, que desembocaba en el hotel de Sara. Su casa se encontraba al final de la calle contigua. Aparcó delante de su garaje, no tenía ganas de meter el coche.

Entró en casa rebuscando en sus bolsillos una golosina para Lobo. Aún no había pulsado el interruptor de la luz, cuando la enorme bola de pelo blanco se abalanzó sobre él con las patas sobre su pecho y la lengua rociándole la cara de babas. Le dio su premio entre risas, antes de que siguiera bañándole.

—¡Hola, chico! ¿Has estado mucho tiempo solo? —Le devolvió los besos.

Menos mal que David tenía una copia de su llave y le llamó al móvil para que le sacara a hacer sus necesidades, antes de regresar de llevar a su hermana. Si no el salón se habría convertido en el lago Ontario gracias a su peludo compañero.

—Voy a quitarme este suplicio y nos vamos a dar una vuelta por la manzana —aseguró ante la mirada solícita del perro.

Morgan se despojó de la camiseta blanca. Después desabrochó las correas del corsé que utilizaba para mantener la espalda recta al conducir y lo lanzó al sofá.

Cogió de la nevera una cerveza y le puso la correa al perro, que salió en desbandada hacia la calle. El animal había aprendido a caminar siguiendo su paso, ya que su amo no debía correr.

Maquinando una idea, pasearon hasta la entrada del hotel con fachada de ladrillo rojizo. Dejando a su compañero amarrado en un árbol, entró en la recepción pintada de estuco Corinto⁸ con cuadros de monumentos budistas.

Se acercó al mostrador negro donde le atendió un joven rubio de aspecto agradable, con gafas de montura al aire.

—Disculpe, ¿podría dejar un mensaje para la señorita Sara Butler?

—Por supuesto, caballero —respondió el recepcionista.

—Bien, comuníqueme que la recogerán a las ocho de la mañana.

—¿Su nombre?

—No se moleste, ella sabe quién soy. Muchas gracias.

—A sus órdenes, señor.

A la salida del hotel, Morgan se encontró con un agradable descubrimiento en la terraza de un pequeño restaurante especializado en parrilladas, en mitad de la avenida. Sentada a una mesa, rodeada de macetas de hibiscos rosados⁹ y godetias blancas¹⁰ que pronto perecerían con la llegada del calor, con una copa de vino y un libro como única compañía, apareció la graciosa silueta de Sara vestida con un corpiño de seda negra con finos tirantes y unos pantalones rojos de la misma tela.

«Sería divertido seguir el consejo de David», pensó entusiasmado. Al verla en aquella terraza, le vino a la memoria la imagen de la chiquilla de quince años que le recibía con una tímida sonrisa cuando David le llevaba a visitar a sus padres. Siempre estaba a su alrededor para convencerlo de que la enseñara a dibujar tan bien como él lo hacía. Disfrutaba tanto de aquellos preciosos ojos azules que brillaban de felicidad ante sus pequeños logros, que no podía negarse a regalarle esos momentos de dicha a su pequeño colibrí. Morgan se sorprendió de recordar cómo la llamaba de forma cariñosa, y la punzada de nostalgia que se clavó en su corazón le hizo decidir pactar una tregua con ella.

Cogió a Lobo y al cabo de diez minutos le dejó en casa. Montó en el coche para llegar antes de que ella volviera al hotel.

Suspiró, aliviado de que todavía siguiera allí, y llamó al camarero con bigote canoso que pasaba a su lado.

—Disculpe, ¿la señorita ha pedido la cena?

—Sí, caballero. ¿Qué desea tomar? —respondió el hombre con una agradable sonrisa de dientes blanquísimos.

—Lo mismo que ella. Yo pagaré su cuenta.

—Enseguida, señor. ¿Desea una mesa aparte?

—Tengo una, no se preocupe.

El sabroso olor de las especias picantes y la carne asada en la barbacoa, colocada en una esquina del recinto, unido a la brisa fresca del mar que venía de la playa a unas manzanas de allí, despertaba los sentidos y el apetito.

Como estaba absorta en la novela no vio que él tomaba asiento justo enfrente, sin hacer ruido.

—¿No tienes miedo de estar sola tan tarde, caperucita? —preguntó ronroneando como un hermoso gato de ojos verdes.

El sobresalto hizo que el libro volara de sus manos hasta salir despedido por la barandilla pintada de verde junto a ella. Como estaban solos en la terraza,

nadie vio su reacción. Morgan estalló, sin poder contener la risa ante la cara de la chica.

Ella se levantó, acercando el libro con el pie, y al agacharse para cogerlo el corpiño de tirantes se bajó unos centímetros, mostrando unos pechos exuberantes y prietos que encandilaron al hombre. Su observador no apartó la vista de ellos hasta tenerlos frente a él, mientras su dueña le fulminaba tras los cristales de las gafas.

—¿Qué narices haces aquí? Si no quieres tenerme cerca ya te puedes ir largando —le advirtió muy cabreada—. Me gusta cenar sola y estaba disfrutando de una lectura muy interesante, hasta que la has estropeado.

—“*Los Drácula: la verdadera historia de Vlad Tepes*”. —El hombre ojeó la tapa del libro con curiosidad—. Aún te gusta el príncipe de los vampiros, seguimos teniendo eso en común.

Ella ignoró su perorata y se centró en la página, como si no existiera.

—Mi biblioteca te apasionaría, a lo largo de los años he conseguido libros antiguos de brujería y vampirismo. —La tentó, observando su reacción. Sara era tan fanática de los vampiros como Morgan.

—Tú y yo no tenemos absolutamente nada en común. Eres desagradable, grosero y maleducado. Todo lo opuesto a mí —le despachó con orgullo, reclinándose satisfecha en su silla.

Cambió la página del libro tras cogerlo de nuevo y siguió leyendo, haciendo caso omiso de su interlocutor.

El camarero les trajo la cena: pollo asado con poca grasa y guarnición de verduras a la plancha.

—¡Qué sana te has vuelto! ¿Ya no te gustan los dulces y las chucherías? —Morgan estaba deseando enfadarla para burlarse a su costa.

Guardando el libro en el bolso, la chica aprovechó para empujar al fondo la bolsa de regaliz y palomitas que había comprado en el hotel.

—La comida española es fabulosa. La voy a echar de menos el tiempo que esté soportándote aquí.

—¿Y durará mucho mi castigo? —la interrogó, engullendo un trozo de carne con fruición.

—Al menos seis meses, eso dice mi hermano. Desde luego me quedará por él, no por ti. Sería una faena volver a Madrid y dejarle tirado sin mi trabajo. —Ni ella misma se creyó la mentira. Incordiar a Morgan era su principal objetivo.

—Una pena —contestó, levantando una ceja—. Dime, famosa pintora,

¿dónde has expuesto?

—En muchos lugares de Madrid, soldado fracasado. En la Annta gallery, la American Prints gallery, la Galería Ansorena y en la Universidad Complutense de Bellas Artes, donde estudié, he impartido varios talleres. ¿Es suficiente experiencia para sus muebles, caballero?

—Podría ser mejor —respondió, molesto por el comentario de su vida militar—. Solo espero que no proyectes dibujos tan tenebrosos como tu aspecto. No quiero que mis clientes salgan espantados pensando que los muebles parecen ataúdes.

—En mi interior no hay nada oscuro, únicamente mis ropas lo son. Mis cuadros están llenos de luz y colorido. Seguro que tú eres más perverso por dentro de lo que yo aparento por fuera.

—No provoques mi ira y evitarás comprobarlo —le advirtió solemne.

—No me trates como tu subordinada porque no lo soy, Morgan. —Sara no se dejaba pisotear por nadie, y menos si era un hombre.

—Dejemos las cosas muy claras desde el principio: es mi empresa y yo soy el jefe junto con tu hermano. Soy el diseñador de todos los muebles que salen de nuestra casa, por lo tanto es a mí a quien tendrás que obedecer. Y seré yo quien decida si tus dibujos son válidos o no para mis diseños. ¿Lo has entendido, Sara? —sentenció, decidido a no dejarse vencer.

Los dos podían ser igual de altivos y arrogantes cuando veían en juego su profesionalidad.

Morgan se cruzó de brazos satisfecho, creyendo que había ganado terreno. La chica se plantó de pie, con las mejillas ruborizadas por la cólera, y le señaló con el índice.

—Ya puedes olvidarte de esa actitud de macho prepotente conmigo. Soy una artista reconocida, no una niñata que firma su primer contrato y te chupa el culo agradecida.

—Debiste dejar tu vena feminista en el avión —le dijo, empezando a enfadarse de veras porque ella le plantara cara.

No estaba acostumbrado a recibir el desdén de sus trabajadores y mucho menos de una mujer. Su trabajo era el único territorio, además del militar, que había controlado en su vida.

—Serás el primer jefe de la empresa, pero no mi amo. Así que no intentes dejarme a la altura de tus zapatos porque no te lo voy a consentir —siguió la chica, impertérrita—. Si quieres convertirme en tu enemiga y no en tu aliada adelante, Morgan. Pero te juro que Irak no te preparó para una guerra

conmigo.

—¡No tienes ni puta idea de cómo es una guerra, niña! —alzó la voz con la rabia inundándole por momentos, mientras se volvía imponente de pie frente a ella.

—Y tú tienes gran experiencia siendo un prisionero —le desairó, hiriéndole adrede.

En dos segundos llamó al *maître*, agitando una mano infantil de uñas negras.

—¡Camarero, la cuenta por favor!

—Ya está pagada.

—No quiero ni tus favores, ni tu caridad, ya te lo dije antes —le soltó, sacando un billete y poniéndolo sobre la mesa con gesto despectivo.

Dando media vuelta salió de la terraza en dirección al hotel.

Morgan pagó su parte de la cena, dejándola a medio terminar, y la siguió. Tropezó con la bolsa de regaliz que se le había caído del bolso y sonrió divertido, tramando un nuevo ataque.

—Sara, espera un momento.

—¡Quiero descansar y olvidarme de usted, señor Drake! —le gritó, andando rápidamente calle arriba.

Morgan contempló su redondo trasero mecerse al paso y se mordió los labios. Durante décadas nunca había sentido ganas de admirar el cuerpo de una mujer bonita, y las había a montones en Venice. De hecho, se había olvidado por completo de las sensaciones de su propio cuerpo siendo un hombre en la plenitud de la vida.

¿Por qué desde que había llegado sus ojos no dejaban de contemplarla?
¿Por qué se quedaba hipnotizado ante la turgencia de sus senos?

Estaba descubriendo que su virilidad comenzaba a despertarse con solo pensar en Sara. Esa reacción le asustaba y sorprendía a la vez.

Le quedaba poco camino hasta el hotel y estaba muy cansada. Discutir con ese hombre detestable la dejaba sin energías.

Ya creía que le había perdido de vista cuando sintió una mano grande sobre su hombro. Se detuvo con ganas de maldecir, y él puso la bolsa delante de su cara.

—¿Esto es tuyo? Se te ha caído del bolso —le preguntó, fingiendo seriedad.

Sara quiso arrebatársela pero Morgan, antes de que lograra alcanzarla, elevó el brazo hasta donde ella no llegaba.

—Ya me extrañaba que hubieras abandonado tu vicio. —Sonrió con cara de

canalla—. No puedes dejar de comer porquerías, ¿verdad?

—No pensarás tenerme toda la noche saltando. Sabes perfectamente que no llegaré hasta ahí —gruñó rabiosa.

—Si comieras lo correcto llegarías, nena. Mamá Megan se quedó sin reservas de calcio cuando viniste al mundo. Si David es tan alto, ¿qué te pasó a ti? —la regañó, disfrutando la revancha. Empezaba a gustarle aquel jueguito entre los dos.

—¡Que heredé su mala leche!

De improviso le agarró de los testículos. Morgan se quedó sin respiración y la bolsa cayó de su mano hasta la de ella. Entonces lo soltó.

—No te ha servido de mucho ser un grandullón —prosiguió triunfante, tomando un caramelo.

—Me has cogido a traición —respondió, con las manos en sus partes y la cara pálida.

—Lo mereces.

Iba a seguir su camino pero Morgan, todavía dolorido, la acompañó.

—Es peligroso ir sola de noche.

—Pero si estamos en junio, solo son las once y olvidas que me he criado aquí.

—Si un ladrón te ataca y le das el mismo trato que a mí, estarás a salvo seguro. ¡¿Cómo pueden seguir doliéndome?! —Se mordió los labios.

—En Madrid fui a una escuela de defensa personal mientras estudiaba. Sé cuidar de mí misma.

—Ahora podrás vanagloriarte de haber vencido a un marine. —La miró de reojo, sintiéndose ridículo.

Parándose a la entrada del hotel, miró a los brillantes ojos del hombre. No pudo evitar pensar que podría rendirse ante aquellas pupilas de hierba fresca, si no estuviera constantemente a la defensiva.

El cuerpo de Morgan emanaba un suave aroma dulzón a caramelo y especias, no sabía si se trataba de alguna colonia masculina, o del olor natural de su piel que desprendía al acercarse. Un olor del que Sara deseaba impregnarse los sentidos, beberlo hasta saciar su hambre de él, la cual había mantenido dormida desde la adolescencia y que en pocas horas siempre comenzaba a despertar de nuevo a pesar de sus discusiones.

Relegando sus calientes pensamientos a un segundo plano, le interrogó:

—David no suele contar mucho de su experiencia en Irak, sobre todo de lo que te ocurrió a ti. ¿Me contestarás sinceramente a una pregunta?

—Dispara. Pero no a mis pelotas, por favor —la animó su víctima con una carcajada.

—Aunque fueras el único que conocía los detalles de la misión... ¿Era tan importante sacrificarte por tus hombres?

Morgan la invitó a sentarse en un banco verde de hierro forjado que había en la acera, delante del hotel.

—Teníamos que explotar un búnker que contenía cientos de armas, munición y equipos informáticos de localización terrestre en Bagdad. Nuestro contacto para entrar en la ciudad y pasar desapercibidos era un iraquí, que había trabajado como espía para nosotros. Él desconocía que íbamos a destruir el complejo, le hicimos creer que era una simple misión de reconocimiento de la ciudad. No supimos que nos traicionó al ejército de Sadam hasta que estuvimos dentro y nos vimos rodeados de ellos cerca del búnker, en pleno centro de Bagdad.

Sara le escuchaba atenta, sin interrumpirle.

—David y mis otros compañeros llevaban poco tiempo en este trabajo. Era su segunda misión tras el curso preparatorio de los SEAL. Ya habían estado en combate otras veces, pero yo sabía que corrían el peligro de no aguantar los interrogatorios reales —siguió contando—. Los métodos de aquella gente para sacar información eran sumamente crueles. Aunque por lo que he visto en las noticias sobre Guantánamo, somos igual de sádicos con los prisioneros —continuó—. La misión iba a ser relativamente sencilla y yo sí tenía mucha más experiencia. De hecho conocía al contacto desde hacía años.

—¿Te sentías culpable de que él fuera la causa de que os apresaran y por eso lo hiciste?

—Tal vez sí. Quizás debía de haber confiado menos en aquel hombre, no lo sé. —Suspiró, con gesto ausente—. Luego, en la prisión, no tuve demasiado tiempo para pensarlo.

—Te agradezco que lo hicieras, Morgan. Mis padres sufrieron mucho con vuestra captura. Después las cosas se complicaron demasiado para mí y decidí dejar todo atrás y empezar una nueva vida en España —se disculpó avergonzada—. Siento no haberte visitado en el hospital.

—Sufriste un golpe muy duro siendo solo una chiquilla de dieciséis años, Sara, no tienes que justificar nada. Fue una pena que se mataran en el maldito accidente de coche.

—Sí. Al menos no perdieron a su hijo.

—Murieron con esa alegría. —Mirando su reloj, concluyó—. Es hora de

que me marche, Lobo estará deseando su cena.

—¿Quién es Lobo?

—Mi perro.

—Pobre animal, se merece una medalla.

—¿Por qué? —la interrogó confuso, esperando una nueva salida de tono.

—Porque solo un perro es capaz de vivir con alguien tan prepotente como tú. Buenas noches —se despidió con ganas de seguir charlando, tranquila en su presencia. Parecían haber sellado una pequeña tregua.

—Te he dejado un mensaje en recepción. Mañana sé puntual, no me gusta esperar. Buenas noches, caperucita.

—Te queda mucho camino para ser el lobo —contestó, levantándose para cruzar la calle.

Morgan llegó hasta el coche, aparcado frente al restaurante, con la sensación de que aquella mujer iba a complicarle la existencia. En su fuero interno, deseaba aquel tira y afloja que se traían entre manos. Además de admirar el movimiento de su espléndido trasero en forma de corazón, que se mecía al subir los escalones de la puerta del edificio.

Volvía a sentir aquella oleada de excitación recorrer su vientre...

Sara le vio alejarse por la ventana de su habitación. Las rosas rojas del estampado de la pared la hacían fresca y juvenil. La cama de madera blanca con la colcha malva y la cómoda a juego, le recordaba a su antigua habitación de niña en el hogar de sus padres, en Santa Mónica.

Sacando del armario un sugerente camisón negro, se acostó pensando en el hombre que le robó el sentido y la cordura en el pasado. El sueño la venció dejándose llevar por sus ojos de esmeralda.

A la mañana siguiente decidió sacar su lado provocativo eligiendo un vestido negro hasta los tobillos, unido en el cuello por una cadena plateada y escote de vértigo en v, que mostraba el canal entre sus pechos. Al ser de gasa y vaporoso se transparentaban los *shorts* que llevaba debajo.

Deseaba que Morgan no le quitara la vista de encima mientras trabajara en la oficina. Se echó un chal sobre los hombros tapando sus armas de mujer pues la mañana era húmeda a las siete y media, cuando bajó al comedor de estilo hindú a desayunar.

Al dejar el chal sobre la silla, los camareros se volvieron hacia ella con admiración.

«Objetivo conseguido», pensó satisfecha.

Disfrutando un café delicioso y una tostada con mermelada de fresa, subió después a su habitación para recoger el maletín de trabajo.

Las sandalias de tacón de aguja limitando su tobillo le daban el aspecto de una siniestra dómina. Eso fue lo que creyó ver un Morgan soñoliento cuando llegó a la entrada del hotel donde habían quedado, vestido con unos ceñidos vaqueros, una camiseta roja de hombros descubiertos y unas playeras negras.

—Buenos días, señor Drake —saludó, entrando en el coche.

—Buenos días, señorita Butler. Por cierto, ¿dónde has dejado tu escoba y tu sombrero?

—En el mismo lugar que tus cuernos de demonio —le devolvió ella con sarcasmo.

—Empezamos bien la mañana —rezongó divertido.

Morgan tomó la avenida Mildred desde su casa, rumbo al centro donde se encontraba Drake & Butler artesanos, en el bulevar Venice.

Una hora más tarde aparcaba en el garaje del edificio que compartía con dos negocios más: un bufete de abogados y una inmobiliaria en la planta baja. En la planta superior estaban sus oficinas.

Entraron cerca de las nueve, ante un David risueño que preparaba un delicioso café.

—Llegáis temprano, ¿habéis desayunado?

—Sí, pero necesito otro café bien cargado —replicó Morgan bostezando.

—Yo también tomaré uno —dijo Sara, besando cariñosa a su hermano y soltando el maletín en una de las sillas altas de la cocina.

Morgan cogió su taza de negra y la roja de David, sacando del armario una blanca para Sara. Dispuestas para servir el amargo líquido en ellas, tomó la jarra de leche al mismo tiempo que la chica se despojaba de su chal negro.

El busto de Sara, que dejaba al descubierto la abertura del vestido, hizo que la jarra escapara de las manos de Morgan, estrellándose ruidosamente contra el suelo. Ella aguantó la risa, satisfecha del efecto causado, y bebió el café a sorbos lentos, deleitándose con el trasero de su enemigo mientras este limpiaba el destrozo.

David le enseñó dónde estaba el cuarto de baño, de azulejos azul marino, con el aseo y el lavabo celestes y una pequeña ducha con mampara; la sala de reunión con una mesa de caoba ovalada y varias sillas de cuero negro, iluminadas por el reflejo de la playa en los grandes ventanales metálicos donde mostraban sus productos a los clientes; y finalmente el taller de trabajo

que ya conocía.

Solo había dos despachos: el suyo y el de Morgan. Ambos con ordenador y mesa de roble. El de su jefe contaba con el único tablero de delineante para dibujar.

—Ya que tú diseñas los muebles, Morgan, compartirás el despacho con Sara cuando realice sus bocetos —comentó su amigo cuando acabó de enseñarle la oficina.

—No pienso ceder ni un centímetro de mi espacio. Sabes que trabajo mucho mejor solo, déjala contigo.

—No hables como si no estuviera presente —respondió altiva, dirigiéndose a su adversario—. Trabajaré en la mesa del taller, no quiero tratos de favor por ser su hermana.

—Prometeme que no estaréis medio año rivalizando, por favor —suplicó David, que empezaba a cansarse de sus discusiones.

—No ocurrirá nada si dejas de tocarme los cojones, Sara —la cortó tajante. Tan de mañana y ya tenía un humor de perros.

—No llegarás a tener esa suerte, grandullón —le provocó, dirigiéndose a la oficina de su hermano.

—Me espera un largo suplicio con vosotros dos —soltó el mediador de la batalla con un bufido.

—Que se hubiera quedado en Madrid —respondió Morgan obstinado, cruzándose de brazos en actitud amenazadora.

La chica sacó varios bocetos de su maletín de cuero marrón que desplegó a lo largo de la mesa. Ante David aparecieron una sucesión de dibujos de diversos temas: una estampa de estilo medieval representaba la imagen de una doncella de largos cabellos rubios, que portaba en sus manos una espada de doble hoja apuntando al corazón de un colosal dragón negro con detalles rojos; una pareja de amantes se abrazaban desnudos, como en la escultura de *El beso*¹¹, envueltos por orquídeas de vivos colores.

La muchacha había dibujado copias de famosos cuadros, adaptando los trazos para que fueran pintados en madera: *La Venus del espejo*¹², *Mercurio y Argos*¹³, y *Las hilanderas*¹⁴ de Velázquez¹⁵; *El desnudo de una odalisca* de Eugène Delacroix¹⁶; *El retrato de una novia* de Makovsky¹⁷; damas creadas por Botticelli¹⁸ y Théodore Chassériau¹⁹; desnudos femeninos del pintor Delphin Enjolras²⁰...

—¿Cuándo has recopilado todo esto? —preguntó su hermano con admiración.

—Me hiciste tu petición en abril y estamos a quince de junio. He tenido mucho tiempo de empaparme del arte que adoro —contestó, feliz de que le gustara su trabajo—. Pasé tardes enteras en el Museo del Prado deleitándome con los cuadros de Velázquez, y solicité asesoramiento a Gabriel, mi antiguo profesor de Arte, que es un gran amigo, como ya sabes.

—Has hecho una recopilación magnífica, hermanita. ¿Quieres refregárselo a Morgan por las narices?

—Lo estoy deseando —rio satisfecha, con cara de pilla.

—Por cierto, pagaré tu estancia en el hotel durante el tiempo que te quedas, no habías contado con ese gasto. La empresa se hará cargo.

—Un alquiler por esta zona me saldría por una fortuna, y después de rescindir mi contrato con la galería y la universidad, ha disminuido bastante mi capital. Pero no es justo que corras con todos los gastos, así que yo sufragaré la mitad. ¿De acuerdo, David?

—Trato hecho. Os dejo solos para que os ataquéis a gusto, yo tengo que confirmar unos pedidos. Estaré en el despacho del ogro si me necesitas.

David llamó a su socio que entró con porte orgulloso, dispuesto a no ceder un ápice de las ilustraciones que había pensado para sus diseños.

Sara se sentó en el borde de la mesa, adoptando la postura de sus clases de yoga con una pierna cruzada sobre la otra, contemplándole muy seria. Morgan revisaba una ilustración lentamente, recorriendo cada trazo al milímetro, y después pasaba al dibujo siguiente.

«Es una pintora increíble», meditó, sorprendiéndose con los bocetos.

Sin dar su brazo a torcer ante ella, se pronunció irreverente.

—No están mal para ser meras copias. ¿Tienes alguna obra tuya original?

—Lo siento, las dejé todas en las galerías de Madrid. Pero soy capaz de crear lo que me pidas —le aseguró, enojada por su trato despectivo.

—Ya no estás en España. Tu ego de artista conmigo no funciona, no esperes que te dore la píldora constantemente como seguro hacían allí —la retó, con un rastro de soberbia en sus ojos.

—No me gustan los halagos gratuitos, Morgan. Cuando haga bien mi trabajo y la producción de las ventas suba como la espuma, no necesitaré tu condescendencia. Serán los clientes quienes reconozcan mi labor.

—Necesito algún paisaje. —No se molestó en rebatir su respuesta—. ¿Podrás hacerlo o me voy al centro a comprarlo a los bohemios de la zona?

—Por supuesto que puedo, mi «amo». ¿Prefieres alguno en especial? —contestó, agachando la cabeza y con las manos juntas como una antigua

esclava.

—Quiero una bonita cascada, con una vegetación exuberante.

—Entendido. Hoy es miércoles, el lunes la tendrás sobre tu mesa.

—Eso espero. ¿Cómo plasmarás el dibujo, Sara?

«¡Qué bonita te pones al enfadarte!», reflexionó, mirándola de reojo.

—Lo puedo copiar a mano o calcarlo de mis bocetos directamente en el mueble. Cuanto más flexible sea la madera, menos costará luego pintarlo.

—El ensamblado de las piezas que pintes lo prepararán en el taller grande. Te encargarás de hacer los dibujos para las planchas adaptándolos al tamaño de los muebles. Yo te ayudaré a hacerlo si tienes algún problema.

—¡Oh, Dios! ¿Bajarás de tu pedestal a la altura de esta simple mortal? —se burló, con la mano sobre la frente como las actrices del cine mudo.

—Para llegar a tu cabeza solo tengo que ponerme de rodillas. Y hablando de bajar, siéntate en una silla como una mujer normal. No vas a apoderarte de mi mesa plantando el trasero en ella —la riñó, con el índice en alto y gesto severo.

—¿Dejarás que dibuje en tu despacho? —preguntó, agachándose frente a Morgan y mostrando su escote a propósito.

—Es más cómodo que pintar en el taller.

El hombre consiguió mantener la mirada fija en el rostro de la chica y no donde realmente deseaba. Le estaba costando mantener la compostura.

Sara se bajó obediente de la mesa, recogiendo los bocetos y rozando de vez en cuando con su trasero el pecho de Morgan, poniéndole cada vez más nervioso.

Cuando por fin salió del despacho, resopló aliviado. Hacía escasos segundos su corazón se había acelerado a mil por hora al darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo, y temía que ella notara el rubor que teñía sus mejillas. El descubrimiento le dejó asombrado y tembloroso al bajar la mirada.

¡Tenía una erección!

Sus abultados pantalones aprisionaban su miembro dolorosamente, necesitando librarse de ellos. Después de tanto tiempo sin ganas de sexo, se maravillaba ante el clamor de su cuerpo por la muchacha. Desde que se había despojado del chal, no pensaba en otra cosa que en coger aquellos pechos con sus manos y lamerlos dulcemente.

Pero saber que su virilidad seguía intacta no bastaba, no le hacía sentirse un hombre de nuevo. Irak le había arrebatado la esperanza de una vida feliz y

aquella certeza ni siquiera Sara podía devolvérsela, porque no conseguía borrar sus recuerdos, ni la imagen que tenía de sí mismo.

No cuando se sentía tan sucio y degradado. Soñaba con tener una compañera que le respetara, le comprendiera y amara al Morgan que era en el presente. Que no sintiera repugnancia ante sus cicatrices ni miedo ante su atroz pasado.

A la hora del almuerzo cogieron el coche de David para comer los tres en el restaurante de comida china *Royal*, a dos manzanas de la oficina. De paredes lacadas en rojo y columnas doradas con símbolos de dioses chinos, era uno de los mejores restaurantes orientales de la ciudad.

Tras una deliciosa sucesión de pato confitado que se deshacía en la boca, tallarines con salsa de setas y crujiente pasta de gambas, volvieron para tomar un café y seguir el trabajo de la tarde.

Sara no quería perder tiempo y agarró del brazo a Morgan, llevándose a su despacho junto con las tazas.

—Enséñame tus diseños —le pidió la chica, impaciente.

—¿Me dejas tomarme el café primero? —le rogó dando un sorbo.

—Puedes mover el ratón y beber a la vez.

—Eres muy pesada, ¿lo sabías? —expresó fastidiado.

—Has olvidado lo insistente que puedo ser. —Sara se sentó en el brazo del sillón, aprovechando que cogía la taza.

Morgan hizo caso omiso a su intrusión encendiendo la pantalla del PC. Desplegó toda la artillería, dejando a la chica absorta en las imágenes de sus muebles tras abrir los mismos archivos que guardaba en el portátil de casa.

—¿Qué te parecen? —preguntó, esperando su reacción.

—No están mal. Podría mejorarse, claro. —Se tomó la revancha.

«Son de una belleza infinita», juzgó mentalmente, disimulando la admiración que sentía como pintora ante la excelencia de su obra.

—Tú dedícate a pintar y yo me centraré en diseñar.

—¿Te molestan las críticas a tu trabajo, Morgan?

—Si vienen de ti no me hacen efecto, aún te queda mucho por aprender de diseño gráfico. Pero no voy a permitir que te inmiscuyas en mi territorio —le aclaró, muy seguro de sí mismo.

—Te daré clases de pintura al óleo cuando quieras aprender lo que es ser un verdadero artista. Y tampoco dejaré que me pises terreno, nene.

Los dos se retaron en silencio, hasta que Morgan volvió a mirar los bocetos.
—Creo que las odaliscas y las damas no quedarían bien sobre la mesa de teca y la de haya. Me gustaría que dibujaras frescos de Miguel Ángel²¹, es mi artista favorito. ¿Serías capaz?

—Por supuesto. ¿Alguna obra en especial?

—Te dejo libre albedrío, pero demuéstreme que tienes buen gusto —la incitó deliberadamente.

—La *Venus del espejo*, de Velázquez, sería ideal para los baúles. Sus tapas son planas y amplias, suficientes para encajar los cuadros —propuso la chica.

—Les daría un toque elegante. Dejaremos tus odaliscas para ellos también.

—Por una vez llegamos a la misma conclusión, Morgan.

—Espero que no sea la última —aseguró sonriendo.

—Quien sabe, con lo engreído que eres...

—No empieces a atacarme o tendrás problemas conmigo, señorita —le advirtió solemne.

—¿Me amenazas, señor Drake? —preguntó tentadora, acercando su rostro a unos milímetros del suyo.

—Lo haré si te propasas demasiado. ¿Tienes que mirar tan descarada, niña?

—Suelo hablar a la gente a la cara. Al contrario que tú, que acabas escondiendo esos ojazos bajo tu ceño fruncido —dijo imitando su gesto, divertida.

—No me engatusarás con cumplidos.

—Pretendo ser amable, eso es todo. No eres digno de ser cazado por mí.

—No tienes poder para cazarme, Sara.

El juego comenzaba de nuevo, pues él estaba más que dispuesto a jugar... y a ganar.

Morgan acortó la distancia que les separaba, con la nariz rozando la de la muchacha. Sus ojos resplandecieron frente a ella, y el olor del perfume de su piel la embriagó haciendo que deseara morder sus labios y apoderarse de su lengua y de su alma.

¿Cómo podía seguir amando a quien nunca vio en ella más que a una chiquilla? Su corazón se aceleró al darse cuenta de la verdad de sus sentimientos, escondidos tantos años en España, y se atrevió a entrelazar sus dedos en el cabello sedoso del hombre.

—Por tus palabras deduzco que ya lo ha hecho alguna chica —sugirió curiosa.

—Nunca habrá ninguna que lo intente. —Su cara reflejó la aflicción que lo

embargaba sin poder disimularlo.

—¿Por qué? Ya sé que eres un auténtico demonio, pero seguro que las mujeres se lanzan a tus pies —se mofó de él, sin demostrarle que había percibido su dolor.

—Lo harían si me desnudara —respondió, bajando los ojos con tristeza—. Darían media vuelta y huirían despavoridas.

—Eres muy exagerado. Puedes enseñarme tus heridas, yo no me asusto fácilmente —susurró.

Morgan se levantó, evitando que descubriera la fragilidad que empezaba a sentir estando con ella. En la ventana, con la frente sobre el cristal, tenía un aspecto tan débil e indefenso que conmovió profundamente a la muchacha.

—No vuelvas a pedírmelo si no quieres contemplar a un engendro —musitó apenas.

—Lo siento, Morgan, no volveré a hacerlo —se disculpó.

—Vuelve al trabajo, por favor. —Ni siquiera la miró al hablarle de nuevo.

—Voy al taller a organizar el papel para sacar los dibujos a tamaño grande —le comentó, apenada ante su actitud, antes de cerrar la puerta.

Cuando la muchacha salió, Morgan pensó que envidiaba su vitalidad y su energía arrolladora. La osadía de la joven lo desarmaba.

Sería una bendición tener a alguien como ella.

«¿Pero quién va a quererme desfigurado?», pensó deprimido.

- [8](#) Pasta de grano fino compuesta de cal, mármol pulverizado, yeso y pigmentos naturales. Se utiliza para decorar paredes y darle un aspecto parecido al mármol.
- [9](#) Arbusto conocido como rosa de China o cayena en Latinoamérica. De hoja perenne, puede alcanzar los cinco metros de altura y tiene flores de colores muy llamativos.
- [10](#) Originaria de California, tiene flores de gran tamaño en ramilletes de cuatro a seis. Florece durante el verano.
- [11](#) Es la obra más conocida del pintor austríaco Gustav Klimt. Óleo sobre tela. Del estilo Simbolismo. Creado en 1907-1908.
- [12](#) Óleo de Diego Velázquez, de estilo barroco. Creado hacia 1647—1651.
- [13](#) Óleo de Diego Velázquez, de estilo barroco. Creado hacia 1659.
- [14](#) Óleo de Diego Velázquez, conocido como La fábula de Aracne. Estilo barroco. Creado hacia 1657.
- [15](#) Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Nacido en Sevilla, España, el 6 de junio de 1599-Madrid, 6 de agosto de 1660. Movimiento Barroco.
- [16](#) Ferdinand Víctor Eugène Delacroix. Nacido en Charenton Saint Maurice, Francia. El 6 de abril de 1798-París, 13 de agosto de 1863. Del Romanticismo.
- [17](#) Konstantín Yegórovich Makovski. Nacido en Moscú, el 20 de junio de 1839-30 de septiembre de 1915. Se le considera pintor de Salón. Del Romanticismo.
- [18](#) Alessandro di Mariano di Vanni Filipepi, conocido como Sandro Boticelli. Nacido en Florencia, el 1 de marzo de 1445- 17 de mayo de 1510), fue un pintor del Quattrocento italiano. Movimiento Renacentista.
- [19](#) Théodore Chassériau. Nacido en Santo Domingo, el 20 de septiembre de 1819- París, 8 de octubre de 1856. Pintor romántico dominico-francés, destacado por sus retratos, pintura de historia y religiosa, murales. Movimientos: Romanticismo y Orientalismo.
- [20](#) Delphin Enjolras. Nacido el 13 de mayo de 1857 en Courcouron-Ardèche -1945. Francia. Se especializó en la pintura de paisaje y retratos de mujeres. Movimiento: Academicismo.
- [21](#) Michelangelo Buonarroti nacido en Caprese, Italia, el 6 de marzo de 1475-Roma, 18 de febrero de 1564. Arquitecto, pintor y escultor del Renacimiento.

Capítulo 4

Los tres días que llevaba al lado de Morgan se le hacían a veces insoportables por el carácter despótico del hombre. Vigilaba cada trazo, realizado en papel cebolla unido a la plancha de haya, que contendría uno de los frescos del genio renacentista: un *ignudis*²² de la Capilla Sixtina²³.

El cuadro describía a un joven griego mirando hacia la derecha y completamente desnudo, sentado sobre un cojín dorado cubierto de sedas azules. Su rodilla derecha, levantada, dejaba ver un ápice de los genitales, con la mano izquierda echada sobre ella y el otro brazo reposando sobre el diván.

El torso del joven, magnífico, bronceado por el sol y sin vello, de amplios pectorales, brazos forjados como un atleta y el vientre con abdominales marcados, invitaba al deleite de los sentidos.

Una banda de tela rosada recogía su espeso cabello castaño, que acentuaba su nariz larga y sus grandes ojos marrones. La boca y el mentón, casi infantiles, tentaban a depositar un casto beso sobre ellos. La pared blanca a su espalda, con un fondo de color corinto²⁴ al lado, resaltaba los rasgos del joven.

Sara había tenido la original idea de unir a dos pintores de épocas muy diferentes: junto al griego desnudo estaba dibujando un cuadro del francés Bazile Perrault²⁵.

Mostraba a una muchacha con los pechos desnudos, contemplándose con un espejo dorado en la mano y sentada en un trono de mármol blanco. La piel de un blanco rosado dibujaba unos senos pequeños y firmes, en plena juventud. El vestido dorado de gasa con filigranas celestes caía por debajo del vientre redondeado, de líneas suaves. El rostro ladeado, de nariz aguileña, labios finos y mentón difuso, tenía los rizos cobrizos recogidos en un pequeño moño trasero.

Rodeada de vegetación en el balcón, con el mar a lo lejos recortado bajo el cielo azul celeste y lleno de nubes blancas, era la viva imagen del hedonismo femenino.

Sara estaba convencida de que se convertiría en una mesa digna de reyes.

Pero Morgan la asediaba continuamente, provocando que la chica perdiera la paciencia al insistir en que hiciera un trazo más grueso, cambiara otra línea, pintara el cuerpo más extenso...

Soltando los lápices sobre la mesa de dibujo con un brusco ademán, se volvió frente al hombre rabiosa.

—Hemos quedado en no entrometernos en el trabajo del otro, y tú no dejas de atosigarme con estúpidas recomendaciones —le increpó al límite—. ¡No tienes ni puta idea de pintura! ¡Y mucho menos de cómo trabaja un artista! Siempre me encierro en mi estudio a solas con los cuadros, necesito concentrarme, y contigo alrededor como una mosca cojonera no puedo hacerlo.

—¿Qué es una mosca cojonera? —preguntó desde su mesa, sin inmutarse por su enfado.

—Es un dicho español. ¡Ni siquiera prestas atención a lo que hablo!

—Dentro de los cientos de palabras que sueltas en un minuto, es muy difícil seguirte. Pero te escucho perfectamente —se defendió impasible.

El bufido de Sara y la mirada de cólera que le dirigió, le hicieron sonreír. Adoraba sacarla de quicio.

—Si no te concentras conmigo, lo siento. Este es mi despacho y tengo que trabajar aquí —aclaró a la defensiva—. No te queda más opción que aguantarme.

—Me queda una —replicó decidida.

Cogiendo la enorme plancha y sus lápices, la arrastró por el suelo, saliendo del despacho enfurecida. Su enemigo fue tras ella, arrebatándosela de las manos para evitar que se cayera.

Morgan entró como una tromba en el taller, depositando la plancha sobre la mesa de trabajo con mucho cuidado, aunque sentía unas ganas irrefrenables de destrozar la obra entre sus grandes manos, olvidando el sentido común con ello. La muchacha apareció a su lado segundos después, notando cómo las ganas de estrangular a su compañero estaban ganando la batalla lentamente.

—Ya puedes coger tu maldito despacho, desmontar el mobiliario tornillo a tornillo, y te los vas metiendo en el culo uno a uno. Yo me quedaré aquí en la gloria, sin tener que ver esa cara de imbécil ni aguantar tu asqueroso ego, Morgan.

—¡No me hables en ese tono! ¿Quién te crees que eres?—vociferó su enemigo, quitándole con rudeza los lápices de las manos y tirándolos sobre la mesa—. ¡Ah sí, una niñata malcriada que aún no ha superado la edad del

pavo con treinta! ¿Esperabas un trato especial porque eras la pequeña Sara? ¡Espabila y deja de tocarme las narices! Te pondré todas las objeciones que medé la puta gana y si no te gusta, te largas de vuelta a Madrid, mojigata—la retó cruzándose de brazos tan pancho.

—¿Me habla el cuarentón que se esconde del mundo como un niño asustado? —se burló, plantándose frente a él con los brazos en jarras—. El señor perfecto quiere darle lecciones a la mujer que con dieciséis años cruzó todo un continente, para vivir y hacer realidad su carrera en otro país. ¿Quién es el mojigato en realidad? En todos los años que nos conocimos nunca me trataste con esa actitud soberbia, Morgan—le recriminó dolida.

—No recuerdo que fueras tan insolente como ahora, ni tan caprichosa. —La taladró con la mirada, agachando la cabeza hasta quedarse muy cerca de su rostro para intimidarla.

—En cambio, tú eres un completo desconocido para mí. Lo que te jode, Morgan, es que te recuerdo al hombre que nunca más has vuelto a ser. —Acercó su cabeza hasta que pudo ver las intensas motas verdes de sus ojos—. Te recuerdo el miedo que tienes a vivir sin esconderte de todo y los sueños que perdiste en el camino.

—No tienes ni idea de lo dura que ha sido mi vida, Sara. —Intentó calmarse, tragando el nudo en la garganta que sus palabras le provocaban y alejándose de ella para que no pudiera vislumbrar en su mirada, la fragilidad que sentía en ese momento. Había clavado el dardo en la herida que más le dolía—. Mientras tú disfrutabas de tu feliz adolescencia, yo me jugaba el pellejo en misiones cada vez más arriesgadas: Beirut, Somalia, Afganistán.

—¿Qué te hicieron tan horrible en Irak para acabar convertido en el insociable que eres hoy? Ni siquiera el desprecio de tu padre lo logró. —El ansia por conocer qué le estaba desmoronando se impuso al enfado de la muchacha, que le acarició la mejilla suavemente.

—¿Por qué me recuerdas el pasado? —preguntó abatido, sentándose en el sofá. Sara se sentó a su lado, tomándole la mano entre las suyas para darle confianza como antaño.

—Tú me enseñaste a disfrutar pintando, por ti me fui a estudiar Bellas Artes. El Morgan de mi adolescencia era un hombre divertido, vital, lleno de ilusiones y proyectos. Siempre creíste en mí. ¿Por qué no lo haces ahora? —susurró con cariño.

—El hombre que conociste murió hace mucho. —La nostalgia brilló en sus ojos claros.

—Sigue en lo más profundo de ti, Morgan, bajo esa amargura que te domina. Estoy segura.

—¿De verdad crees que puedo volver a ser el de antes? —Necesitaba un hálito de esperanza.

—Inténtalo al menos. —Le miró, aliviada al comprobar que no estaba todo perdido, que aún podía rescatarle. Él suspiró abatido en respuesta—. Dejemos de discutir por hoy. Ten paciencia, sé hacer mi trabajo sin tus correcciones.

—Tienes razón, Sara, lo siento. Soy demasiado exigente y empiezo a agobiarte.

Morgan retiró la mano con pesar, las de Sara eran tan pequeñas y cálidas, ofrecían tanto consuelo... Se masajeó las sienes con un gesto de dolor.

—¿Jaqueca?

—De las fuertes —musitó con un gesto de dolor.

—¿Me dejas darte un masaje?

—Mientras no me estrangules —bromeó su compañero, con los ojos en blanco.

—No me des ideas...

Ella se puso de rodillas a su espalda en el sofá, controlando la profunda necesidad de abrazarle que sentía de pronto.

Los dedos en cada sien le acariciaron como plumas, presionando levemente en la zona dolorida ante los gemidos del hombre. Morgan mantenía los ojos cerrados, disfrutando de aquel delicado placer.

Mordiéndose los labios, Sara notó que estar tan cerca de Morgan le hacía revivir con más fuerza sus antiguos sentimientos de adolescente. Ahora tenía plena conciencia de que lo amaba con cada fibra de su ser a pesar del paso de los años.

No podía tocarle sin luchar contra sí misma para no volver su precioso hoyuelo hacia ella y devorar sus labios.

Estaba dispuesta a luchar para traer de vuelta al hombre que un día la enamoró, a saldar la cuenta con su propio pasado.

Comprendió por fin que jamás había amado a nadie con la misma intensidad que a Morgan, ni siquiera a su querido Gabriel, a quien no había dejado otra opción que seguir esperando en España su regreso, pendiente de la respuesta a la pregunta que sus labios querían formular y que ella había evitado.

Si no detenía el masaje, sus dedos cobrarían vida propia, le despojarían de la camisa aunque él no quisiera, y de todos sus miedos a contemplar su

cuerpo desnudo para estrecharlo en sus brazos.

«Ni mil cicatrices me harían olvidar lo que has provocado en mi corazón desde siempre», pensó, aliviada por reconocer aquella verdad que llevaba persiguiéndola desde que se marchó de casa.

—¿Mejor? Tomemos un café para sellar la tregua hasta la próxima pelea — propuso, dándole un golpecito en el hombro que le volvió a la realidad.

Morgan asintió casi adormilado, acompañándola a la cocina. Sentados frente a las tazas sonrieron, divertidos, sabiendo lo que pensaba el uno del otro.

—Sara, hemos empezado nuestra vida laboral de forma desastrosa. No podemos seguir tirándonos los trastos a la cabeza, ¿no crees?

—Debes reconocer que tu bienvenida fue bastante desagradable.

—Te pido disculpas de todo corazón. David no me dijo que tendría que alojarte en mi casa cuando vinieras y me molestó mucho enterarme de improviso —se disculpó, sincero—. Soy un solitario, me he acostumbrado a no compartir ni mi espacio ni mi tiempo con nadie excepto Lobo. Te aburrirías como una ostra conmigo.

Ella se rio de su descripción, haciendo que el hombre se embelesara de aquel mágico sonido.

—Además he sido un pésimo anfitrión. Después de dejar tu trabajo en Madrid, no estarás en condiciones de hacer gastos innecesarios. Cubriré tu alojamiento completo el tiempo que trabajes con nosotros.

—No te sientas obligado, Morgan, entre David y yo pagaremos el hotel. No te preocupes.

—Insisto. Déjame hacerlo como compensación, por favor —comentó con timidez.

—De acuerdo, eres muy generoso. Pero este fin de semana pienso hacer un gasto extraordinario.

—¿Te irás de compras a Rodeo Drive? —preguntó, sirviéndole más café.

—¡Eso es para pijas! Yo soy gótica. Te dije que tendrías los paisajes que querías en tu mesa el lunes, así que voy a por ellos. —Le palmeó el hombro para anunciar—. Y tú vendrás conmigo.

—¿Qué? —Se atragantó con el café, tosiendo.

—Mañana a las cinco de la mañana me recogerás en el hotel y viajaremos al Parque Nacional Yosemite.

—¡Ni hablar! Mi espalda no aguantaría conducir las seis horas de camino que hay hasta allí —se negó en redondo.

—Y yo no aguantaré que empieces a criticar mis pinturas cuando las tengas ante tus narices. Me acompañarás y elegirás conmigo los paisajes que más te gusten. Los fotografiaré y luego podré pintarlos —replicó, dispuesta a no admitir réplica alguna.

—¿Dónde demonios vamos a alojarnos? ¡No puedo hacer doce horas de un tirón!

—He alquilado por Internet una habitación en uno de los hoteles que existen dentro del parque. Regresaremos el domingo a mediodía.

—¿Vas a dormir conmigo? —preguntó, asombrado por su desinhibición. «Ojalá», pensó excitada.

—No, listillo, en la cama de al lado, y conduciré yo para que no te canses.

—¿Y con quién dejo a Lobo?

—Se viene con nosotros. Permiten perros en el hotel, es lo primero que pregunté. No aceptaré una negativa, me lo debes por tu mal recibimiento.

—Eres un pequeño incordio. —Tras sopesar los aburridos planes solitarios que tenía para el fin de semana, contestó—. Está bien, iré antes de que comiences a acosarme para salirte con la tuya.

—Te vendrán bien un poco de sol y aire saludable.

Esa noche, Morgan preparó un bolso de viaje con lo necesario. Metió unas camisetas de algodón, un par de pantalones de chándal y una chaqueta deportiva para la noche, además de otras zapatillas de repuesto.

Aquella inesperada excursión le hacía sentir eufórico y atemorizado a partes iguales. Ya casi no recordaba lo que era divertirse con la compañía de alguien que no fuera David. La presencia de Sara le ponía nervioso, pero también despertaba en él aquellas desconocidas mariposas en el estómago de las que la gente hablaba cuando sentía atracción por alguien. Sara le atraía como el néctar más dulce a un goloso, notando cómo su cuerpo reaccionaba ante lo que tantos años le había negado. ¿Sobreviviría a estar cerca de ella el fin de semana, con el ardiente deseo que despertaba en él latiendo en cada fibra de su cuerpo?

—Lobo, esa loca te va a llevar de paseo. Tienes que ser bueno con ella —le dijo al animal, rascándole la cabeza—. Y yo espero que tú no me des disgustos —le riñó a su bragueta.

A las cinco en punto, Sara le esperaba con su mochila marrón de viaje,

embutida en unos pantalones militares y una ajustada camiseta verde, de tirantes, bajo la cazadora de algodón negra. Una gorra igual que los pantalones completaba su conjunto.

Su compañero se había vestido con el antiguo chándal del ejército, que moldeaba su esbelto cuerpo marcándole los diminutos pezones bajo la camiseta de manga corta. A Sara se le hizo la boca agua al verle llegar, pero lo disimuló rápidamente.

A su lado apareció la enorme bola de pelo blanco, que inmediatamente puso las patas delanteras sobre la chica, lamiéndola tan contento como si supiera que ella era la artífice de su escapada.

—Cuidado Lobo, que la tiras.

—Es precioso. ¡Hola, cariño, vamos de excursión! —Le besó en el hocico.

Entraron en el coche después de guardar los bolsos en el maletero. El Toyota disponía de GPS, así que Morgan metió las coordenadas que Sara le iba diciendo sentada a su lado.

—Hay que ir dirección Norte, cogiendo la ruta interestatal 5 y la autopista 99 hacia Merced. Pasaremos por el Valle Central y continuaremos dirección Este por la ruta 140, hasta las montañas de Sierra Nevada y Yosemite —leyó del folio de ruta que había descargado de Internet.

—Ya las ha reconocido. ¿Me acercas el CD de Vanesa Mae²⁶ de la guantera?

—¿Vas a escucharla todo el camino? —preguntó Sara con fastidio.

—Me relaja para conducir.

—¿No quedamos en que conduciría yo?

—Haremos tres horas cada uno y se hará más corto. Si yo estoy al volante, oirás su violín.

—Me dormiré con su violín, querrás decir. Vale, cuando me toque mi turno al volante escucharás a Linkin Park²⁷.

—¿Quiénes son?

—Los que me ponen las pilas. Si ahora llevas tú el coche, me sentaré atrás con el oso.

Un cuarto de hora después, Sara dormía plácidamente con la cabeza echada sobre el lomo del perro. Morgan la contemplaba por el retrovisor, riendo a carcajadas cuando sus ronquidos no le dejaban oír la música.

El amanecer le sorprendió contemplando el fuego del sol naciente cubriendo como un manto los escarpados riscos grises, ahora púrpura, de las montañas de Sierra Nevada. Deslizándose despacio en una lenta caricia, la

luz del nuevo día desbordaba el cielo de un azul intenso, con los montes cuajados del verdor de los pinos y abetos reflejándose en el agua limpia de los arroyos, que cruzaban los bosques como plateados hilos sobre la roca.

El sonido del adagio en el compacto era una espléndida sinfonía que acompañaba tan sobrecogedora belleza.

Al llegar a la entrada de la ciudad de Merced, Morgan decidió despertarla para desayunar en la gasolinera donde estaba repostando.

Parecía un duende travieso que se hubiera despistado del hogar de las hadas, colándose en el coche a descansar. El hombre abrió la puerta sin hacer ruido, acariciándole el pelo deliciosamente corto y sedoso. Olía a miel y espliego.

—Ah, juventud y ganas de vivir —musitó embelesado.

Desconcertado, el corazón de Morgan dio un vuelco al intuir que algo estaba a punto de cambiar en su solitaria vida. Comprendió, en ese preciso instante, que anhelaba quedarse cada minuto del día con aquella muchacha insolente que le sacaba de quicio.

Sopló ligeramente sobre la nariz de Sara y ella, soñolienta aún, abrió lentamente el mar de sus ojos. Entonces le miró con cariño, sonriendo.

Morgan sintió un remolino en las entrañas; daría lo que fuera por que esa mujer le admirara con la misma ternura por el resto de su vida.

La verdad le golpeó en el pecho como un hierro ardiente al descubrir que se estaba enamorando de ella. Intimidado por su reciente secreto, le susurró:

—¿Te apetece un buen café y un bollo?

—Que sea de chocolate.

Dejaron al perro unos minutos en el coche y entraron en la cafetería contigua a la gasolinera, medio vacía a esa hora tan temprana.

Sentados en dos sillas altas de madera frente a la barra de granito, Sara eligió del mostrador de cristal un enorme bollo rodeado de espeso cacao, propinándole un mordisco sin poder contenerse. Morgan, al contemplarla embadurnada de chocolate, se mofó de ella.

—¡Ja,ja,ja, eres una glotona! Te vas a atragantar.

—*Fero mofiré* feliz —respondió la chica con la boca llena.

Él le limpió un trozo de miga con el dedo, acariciando su mejilla sin poder contenerse. Sara retuvo la mano del hombre con la suya un instante, deseaba mantener su contacto unos segundos más.

—Tienes las manos heladas. ¿Frío en pleno junio? —le interrogó, esperando que estuviera tan nervioso como ella.

—Se me ponen así cuando conduzco —respondió disimulando.

—¿Llevo el coche un rato?

—No estoy tan desesperado... Es broma —rectificó antes de que le saltara al cuello—. Estamos en Merced, queda hora y media para tu turno, señorita.

—OK. ¿Cogemos una chuchería para Lobo?

—Lo vas a malcriar.

Terminaron de tomarse el café y compraron un hueso relleno. Al llegar al coche, Morgan lo sacó para que hiciera sus necesidades por los alrededores.

Al volver al vehículo, Sara le enseñó su premio y el animal saltó enloquecido sobre ella, haciéndola caer sobre su trasero. Sara reía como una chiquilla, abrazando y besando al perro.

Morgan la levantó, cogiéndola por las manos, quedándose absorto ante su joven y fresca belleza. Era un gigante a su lado y la muchacha se perdía entre sus brazos al ponerla en pie.

«Me quedaría abrazada a ti de por vida», suspiró, ensimismada en su fantasía y esperando no poner cara de boba.

Morgan permanecía amarrado a su corazón, provocando un deseo que la devoraba con cada segundo que pasaba junto a él. Quizás no se atrevería a confesar sus sentimientos, pero tenía la esperanza de que él se diera cuenta algún día.

Desde la tarde anterior con sus disculpas todo había cambiado. Ya no se mostraba como un hombre irascible. Era simpático, alegre y muy divertido.

«Ojalá este fin de semana siga siendo mágico», rogó a los dioses.

Atravesaron el valle central rodeados de praderas y naturaleza floreciente. El aire olía a eucalipto a través de la ventanilla bajada, limpio de contaminación. Sara sacó la mano para sentir el frescor de la mañana.

Cuando se acercaban al este, Morgan paró en el arcén y le cedió el turno. Al bajarse del coche escondió un rictus de dolor, pero su compañera se percató de ello al colocarse en el asiento del piloto.

Cuando Morgan iba a sentarse a su lado, ella le acarició la barbilla, haciendo que sintiera un estremecimiento de deleite.

—Vete atrás, estira la espalda y descansa. ¿Duele mucho?

—Aguantaré hasta llegar.

Despojándose del corsé por debajo de la camiseta, echó la cabeza hacia atrás ahogando un lamento.

—¿Para qué es ese cacharro? —Había intentado ver por el retrovisor alguna parte de su piel, sin éxito.

—Evita que me encorve al conducir. Me lo recomendó mi último traumatólogo.

—¿Funciona?

—Si no hago un viaje de seis horas, sí —replicó sacándole la lengua.

—Muy gracioso. ¡Ah, se me olvidaba! —contestó, cogiendo su propia música.

Insertando el CD en el equipo, Sara le dio al volumen esperando la reacción de su acompañante mientras arrancaba el coche.

Cuando la música estridente de su grupo favorito llenó el vehículo, Morgan le gritó:

—¿Cómo se llama esa canción?

— “*In the end*²⁸”. Vas a escucharla lo que queda de camino, así que acostúmbrate.

—Tenía que llamarse hasta el final... ¡de mis tímpanos! Bájala un poco, por favor —suplicó con los dedos en los oídos.

—Escuchas música como de viejos —le picó, mirándole por el retrovisor.

—Pero es de mejor calidad que la tuya —replicó, dándose las de entendido.

—Sí, la que te ponen en el asilo antes de morir.

—¿Cuántos años crees que tengo, nena?

—Muchos más que yo.

—Tengo cuarenta y dos, y recuerdo que al menos te llevaba...

—Diez años.

—Mujer, te conservas bastante bien para lo mayor que eres. —Sonrió encogiendo la nariz.

—Habló el cuarentón. A tu edad muchos hombres ya tienen mujer e hijos.

—Yo tengo uno precioso —dijo besando en el hocico a Lobo.

—¿Alguien más aparte de tu bola peluda?

—Sí, un loro.

—¿Te gustan los loros? A mí me hacen mucha gracia —contestó la chica con alegría.

—A mí también, sobre todo si conducen mi coche.

—¡Idiota! —Soltó una carcajada—. ¿Te vas a estar burlando de mí todo el fin de semana?

—Por supuesto, señorita Butler. Te castigo por obligarme a salir de mi guarida.

—No te arrepentirás, te lo prometo —respondió tirándole un beso por el retrovisor.

Las mejillas se le encendieron de vergüenza ante su osadía, pero el gesto de Morgan en respuesta la dejó sin palabras. Estampó un ruidoso beso en la cara de Sara, ruborizándose también como un crío.

Tenerla a su lado le hacía sentir la ilusión de un niño, aunque su mente no dejara de repetirle que guardaba secretos terribles que la harían aborrecerlo.

El camino se les hizo muy corto mientras charlaban como antiguos amigos. Las montañas de Yosemite se mostraban como inmensas paredes de granito a la luz del mediodía, rodeadas de uno de los valles alpinos más hermosos del mundo. Representaban el poder sagrado de los indios donde renovaban su unión con los dioses.

Con nueve cascadas, entre las que destacaba la Cascada Yosemite de ochocientos metros, Morgan nunca había visitado el Parque Nacional Yosemite, que era un monumento natural en Estados Unidos famoso por las grandes secuoyas.

Sara condujo por la montaña hasta llegar a la entrada sur del parque. Cerca de la Villa Fish Camp se encontraba su motel: el *Apple Tree*, un encantador hogar de techos celestes, paredes de piedra y una inmensa chimenea.

—¿Te gusta? —le preguntó bajando del coche.

—Es acogedor. Seguro que es un lugar ideal para parejitas.

—Lástima que me traigas a trabajar como a una esclava —sentenció, bajando del coche con cara de fingida tristeza.

—Soy el ogro de tu jefe —bromeó Morgan, gruñendo tras ella.

Llevaron los bolsos y a Lobo hasta la recepción con mostrador de piedra, donde una señora de mediana edad con exótico cabello anaranjado les dio la llave de su alojamiento.

Su habitación era espaciosa. De paredes y techos color vainilla, con dos camas separadas a un lado y una estupenda chimenea de piedra gris en medio.

La mesita redondeada de cristal, con una base de piedra en el centro y un mullido sofá verde de dos plazas en la pared contigua, invitaba al descanso tras horas en plena naturaleza.

El suelo de parqué de madera oscura llamó la atención de Sara, que se quitó las deportivas dejándolas en un rincón de la sala.

El balcón valía su peso en oro: de piedra gris y ancha balaustrada de madera, ofrecía la vista del valle Yosemite a lo lejos, con el cielo azul recortando las montañas ya de color marrón, salpicadas por miles de pinos que traían su olor hasta la ventana.

Ambos se asomaron, entusiasmados y felices de dejar la ciudad por un par de días y convertirse en salvajes. Lobo ladró, contagiado por su amo.

Morgan descubrió un amplio cuarto de aseo con una bañera alargada de color blanco, igual que el resto del mobiliario, y las paredes con azulejos que tenían dibujos de cascadas en la superficie.

—¿Qué te parece? —preguntó Sara.

—Te hubiera contratado para alojarnos cuando estaba en el ejército. Si llego a saber que existía tanta belleza cerca de casa, habría venido con Lobo en más de una ocasión. Es un espectáculo maravilloso. ¿También incluye la comida?

—Por supuesto, Morgan, y ya es la hora. —Respiró profundo, abriendo los brazos.

—¿Cuánto te has gastado?

—Ciento cincuenta dólares. Dejaremos la habitación mañana.

—Los pagaremos a medias.

—No estoy en la indigencia, hombre, puedo permitírmelo.

—Ni hablar. —Se cruzó de brazos, negando con la cabeza.

—Vale, pesado —aceptó a regañadientes.

Guardaron los bolsos en el armario de puertas correderas y bajaron al comedor, decorado como una cabaña de piedra. Eran casi las dos de la tarde.

El olor de la carne asada en la parrilla les abrió el apetito. Devoraron los filetes con patatas y mantequilla como lobos hambrientos, ante la mirada atónita del camarero. La carne era deliciosa, se deshacía en la boca con el sabor cremoso de la salsa derritiéndose en la lengua. Las patatas estaban tiernas y con un leve toque picante que encantó a su compañero, riéndose al tener que soplar un buen rato por el calor que despedían al abrirlas con el tenedor.

Morgan había dejado el comedero del perro repleto de su pienso favorito y agua fresca. Cuando subieron a la habitación le encontraron echado en una de las camas, profundamente dormido.

—Lobo, no hagas eso, no estás en casa —le riñó tirándole del lomo.

—¿Siempre duerme contigo? —preguntó curiosa.

—Me aplasta todas las noches —bromeó, rascando la cabeza del animal que se echó a sus pies sumiso.

—Deberías descansar un poco la espalda. Por la tarde daremos un paseo haciendo fotos.

—¿Tú no duermes? —Se maravillaba de la energía incontenible de Sara,

mientras que él estaba tremendamente cansado.

—Voy a preparar la cámara. ¡Tómame un respiro, guerrero! —Le guiñó un ojo.

Sentada en una silla de mimbre del balcón, contemplaba el horizonte mientras organizaba el objetivo y los filtros.

Al cabo de unos minutos escuchó la suave respiración de Morgan dormido, agotado del viaje.

Acercándose a la cama donde reposaba le acarició el pelo, apartándole un mechón de la cara. Estaba descansando tan profundamente que no lo notó.

—Tenemos que cuidarle, Lobo. Nos necesita —susurró al perro, acariciándole el hocico mientras él le lamía juguetón la mano.

Una hora después se encaminaron con el todoterreno hacia la montaña que daba nombre al parque. La carretera ascendía empinada entre bosques rebosantes de pinos y las inmensas secoyas originarias de Norteamérica.

Dejando el coche a un lado del camino, subieron a pie el resto acompañados de los alegres ladridos del perro.

En la cima del bosque, la belleza de la cascada Yosemite los dejó atónitos. Entre dos muros de roca caliza de color gris, se destacaba una impresionante cascada de agua fresca proveniente de lo más recóndito de la montaña, provocando masas de espuma en el fondo. Los pinos a su alrededor resplandecían en un verde brillante, regados por los arroyos de la cascada.

—Es una preciosidad —murmuró Sara, ilusionada no solo por el paisaje.

A la luz del cielo, los ojos de Morgan resplandecían más verdes que nunca, haciendo que sus emociones galoparan al ritmo de mil caballos.

Cogiendo la Nikon de manos de la muchacha disparó varias veces, desde todos los ángulos, tras el promontorio de piedra que servía de mirador en lo alto de la montaña y que ya se llenaba de curiosos.

Durante el resto de la tarde visitaron los valles cercanos a la cascada, haciendo fotos maravillosas del río y de los bosques. La luz del atardecer se reflejaba en el agua del lago Mono con destellos de vivos colores, como un espejo que guardara como un tesoro el cielo de verano.

Sara incluso le llevó a visitar el Capitán, una pared de granito de mil metros de altura desde la que se practicaba paracaidismo. Señalando hacia la cordillera de la sierra, la chica le contó entusiasmada que se podía llegar por ella hasta el este del desierto de California.

Entre risas fotografió a Morgan junto a Lobo jugando con el palo que le

lanzaba, cerca del arroyo donde se habían detenido.

Acercándose a ellos para tener una perspectiva mejor, se aproximaba sin darse cuenta a las afiladas piedras que sobresalían en el suelo.

El impacto al tropezar con ellas fue catastrófico: cayó de rodillas contra las rocas, con la mala fortuna de que su pierna derecha quedó clavada en la de mayor tamaño.

El grito que salió de sus labios sobresaltó a su compañero, que incluso corriendo hacia ella no pudo detener el golpe a tiempo.

—¡Sara, quieta! —le advirtió muy preocupado. Arrodillado en el suelo, la sostuvo por la cintura para darle la vuelta y descubrió la punta de la piedra clavada.

—Me duele mucho —gimió, aguantando las lágrimas de dolor.

—Voy a tirar de la pierna para desenganchar la piedra. Lo haré rápido, ¿de acuerdo?

De un seco tirón logró extraer la roca, pero el desgarro que había producido hizo que el hueso roto de la tibia aflorara al exterior entre una copiosa hemorragia. La muchacha emitió un chillido estremecedor.

—Tranquila, cariño —le susurró conmovido mientras la echaba en el suelo con delicadeza.

Corrió hasta el coche que habían aparcado abajo en la pradera, olvidando el dolor de su espalda y cogiendo un trozo de cuerda para montar equipajes que siempre llevaba en el maletero.

Llegando hasta la muchacha, cubrió la pierna con la chaqueta del chándal, envolviéndola con cuidado. Después rodeó la extremidad con la cuerda haciendo un torniquete, entre los gritos de Sara al anudar fuertemente los extremos.

Cargando con ella en sus brazos llegó al Toyota y la introdujo en el asiento de atrás con suavidad. Al ser tan pequeña cabía perfectamente tumbada a lo largo.

—Soy un desastre, lo siento, Morgan. —Se disculpó, avergonzada de causarle problemas.

—No digas tonterías. —Le acarició el pelo con ternura—. En el hotel te verá un médico.

Morgan condujo todo el camino hasta su alojamiento como alma que lleva el diablo. Llegaron en un abrir y cerrar de ojos. Subió como una exhalación hasta la recepción con la muchacha en los brazos y el perro ladrando tras ellos.

—¿Dónde está el médico? —preguntó inquieto al conserje, un hombre de mediana edad, de color, con gafas de metal dorado y el cabello rizado impecablemente peinado hacia atrás.

—Suba a su habitación, le llamaré en seguida.

Morgan depositó a la chica en la cama, ansioso, y acomodó las almohadas para mantener su cabeza erguida.

El doctor llegó en unos minutos. Era un hombre de pelo canoso y gesto afable, de unos sesenta años, alto y espigado.

—¿Es su esposa? —interrogó a Morgan con una voz dulce que denotaba cariño hacia sus pacientes.

«¡Qué más quisiera yo!», pensó la chica.

—Es mi amiga. Trabajamos juntos —le aclaró.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el médico, sentándose en la cama.

—Sara. Ha sido la caída más ridícula de toda mi vida.

—Esas son las peores. Aguante, Sara —contestó el médico con un golpecito en su hombro para quitar importancia a lo que tenía que hacer.

Desanudó los extremos de la cuerda, quitándola poco a poco, y descubrió la herida. La hemorragia se había cortado, pero el hueso presentaba un aspecto deplorable. Cogiendo el maletín sacó vendas, pinzas y antiséptico.

—Voy a colocar el hueso en su sitio y vendar la herida. Llévela a mi consultorio cuando hayamos terminado, allí le enyesaré la pierna. Se encuentra en la planta baja, el recepcionista le indicará.

Morgan se sentó en la cama, recostándola sobre su pecho, volviendo la cabeza de Sara sobre su hombro y apretando sus manos, que sudaban.

—No mires, nena —le habló al oído. Querría estar en su lugar para que no sintiera aquel dolor lacerante que le desencajaba el rostro. Cuando la vio tirada en el suelo, gritando, el miedo le atenazó el corazón, no podía soportar la idea de que sufriera, sintiéndose culpable por no haber estado más atento y haber evitado el maldito accidente. La apretó más contra su cuerpo para infundirle valor, deseando que el doctor acabara cuanto antes con aquel suplicio. Porque Morgan era capaz de aguantarlo todo menos verla llorar; deseaba beberse sus lágrimas entre besos.

Sara estaba muy asustada, quería fundirse con Morgan para no sentir la quemazón que le subía por la pierna ni el miedo a no soportar el dolor. Encima se sentía ridícula por haber sido tan torpe dándole aquel disgusto a Morgan.

Cuando el médico abrió los lados de la herida para comprobar que no había

restos de lascas, dio un respingo apretando los dientes. El dolor la quemaba, haciéndola temblar. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas cuando las manos del hombre presionaron sobre el hueso desnudo, volviendo a colocarlo en su sitio.

—¡Dios! —exclamó estremecida.

—El desgarro del hueso ha sido limpio, no hará falta hacerle una radiografía. Pero debo darle varios puntos para cerrar la herida, que se caerán solos cuando haya cicatrizado.

Morgan besó la frente de la muchacha con ternura, murmurando palabras de consuelo para calmarla.

—Buena chica, pronto terminará. —La apretó contra él.

Cada vez que la aguja penetraba en su piel, Sara gemía y sudaba copiosamente. Quince puntos de dolorosa sutura cerraron el jirón.

—Ya está, se acabó —constató el doctor.

Llenó la herida de antiséptico, la cubrió con apósitos y la vendó.

—Les espero abajo —dijo saliendo.

—Vamos ahora mismo doctor.

—¡Qué vergüenza! Me has visto llorar como una niña —se excusó, limpiándose las lágrimas con el pañuelo que Morgan le tendía. Cuando la acunaba sobre su hombro con aquella voz que hacía renacer su lado más sensual, había llorado de dolor pero también de felicidad, porque los brazos de Morgan eran el lugar en el que siempre querría estar protegida.

—Has sido muy valiente. Otra chica hubiera pataleado y gritado como una histérica —la animó, besándola en la cara mientras ella se derretía.

—He estropeado nuestro trabajo. Pero pienso pintar aunque tenga que ir a la oficina con muletas —aseguró decidida.

—No te preocupes de eso ahora. Agárrate a mi cuello. —Cogiéndola en brazos la llevó en volandas al consultorio, que encontró sin problema.

Paredes de azulejos blancos, un biombo del mismo color, un carro de curas de metal y varios armarios metálicos con medicinas recibieron a la pareja. El suelo de baldosas de piedra, a diferencia del resto del hotel que era de madera, le daba mayor higiene.

Sentada en la camilla, el médico le enyesó la pierna por encima de la rodilla.

—Señorita, tiene que llevarlo durante diez días. En su centro más cercano se lo quitarán cuando llegue el momento para comprobar que la herida está correctamente cerrada y volverán a enyesarla otros treinta. Le daré calmantes

para el dolor.

—Muchas gracias, doctor —contestó Sara.

—Ahora guarde reposo y descanse del susto.

El hombre le proporcionó un par de muletas para que pudiera caminar. Morgan las tomó en una mano, volviendo a llevarla en brazos hasta la habitación.

—Cogerme no es bueno para tu espalda —le advirtió su amiga.

Pero en su fuero interno Sara disfrutaba de lo lindo de esa cercanía. Era una delicia sentir su pecho ancho y fuerte. Tener el profundo hoyuelo de su barbilla y sus labios carnosos tan cerca la tentaban a besarle, pero no se atrevía.

Una vez en la habitación, Lobo se acercó a ella gimiendo. Sara le besó el hocico con mimo, hablándole dulcemente.

Morgan apartó al perro a un lado para que no se montara sobre la pierna herida y la miró, sentándose a su lado.

—¡Ya tienes una aventura que contar a tus nietos! —Volvió a acariciarle el cabello con una mano. Adoraba su corte de pelo.

—Obviaré que su abuela es un auténtico desastre. Gracias por ayudarme, Morgan. La verdad es que estaba aterrorizada, aunque guardara la compostura para que el doctor no huyera despavorido —le dijo la joven con timidez y una sonrisa que le derritió el corazón de nuevo.

—No eres tan odiosa como para abandonarte en el bosque. ¡Ay! —se quejó cuando ella le pellizcó en el brazo por la broma.

—Yo lo hubiera hecho, por idiota.

—No seas tan dura contigo, le puede pasar a cualquiera. Pero tenemos que hablar muy seriamente, Sara.

—¿De qué? —No esperaba las palabras que él iba a pronunciar.

—Ya no puedes quedarte sola en el *Moon*. Necesitas ayuda para vestirte, bañarte...

—Me las apañaré bien, tranquilo.

—Vendrás a vivir a conmigo. —Su afirmación sonó como dulce música para la muchacha.

—Te molesta tenerme en tu casa, no lo hagas por obligación porque no tienes ninguna conmigo. Ni siquiera ahora —respondió sin dar muestras de demasiada convicción.

—Alguien debe cuidarte y seré yo quien lo haga —le aseguró decidido.

—No me hace falta tu ayuda, Morgan, en serio.

—No seas orgullosa, señorita. Viviremos juntos. Con condiciones.
—Dímelas y ya veré si acepto. —Le miró, precavida.
—Cada uno tendrá su propio espacio y no invadirá el del otro. —Señaló su nariz respingona con el índice, haciéndola reír.
—Muy bien.
—No hay horarios establecidos, podrás entrar y salir cuando desees. Igual que yo.
—De acuerdo —aceptó gustosa.
—Mis noches son bastante atípicas, sufro pesadillas continuamente. Si me escuchas, me dejarás solo. Y está terminantemente prohibido entrar en mi habitación —dijo lo último con gesto serio.
—¿Y qué hago si me necesitas alguna vez? ¿Te dejo gritar y paso de ti?
—Si me ocurriera algo grave, ten por seguro que te llamaría.
—Está bien. Yo te pondré una sola condición.
—Adelante —la animó, satisfecho de que no discutiera sus propuestas.
—Si sufres un dolor tan intenso como el día que llegué, me permitirás ayudarte. Dejarte tirado como un perro hasta que llegue mi hermano es tentador, pero no soy tan cruel —respondió, sacándole la lengua.
—Él sabe cómo pincharme si yo no puedo hacerlo solo —murmuró azorado.
—Aprenderé. No creo que tu trasero sea tan extraordinario para no dejarme verlo. ¿Aceptas o no? —preguntó la chica, ofreciéndole la mano.
—Acepto —respondió Morgan, sellando el pacto con un apretón—. Llamaré a David para decirle lo que te ha ocurrido, que recoja tus cosas del hotel y las lleve a mi casa. Mañana saldremos temprano.
—Siento que tengas que conducir todo el viaje —susurró, sintiéndose culpable.
—Por eso saldremos antes, pararé cada dos horas para descansar.
Morgan llamó a David al móvil esa noche para contarle lo que había ocurrido y que no le diera un síncope al ver entrar a su hermana en el trabajo el lunes.
Su socio se quedó atónito al saber dónde se encontraban los dos y en las condiciones que había quedado Sara. Se le notaba preocupado y furioso a partes iguales. Como conocía el temperamento de David cuando estaba nervioso, le pasó el teléfono a su hermana para que lo apaciguara.
—¿Para qué habéis ido tan lejos, Sara? —la interrogó hecho un basilisco.
—Necesitaba fotografiar unos paisajes y pasar un fin de semana de relax.

—¿Estás bien de verdad?
—Síííí. Me he roto la pierna, no el cerebro. Iré a trabajar sin problema.
—Deberías guardar reposo para la herida al menos una semana.
—Ni hablar. Pintar me hará olvidar que me he convertido en una inválida.
—¡Cabezota! Pero te has salido con la tuya, entrarás en el santuario de Morgan. —La voz de su hermano denotaba triunfo.
—Por fin. —Suspiró, contenta.
—Tened cuidado mañana. Pon el móvil en manos libres, por favor.
—No te preocupes. Besos. —Sara le dio al botón para que Morgan escuchara.
—¡Dile a esa mala bestia que te proteja si no quiere que le parta la cara! —gritó, fingiéndose cabreado con su amigo.
—¡Primero tendrás que subirte a algo! —protestó Morgan con una carcajada.

Por la noche, su nuevo enfermero no escatimó en detalles para ella, mimándola con la cena: una deliciosa vichyssoise²⁹ bien fría y un par de copas de helado de nueces con bombones como postre.

Se sentía ridícula necesitando ayuda para ir al baño. Él evitaba mirarla cuando se bajaba los pantalones, sosteniéndola hasta que se sentaba en el retrete con la cara roja de vergüenza.

Después le puso el pijama corto, de raso rojo, con mucha cautela para no doblarle la pierna, girándose hasta que ella se vistió la parte de arriba.

Durante toda la velada dejó aflorar su encanto de caballero, haciendo bromas sin cesar que partían de risa a la chica.

Sus ojos reflejaban dulzura cada vez que se dirigían a ella, hecho que no le pasó desapercibido a la propia Sara. Notaba que Morgan ahora se sentía cómodo en su compañía y empezaba a alegrarse de tenerla a su lado.

Bostezó y el hombre la metió en la cama, arrojándola con la sábana estampada de flores. Le dio un calmante con un vaso de agua, besándola en la frente como a una niña pequeña.

Pero esta vez la muchacha no aguantó la imperiosa necesidad que sentía desde que llegó a la ciudad. Tomando su cara entre las manos depositó un suave beso en los labios de Morgan.

Una inmensa felicidad se apoderó de él, sintiendo el corazón galopar en la garganta al contacto de su boca. Devolvió el beso con timidez, apenas rozando los labios de la joven.

Hacía tanto tiempo que nadie le había tocado. Ambos se contemplaron en

silencio, devorándose con los ojos; ninguno deseaba separarse del otro.

—Bonita forma de darme las gracias —musitó, con el vello de los brazos todavía erizado de gozo.

—Lo mereces. Hoy has sido el Morgan que conocía. ¿Te das cuenta de cómo lo tenías guardado aquí dentro? —La chica se atrevió a rozar con la mano su pecho por encima de la camiseta del ejército, agradecida de que él le permitiera también ese pequeño contacto.

—El mérito es tuyo. Hacía mucho que no disfrutaba con alguien —respondió sonrojado.

—Me alegro. —Sara se regocijaba con aquel gesto de timidez que le hacía encantador.

—Y yo —coincidió, apretando su mano diminuta entre las suyas, enormes—. Duerme un poco, te hará efecto la pastilla.

Sara se quedó dormida con el sabor de Morgan en los labios. Su amigo, tumbado en la cama de al lado, la miró largo rato acariciando a Lobo echado sobre sus pies.

Ese beso había abierto la puerta a un mundo que Morgan nunca había experimentado: un mundo de ilusión, de cariño, de entrega y de amor sincero a una mujer. Sentirse amado y aceptado era un sueño que acariciaba en secreto. ¿Podría esa muchacha hacerlo realidad?

La imaginación del hombre se desbordó ante una vida llena de momentos como el que había sentido unos instantes antes. Caricias y besos dulces al calor del fuego de la chimenea, viendo las películas antiguas que tanto le gustaban, bailar con ella en el salón de la casa entre bromas y risas, pintar juntos jugando a mancharse con los pinceles, salir a cenar y tomar una copa...

Pero el fantasma que le atormentaba se impuso en sus fantasías como una pesada losa. Al imaginar que le abrazaba, aparecieron en su mente las heridas de su cuerpo y sintió un desconsuelo insoportable, en lo más hondo de su ser, ante la idea de que le encontrara repulsivo.

Y aquel horroroso recuerdo que no le dejaba vivir, noche tras noche atormentando su mente con imágenes de su cuerpo temblando en la oscuridad de una celda, con el sonido de aquella máquina que tanto temía y con las gotas de sudor resbalando por su piel como preludio del miedo y el dolor.

Si no hubiera aceptado la misión de Irak, haría mucho tiempo que sería feliz, tal vez tendría su propia familia y una esposa que lo adorara.

Sin embargo, el presente estaba lleno de incertidumbre. ¿Qué podía

ofrecerle a Sara más que un hombre lisiado? Esa pregunta se clavó tan hondo en su alma que empañó la alegría del beso. Con aquella certeza se quedó dormido al fin.

El viaje de retorno se hizo pesado, pero disimuló ante la muchacha la profunda melancolía que se había aferrado a su corazón.

Pararon tres veces para tomar un aperitivo mientras Morgan estaba pendiente en todo momento de ella. La espalda le enviaba dolorosos agujijones a su cerebro y deseaba llegar a casa cuanto antes.

Habían salido a las seis de la mañana. A las tres de la tarde aparcaba frente a su casa.

Llevó los bolsos de la chica al salón. En la entrada David había dejado el resto de las cosas de su hermana, que no eran muchas.

Morgan le enseñó la sencilla habitación de invitados: una amplia cama de madera de nogal y el cabecero rectangular con una cenefa anudada en la parte superior, una mesilla adornada del mismo modo y una lámpara de cristal, que tenía la figura de una ninfa desnuda en relieve saliendo del agua, a sus pies, y sosteniendo en sus manos la bombilla de suave luz melocotón. Junto con el armario de doble puerta con pomos trenzados y un espejo alargado en el frontal, serían su hogar a partir de ahora.

La espléndida vista a las montañas de Santa Mónica, como en la habitación de Morgan, la dejaron maravillada ante los riscos cuajados de verde y las casitas blancas brillando a lo lejos por los reflejos del sol.

La visita a sus aposentos privados concluyó mostrándole el cuarto de baño interior con el aseo, el lavabo de color marfil y la bañera redonda a un extremo. Los azulejos de estilo griego con grecas verde aceituna le daban un aspecto de termas de la antigua Roma.

Morgan llevó todos sus enseres al dormitorio y la ayudó a sentarse en el sofá con la pierna en alto.

—Luego guardaremos tus cosas. Voy a pedir comida china. ¿Te parece bien?

—Claro que sí —comentó Sara radiante.

—Pero antes de comer tengo que lavarme un poco. ¿Quieres bañarte ahora?

—Por la tarde, después de guardar todo esto. Dúchate sin prisas.

—Pide lo que quieras —propuso su compañero, dándole el folleto del restaurante y su móvil.

—¿Prefieres algo en especial?

—Elige tú. Si me necesitas, llámame.

—OK.

En el baño grande se despojó del corsé y la ropa.

Abriendo el armario antes de meterse en la ducha, cogió una ampolla de su medicina habitual y una jeringa. La cargó y se pinchó en el glúteo con grandes esfuerzos al doblar la cintura.

La quemazón de su espalda después de tantas horas al volante casi le hizo gritar, pero no quería asustar a su compañera. Metiéndose en la ducha dejó el agua caliente relajar su cuerpo, suspirando agotado.

[22](#) Desnudos masculinos que se remontan a las estatuas antiguas. Equivalen a los ángeles en la tradición cristiana. Fueron creados en el Renacimiento. Los más famosos se encuentran en los frescos de la bóveda de la capilla Sixtina realizados por Miguel Ángel entre 1508 y 1512.

[23](#) Iglesia Católica que se encuentra en el Vaticano, Roma. Fundada por el Papa Sixto IV. Construida entre 1473-1481 por Baccio Pontelli y Giovanni de Dolci. Estilo Renacentista.

[24](#) Color rojo oscuro, próximo al violeta: el color corinto toma su nombre del de las pasas originarias de Corinto. Este color es mezcla de Negro Rosado y un poco de Rojo y Café.

[25](#) Léon-Jean-Bazille Perrault. Nacido en Poitiers el 16 de junio de 1832-1908 Royan). Pintor de Salón. Movimiento: Romanticismo.

[26](#) Vanessa-Mae Vanakorn Nicholson, conocida como Vanessa Mae. Nacida en Singapur, 27 de octubre de 1978, es una violinista de formación clásica pero que se ha hecho famosa por sus grabaciones en las que mezcla piezas clásicas con pop, jazz, techno y otros ritmos modernos.

[27](#) Grupo de rock americano. Originario de Agoura Hills, California. Hacen rock alternativo y Metal desde 1996.

[28](#) Autor: Grupo de rock Linkin Park. Álbum: *Hybrid Theory*. Año 2000.

[29](#) Es una sopa internacionalmente conocida, y que es una variante de una receta tradicional de la cocina francesa. Es una crema fría salada elaborada con puerro, cebolla, patata, leche y nata. Se sirve muy fría en un plato hondo, cuenco o tazón.

Capítulo 5

Después del succulento almuerzo de arroz pekinés, Morgan la acompañó a su habitación para ayudarla a instalarse. Sara sacaba la ropa de los bolsos y él la distribuía en el armario al gusto de la chica.

Cuando vio los cosméticos y el maquillaje se echó a reír. Había sido buena idea reservar el otro baño para ella, puesto que estos ocupaban todo el espacio disponible en el zócalo de la bañera.

—Ya hemos acabado. —Resopló, cansada.

—¿Te preparó un baño? —preguntó solícito, dirigiéndose al aseo.

—Sí, por favor. Mil gracias. ¿Puedes echar estas sales? —dijo acercándose con las muletas y señalando un frasco de cristal marrón que contenía pequeños cristales tostados.

Morgan abrió el grifo, regulando el agua para que no estuviera demasiado caliente. Al llegar a la temperatura adecuada, puso el tapón y vertió una buena cantidad.

Sara regresó de la habitación con un pijama corto en las manos, de algodón rosa con tirantes. Él ya le había preparado un par de toallas rojas junto al lavabo.

—Esperaré fuera. Cuando te desnudes, envuélvete en la toalla y te quitaré la parte de abajo.

Dejándola sola se acercó hasta su dormitorio. Del cajón de su mesilla sacó un frasco de píldoras calmantes y se tomó dos. La inyección le había aliviado solo unos minutos.

—¡Ya puedes entrar! —le llamó desde el baño.

Estaba cubierta casi por entero con la toalla y sus pantalones quedaron por los muslos mientras se sostenía al borde de la bañera. El hombre se arrodilló bajándolos con cuidado, pasándolos por la escayola hasta quitárselos por completo.

—¿Vas a meterte con la toalla puesta? Acabará empapada. —Intentó cogerla de un borde—. No voy a asustarme al verte.

—No quiero que lo hagas —replicó testaruda.

—Podrías ser mi hermana, Sara —contestó con cara inocente.

El comentario enfureció a la muchacha.

«Eso es lo único que soy para ti, ni mi beso lo ha cambiado», pensó despechada.

Despojándose de la toalla dejó ante los ojos de Morgan sus espléndidas curvas. Antes de que pasaran ambos más vergüenza, cubrió la pierna con una bolsa de basura como remedio casero para impermeabilizar la escayola y la cogió entre sus brazos, introduciéndola lentamente en el agua caliente. Estaba tan ruborizada que no se atrevía a mirarle a los ojos.

—Tienes un mes para acostumbrarte a esto —le comentó, fingiendo no darle importancia—. Llámame cuando quieras salir.

Morgan siguió colocando su propia ropa en el armario y preparando la sucia para lavar. El cuerpo de Sara, voluptuosamente femenino, volvía a su memoria aunque pretendiera quitárselo de la cabeza.

Sus pechos eran grandes, de aureolas y diminutos pezones rosados. El vientre, de suave curva redondeada, se perdía en el insinuante vello rubio del pubis. La blancura de su piel despertó los deseos más ocultos del hombre.

¡Cómo le gustaría saborearla! Su sexo despertó de nuevo, ansiando ser colmado por la muchacha.

Convertirla en su fantasía, sin necesidad de que tocara su cuerpo destrozado, le hacía sentirse excitado y culpable a la vez.

—¡Parezco un adolescente! —replicó alterado—. Aguantar verla desnuda constantemente va a acabar conmigo.

Para sosegar se fue a la cocina y se sirvió un café. Sentado en la encimera, respiró despacio para relajar la imponente erección que se erguía indomable en sus pantalones.

La voz de Sara llamándole otra vez le dio un vuelco al corazón.

—Ya voy —contestó, mordiéndose los labios y recomponiendo el desastre que aún sobresalía de su chándal gris.

La chica había vaciado la bañera, tapándose nuevamente.

«Sí, por Dios, cúbrete que me enciendo otra vez», pensó temeroso.

—Ese olor me es familiar —le comentó intentando distraer sus pensamientos.

—Es chocolate —respondió divertida, mirando de reojo su abultada entrepierna.

«Podría devorarte envuelta en él. ¡Piensa en otra cosa!», imaginó al borde del colapso.

Tomándola entre sus brazos la llevó al dormitorio, soltándola en la cama donde estaba su ropa.

Las braguitas de encaje negro que Sara le tendía terminaron de acalorarlo. Tomándola entre sus grandes manos, introdujo despacio los pequeños pies de la chica, con mucho cuidado de no hacer movimientos bruscos que molestaran su herida. Se concentró en la tarea minuciosamente para que ella no pudiera notar el creciente deseo que comenzaba a erigir su miembro. Las yemas de sus dedos rozaron lentamente sus tobillos, deleitándose con la suavidad de la piel de sus pantorrillas que provocaron un febril deseo en Morgan al imaginar que era su lengua la que recorría aquel delicioso camino. La mirada del hombre era salvaje, con un ansia hambrienta de necesidad, quería devorar a aquella preciosa mujer hasta hacerla gritar su pasión con las letras de su nombre. Cuando había traspasado la frontera de la escayola y las yemas de sus dedos, al contacto suave de sus muslos, enviaron un excitante hormigueo a sus testículos, Morgan creyó que eyacularía en cualquier momento si no se alejaba de ella. Se había mordido los labios para no gemir de placer, ronroneando como un tigre en celo.

La respiración de Sara había pasado de ser suave, conteniéndola para no vibrar ante el tacto del hombre que tanto deseaba, a convertirse en un jadeo que a duras penas podía callar, mientras una secreta humedad impregnaba su sexo al contacto de los llameantes dedos de Morgan con sus muslos, porque su cuerpo sabía lo que tanto anhelaba y pedía a gritos que Morgan bebiera de ella una y otra vez. Sara cerró los ojos para que él no descubriera la lujuria que reflejaba su mirada, al imaginarle tomándola con la boca.

—¿Podrás seguir tú sola? —preguntó él con un hilo de voz, rompiendo el hechizo que ambos habían provocado.

—Sí, tranquilo —respondió abriendo los ojos, con las mejillas ardiendo y un suspiro ahogado en la garganta—. ¿Te importa que curiosoee en la biblioteca? —Intentó aparentar normalidad a pesar de que su cuerpo podría arder en combustión espontánea si aquel maldito hombre seguía pegado a sus piernas.

—Estás en tu casa. Seguiré ordenando las cosas del viaje. Ten cuidado no vayas a caerte —respondió saliendo.

Corrió a su dormitorio, encerrándose en el cuarto de baño. Su pene iba a reventar. Desanudó el cordón negro del pantalón y bajó los ajustados bóxer blancos, pasmado por la reacción de su cuerpo ante Sara.

«¡Relájate,vamos! Una ducha fría servirá», se animó.

Se arrancó la camiseta negra de tirantes a trompicones, metiéndose en ella y abriendo el grifo. El agua helada no hizo gran cosa, porque Sara no desaparecía de su pensamiento.

Instintivamente sus manos acariciaron el duro miembro, recordando la escena. La excitación le embriagó, comenzando a masturbarse enérgicamente, con el agua deslizándose como una caricia por el vello de su pecho, como quería que la boca de Sara le acariciara.

Imaginarla con aquella ropa interior, echada sobre su cama, estimulándose para él con la mano metida en la braguita y los pechos hinchados de placer, para instantes después tomar su sexo, enterrándose con profundas embestidas en el cuerpo de su mujer —porque quería que fuera suya, que sólo él fuera el dueño de su placer—, hizo que el hombre estallara entre gemidos en un violento orgasmo.

Vivir con ella haría que tuviera que huir para aliviarse más de una vez en los meses siguientes.

Calmaba su deseo por Sara dándose placer a sí mismo como un chiquillo, sin atreverse a que ella le contemplara, maldiciendo su cuerpo desfigurado y el secreto que guardaba, anhelando y temiendo ser tocado, ser amado por ella.

La noche del domingo la joven comprobó hasta qué punto las pesadillas alteraban a Morgan. De madrugada, se despertó sobresaltada por fuertes quejidos que llegaban de la otra habitación y que podía oír perfectamente porque dormía con la puerta abierta. Cogiendo las muletas se bajó con cuidado de la cama, andando despacio para no hacer ruido.

Llegó a la puerta cerrada a cal y canto y escuchó.

—¡No, dejadme! ¡El látigo no!

Las palabras entrecortadas se mezclaban con lastimeros sollozos y el ruido de las sábanas revueltas al forcejear dormido.

En unos instantes tuvo que ahogar su propio grito con la mano al escuchar que Morgan había caído, despertándose. Antes de que la descubriera si salía regresó a su dormitorio, preocupada.

Tenía que aguantar la tentación de entrar a ayudarlo, si no perdería todo lo que había conseguido, y lo más importante: la recién adquirida confianza del hombre en ella.

Sara no quiso ni oír hablar de darse de baja en el trabajo. Se incorporó el mismo lunes como si nada hubiera ocurrido.

Morgan y su hermano la obligaban a dejar de pintar en el taller cada hora para descansar la pierna unos minutos. Habían colocado un escabel con un cojín donde mantenerla en alto mientras acababa de dibujar, en el papel, el boceto del fresco de la *Creación*³⁰ de Miguel Ángel que ella misma había escogido, y que le serviría de guía adecuada para la tabla que debía llevar la imagen.

Primero dio una capa de imprimación adherente para que tuviera mayor durabilidad con el paso de los años. Una vez se hubo secado, fue Morgan quien lijó el panel de madera y volvió a darle otra capa para que cristalizara y que ella no tuviera que mantener la espalda encorvada con la pierna en alto más de lo necesario. Limpiando el panel con un trapo seco, le dio la última capa con el rodillo de espuma y lo dejó listo para que Sara comenzara a crear la magia de sus manos, dibujando el contorno del fresco primero con grafito y luego dándole vida con óleo.

El fornido Adán, con rostro de niño inocente enmarcado por los cortos cabellos castaños tras las orejas, de fina nariz y ojos soñadores que aún no habían descubierto el pecado, tendía una mano a su creador esperando su noble caricia mientras la otra permanecía doblada sobre la pradera. Sus labios carnosos y el mentón prominente le contemplaban en devota espera.

Echado sobre la cadera descubría su torso lampiño de hombre joven, ancho, de brazos fibrosos y hombros perfectos, la profunda hendidura de los pectorales coronados por tenues pezones sonrosados; el ombligo, apenas una fina línea en el sutil montículo del vientre descendiendo hacia sus genitales y los huesos de las caderas perfilados sobre el monte de Venus, como los campeones griegos dibujados en las vasijas.

Su pierna izquierda, con la rodilla doblada y el pie reposando debajo de la otra, de poderosos muslos y gemelos, eran acariciados por la verde hierba del Edén, del que pronto sería desterrado convertido en el estigma de la tentación.

Llegó el treinta de junio mientras Sara, que ya había terminado el fresco anterior, se dedicaba en cuerpo y alma a pintar en la tabla de madera el proyecto en el que había planeado unir la imagen del *ignudis* y la joven del espejo de Basile Perrault, sentados uno al lado del otro como si fueran una pareja. Con delicadeza, fue dando vida al griego y su enamorada, haciéndolos tan reales que David quedó maravillado del arte de su hermana: la piel morena del hombre con músculos perfectos, el mármol blanco donde

reposaba, cada veta de la piedra, el pliegue de la tela dorada que cubría la cintura de la joven, la dulzura de sus pechos desnudos, vibrantes en la pubertad.

Morgan se mostraba en el trabajo silencioso y taciturno, dejándola a sus anchas y sin molestarla con críticas.

Sin embargo, las noches en su casa revelaban a un hombre fascinante, culto y refinado. Un hombre que se estaba enamorando tan profundamente que ya no sabía si podría vivir sin ella.

Cuidaba de Sara con insólito ardor, pendiente del más ínfimo deseo de la muchacha.

Al cabo de diez días la llevó a la clínica John Tracy en el bulevar West Adams de Los Ángeles, donde Sara pudo practicar de nuevo el español para comprobar que su herida estaba curada y cambiarle la escayola.

El doctor Ortega la felicitó por su excelente cicatrización ante la atenta mirada de Morgan, que adoraba escuchar la dulce cadencia de la voz de ella en otro idioma.

Cocinaba platos españoles mientras Morgan los endulzaba con los postres más exquisitos: pastel de calabaza para su primera experiencia con la paella de marisco, que le hizo relamerse los dedos y mojar pan en las montañas de arroz dorado; tarta de tiramisú para la tortilla de patatas con cebolla y pimientos que devoraron al unísono en un enorme bocadillo, llenando de migas el sofá; el cocido madrileño y el gazpacho del que su amigo se bebió casi un litro, pidiendo más.

Morgan la obsequiaba después de la cena con la lectura en voz alta de los libros de vampirismo que le apasionaban, manteniendo la cabeza de ella sobre su regazo echados en la alfombra.

Cuanto más tiempo vivían juntos, más difícil era no sucumbir al deseo por él. Incluso dormida, su ansia la hacía soñar que entraba en su dormitorio, desnuda, ofreciéndose al hombre que la encendía, y que él no se atrevía a rechazarla. Siempre se despertaba cuando sus manos iban a subirle la camiseta del pijama...

En la vida real Sara era tan ardiente como en sus sueños, pero después del beso en el hotel no hubo más.

Morgan era muy tímido y apocado, tan caballeroso que mantenía educadamente las distancias. Aunque ella había notado, en varias ocasiones, cómo se abultaban sus finos pantalones de dormir cuando se paseaba con sus exiguos camisones de seda por la casa.

Dominar la pasión que arrasaba sus sentidos la estaba llevando al límite, y estaba decidida a que esa noche hubiera entre ellos mucho más que palabras.

Había alquilado un par de películas de Bela Lugosi³¹ provocando una divertida pelea entre ellos, porque Morgan era un acérrimo seguidor de Karloff³².

—Utiliza demasiada mímica, no puedo creerme su Drácula —protestó ruidoso, tirando a Lobo una palomita.

—Lugosi interpretó varias obras de teatro en Hungría, era un actor de la vieja escuela. Con ese acento cautivaba al público —le defendió ella, sentada a su lado en el sofá.

—No puede compararse a Boris, era mejor sin pronunciar palabra, como en Frankenstein —mantuvo orgulloso.

—Cualquiera puede interpretar al monstruo. ¡Hasta tú lo harías bien! Pero no habrá nadie tan elegante como su vampiro.

—Gary Oldman³³ —citó su compañero, cogiendo una palomita en el aire.

—Muy buen actor, pero no logró su carisma. Bela tenía un magnetismo animal, las mujeres le enviaban cientos de cartas al día. ¡Era muy sexy! —gritó como una quinceañera.

—¿En serio? —preguntó Morgan, imitando su grito. Ella le dio con un cojín por burlarse.

—Incluso su hijo lo cuenta. Y me encantan los hoyuelos en la barbilla. Embellecen los rasgos de un hombre —murmuró, contemplándole embelesada—. Como te sucede a ti.

—Te agradezco el cumplido, pero no te servirá de soborno. Señorita, es más de la una, deberías irte a dormir.

—Mañana es domingo y no trabajamos. Además, tú no descansas ni siquiera una noche. Escucho tus quejidos desde mi habitación.

—No puedes hacer nada por mí, Sara. —La miró con rostro melancólico.

Las manos de la joven volaron hasta su cara, echando los largos cabellos de Morgan hacia atrás y aproximándose lentamente.

—Sí puedo —susurró, tentándole a propósito.

Morgan no reprimió las ganas de besarla y, acariciándole el pelo, acercó sus labios a los de la muchacha que se le ofrecían como un succulento premio. Puso en aquel beso todo el amor que llevaba guardado desde hacía días.

Saboreó despacio los labios de Sara, lamiendo su contorno hasta que ella los abrió, ofreciéndole su lengua que enredó en la de Morgan. La emoción hizo latir frenéticos sus corazones. Ella lo esperaba hacía tanto tiempo que ya

no recordaba...

No tenía comparación al que se dieron en la montaña, ahora su piel se erizaba de excitación y su miembro vibraba, retenido en los pantalones.

El deseo oculto de Morgan... el hambre contenida de Sara...

Morgan ya estaba cansado de masturbarse solo y perdido en la oscuridad de la noche, imaginándola a ella. Dibujando en su mente cómo sería sentir el tacto sedoso de su piel, la humedad acariciadora de su sexo, la turgencia y el dulce sabor de sus pechos. Estaba volviéndose loco de deseo. Y no era el único, porque Sara sentía que cada parte de su cuerpo reclamaba a aquel hombre al que amaba desde los quince años: sus labios, sus pechos que necesitaban las caricias posesivas de sus grandes manos, su sexo añorándole como una loca, clamando el alivio que solo podía darle su duro miembro, embistiendo dentro de ella hasta hacerla olvidar su propio nombre mientras gritaba el de su amante.

Morgan la acariciaba a través de la camiseta del pijama de seda, posando sus dedos trémulos en los duros pezones que se moría por devorar, sin apartar su lengua que danzaba amarrada a la sabrosa boca de su amante.

Cuando la muchacha rozó su erección a través de los pantalones cortos, gimió contra sus labios, perdiendo la conciencia.

Pero el pasado siempre vuelve. Y el horror regresa con él.

Al sentir las manos que aferraban sus glúteos para echarle sobre ella en el sofá, las imágenes aparecieron en su mente acosándole.

«Amarrado a la mesa metálica... el zumbido de aquella máquina infernal al encenderse y las risas de los soldados sabiendo lo que iba a pasar. Sus alaridos de terror hasta quedarse ronco y el lacerante sufrimiento que venía después: la rabia... el asco ante el olor... la impotencia...».

Pálido, tiritando de puro miedo, se apartó inesperadamente de los atónitos ojos de la chica.

—No puedo, Sara... lo siento. —Levantándose, sin valor para mirarla a la cara, se marchó abrumado a su habitación.

La muchacha se estremeció al recordar el pánico reflejado en el rostro de Morgan. No le importaba que la hubiera rechazado, ese hombre había sufrido algo espantoso y no tenía fuerzas para enfrentarse a ello. Por alguna horrible razón le impedía entregarse a ella. Y estaba dispuesta a averiguar qué era.

Ayudada por las muletas fue hasta el dormitorio, llamando con los nudillos en la puerta cerrada.

—¿Morgan, estás bien? —preguntó expectante.

—Necesito estar solo, por favor —le pidió intentando disimular su desesperación, con la voz quebrada por la culpa.

—No pienso irme, la soledad es tu peor enemiga, Morgan. —Se mantuvo firme al otro lado de la puerta mientras su mano derecha comenzaba a girar el pomo—. ¡Voy a entrar!

—¡Nooo! —gritó, poniendo las manos sobre la puerta con todo el peso de su enorme cuerpo, acercando su rostro a la madera para que pudiera escucharle—. Te lo ruego, Sara, si me aprecias vete a tu habitación. Prométeme que no intentarás entrar, cariño. No quiero que me veas así —le confesó angustiada.

—Está bien, me voy. —Suspiró, rindiéndose a su pesar y odiando que rechazara su ayuda—. Pero te juro que si escucho que estás sufriendo, abriré la maldita puerta aunque sea a hachazos. ¿Me oyes?

—De acuerdo, Sara. Estaré bien, nena, ve a descansar tranquila —le susurró, conmovido por la determinación de la joven que ya se alejaba de la habitación, maldiciendo entre dientes.

Sentado en el suelo con la espalda sobre la cama, se lamentaba en la oscuridad de su dormitorio con la cabeza escondida entre los brazos y la derrota pintada en su rostro.

—Ellos han ganado y yo lo he perdido todo —replicó con las sucias palabras de sus captores clavadas en el alma.

Sara se quedó dormida, soñando con las imágenes de antiguas torturas de la Inquisición española que había visto en uno de los libros de la biblioteca. Las víctimas siempre tenían el rostro de Morgan.

Un par de horas después, la despertaron los gritos desesperados que provenían del dormitorio de su compañero. Se levantó de la cama y fue cojeando hasta su puerta. Romper la prohibición de entrar podía enfurecerle, pero al oír un estruendo la abrió de un empujón, ayudada de la muleta.

Al encender la luz le vio encogido en un rincón con las manos cubriendo su cara, aterrado. Había lanzado al suelo la mesilla con todo su contenido. Se acercó y le rozó despacio el pelo.

—Morgan. ¿Qué te pasa?

El hombre la miró con ojos desorbitados, sin conocerla ni saber dónde se encontraba. La apartó tan fuerte con la mano que casi la tiró contra la cama.

—No aguantaré más dolor. —Jadeó con la respiración entrecortada y los ojos desorbitados, meciéndose contra la pared.

—Es una pesadilla. Estás en casa, cielo.

La chica se aproximó con cuidado, tomándole las manos con cautela. Él forcejeó, pegándose más contra la pared, hasta que consiguió calmarle con susurros.

—Morgan, soy yo. No estás en Irak. —Le acarició la cara, volviéndola hacia ella con afecto—. Mírame.

Un atisbo de cordura emergió en la mente del hombre, reconociéndola angustiado.

—Sara —musitó, cubriéndose la cara con las manos temblorosas.

La muchacha le sostuvo entre sus brazos, sentándole en la cama. Empapó una toalla del lavabo en agua fría, pasándola por el rostro sudoroso. Su respiración se relajó poco a poco.

—Ya está, ha sido un mal sueño —le calmó conmovida.

—Siento lo de antes —habló, mirándola turbado—. Tú no tienes la culpa, eres preciosa... Yo soy el problema.

—No mencionemos más el tema. Prometo no volver a tocarte si no quieres —sugirió comprensiva, sentándose a su lado en la cama.

—No debería pedirte esto después de dejarte plantada. —La observó con tristeza—. Entenderé que me mandes al infierno con toda la razón.

Ella le miró sin contestar. No sabía qué deseaba.

—¿Qué quieres, Morgan? Dímelo, cariño.

—Necesito que me abracés, aunque no pueda darte las caricias que deseas. Por favor, duerme conmigo —le suplicó angustiado, manteniendo a raya las lágrimas que estaban a punto de arrasarle.

—Esta noche no te dejaré solo —respondió al fin, besándole los nudillos.

Se acostó más sereno mientras ella se metía en la cama. Rodeando el cuello del hombre con su brazo le acercó, dejando que echara la cabeza sobre su pecho y acogiéndolo con ternura.

«Ayúdame Sara, estoy tan cansado de tener miedo...» pensó, dejando al fin que las lágrimas resbalaran por su rostro sin que ella se diera cuenta.

Disfrutando del calor de la muchacha cerró los ojos, arrullado por su voz que le cantaba una nana española como si volviera a ser un niño. Aquel niño que nunca recibió una caricia de su padre.

*A la nanita nana, ea,
Nanita ea, nanita ea.
Que mi niño se duerme.*

Bendito sea, bendito sea.

A las nueve sonó el despertador. Sara le buscó tendido a su lado pero Morgan ya se había levantado y, en su lugar, un par de rosas rojas reposaban en la almohada.

Las besó pensando en la fragilidad del hombre la noche anterior. Estuvo a punto de confesarle cuánto lo amaba desde niña, pero aún no sabía si él llegaría a sentir lo mismo a pesar de la fuerte atracción física que era evidente entre ellos.

Temía mostrarle sus verdaderos sentimientos y que Morgan la decepcionara por no corresponderla.

«¿Y si no consigo acabar con sus traumas para que pueda quererme junto a él?», se preguntó consternada.

En la cocina la chica encontró sobre la encimera un batido de chocolate y un panecillo dulce. Su amigo entraba en la casa regresando del paseo matinal con Lobo, vestido con una camisa de lino verde, vaqueros negros desgastados y unas Rebook blancas. Guapísimo hasta cortar la respiración, a pesar de la mala noche que había pasado.

El perro la saludó poniéndole las patas sobre el pecho, haciendo que perdiera el equilibrio. Morgan la cogió por la cintura para que no se golpeará la espalda contra la mesa de mármol.

Sara se alarmó al ver las ojeras oscuras que cubrían sus ojos cansados. Tanto sufrimiento empezaba a pasarle factura.

—¿Te asusté mucho anoche? —la interrogó, soltándola con delicadeza.

—Casi me tiras creyendo que era uno de tus sueños, pero nada más.

—Lo siento. Son tan reales, que a veces me hacen perder la noción del tiempo y ni siquiera sé dónde estoy —se disculpó.

—Y si yo no hubiera entrado, ¿qué habrías hecho?

—Quedarme en un rincón hasta que hubiera pasado la angustia. Vomitaría de la tensión acumulada, como a veces me pasa, y después me calmaría, supongo.

—Parecías tan indefenso —contestó, mirándole compasiva.

—Anoche me salvaste de mí mismo, aunque no me guste que me veas en ese estado —le confesó con un rastro de vergüenza en la mirada—. Me hace sentir débil. Pero gracias por quedarte conmigo, lo necesitaba mucho. —Le sonrió dulcemente.

—Me serviste como oso de peluche. Gracias también por las rosas, son muy

bonitas.

Se dirigieron al salón con el batido y una taza de humeante café para Morgan. Al sentarse en el sofá recordaron el acalorado revolcón de la noche anterior, disimulando azorados. No volverían a ver aquel mueble con los mismos ojos.

—El otro día me dijiste que me enseñarías fotos de España —le recordó el hombre para distraer su atención.

—Te las enseño si tú me dejas otras tuyas. ¿Tienes alguna de cuando eras pequeño?

—Debe de haber algo por ahí. Espera aquí.

—No puedo salir corriendo, no te preocupes.

Morgan sacó del armario de su habitación una voluminosa caja de madera de cedro ovalada, con sus iniciales grabadas encima de la tapa.

—¿Puedes traer unos sobres que tengo en el primer cajón de mi mesilla, por favor? —le pidió la chica.

Cargando con todo regresó al salón. Se sentó, dándole sus sobres, y abrió la tapa.

En sus manos aparecieron recuerdos de sus viajes en la Marina: un frasco con arena del desierto, dos medallas en estuches de terciopelo negro, mapas antiguos de diferentes lugares...

—Te dieron la medalla al valor —comentó sorprendida, acariciando el metal.

—Eso fue lo único digno que traje del ejército. Al final lo aborrecí.

—Has visto muchas cosas horribles en la guerra, ¿verdad?

—Demasiadas, Sara —se sinceró—. En Somalia, en el ochenta y nueve, hubo una de tantas luchas entre hutus³⁴ y tutsis³⁵, así que nos pidieron que los apaciguáramos. Lo que no imaginábamos era que años después se convertiría en un genocidio. Mi equipo y yo, entonces no vino David, entramos en un poblado arrasado por la guerrilla hutu, cerca de la ciudad de Erigabo que está al norte del país. En el centro del lugar, rodeado de chozas, habían amarrado en el suelo a las mujeres más jóvenes en edad de tener hijos.

La voz le tembló mientras seguía relatando.

—Yacían muertas, desangradas, con los pechos cortados para que no pudieran amamantar a sus bebés. Los hutus sabían que era la mejor forma de genocidio.

Sara tragó el nudo que comenzaba a aprisionar su voz en la garganta, impidiéndole preguntar más.

—Al lado de una muchacha que no tendría más de veinte años, se escondía una niña que apenas andaba. Echada sobre su madre muerta, intentaba mamar buscando el pecho que ya no tenía. La cogí en brazos, envolviéndola en mi chaqueta, y me extrañó ver que no emitía ningún sonido, creí que la sangre de su boquita era de la madre. —Se estremeció, apretando sus manos una sobre la otra hasta que los nudillos se volvieron blancos—. Cuando le limpié los labios con mi pañuelo descubrí que la sangre era del bebé, le habían cortado la lengua para no oír su llanto.

El sollozo y las lágrimas corriendo por sus mejillas hicieron volver a Morgan al presente.

—¡Oh, cariño! No he debido contártelo —dijo abrazándola con mimo—. No llores, que aún no ha acabado la historia.

—¿Murió?—preguntó con un hilo de voz, aferrada a su camisa.

—No, la llevé a un campamento de Médicos sin Fronteras en Mogadiscio. Sobrevivió y fue adoptada por un médico inglés que se la llevó a Londres. Me enteré meses después.

Sara sonrió, limpiándose las lágrimas y apartándose de sus brazos con pesar.

—Sigamos buscando tesoros, nena —la animó, dándole un cariñoso empujón.

Un grupo de fotos se destacaba en el fondo de la caja. Morgan las cogió, ofreciéndolas a la muchacha.

Una de ellas llamó su atención por la figura que mostraba: una mujer alta en avanzado estado de gestación, con rizos castaños y el rostro idéntico a su amigo. Los ojos de la señora eran de la misma tonalidad que los de Morgan.

—Esa fue la última foto de mi madre. Me la dio mi abuelo antes de morir —le contó emocionado.

—¡Sois idénticos! Era toda una belleza.

—Mi padre estaba loco por ella. La gente que la conoció dice que era muy buena persona, siempre ayudaba a quien se lo pedía. Los criados de mi casa la adoraban.

—¿Cuántos años tenía cuando murió? —se interesó vivamente.

—Tu edad.

—¿No tienes ninguna tuya?

Rebuscó al fondo y encontró una del colegio, en la graduación de secundaria: mostraba a un niño triste, sin júbilo en los ojos, al contrario que los otros chicos a su alrededor, de pelo negro muy corto, con ropa que le

quedaba holgada bajo la banda azul de la clase.

Sara sintió pena por aquel chiquillo. No se atrevía a preguntarle, pero David le había contado algunos detalles de la vida de su amigo. Ver la foto no dejaba lugar a dudas de que había sufrido desde la niñez.

Contemplaron las instantáneas de España que ella sacó de los sobres. Morgan disfrutaba con los paisajes de Sevilla, Madrid, Asturias, Córdoba. La muchacha las había recopilado por toda la geografía española durante los años que pasó allí.

—Me gustaría ver España —comentó ilusionado.

—Yo seré tu guía si planeas hacerlo —le propuso entusiasmada.

—No es mala idea —contestó él, sonriendo.

—¡Se me olvidaba! Mañana estamos invitados a cenar en casa de mi hermano. Es el cumpleaños de David. No te acordabas, ¿verdad? —Morgan negó con la cabeza.

—Mañana le compraré su *whisky* favorito y algún libro de historia —respondió, sintiéndose culpable.

—Ya tenía su regalo antes del accidente, menos mal.

—¿Qué es? —preguntó, curioso como un chiquillo.

—No seas cotilla —se burló de él, dándole una suave colleja.

—Yo te he dicho el mío. ¡Eres una tramposa!

—Vale, pesado. Es una PDA.

—¡Qué suerte tienen algunos! —exclamó, mirándola de reojo.

—Tu cumpleaños no ha llegado todavía, si te portas bien de aquí a noviembre, puede que te regale una.

—¿Cómo sabes que es en noviembre? —se extrañó Morgan.

—Como soy bastante más joven, no tengo tan mala memoria como tú.

—Ya veo. ¿El tuyo cuando es, listilla?

—En noviembre —contestó con una sonora carcajada.

—Por eso lo sabías. ¿Qué día?

—El 1. Y tú el 13 —le contó, muy bien informada.

—Así que eres escorpión. Ahora entiendo tu mala leche —se burló enarcando una ceja.

—Tengo la misma que usted, caballero. Por eso nos llevamos tan bien. En el fondo somos muy parecidos, Morgan.

—Sobre todo en la altura —contestó el aludido con una estruendosa risotada. Al menos las cosas volvían a ser divertidas entre ellos.

Morgan tuvo que ir al taller del centro por la tarde para dejar un CD con

bocetos en 3D que el jefe de artesanos debía ver el lunes. Sara aprovechó su marcha para empezar su regalo de cumpleaños. La muchacha ideó una forma de que pudiera estar al lado de su madre para siempre.

Fue al dormitorio del hombre para coger las fotos que había visto guardar en el armario. Con prudencia, las escaneó en el ordenador devolviéndolas a su sitio. Utilizando un programa de Photoshop hizo un montaje que le serviría para crear los bocetos que necesitaba. Satisfecha con el resultado, pasó la foto retocada a su lápiz portátil y borró las otras.

Al día siguiente, Morgan se levantó más temprano para comprar el regalo de su amigo mientras ella dormía. Cuando volvió, Sara ya estaba lista. Le enseñó el Walker de reserva que traía en un bonito estuche de madera y salieron a trabajar.

A media mañana la fantástica pintora había acabado el mural griego. David y Morgan se reunieron con ella en el taller. El realismo del cuadro era impresionante, hasta el reflejo del espejo de la joven parecía corpóreo.

—¿Qué tienes que decir, Morgan? —preguntó su socio, precavido.

—Tenemos una joya entre nosotros, pero no es ese cuadro. Me rindo ante su arte, señorita. —Con parsimonia, tomó el dorso de la mano de Sara y la besó dulcemente.

«Y yo ante tus ojos, amor mío», opinó en su cabecita, contemplándole seductora.

—¿Se ha acabado la guerra entre los dos? —preguntó su hermano esperanzado, cruzando los dedos tras la espalda.

—Cuando empiece el siguiente cuadro y me ponga trabas se desatará de nuevo, no lo dudes, David.

—Apartándome a un lado trabajas mucho mejor. El hombre del cumpleaños debería tomarse la tarde libre. ¿No crees? —opinó, dándole un codazo a David.

—No puedo, Morgan. Tengo que llamar al taller grande para que recojan el fresco y monten el resto con él. También supervisar cómo han quedado las sillas y los escritorios.

—Vamos, tío, hoy cumples cuarenta y dos años. Olvídate de pedidos y vete a casa.

—Y prepáranos una cena estupenda —le ordenó su hermana, animándole.

—No vamos a quedarnos en casa, Laura está muy agotada para cocinar. Esta noche os llevaré a un magnífico restaurante italiano.

—¿A cuál? —se interesó Morgan.
—El *C&O Trattoria*. En Venice Beach.
—He oído hablar de él, dicen que su lasaña de espinacas es para morirte. —
Se relamió Sara.
—¿Cómo se encuentra la madre de Laura?—preguntó Morgan.
—Estabilizada. Creo que no tardará en agonizar, el párkinson le ha
destrozado el corazón. Su hermana Cloe se quedará con ella para que mi
chica pueda relajarse un poco. Por eso quiero que se divierta, al menos esta
noche. Vendrán tiempos muy duros cuando fallezca.
—Pobrecita mía, está desconsolada —comentó Sara con pena.
—Bueno, ya que me echáis, os haré caso después de todo —dijo su
hermano convencido al fin.
—¿A qué hora quedamos? —quiso saber Morgan.
—Las nueve es una hora perfecta para cenar. Así que cerrad a las seis y
largaos también.
David se fue, dejándolos a solas.
—Ahora puedo acabar el *Adán* de Miguel Ángel que tanto te gusta —le
propuso Sara.
—Te está quedando tan hermoso que podrías pintarlo en otra mesa más. Me
fascina ese fresco
—Será un placer. Hagamos recuento de todo lo que queda por hacer: los
cinco baúles que llevarán las odaliscas y la *Venus del espejo*, dos mesas con
la *Creación*, ¿algo más?
—Aún queda otra mesa.
—De acuerdo. Había pensado hacer en la última un Poseidón³⁶ entre las
olas, ¿qué te parece?
—Muy original —constató su compañero.
—Será un dios del mar de estilo griego, ya sabes: músculos de acero y
cuerpo perfecto. Pero lo haré sin tridente y desnudo, por supuesto —le
describió con picardía.
—Nuestros muebles van a incitar a la lujuria, Sara —le advirtió con cara de
sinvergüenza.
—Así quien los compre podrá hacer el amor sobre ellos después de cenar
—le provocó a propósito.
—¿Qué imaginación tienes!
—¿Nunca lo has hecho encima de una mesa? —preguntó perversa,
intentando despertar al amante que seguro que Morgan llevaba escondido

dentro.

—¿Tú sí? —contestó él, devolviéndole la pelota sin responderle.

—No he tenido demasiados compañeros de cama, pero no siempre he utilizado un lecho para gozar. ¿Jugamos a las preguntas? —le desafió temeraria.

Morgan sintió un ramalazo de celos por el pasado de Sara. Decidido a indagar en él, inició un exhaustivo interrogatorio, sentándose en el sofá rojo frente a ella.

—No tengo ningún problema con eso. Empezaré yo. ¿Cuántos hombres has tenido hasta ahora? Sin mentiras.

—¿Y tú, cuántas mujeres?

—No contestes a mi pregunta con otra, eso no vale, cabezota. Yo tuve dos parejas antes de Irak que duraron muy poco tiempo.

—¡No me lo creo! Fuiste marine, y ya se sabe la mala fama que tenéis los soldados —respondió, irónica y celosa a la vez.

—Te digo la verdad. Era muy selectivo a la hora de elegir con quién acostarme. Ahora te toca a ti.

«No hace falta que lo jures, machote, me dejaste ardiendo», recordó la chica entornando los ojos. Aún podía sentir cómo su sexo palpitaba esperando que Morgan le arrancara la ropa y la montara como un caballo salvaje.

—Solo he tenido uno, es un amigo muy especial que vive en España, se llama Gabriel. Nos hemos enrollado alguna vez. Yo tampoco meto a cualquiera en mi cama.

El nombre del español se grabó en la memoria de Morgan.

—¿De cuántos te has enamorado? —le soltó, observando atento su reacción.

Sara le indicó apuntándole con el índice para que contestara primero. Los dos hablaron al unísono:

—De nadie.

Pero en la mente de ambos su respuesta fue la misma: «Solo de ti».

Para cambiar de tema, su femenina y excitada contrincante exclamó:

—¡Me muero de hambre! Pero no me apetece salir con este calor. Estamos a 40 grados —replicó, aireando su camiseta morada sin hombros y secándose las manos sudorosas en los vaqueros cortados por encima del muslo.

—¿Traigo algo de comer, glotona? —preguntó su amigo.

Notaba los ojos de Sara recorriendo su cuerpo, embutido en la camisa

blanca de algodón de estilo hindú sin mangas y los pantalones de gasa marrón, que resaltaban su perfecto trasero y sus vigorosas piernas.

—Tacos de pollo y verduras. Coge dinero de mi bolso. Voy a llamar a Laura a ver si tiene ropa que prestarme, no tengo nada elegante para esta noche que no desentone con la escayola —replicó con un mohín de hastío.

—Vuelvo en seguida.

En la calle, Morgan llamó a David al móvil.

—¿Sí? —contestó su compañero con la boca llena.

—¿Cuál es la talla de tu hermana?

—Ni idea. Espera, le pregunto a Laura. —Dejó unos minutos el teléfono—. Es la 46 ,¿por qué?

—Sara la llamará dentro de un rato para pedirle un vestido, dile que mienta y no le deje nada. Voy a regalarle uno.

—Bonito detalle, chico. Hasta la noche.

—Chao.

Entró en la librería de la esquina, eligiendo la historia de los templarios y una novela sobre Jerusalén que formaba parte de su regalo. Después se encaminó al centro.

Paseando por los escaparates de las tiendas descubrió un vestido maravilloso en una *boutique* para mujeres de carne y hueso, de formas rotundas como le gustaban a él, aunque el escaparate ostentaba el logotipo de tallas grandes.

Entró para mirarlo de cerca: de color rojo vino, escote palabra de honor y corte clásico con falda de vuelo hasta las rodillas, pensó que era ideal para ella. Era muy caro, pero nunca gastaría su dinero tan a gusto como en ese momento.

Subió contento las escaleras, dejando el vestido en el coche. Cuando Sara le vio llegar con la comida, se abalanzó a por él con las muletas. Morgan sacó los envoltorios, preparándolo todo en la cocina.

—¡Qué desastre! —exclamó preocupada.

—¿Te ocurre algo? —Se hizo el distraído.

—He llamado a Laura. Solo tiene un vestido elegante y se lo pondrá esta noche. Nunca voy a restaurantes caros, así que mi ropa es muy normal. No tengo tiempo de recorrer las tiendas a ver si quepo en alguno.

—Luego miraremos en tu armario. Encontraremos algo, no te preocupes.

—Sí, vendrá mi hada madrina a traérmelo.

«Ya lo ha hecho, nena», pensó disfrutando.

—Mi madre siempre me decía que salía a la calle como una bruja.

—Y tenía razón —la picó, riendo con aquella profunda y seductora voz masculina—. La primera vez que te vi, con los labios negros y las uñas del mismo color, le pregunté a David si eras adoptada.

—Es que mi hermano viste como un dandi.

—Me chocó verte con esas pintas. ¿Por qué llevas ahora el pelo tan corto? —habló antes de morder su taco.

—Con tanto trabajo en Madrid no tenía tiempo para secar y peinar una melena larga, así que hace cinco años cogí la máquina de un amigo y me rapé. Me gustó cómo quedaba y he seguido haciéndolo —le contó, pasándose la mano por el suave cabello.

Morgan no necesitó decir con palabras lo bonita que le parecía con aquel aspecto. Sus ojos de mirada intensa recorrieron el rostro hasta la boca de Sara, lamiéndose los labios, deseando saborearla de nuevo. Mejor no tentar a la suerte.

Una hora después llegaban a su casa. Lobo saltó sobre la chica, dándole la bienvenida y haciendo caso omiso de su amo.

—¿Qué pasa conmigo? ¿Ya no quieres a quien te ha criado? —preguntó al perro, que respondió con un sonoro ladrido de bienvenida.

—Le gustan las chicas. ¿Verdad, cielo?

—Lo has hechizado. Ni siquiera duerme en mi cuarto, se va a los pies de tu cama. Eres un traidor —le acusó, tirándole del rabo.

Sara había comprado en la farmacia una bolsa impermeable para la escayola, así podía ducharse en vez de armar un lío en la bañera y que la bolsa de basura que había usado se le resbalara con el agua, con el riesgo de empapar la escayola.

—¿Me dejas el baño a mí primero? Me ducho en diez minutos —le pidió arrugando la nariz.

—Tarda lo que quieras, nena, tenemos tiempo. Bajo al coche un momento.

Colocándose la bolsa y colgando el albornoz tras la puerta se metió, cansada, bajo el chorro templado.

Morgan trajo la caja con el vestido, dejándola sobre la cama de la chica. Estaba deseando ver la cara que pondría al abrirla. Cuando llegó, la esperaba sentado a un lado, sonriendo.

—¿Es para mí? —preguntó ilusionada.

—Ábrelo y lo sabrás.

El precioso vestido la deslumbró al quitar la tapa. Sacándolo con

nerviosismo le miró, incrédula.

—¡Pero Morgan, esto debe de costar una fortuna!

—Es tu regalo de cumpleaños. Lo necesitas ahora, no en noviembre.

—Nunca he tenido un vestido tan bonito. Gracias —respondió radiante, colgándose del cuello del hombre y dándole dos sonoros besos muy cerca de la comisura de su boca. Mantuvo la mirada en aquellos intensos ojos verdes mientras las manos de Morgan aprisionaban su cintura, notando el calor que se desprendía de su cuerpo.

—Será un placer verte con él esta noche —le susurró al oído, haciendo que Sara sintiera la piel de gallina cuando le dio un suave beso en el cuello.

Dejándola a solas, salió de la habitación para cambiarse y apaciguar la erección que taladraba sus pantalones, por las ganas que tenía de arrancarle a mordiscos aquel maldito albornoz que ocultaba su cuerpo. Media hora después se reunían en el salón, admirándose mutuamente.

Sara estaba preciosa. El vestido de raso ceñía su busto cayendo libre por su cuerpo, haciéndola mucho más femenina que de costumbre. Se había maquillado los ojos en un tono rosado a juego con los labios, a diferencia del delineador negro que solía usar. Unos pendientes de brillantes morados hacían sus ojos más azules.

Morgan llevaba un traje levita blanco, contrastando con su piel morena y el cabello azabache, y zapatos de cuero negro de talón descubierto. Debajo, una camisa de seda negra pronunciaba sus fornidos pectorales.

—Pensaba comprarte unos zapatos de tacón a juego, pero con la escayola no podías llevarlos.

—No importa, el vestido ha sido una grata sorpresa. Mis zapatos negros encajan en el armatoste de la pierna.

—No quería que estuvieras incómoda en la cena por no vestir en consonancia con el resto. Son las ocho, ¿nos ponemos en camino? —propuso, ofreciéndole su brazo orgulloso.

Morgan quería hablarle de sus sentimientos, hacía días que reflexionaba sobre ello. Le costaba ocultar a duras penas el amor que lo dominaba. Deseaba decirle que había forjado poco a poco un hueco en su corazón y ya no conseguía sacarla de él.

El mes y medio que llevaba viviendo en su casa le hizo comprender que en el fondo odiaba la soledad. Necesitaba a esa mujer que se había adueñado de su espacio y de su alma, aunque sabía que los traumas que tenía se interponían irremediabilmente entre los dos.

Creía firmemente que no era digno de ella. El hecho de haberla tenido entre sus brazos deseándolo con ardor y que él no hubiera podido responderle con la pasión que lo haría cualquier otro hombre, le reconcomía sin poder quitárselo de la cabeza.

Caminaron unos metros por el paseo de baldosas blancas de Venice Beach, esperando a David junto a la barandilla del restaurante que se encontraba cerca de la playa. Todavía quedaba gente jugando a voleibol con cuerpos de modelo de pasarela. Por algo la llamaban la playa de los músculos: mujeres exuberantes y hombres de infarto se bañaban en ella.

El atardecer los sorprendió con su exultante belleza. El sol del crepúsculo se escondía entre las palmeras, tiñendo de dorado ocre el cielo de verano. La sombra de ambos, una enorme y la otra mucho más pequeña, se recortaban en las baldosas del paseo.

Morgan aspiró el olor a salitre, añorando los antiguos baños en el mar donde nadaba durante horas y olvidaba sus problemas. Antes de que su última misión le marcará a fuego.

—Cuando me quiten la escayola dentro de un par de semanas, me lanzaré de cabeza al agua. ¿Vendrás conmigo?

—Ya no bajo a la playa —comentó melancólico.

—Si no quieres que te observen, podrías utilizar un traje de surf y disfrutarías lejos de miradas curiosas.

—Prefiero pasear con Lobo —se negó en rotundo.

—Vale, ermitaño —respondió sin querer presionarle más.

Una chica alta y delgada, con el cabello castaño ondulado hasta media espalda y unos bellos ojos negros de mirada penetrante, les tocó en los hombros silbando con sus finos labios pintados de rojo oscuro. Su cara alargada de facciones elegantes, seguida de un cuerpo de pechos pequeños pero firmes, cintura de avispa y contundentes caderas, había vuelto loco a David desde el primer momento que la vio, hacía siete años.

—¿Seguro que sois vosotros? Destiláis elegancia —los piropeó con alegría.

—Hola, cuñada, ¿te gusta? Me lo ha regalado Morgan.

—Ya lo sé, me pidió que no te prestara nada.

—No seas chivata, Laura —le riñó su amigo, besándola.

—¡Sara, te han cambiado por una princesa! —Su hermano la abrazó con ternura, contento de verla tan bonita.

Entraron en el restaurante, decorado al estilo art decó y con una terraza

frente al mar, sentándose en la mesa privilegiada que David había reservado en aquella zona.

La velada fue deliciosa, como la famosa lasaña que les habían recomendado, entre las risas y bromas de todos.

Durante los postres, Morgan sacó sus respectivos regalos, cantándole en voz alta el cumpleaños feliz para que apagara la vela con el número cuarenta y dos que adornaba la tarta de fresa y nueces que les trajo el camarero.

David alucinó con el regalo de su hermana, y agradeció sinceramente a su socio los libros y el licor. Su novia le obsequió con una colección de jazz que deseaba hacía tiempo.

A la salida del restaurante se tropezaron con la persona que más desagradaba a Morgan. Seguido por compañeros de su bufete, Adam entraba al recinto. Haciendo señas a los demás para que siguieran sin él, se presentó desplegando todo su encanto.

—¡Qué bien acompañado estás hoy, hermano! ¿Nos conocemos, señorita? —preguntó, amable y con aire seductor.

—Es Sara, la hermana de mi socio —contestó Morgan con cara de pocos amigos.

—¡Vaya! No vive usted por aquí, ¿verdad? Porque no podría haber olvidado esos brillantes luceros que tiene en esa bonita cara —la halagó, comiéndosela con los ojos al estrecharle la mano.

—No, vivo en España habitualmente. He venido a trabajar con ellos unos meses. Y por favor, tutéame.

—Veo que no te han cuidado lo suficiente a juzgar por tu estado, Sara. —Pronunció su nombre con el ansia de un gato dispuesto a cazar.

—Esto han sido gajes del oficio, fui muy torpe —replicó señalando su escayola.

Reconoció que Adam, a pesar de no tener la cálida belleza de su hermano, era un hombre muy atractivo y un condenado seductor.

—Si quieres demandarles —susurró, acariciando la barbilla de la chica para despertar los celos de Morgan—, puedes venir a mi despacho y lo arreglamos.

—Está perfectamente —le cortó en seco—. Si nos disculpas, Adam, tenemos prisa.

—Hasta otra ocasión entonces, señorita Butler. Cuídese o me dará un pequeño disgusto —respondió, depositando un delicado beso en su mejilla.

Morgan sintió que le hervía la sangre ante el acercamiento del hombre a la

muchacha. Ambos hermanos mantuvieron un reto silencioso de pie frente a la puerta.

Cuando los demás se alejaron por la calle, ayudándola a llegar al aparcamiento, Morgan le fulminó con una odiosa mirada.

—Quita tus sucias manos de ella, Adam —masculló entre dientes para no dar un espectáculo en el restaurante.

—No creo que Sara quiera acariciarte con las suyas, Morgan. ¿Ya te ha visto desnudo? —preguntó empujándole con desprecio.

—¡Eres un maldito hijo de puta!—contestó, agarrándole de la camisa de Massimo Dutti con el puño.

—A diferencia de ti, yo sí podría tener a una mujer como ella. No soy un monstruo tan patético como tú —le respondió el abogado, apartando su mano con violencia y alejándose hacia el salón.

Terminaron la noche tomando una copa en casa de los anfitriones, que vivían a un par de manzanas de Morgan.

El hogar de su socio era una casita blanca de una sola planta en un sencillo barrio residencial, con un trozo de césped en el que crecían varios rosales blancos y amarillos sobre la pared de la entrada.

El salón de paredes blancas y un cómodo sofá del mismo color, junto a una mesa de cristal tallado en forma de hojas, les acogió exhaustos. Dispuesta frente a las dos ventanas de madera de pino con estores salmón, ésta contenía varios platos japoneses repletos de bombones y chucherías.

Sara se sentía dolorida y su amiga la obligó a estirar la pierna.

La cocina con barra americana estaba en una esquina del mismo salón, donde David preparó unas copas con el *whisky* de Morgan.

Un solo dormitorio de cedro, con la cama de dos metros y un mueble de escayola blanca alrededor, con aros en el techo para iluminar la estancia, estaba repleto de una ingente cantidad de libros amontonados unos sobre otros y compactos de David.

Era su antiguo piso de soltero. Laura había dejado la casa de sus padres en Santa Mónica para instalarse con él cuando le ofrecieron trabajo de asistente social, en un centro para niños de Venice, un par de meses atrás.

—¿Qué tal lo has pasado? —preguntó a su hermano.

—Muy bien. No pensaba hacer nada, pero necesitábamos distraernos. ¿Verdad, cielo? —Abrazó a su novia con ternura al verla tan decaída.

Ella asintió entristecida y Sara la besó, cariñosa. Las dos se trataban como hermanas aunque hubieran estado muy lejos. Eternamente colgadas del

teléfono mientras estuvo en España.

Se marcharon a las once, Laura debía descansar para ir al hospital por la mañana temprano.

En casa, Morgan se mostraba taciturno tras el encuentro con Adam. Sara le observó preocupada.

—Tu hermano es encantador —le comentó, quitándose el chal negro que llevaba sobre los hombros y dejándolo sobre el sofá.

«Como una asquerosa serpiente» pensó enfadado, dirigiéndose a la cocina para prepararse un té que le calmara.

—No te fíes de las apariencias, Sara, tú no le conoces como yo. Tenemos cuentas pendientes y algún día las saldaremos.

—Por lo que veo no es santo de tu devoción. Y no recuerdo que fueras tan rencoroso. ¿Te ha molestado que me saludara? —le picó, disfrutando de la mirada furiosa y el gruñido que le dedicó ante su crítica.

—Escucha, Sara, “ese” no tiene nada de santo, más bien es un demonio hijo de puta. Y deberías mantenerte alejada de él, si no quieres que te trate como a todas las mujeres que se cruzan en su camino —le contestó, dejando la taza con un golpe seco sobre la encimera mientras preparaba el agua caliente.

El juego de verle celoso la estaba divirtiendo de lo lindo, y quiso clavarle la flecha un poco más. Acercándose al taburete donde Morgan se había sentado, dejó que él la cogiera por la cintura, sentándola en el que tenía junto a él y arrojándola hasta quedar pegada de costado a su pecho.

—¿Te quitó algún ligue mientras estuve fuera? —le preguntó, con un gesto de lo más inocente en su mirada—. Tienes que reconocer que es un hombre muy atractivo.

Morgan se tragó de sopetón el sorbo de té que tomaba en ese momento, haciendo que le ardiera la garganta con tanta intensidad como las ganas que tenía de borrar de su boca los piropos que Sara le dedicaba a otro hombre.

—Si te gustan los tíos que se tiran a una chica cada noche y luego no se acuerdan ni de cómo era su cara, ya sabes: ¡a por él, gatita! —Se levantó, tirando de ella para dejarla en el suelo con un gruñido.

—Venga, Morgan, no seas crío. ¿Estás enfadado porque he alabado a tu hermano? —le tiró de la manga, riendo.

—Así que ahora soy un crío, además de rencoroso. —La miró muy serio, con cara de pocos amigos—. Bueno, creo que voy a añadir que soy un egoísta a tu lista de defectos.

Le contempló extrañada al ver cómo rebuscaba en el estante más alto del

armario y sacaba un paquete dorado. Morgan le sonrió con cara de pillo mientras rompía el papel y le mostraba una tableta de chocolate con café. Cogiendo un enorme pedazo, lo mordió, deleitándose con el sabor que se derretía en su boca.

—¡Ummm! Está delicioso. ¿Quieres un poco? —le preguntó, acercándole el paquete para que oliera el intenso aroma a café.

—Sí por favor, huele de maravilla —contestó, levantando la mano para coger un trozo.

Antes de que sus dedos lograran tocar el envoltorio, Morgan lo apartó, cerrándolo cuidadosamente y volviendo a colocarlo en el estante de arriba, adonde ella jamás llegaría en su estado como no le salieran alas.

—El teléfono de mi hermano está en la agenda, llámale y que te lo baje él, cariño. —Soltó una carcajada maquiavélica que resonó por el pasillo al salir.

—¡Morgan Drake, eres un pedazo de cabrón! —le gritó rabiosa, buscando algo que tirarle mientras cojeaba fuera de la cocina.

—¡Únelo a mis otros defectos, Sara! —contestó, antes de cerrar la puerta de su dormitorio de un portazo.

[30](#) La creación de Adán es un fresco en el techo de la Capilla Sixtina, pintado por Miguel Ángel alrededor del año 1511. Representa cuando Dios le da vida a Adán, el primer hombre. Estilo Renacentista.

[31](#) Béla Ferenc Dezsó Blaskó. Nacido en Lugoj, Transilvania (actual Rumania). El 20 de octubre de 1882. Actor que interpretó al primer Drácula romántico.

[32](#) William Henry Pratt. Nacido el 23 de noviembre de 1887 en Londres, Inglaterra, Actor muy conocido por interpretar al monstruo de Frankenstein.

[33](#) Gary Leonard Oldman. Nacido el 21 de marzo de 1958 en Londres (Inglaterra). Actor, director y músico.

[34](#) Los hutu son con mucho el grupo mayoritario en Ruanda. El 90 % de los ruandeses y el 85 % de los burundeses son hutu. En abril de 1994 el asesinato del general Juvénal Habyarimana y el avance del Frente Patriótico Ruandés desencadena una multitud de masacres en el país contra los tutsis. Convirtiéndolo en un genocidio del pueblo Tutsi en el que murieron aproximadamente un millón de víctimas Tutsi.

[35](#) Los tutsi son el último pueblo que llegó a asentarse en Ruanda y Burundi. los tutsi inmigraron y dominaron tanto a los hutu como a los twa, estableciendo reinos que ellos dominaban. Para los tutsi que eran una minoría, los hutu eran básicamente considerados como trabajadores.

[36](#) Es el Dios del Mar en la mitología griega. En el arte griego se le representa con un cuerpo musculoso, un tridente en su mano y montado en un carro tirado por caballos que cabalgan sobre el mar.

Capítulo 6

Las dos últimas semanas, Sara estuvo trabajando en la *Venus del espejo* y una de las odaliscas.

El famoso Velázquez, que representaba a la diosa desnuda de espaldas al observador, recreándose en su belleza a través del espejo de madera oscura que portaba un querubín, estaba quedando impecable. El delicado contorno de su esbelta espalda sonrosada acentuaba unos glúteos exuberantes y unas piernas largas, torneadas.

El cabello rojizo recogido en un moño sobre la cabeza, los mechones despeinados a los lados de la cara, donde apenas se apreciaban sus rasgos en el espejo difuso, reflejaban el óvalo redondo de rasgos pequeños y delicados.

La cortina roja tras el ángel llenaba de color el cuadro, contrastando con el azul grisáceo de la colcha donde ella reposaba y el blanco marfil de las sábanas.

El niño alado que representaba al pequeño Cupido tenía una graciosa y prominente barriguita de bebé, arrodillado frente a ella. Con el cabello cayendo en rizos castaños por su frente y las orejas, portaba una banda azul a través del pecho, anudada en sus alas blancas de espeso plumaje. Sus manitas recogían unos lazos de seda carmesí sobre el espejo, semejando los lazos con los que Amor encadena a los hombres.

Continuó, ensimismada, los retoques a la otra mesa.

La odalisca de amplias caderas, vestida con pantalones árabes en color azul oscuro y filigranas doradas por debajo de las rodillas, reposaba sentada sobre una pierna doblada bajo ella, con el torso desnudo y la blusa dorada abierta cayendo por sus brazos.

Los pechos de adolescente, diminutos y altivos, cubiertos de suave piel blanquísima que contrastaba con la melena oscura acariciada por una de sus manos; sobre la frente reposaba una tiara de monedas también dorada.

El fondo carmesí de la pared y el marrón aterciopelado de la colcha revelaban el deseo de la joven esperando a su señor, a su amante, ofreciéndose a él y a quien se deleitara mirando la pintura como un presente.

La sensualidad de Oriente atraía a Sara desde niña. Mientras dibujaba los trazos en el papel, imaginaba que era ella la muchacha voluptuosa que aguardaba el despertar de sus sentidos en los brazos de un jeque de mirada felina.

Cuando Morgan se ausentaba de la oficina para ir al taller principal, al otro lado de la ciudad, rescataba del armario de David el lienzo que pintaba para él. Por fin lo había terminado.

Su hermano era cómplice, le avisaba en el momento que Morgan llegaba para volver a esconderlo bajo llave. Ella le enseñó el retrato y el hombre sintió un escalofrío de admiración. Parecía que madre e hijo habían vivido juntos desde siempre.

Salir con la pierna en su estado era sumamente incómodo. Cuando iba a alguna cafetería con David y Morgan, tenían que ayudarla a sentarse para no tropezar con las sillas de los demás.

Se desquitaría en el momento en que rompieran la maldita escayola. Incluso el cuatro de julio decidió quedarse en casa; no tenía ganas de fiesta.

A mediados de ese mes, la noche antes de ir a la consulta para quitarse la escayola, Morgan parecía decaído. Desde su encuentro con Adam hablaba menos de lo habitual y se encerraba en sí mismo. Se había ido a dormir a las diez, mucho más cansado que de costumbre, queriendo aislarse de ella.

Aunque Sara había sacado el tema del sexo en la oficina, intentando que reaccionara a sus indirectas para lograr otro asalto intencionado a su cuerpo, el interrogatorio no había dado resultado. Morgan no había vuelto a acariciarla desde que lloró con su relato de Somalia, y en esa ocasión había sido un simple abrazo.

Ella en cambio se moría por tocarle. Ansiaba su boca desde aquella noche, su cuerpo, su sexo, y lo que menos le importaba era que estuviera cubierto de cicatrices.

Si provocaba un nuevo acercamiento, corría el peligro de perder la franqueza con Morgan, pero la muchacha ardía en llamas solo con pensar en sus manos rozándole los pechos otra vez.

Eran las dos de la madrugada. Echada en la cama ahogaba sus calientes fantasías nocturnas devorando libros: desde un tratado sobre brujería del siglo XVIII a leyendas medievales europeas. Lobo contemplaba desde el suelo cada movimiento que hacía.

Escuchó la puerta del dormitorio contiguo y supuso que Morgan se habría

despertado con otra pesadilla y la había cerrado para no molestarla.

Necesitaba una reserva de azúcar, así que decidió ir a la cocina a ver si encontraba un poco de chocolate.

—Ya que dicen que es sustitutivo del sexo, con las ganas que tengo debería comerme una tableta entera —se dijo divertida.

Sin hacer ruido salió de su habitación al fondo de la casa. Pasó por la biblioteca y vio la puerta del otro dormitorio cerrada.

Al entrar en la cocina, que tenía la persiana bajada y a oscuras, no vio nada. Palpando con los dedos la pared le dio al interruptor.

Morgan estaba sentado sobre la encimera con una taza de té en las manos, vestido únicamente con unos pantalones de algodón blancos.

La imagen que contempló le heló la sangre, acompañada del estruendo de la taza al caer al suelo. Sus ojos recorrieron la piel herida del hombre descubriendo las quemaduras, los cortes y las horrorosas cicatrices que tanto trataba de ocultar, apiadándose de su sufrimiento con el corazón encogido.

Él palideció, bajándose de la encimera. La cara de Sara, petrificada en la puerta, le llenó de angustia. Creyó ver en sus ojos la misma aversión que había descubierto en los de su padre. Aquella dolorosa deducción fue el principio del fin para ambos.

—Deja de mirarme —le pidió con un nudo en la garganta, volviéndose de espaldas.

Repuesta de su sorpresa, Sara se acercó a él, intentando posar sus dedos sobre la espalda para tocarle en un gesto tranquilizador, con toda la compasión de la que fue capaz.

—No me importa tu cuerpo —confesó a pocos milímetros de su piel.

—Pero a mí sí. ¡No soporto dar lástima! —gritó desesperado mientras se apartaba a un lado, bruscamente.

Dio media vuelta para salir de la cocina. Sara le agarró de la mano tirando de él, queriendo consolarle.

—No pasa nada cariño, ven aquí. Deja que te abrace —le suplicó, poniéndose frente a él.

—No quiero que me toques —respondió, furioso y apenado a la vez—. He visto repugnancia en tus ojos y no podías disimularlo.

—Me he sorprendido, eso es todo. No siento asco de ti... Te quiero, Morgan. —Sus labios se atrevieron a decir lo que su corazón ansiaba desde siempre.

—¡No puedes querer esta deformidad! —Las lágrimas de rabia hacia sí

mismo resbalaron por su cara mientras señalaba su cuerpo destrozado—. Ni siquiera sabes lo que hay detrás de esto.

—Dímelo, confía en mí —le pidió, llorando igual que él—. Cuéntame lo que te atormenta. ¿Qué te impide tocarme?

Las manos de Sara volaban hacia su pecho, tratando de retenerlo. Morgan las aprisionó entre sus dedos, bajándolas con un doloroso tirón.

—¡No puedo! —chilló echándola a un lado.

Cuando iba a salir, Sara le soltó a bocajarro la dura verdad.

—¡No quieres hacerlo porque eres un cobarde! Pero a diferencia de ti, yo no tengo miedo de amarte siendo como eres.

—No necesito ni tu amor ni tu compasión. —La miró con desprecio y mintiendo a propósito, sabiendo que la hería en lo más hondo, abandonándola a la amargura.

Se alejó de la cocina sin preocuparse lo más mínimo por ella.

Sara se quedó sola, sentada en el suelo, con el alma rota y la certeza de que había perdido su lucha. Nunca podría llegar a lo más profundo de Morgan: ni la quería, ni dejaba que ella lo amara.

En el dormitorio, su enemigo ahogó el llanto y la pena bebiendo de la botella de *whisky* que sacó del armario. Con cada trago recordó la cara de Sara al verle, empecinado en la repulsión que parecía sentir y sin darse de cuenta del amor que ella había puesto en sus palabras.

Al fin se cumplieron los cuarenta días y David la acompañó a la clínica de Los Ángeles. Cuando el médico liberó la pierna de su encierro, suspiró aliviada por dejar aquel suplicio. Había cicatrizado perfectamente y podía doblarla al máximo. Salió de la consulta a punto de dar saltos de alegría.

—Esta noche nos vamos a bailar —le pidió a su hermano, quien la había notado triste toda la mañana.

—Calma, no vayas a caerte y te rompas la otra pierna —le advirtió.

David la dejó en la puerta de la casa y se fue al hospital a ver a Laura, que acompañaba a su madre.

Minutos después Morgan aparcaba el coche a unos metros de la entrada y terminaba de hablar por el móvil con un cliente. Se quedó rezagado en la calle al salir del coche, porque un hombre se había acercado a la joven mientras abría la puerta.

Atónito, contempló cómo la abrazaba con fuerza, propinándole un sonoro beso en los labios. La chica estaba radiante devolviéndoselo.

—Te he echado de menos, cariño —comentó con acento latino.

—Yo a ti también. —La verdad es que Sara se alegraba muchísimo de ver de nuevo a su querido amigo, ahora que lo necesitaba tanto.

Escuchar aquellas muestras de afecto hizo que una oleada de celos recorriera el estómago de Morgan, que se acrecentó contemplando el aspecto del desconocido al acercarse a la entrada de su casa.

Con más de metro ochenta, el español era un Apolo de espesos rizos oscuros muy cortos sobre la nuca y tez morena. Sus ojos negros, enormes y almendrados, de largas pestañas, examinaron a su oponente al milímetro. La nariz larga y un poco prominente, junto con la mandíbula fuerte y cuadrada, le daban un atractivo muy varonil.

De complexión atlética, indicio de quemarse en el gimnasio, era un magnífico ejemplar masculino. Morgan se sintió muy inferior a aquel hombre, aunque antes se pegaría un tiro que admitirlo ante nadie.

—Tenemos visita. Este es mi amigo Gabriel Sanjuán —le presentó con orgullo al verle llegar.

Su oponente le estrechó la mano, sintiendo la boca seca al oír el nombre. Saber que aquel hombre había disfrutado de la mayor intimidad con ella se le hacía insoportable, aunque él hubiera renunciado al mismo placer por voluntad propia.

—Morgan Drake —contestó con gesto hosco.

«¿Guaperas para qué demonios has venido?», se preguntó enfurecido.

—Gaby era mi profesor de arte en la universidad.

«Y tu amante», pensó en aquel título que tanto le dolía,, mordiéndose la lengua para no soltarlo en voz alta.

Les hizo pasar a la casa, donde Gabriel admiró la decoración.

—Muy acogedor —apreció con su inglés de inconfundible acento español.

—Prefiero la comodidad al lujo. Sentaos. ¿Quieres una cerveza, Gabriel? —le ofreció, deseando que fuera cianuro—. ¿Y tú, Sara?

—No me apetece —contestó ella indiferente, disfrutando de su reacción.

—Yo la aceptaré encantado, me asé literalmente en el aeropuerto al llegar.

Su anfitrión marchó a la cocina para traerla.

—¿Cómo sabías que vivo aquí? —preguntó la chica.

—Llamé a David y me dio la dirección, le hice prometer que no te contaría nada para darte la sorpresa. —Le acarició la cara—. Siempre es muy amable conmigo.

—Se hizo tu compañero inseparable de juergas por la Gran Vía el verano

pasado. —Le besó afectuosa el dorso de la mano. Se sentía tranquila y a salvo del dolor con Gabriel.

—¡Ja, ja! Aún recuerdo la borrachera que cogió con el rioja.

—Mi hermano no está acostumbrado al vino español.

Morgan volvió de la cocina con un par de botellas, ofreciéndole una al visitante.

—Deberías celebrar lo de hoy —le sugirió, queriendo ser amable con ella y muy arrepentido del encontronazo de aquella noche en el que había actuado como un cretino.

—¿Me estoy perdiendo algo importante, Sara?

—Verás, Gaby, cuando hablamos por teléfono hace unas semanas evité contarte que me rompí una pierna en la montaña.

—¿Por qué no me dijiste nada? Habría pedido permiso en el trabajo y te hubiera atendido esos días —respondió preocupado—. Me alojaría en el mismo hotel que tú.

—Ha tenido los mejores cuidados, yo mismo me encargué de ello. Vive en mi casa desde entonces —contestó su anfitrión, molesto, defendiendo su territorio.

«No te necesitaba, idiota, ni siquiera se ha acordado de ti», le insultó mentalmente.

—Morgan me ha atendido como si fuera mi *padre*.

Sara recalcó la palabra “padre” con ironía. A fin de cuentas su escaso contacto había sido más fraternal que de amantes.

«No me besaste como a un padre precisamente, y sueles hacerlo con otros muy a menudo, por lo que he podido comprobar», le dio vueltas en la cabeza como respuesta.

—¿Dejaste el hotel definitivamente, entonces? —preguntó Gaby.

—Mi casa es tu casa, ya lo sabes, Sara. Estar recuperada no rompe nuestro trato.

—Gracias, jefe. Vivir contigo es... un placer —le soltó a regañadientes, deseando decir «tortura». Pero no quería que Gabriel supiera cuánto sufría, le apreciaba demasiado.

—¿Qué opinas de su trabajo? Para mí es una artista genial —la piropeó el español, con ojos que la devoraban—. Fue mi mejor alumna.

—Ella sabe que tiene instinto para el arte, no necesita que yo la adule constantemente. —Le fulminó con la mirada.

—Reconocerás su esfuerzo al menos. No abandonó su puesto en Madrid,

donde es una pintora reconocida, para que su obra sea ignorada aquí — replicó Gabriel, comenzando a enojarse.

—Nunca ensalzo el ego de Sara, pero tampoco la menosprecio. No saques conclusiones erróneas, acabas de llegar.

—Siempre he velado por ella y sus intereses, desde que la conozco —la defendió Gabriel, levantándose—. No voy a dejar de hacerlo porque esté fuera.

—¿Y cuáles son los tuyos? —preguntó Morgan con mala intención, insinuando que había más que interés profesional en su respuesta.

—¡Chicos, tiempo muerto! —Los paró la muchacha, interponiéndose entre los dos—. Salgamos a tomar una copa al centro y relajémonos los tres.

—Id vosotros. Yo tengo que repasar unos pedidos para mañana —mintió cabreado.

—Hace una noche estupenda, no te quedes en casa, Morgan. —Su preocupación por él seguía latente a pesar de que la hubiera despreciado. No podía dejar de sentir amor de la noche a la mañana.

—Estoy ocupado —contestó con sequedad.

—No le obligues a venir si no le apetece. Te espero en el coche. Encantado de conocerte, Morgan —se despidió Gabriel con sarcasmo.

—Lo mismo digo —masculló entre dientes.

Una vez solos, Sara le acompañó a la cocina.

—¿Eso era un duelo de machos o qué? ¿A qué estabais jugando en el salón?

—Pregúntaselo a tu novio —le soltó con resentimiento.

—No es mi novio —le aclaró segura de sí misma, sabiendo que empezaba a tenerle entre las cuerdas.

—Pues habla como si lo fuera. Lo que hay entre vosotros no es de mi incumbencia, por supuesto.

—¿Estás celoso, Morgan? —preguntó para provocarle, aunque sabía la respuesta.

—No puedo estarlo porque no soy tu pareja. Me convertí en tu enfermero, nada más. Estás curada y puedes salir con quien te plazca. Ya no me necesitas —constató con dureza.

—Creía que estos días juntos nos habíamos acercado el uno al otro. Pero compruebo que me he equivocado al pensar que tienes corazón —sentenció ella.

—Si creías que por un par de besos cambiaría nuestra amistad, doy por sentado que cometiste un error. Para mí no significan nada. ¿Acaso tu amigo

no te ha besado hoy? ¿Ocurre algo diferente conmigo?

—Dímelo tú, Morgan. ¿Se quebró el hielo que tienes en el pecho? —preguntó con ganas de estrangularle.

«Cuéntale la verdad, estúpido. ¡Grítale que la quieres!», se maldijo inquieto, luchando consigo mismo.

—No lograste hacer ni una sola grieta en ese hielo que me envuelve, según tu opinión. No eres lo suficiente mujer —respondió, queriendo hacerla sentir tan mal como él. El orgullo herido del hombre prevaleció sobre sus sentimientos.

«Te devolveré el dolor que tus palabras me han provocado, hasta la última gota», pensó, herida en lo más profundo de su alma.

—Como ya cumpliste tu función, no te meterás en mi vida ni yo en la tuya —contestó Sara con gesto altivo, tragándose las ganas de llorar por considerarla tan poco mujer—. Llegaré tarde.

—Entendido —respondió él, actuando de la misma manera.

En la puerta, Morgan escuchó a Gabriel:

—¿Siempre es tan soberbio? —preguntó a la chica, abriéndole el coche alquilado.

—Olvídate de él, Gaby, no vale la pena. —Sus pensamientos eran tan turbios como el mar en una tormenta.

«El hombre que estuvo conmigo fue solo un espejismo. ¿Por qué aún me preocupa? ¿Por qué me destroza su soberbia?», se torturó, con la cabeza hecha un lío y dolida en su amor propio.

Esa noche, mientras Sara disfrutaba con Gabriel en un club latino del centro, Morgan prefirió la compañía de una botella de *whisky*.

Recordó sus conversaciones con ella discutiendo sobre cine. Cómo le gustaba contemplarla pintando mientras no le veía y la expresión concentrada de su rostro, en un gracioso mohín, ante los trazos más difíciles.

Le hacía ilusión acercarse a su cuarto mientras dormía relajada y acariciar su cabello sin despertarla. Sara no sabía que pasaba las noches de insomnio sentado en el suelo junto a su cama, deseando decir lo que sus labios se habían obstinado en callar la noche de su discusión.

Gabriel volvía a su mente, disipando la tranquilidad que había vivido con la muchacha. Morgan sintió una angustia sin límites al darse cuenta de que jamás podría competir con el español. Formar parte del pasado de la joven no suponía una amenaza. Conocerle había abierto las puertas de su propio

infierno.

Era un hombre atractivo que rebosaba salud y fortaleza. Un hombre que Sara tenía motivos para desear.

La desfiguración que sufría, que no podía olvidar, se impuso a la fantasía de una vida con ella y le destrozó el alma. Las lágrimas borraron la imagen en su cabeza que tanto odiaba.

Se llevó la botella a su cuarto y se tiró en la cama para continuar bebiendo. Cuando el alcohol le hizo efecto nublando su mente, Morgan vio la figura de su padre aparecer en el dormitorio para atormentarle, como siempre que acababa borracho.

—Ya estás aquí. Te esperaba —dijo con voz pastosa.

—Eres un engendro, ni tu madre te habría querido —le habló el fantasma de John frente a él.

—Ella sí me aceptaría. ¿Por qué no me quieres aunque solo sea un poco, padre? —le interrogó afligido.

—La mataste —respondió el fantasma con odio, de pie al lado de la cama.

—No pudiste salvarla... murió desangrada. Yo solo era un bebé —intentó despertar su piedad.

—Eres su asesino y lo pagarás con la maldición que tienes en tu cuerpo.

—No digas eso, por favor —le suplicó herido, sintiendo que se le rompía el alma con cada palabra.

—Morirás solo y abandonado como un perro —le maldijo el viejo, desapareciendo sin dejar rastro.

Esa última sentencia resonó en su mente hasta que cayó, narcotizado por los efluvios del alcohol.

Las dos semanas siguientes fueron un tormento para Morgan. Sara no esperaba que la llevara al trabajo, así que Gabriel se ofreció a recogerla por las mañanas.

Se levantaba mucho antes que el hombre y veía los restos de la botella que había tomado la noche anterior. Ni siquiera probaba el desayuno que le preparaba al amanecer. Lo dejaba intacto por muy apetitoso que se viera.

Sabía que su indiferencia hacía daño a Morgan, pero se sentía demasiado dolida para tener la misma relación de antes.

La idea de volver a España en cuanto todo el trabajo estuviera terminado rondaba por su cabeza. Si lo hacía se estaría traicionando a sí misma, rindiéndose sin luchar lo suficiente por él, y Sara detestaba perder con todas

sus fuerzas. Era un mar de dudas.

No dormir y los malos hábitos agotaban a su compañero, provocándole dolores insoportables en la espalda al quedarse dormido en el suelo o el sillón. A veces conseguía levantarse, haciendo un gran esfuerzo, para pincharse la morfina.

En la oficina la joven se mostraba fría y distante con él, le hablaba cuando era estrictamente necesario.

Pasaba todos los ratos libres con el español, volviendo muy tarde a casa. Incluso le había pedido a David que la dejara salir un par de horas antes durante esos días para aprovechar su estancia.

Le había llevado al *Cat club* en Sunset Boulevard, una sala de conciertos de jazz, con su toldo de leopardo y la decoración rockabilly, donde tomaron Martini hasta altas horas de la madrugada recordando anécdotas de España. A los museos de arte de Los Ángeles: el *County* con sus famosas colecciones orientales y el de Arte Contemporáneo que disfrutaron con fervor.

Incluso Gabriel había conseguido entradas para ver el musical de *El fantasma de la ópera*. En la función Sara lloró desconsolada al recordar a Morgan cuando Erik, el fantasma, es despojado de su máscara por Christine.

Le había devuelto el vestido rojo con la excusa de que era muy costoso y no tendría ocasiones de ponérselo. El rechazo de su regalo disgustó a Morgan, hasta el extremo de aprovechar la marcha de la joven al teatro para desgarrarlo con sus propias manos.

Días después, la chica enseñó a Gabriel el Velázquez terminado, recibiendo sus felicitaciones con alegría.

Morgan sentía que se le rompía el alma al ver cómo abrazaba a su amigo con dulzura, rememorando la noche de su pesadilla y el momento que durmió con ella.

No podía soportarlo más. Creyendo que nadie lo había advertido, se encerró en el baño para ocultar la pena que invadía sus ojos.

David llevaba tiempo observándole y se percató de su estado.

—Nena, ¿por qué no te tomas la tarde libre y le enseñas el observatorio del Parque Griffith a Gaby?

—De acuerdo. Prometo recuperar todas las horas perdidas —le aseguró, cogiendo su chaqueta y huyendo con Gabriel de la mano.

—No te preocupes.

Al escuchar cómo se cerraba la puerta, fue al escondite de Morgan.

—Se han ido, estarán fuera toda la tarde. Abre, por favor.

Los ojos de Morgan al abrir la puerta estaban hinchados por las lágrimas que intentaba controlar. Jamás hubiera dejado que Sara viera que sufría tanto por ella.

David le cogió por los hombros, llevándole al taller. Sentados en el sofá, le interrogó.

—¿Estás enamorado de Sara? No hace falta que contestes, no hay más que verte.

—Me muero por ella, pero me ha convertido en su enemigo. No recibo más que desaires, y es lo que merezco después de tratarla como lo he hecho.

—¿Qué ha ocurrido entre vosotros que ni siquiera os habláis?

—Unas noches antes de llegar Gabriel, tu hermana me pilló en la cocina sin camiseta. David, la mirada de repulsión que vi en sus ojos rompió todas mis ilusiones y me sentí como un animal acosado, la misma sensación que tengo con mi padre. —Suspiró angustiado—. Ya no importa; ahora que tiene al español, sería imposible competir con él.

—Es solo un buen amigo.

—La ama y la defiende como una fiera. Sara me contó que fueron amantes. Posee todo lo que no podré darle: no está enfermo ni convertido en una carnicería andante como yo.

—A ella no le importan tus heridas, te lo puedo asegurar. ¿No crees que te has equivocado con ella? Tu cuerpo puede sorprender la primera vez que te miran... Pero estoy seguro que Sara jamás te despreciaría por eso.

—Tú no viste su cara... Cuando pienso que ese hombre formidable y seguro de sí mismo la ha tenido en su cama, no puedo soportarlo. Yo no puedo ofrecerle placer...

—¿Has pensado que ella te ama realmente? ¿Que decidió venir huyendo de la propuesta de matrimonio de Gabriel?

Morgan le miró, sorprendido ante su anuncio.

—Afirmó que me ama, pero hay demasiadas cosas que no sabe de mí, y yo la quiero tanto...

—¿Qué secreto tan horrible guardas, amigo mío, que ni siquiera a mí me has contado? —le preguntó apretando el hombro del hombre con cariño.

—David, es mejor no remover ciertas cosas. —Se pasó la mano por la frente, sudorosa de la tensión que acumulaba—. Además, sería imperdonable atar su preciosa juventud al lado de un lisiado, pudiendo ser feliz con otro hombre.

—No voy a meterme entre vosotros, os quiero demasiado a los dos. Pero creo que deberías decirle lo que sientes y que ella elija... O lo haré yo en tu lugar.

—¡Júrame por la memoria de tus padres que nunca le dirás que la quiero!
—Sus dedos se clavaron en los brazos de su amigo como garras.

—¿Y dejar que sigas destrozándote, Morgan? —le interrogó, cogiéndole por los hombros.

—Prométemelo David, pase lo que pase. Es lo mejor para ella.

—Está bien —contestó, no del todo convencido—. Vete a casa a descansar, anda.

—Gracias, hermano —le palmeó la espalda.

En la radio del coche sonó una balada de Ricky Martin que expresaba todo lo que Morgan sentía. La habían anunciado como “Solo quiero amarte”³⁷. La melancólica letra le emocionó:

*Aquí estoy, en mi soledad
Dentro de mi ser solo hay tristeza
Lo he dado todo por salvar tu amor
Que se va perdiendo
Necesito tenerte
Quédate junto a mí
Ven conmigo....
Sin ti me siento tan solo,
Sin ti no puedo más
Mi cuerpo pide tu cuerpo
Tu alma acariciar...*

Conduciendo por Sunset Boulevard, Morgan vio a varias prostitutas. No eran compañía de su agrado, pero aquella noche la soledad pesaba como una losa.

Paró el coche en la acera. Una chica pelirroja de pequeños ojos castaños, de unos 25 años, alta y con pechos operados, asomó por la ventanilla.

—Hola guapo. ¿Necesitas compañía? —le preguntó, guiñándole un ojo cubierto de espeso rímel negro.

—Más que nunca. ¿Dónde vamos?

—A tu casa si quieres. Son quinientos toda la noche.

—Sube. —Le abrió la puerta del coche, esperando no arrepentirse de lo que iba a hacer.

Llegaron enseguida. En el salón la chica comenzó a quitarse la ropa.

—No hace falta que te desnudes. El sexo no me interesa.

—No serás un tipo con gustos raros, ¿no? —preguntó un poco atemorizada, preparada para sacar la navaja que llevaba en su cartera de mano.

—Jamás te haría daño. Solo quiero que me abrases un rato —contestó con timidez—. Luego podrás irte.

—Está bien —dijo satisfecha, volviendo a ponerse el vestido negro de licra.

—Tengo muchas cicatrices, te lo advierto.

—Te aseguro que he hecho cosas peores que mirar.

Se quitó la camiseta verde, intentando evitar el ligero temblor que sentía, quedándose con el vaquero gris y sintiéndose tremendamente indefenso ante la muchacha.

Dejar que aquella fulana le acariciara imaginando que era Sara, sonaba patético. Pero no podía soportar que la mujer que amaba sintiera lástima y repulsión por su cuerpo, por su maltrecho deseo insatisfecho, por todo lo que escondían sus secretos.

—Tócame, por favor —le imploró con desconuelo.

—¡Joder, tío! —La prostituta volvió su rostro con profunda aversión al rozar con los dedos el pecho del hombre—. Tienes una cara bonita, pero del resto no puedo decir lo mismo.

—Te lo suplico, pagaré el doble de tu tarifa —le respondió, profundamente humillado.

—No hay dinero que pague ese mal trago. Lo siento, no puedo, tío —replicó la chica, negándose en redondo—. Me dan escalofríos con solo intentar rozarte la piel.

Morgan sacó dinero del cajón y lo acercó a la mesa, cubriéndose de nuevo.

—Coge el dinero y vete —le ordenó, tapándose con la ropa mientras le daba la espalda.

La chica puso pies en polvorosa y corrió más aún al oír los ladridos de Lobo desde la cocina.

El grito de su amo alertó al animal, que corrió hasta el baño. Desesperado, la había emprendido a puñetazos con el espejo, haciéndolo añicos, pensando en cuánto necesitaba y temía las caricias de Sara. Sentía que era un hijo de perra por el odio con que la había tratado.

La sangre había salpicado el lavabo y su cuerpo. Uno de los trozos afilados

caído en el suelo llamó su atención. Cogiéndolo, lo acercó peligrosamente a su muñeca izquierda.

«Acaba con este suplicio», se imploró a sí mismo, queriendo dejarse arrastrar por la tentación.

Impulsó la hoja sobre la piel comenzando a rasgarla. Iba a abrirse las venas hasta el brazo cuando escuchó la voz de Sara en el recibidor.

—¿No quieres que te acompañe mañana al aeropuerto, Gaby?

—Ya hemos abusado de tu hermano bastante. Te llamaré cuando llegue a Madrid. —Tomando su rostro entre las manos, acarició suavemente sus mejillas manteniendo sus ojos fijos en ella—. Sara, quiero pedirte algo desde hace mucho tiempo y nunca me dejas. ¿Tampoco lo harás esta vez?

—En diciembre habré acabado la colección y seguramente volveré a casa. Ten paciencia hasta entonces, Gabriel —le consoló—. Sería un error tomar decisiones equivocadas. No adelantemos acontecimientos.

—Han sido unas semanas increíbles. ¿Sabes que eres muy importante para mí?

—Lo sé, Gaby. Hasta pronto, guapo. —Le abrazó con fuerza.

—Ten cuidado con el ogro —le dijo, manteniéndola entre sus brazos.

—No le llares así —se sintió culpable la joven.

—No sé cómo aguantas vivir con él.

Ella no contestó a su comentario.

—Pórtate bien y no lligues con las alumnas.

—Solo he ligado una vez y fue contigo, preciosa. —La besó con ternura en la mejilla, estrechándola contra él de nuevo—. Adiós, mi pequeña artista.

Sara vio las llaves de Morgan en la mesa y supo que estaba en la casa. Se acostó sin percatarse de que había evitado su suicidio.

Un llamativo reguero de sangre recorría el suelo blanco de la ducha, cayendo del corte del antebrazo de Morgan cada vez más lento, presionado por la venda que había apretado en torno a él. La tentación era tan grande que le costaba respirar; sería tan fácil volver a abrirlo y dejar que el sopor de la pérdida de sangre se llevara su dolor y su mísera vida...

Estaba agotado de pelear contra sí mismo, contra la mujer que amaba y a la que le estaba haciendo tanto daño, contra el odio y la necesidad de afecto hacia su padre. Solo le quedaban fuerzas para desahogar en amargos sollozos la pena que estaba destrozando su corazón, para dejar que las lágrimas corrieran por su cara y limpiar de su alma los malditos demonios que no le dejaban ser un hombre feliz y entero. Estaba roto en mil pedazos por la culpa,

el miedo a que ella viera lo frágil que era en realidad y lo rechazara al final, como su familia siempre había hecho, lo paralizaba. Era un estúpido, un cobarde que no la merecía e iba a perderla en los brazos de aquel otro hombre que ya se la había arrebatado. Lloró encerrado en aquel cubículo que había convertido en otra nueva prisión, sin esperanza de un futuro con Sara.

La joven acabó la odalisca y se la mostró a David.

—Para mí es perfecta, pero Morgan decidirá.

Su socio se dirigió a su despacho y llamó a la puerta, avisándole.

—Ya está el siguiente baúl, me marchó al taller grande. Nos vemos mañana.

La palidez de Morgan dejó atónita a la muchacha al verle entrar en el taller. No le había prestado la más mínima atención hasta ese momento y se asustó. Pronunciadas ojeras denotaban su cansancio, había adelgazado a marchas forzadas y un sudor frío cubría su rostro.

Al agacharse para mirar la pintura detenidamente le tocó la frente, fijándose en la venda de su antebrazo.

—Estás ardiendo de fiebre. Deberías meterte en la cama y dormir. —Él le apartó la mano con rapidez.

—No necesito atenciones después de que tu perro guardián se haya largado —le recriminó.

—No seas miserable, Morgan —le soltó empezando a enfadarse.

—Lo mismo digo. El cuadro no está mal. Continúa con las otras —respondió sin ni siquiera mirarla.

De un rincón cogió un cofre rectangular cubierto de terciopelo azul, depositándolo a un lado de la mesa. Era el regalo que había terminado un mes atrás para el cumpleaños de su padre. Iba a barnizarlo.

—Pídelo con buenos modales, sin darme órdenes, y mírame a la cara. Respétame al menos aunque me odies—le exigió la chica.

—No me importas una mierda, así que ni siquiera te odio. Sigue con las otras ¡de una puta vez! —tronó colérico.

Estaba tan cansado y dolido que no soportaba siquiera escucharla.

—¡Jamás vuelvas a gritarme! —respondió Sara, tirándole los pinceles a la cara.

—Niña malcriada.

Cogiéndola fuertemente por los brazos, la retuvo, acercándola a su rostro. La muchacha deseaba que volviera a besarla, así, en un instante, acabaría con la farsa de su indiferencia fingida. El corazón le latía desbocado ante la

proximidad del hombre.

«Quiéreme cariño, no luches contra esto ¿No ves que estoy loca por ti?», clamó en su interior.

—No volveré a tocar los labios que otro se hartó de probar antes que yo —le escupió aquellas palabras, ofendiéndola con todo su desprecio.

—Es eso lo que te duele, que atraiga a Gabriel. ¿Por qué me exiges lo que no eres capaz de dar?

—¿Cuántos hombres necesitas en tu vida para estar contenta? ¿Te gustaría que nos peleáramos a puñetazos por ti?

—Siempre sacas a relucir la bestia que llevas dentro —le escupió sus palabras, enfurecida.

—¡Y tú te has comportado como una vulgar ramera calentándonos a los dos!

Morgan se arrepintió de sus palabras en el mismo momento de decirlas. Una sonora bofetada marcó los dedos de ella en su rostro.

—Sara, perdóname. No tenía derecho a insultarte —se disculpó mordiéndose los labios, intentando tomarla del brazo.

Rechazando sus manos salió hacia el despacho de David, abrió el armario y cogió el cuadro ovalado. Lo tiró a los pies de Morgan al volver al taller.

—Tú tampoco mereces esto. Era tu regalo de cumpleaños —le dijo, conteniendo a duras penas las lágrimas que iban a desbordarla en segundos.

Morgan se arrodilló ante el cuadro, llevándolo en sus manos con devoción.

—Casi respira... Es un milagro —respondió turbado—. Nadie ha hecho nunca algo tan hermoso por mí.

—Después de lo que me has llamado, será lo último que haga. Nunca me hiciste una promesa ni yo acepté un compromiso contigo. Ni siquiera acepté a Gaby. Siempre he sido honesta, Morgan. ¿Has disfrutado haciéndome daño? —preguntó con el corazón hecho añicos.

—Mientras estuviste con él, ignoraste cada uno de mis detalles. Me borraste de tu vida de un plumazo —se defendió—. En estas últimas semanas, ¿cuántas veces te colmé de atenciones que despreciaste? ¿Cuántas fui amable y únicamente recibí de tus labios silencio? Seguro que te burlaste de mi aspecto grotesco cuando estabas con él —se rebeló atormentado.

—Ni siquiera me has dado la oportunidad de confiar en mí y enseñarme tu cuerpo sin rechazarme. ¿Me crees tan cruel como para mofarme de tus cicatrices? El veneno de tu lengua es lo que me da asco. Te vuelve ruin y despiadado —contestó con dureza, señalando el cuadro con el índice—.

Eleanor se avergonzaría de ver en lo que te has convertido.

—Al menos le importarían mis sentimientos. —Estaba agotado de discutir.

—Tus sentimientos han construido un muro inexpugnable que yo no tengo fuerzas para derrumbar —se sinceró, tan hastiada como él—. Mientras sigas compadeciéndote de tu presente no olvidarás el pasado.

—¡No quiero tu piedad! —le gritó humillado.

—Te repugna quién eres cuando contemplas ese corazón tan perverso que te está pudriendo cada día. No necesitas mi piedad, necesitas arrancártelo del pecho porque no te dejará seguir viviendo con esa amargura.

—Estarías encantada de hacerlo tú misma, ¿verdad? —la provocó, deseando odiarla.

—Si te amara no existiría veneno que pudiera alejarme de ti. Pero solo me inspiras una aversión insoportable por convertirme en un cretino —sentenció despidiéndose.

La muchacha salió para comer sola en el restaurante, pensando en aquella mentira que sus labios habían pronunciado quemándole las entrañas.

Encerrada en el baño del local, desató el llanto que le oprimía la garganta, sintiéndose herida y menospreciada por amarle.

El doloroso calambre que Morgan sentía en los nervios de la espalda tras la discusión terminó de derrotarle. Se echó sobre el sofá, inyectándose como pudo otro calmante.

Siguió con el catálogo de muebles, con la rabia hiriendo su estómago. Las duras palabras de Sara no desaparecían de su mente y recordarlas le sumía en la depresión, porque en el fondo de su alma sabía que decía la verdad.

El compuesto de morfina no le hizo efecto. Morgan soportaba la sensación de malestar que recorría cada célula de su ser intentando controlar las ganas de gritar por momentos.

Cinco horas más tarde, el dolor se había convertido en un fuego devastador que envolvía cada músculo y vértebra de su espalda.

A duras penas se bajó del taxi que le trajo a casa, abriendo la puerta entre temblores. No podía conducir él mismo.

Lobo notó que su amo se encontraba mal.

El hombre se quitó la chaqueta a tirones, arrastrándose hasta su dormitorio. Encendió la luz y, desesperado, se lanzó al armario, sacando la ropa del cajón principal que dejó tirada en un rincón, donde guardaba la última botella de escocés.

Tiró el tapón al suelo bebiendo un largo trago. Quería emborracharse hasta perder el sentido, dejar que la inconsciencia se llevara aquella agonía que le costaba resistir un anochecer tras otro.

«Gabriel no es un asqueroso despojo como tú, que insultas a quien amas», se acusó mentalmente, echándose en la cama con el alma hecha jirones.

Sara apareció de improvviso en la puerta que había olvidado cerrar. Había llegado minutos antes que él.

—Esa botella no te ayudará, Morgan. Descubre lo peor de ti —intentó un último encuentro. Le había visto llegar hecho polvo y no podía dejarle sufriendo.

—¡Vete de mi cuarto! —sorprendido, la vergüenza de verse en tan lamentable estado le revolvió con ira incontenible—. No tienes derecho a estar aquí.

—Ni tú a destrozarte la vida. —Sara se acercó a la mesilla de noche donde reposaba la botella, arrebatándosela antes de que lograra alcanzarla.

—¡Dámela ahora mismo! —bramó desesperado.

—Ni hablar. —Si había alguien más terco que Morgan era ella.

La chica se fue al cuarto de baño dispuesta a tirar el líquido por el inodoro. Morgan se bajó de la cama a duras penas, luchando contra el cansancio.

—Sara, no lo hagas —le suplicó agotado.

—Es hora de que te cuides —sentenció, vaciando la botella entera.

—Es la única que me queda.

Las fuerzas le fallaron, derrumbándose de rodillas. Ella se acercó a ayudarlo y las palabras de Morgan la detuvieron en seco.

—¡Maldita bruja! No puedo tomar más calmantes. ¡Fuera de aquí! ¡Largo de mi casa!

—Cumpliré tus deseos cuanto antes. Recogeré mis cosas y me marcharé al hotel —respondió tajante.

La idea de no tenerla junto a él le partió el corazón, sin embargo no se retractó de sus palabras.

—No eres tan horrible como piensas, Morgan. Solo te has convertido en tu peor enemigo —se sinceró contemplándole con gesto serio.

—Comparado con tu magnífico novio, soy un monstruo —contestó con aspereza.

La muchacha sintió una alegría incontenible al descubrir de nuevo sus celos; sí que le importaba después de todo. Pero la crueldad de su insulto en el taller continuaba anclada en su recuerdo, y no podía olvidar sus duras

palabras.

—Las comparaciones suelen ser odiosas, en este caso es obvio —respondió con un rastro de ironía y venganza en su voz—. Te meteré en la cama.

—Deberías estar gozando en la de tu amigo si te hubieras marchado con él. No haciendo obras de caridad. —La intentó herir.

Sujetándole por debajo de los brazos le susurró al oído:

—Cálmate, me iré con Gaby antes de lo que piensas. No te aguantaré hasta diciembre.

Necesitaba hacerle daño porque en aquel momento aborrecía que siguiera echándola de su lado.

—No pierdas ni un segundo por mí —comentó despechado.

Se zafó de sus manos, pero la espalda le jugó una mala pasada con un sonoro crujir de los huesos. Morgan se mordió los labios hasta hacerlos sangrar, a punto de perder el conocimiento.

—No aguantaré tu peso si te desmayas —le advirtió con temor al verle en aquel estado tan lamentable.

Usando las últimas fuerzas, logró izarse abrazado a ella y llegar hasta el lecho. Lo acomodó de lado y se arrodilló junto a él.

—Tengo sedantes en mi bolso. Un par de ellos te harán dormir.

Morgan los tomó dejándose hacer, bebiendo un sorbo de agua. Contempló sus ojos azules sabiendo que la estaba perdiendo definitivamente.

«Ojalá tuviera el valor de amarte. Necesitas un hombre que te dé seguridad y no un desgraciado tullido», pensó melancólico.

En la mente de Sara se libraba un dilema al mismo tiempo que en su corazón. La fragilidad de Morgan la enternecía. Parecía imposible convencerle de cuánto le quería, de que se moría por quedarse a su lado y cuidarle para siempre... Que Gabriel nunca llenaría su alma como lo hacía él.

No obstante, sus labios callaron la verdad. Se sentía derrotada por aquella guerra sin sentido que habían forjado entre insultos y malentendidos. Huiría de su lado o acabaría arrastrándola con él al abismo.

En cambio, Gabriel era tan dulce y tranquilo, la paz que Sara necesitaba. La vida con él sería maravillosa. Pero tenía que estar perdidamente enamorada del perverso y arrogante ser que ahora reposaba junto a ella.

Entonces Morgan decidió hacerle todo el daño que sus duras palabras le permitieran, para alejarla de él para siempre:

—Sara, no soporto tenerte cerca ni un minuto más. Aborrezco todo lo que hay en ti, siempre me recuerdas al hombre que nunca volveré a ser. Ni

siquiera puedo desearte como mujer; tu cuerpo solo logra encender a duras penas mi lujuria. —Esperó su reacción, sintiéndose un canalla—. Gabriel estará encantado de complacerte. Vuelve con él a Madrid y sé feliz.

«Mi noble Sara, si supiera que me muero por besar sus senos y llenarla de caricias», imaginó la verdad embargado por la pena.

La chica se apartó bruscamente del hombre.

—Tú aniquilarías cualquier deseo que pudiera sentir. Eres un demonio, Morgan. Un auténtico monstruo de alma negra que no merece un atisbo de misericordia —susurró, herida hasta el fondo de su alma.

Cada sonido salido de los labios del hombre se había clavado profundamente en su mente, su arrogancia y la brutal confesión firmaron la sentencia: se lo arrancarían de las entrañas con las atenciones de su antiguo profesor.

En ese instante, Sara pensó que jamás había odiado a nadie como a Morgan Drake. Sin mirar atrás decidió dejarle fuera de su vida definitivamente. Si Gabriel le volvía a pedir en matrimonio, aceptaría.

Al salir de la habitación, la muchacha no logró escuchar los gemidos del hombre que habrían dado un giro drástico a sus planes de vuelta.

«Te quiero. Lo siento amor mío, debes alejarte de mí», repitió como una letanía hasta que el sueño le venció.

Ya en su dormitorio, la muchacha se derrumbó. Sacando su ropa del armario hizo la maleta llorando, destrozada por abandonar al amor de sus sueños.

A las seis de la mañana un taxi la recogió, liberándola del único hombre que había amado realmente en toda su existencia.

³⁷ Versión en español de la canción *Nobody Wants to Be Lonely*, interpretada por Ricky Martin y Christina Aguilera. Álbum: Sound Loaded. Año 2000.

Capítulo 7

Morgan se levantó con la cabeza ardiendo. Por un instante, rezó para que el suceso de la noche pasada solo fuera parte de su imaginación, que sus labios no hubieran pronunciado aquel agravio.

Corrió al cuarto de Sara con la esperanza de hallarla dormida. La soledad de la cama vacía hizo estallar su mundo en pedazos y comprendió que la había perdido para siempre. Un grito desgarrador rompió la quietud del amanecer, estallando en su garganta.

Sentado contra la pared, se meció arrepentido de ser un hombre que no se atrevía a quererla, que había dejado escapar la única oportunidad de ser feliz. A su lado distinguió un objeto brillante en el suelo: el colgante en forma de lágrima que ella siempre llevaba.

Era irónico. Lo único que quedaba de su convivencia era aquella joya que representaba todo el sufrimiento que habían engendrado. Cogiéndolo con delicadeza, lo besó y se lo colgó del cuello. Al menos una parte de ella reposaría en su pecho.

Cuando David la llamó al móvil, su voz surgió compungida.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Me he marchado de casa de Morgan, estoy en el *Moon* otra vez.

—Voy para allá —contestó decidido.

—Tienes mucho trabajo, no te preocupes por mí.

—¡A la mierda el trabajo! Que se encargue él.

—¿Podría Laura quedarse hoy conmigo? —preguntó, tragándose el nudo que le atenazaba la garganta.

—Ya ha comenzado sus vacaciones, no tendrá inconveniente en acompañarte.

—¿Qué le ha hecho ese hijo de puta? —Escuchó gritar a su cuñada, junto a David—. Como la haya despreciado, le voy a cortar las pelotas por muy marine que haya sido. ¡A mi niña no la vapulea nadie!

—Tranquila, Laura, ya sabes el carácter áspero de Morgan cuando se

enfada —la intentó apaciguar su hermano al otro lado de la línea—. Y tendrás que ponerte a la cola porque sus pelotas serán mías. Te la paso, Sara, vamos a por ti.

Laura le arrebató el teléfono y habló a la chica con cariño.

—En seguida estaré contigo, tesoro. Me contarás todo, ¿de acuerdo? No llores, nena.

El hombre sentía que la ira contra su mejor amigo amenazaba con asfixiarle. Aunque quería a Morgan como si fuera su hermano, encontrar a Sara en aquel estado, junto a lo que sabría más tarde, puso en peligro su prudencia.

En el hotel la muchacha se abrazó a Laura, llorando con tanta aflicción que David aguantó las ganas de correr tras él y abrirle la cabeza a puñetazos.

Sara les contó lo ocurrido la noche anterior. Cuando su hermano escuchó el trato de Morgan, perdió la paciencia y salió disparado en su busca haciendo caso omiso de las súplicas de Sara.

Llamó a la oficina por el móvil y la voz de su socio contestó al teléfono.

—Espérame ahí —le advirtió.

Mientras tanto, la chica se desahogaba en los brazos de su amiga.

—No quiero que le haga daño, Laura. Se ha comportado como un bruto sin sentimientos, pero no puedo dejar de amarle a pesar de todo.

—Ese hombre os destruirá a los dos. Está tan amargado que se ha vuelto cruel —le contestó su cuñada, maldiciendo a Morgan con toda su rabia a pesar del enorme cariño que le tenía.

—David le quiere mucho, no pueden acabar mal. Morgan se jugó la vida por él.

—Tu hermano debe salvarle de sí mismo. Tiene que hacerle pensar, Sara.

La puerta se abrió dejando entrar un auténtico vendaval. Morgan nunca había visto a David en ese estado, y en el fondo deseaba que le hiciera pagar las ofensas contra su hermana.

Cogiéndole por el jersey se enfrentó a él:

—¡Jamás vuelvas a tratarla así! ¿Me oyes, Morgan? Porque soy capaz de matarte, cabrón.

—Me harías un gran favor —le provocó.

—Acaba contigo si quieres, pero no dejaré que la aniquiles a ella. —Siguió

apretándole entre sus puños, intentando controlarse al límite de su ira.

—Solo la he empujado a los brazos de Gabriel —se justificó—. Aunque la insultara para conseguirlo.

—¡Dile que la amas de una vez! —le soltó David bruscamente—. Y no la tortures como haces contigo.

—No puedo encadenarla a un hombre acabado —se sinceró.

—Te aterra que ella vea en lo que te has convertido. No son tus cicatrices, ni tus secuelas. ¡Te estás volviendo tan cruel como tu padre!

—No sigas por ese camino, David —siseó, empezando a sentir la cólera apoderándose de él.

—¿Dónde están tus cojones, Morgan? ¿Al final Irak te convirtió en un maricón sin agallas?

—¡Cállate, maldito seas! —gritó, propinándole un vigoroso puñetazo en la cara.

Un reguero de sangre bajó por la nariz del asombrado David. Morgan se sintió tan culpable que susurró:

—Perdóname. —Intentó acercarse a él, tembloroso.

Los ojos de su amigo reflejaron una gran decepción. Empujándole violentamente contra la pared, con la que Morgan se golpeó la cabeza, le contestó sin tapujos.

—Sé que le has hecho mucho daño a mi hermana. Conozco lo mezquino que puedes ser cuando te lo propones. Pero se acabó, Morgan. Por ella y por mí.

—Ya era hora de que mostraras la verdadera opinión sobre tu socio. Adelante, no guardes las formas —le animó rendido, mesándose los cabellos.

—Te has comportado como un sádico, la has humillado a cambio de su ternura y su respeto. ¡Eres vil y despreciable! ¡No deberías llamarte hombre ante ella! —le hirió con saña—. Te has convertido en lo que tanto temes y arruinas las buenas intenciones de quien se acerca a ti.

—No las necesito —contestó furioso, dejándose caer sobre la pared.

—Entonces olvídate de mí cuando aúlles de dolor tirado en el suelo. ¡Salvarme de la tortura no te da derecho a pisotear a mi familia! Enhorabuena, Morgan, ya te has quedado solo, como deseabas en el fondo. —David salió dando un portazo.

La desolación le oprimió la garganta mientras escondía la cabeza entre sus brazos, arrodillado sobre el alfeizar. Le vio alejarse por la ventana pensando que perdía otra parte importante de su vida.

Ahora sí que la soledad le acogía en su oscuro abrazo.

En las semanas siguientes, Sara no volvió a trabajar. Su hermano le dio unos días para relajarse y decidir qué hacer con su futuro.

Seguía alojada en el hotel, Laura la acompañaba de compras y al cine para distraerla de sus pensamientos. Pero la aflicción no le daba un respiro, siempre tenía los ojos hinchados de llorar.

Las jornadas de su enemigo transcurrían trabajando desde el amanecer hasta el crepúsculo. Apenas comía, y las noches las toleraba entre quejidos y alcohol.

El trato a su cuerpo le pasaba factura, haciendo que sus nervios y músculos se contrajeran insoportablemente hasta el punto de no poder llegar al lecho y quedarse postrado en el suelo de la habitación donde le sobrevinía el ataque. Si tuviera vecinos a su alrededor, habrían escuchado los gritos de agonía que salían de la casa de madrugada.

En la oficina David tampoco le hablaba. Solo lo justo para comprobar el término de un pedido o el tipo de madera de un mueble.

La palidez de su aspecto se había acentuado por la fiebre que le asaltaba de noche. Apenas podía caminar sin arrastrar los pies y padecía una delgadez cada vez más acusada. Se estaba consumiendo lentamente.

Pero su socio se había cansado de ayudarlo y pensaba que él mismo se daría cuenta de su error tarde o temprano. Aún seguía tremendamente enfadado con él.

Desconocía que Morgan estaba aniquilando su salud apostando. Perder a Sara era morir en vida. Y ya no deseaba vivir: la depresión se cebaba con él irremisiblemente. Llevaba tres días con solo un par de tazas de café e ingentes cantidades de *bourbon*.

La tarde del domingo que se celebraba el septuagésimo sexto cumpleaños de John, Morgan fue al taller para recoger el cofre. Quería desprenderse del cuadro, le recordaba el trato despreciable que le había dado a Sara.

Insertó el óvalo de Eleanor en el interior de la tapa donde encajaba a la perfección. La imagen de su madre era tan real como si pudiera contar de un momento a otro las desdichas de su hijo. Tal vez su imagen ablandara el corazón de su padre por fin.

Al abrir la puerta de la oficina, la descubrió recopilando sus bocetos para organizar el trabajo que empezaría el lunes. La gélida indiferencia que le

mostró, obvió cualquier gesto de disculpa que pensara hacer.

Cuando el hombre entró al taller sonó el teléfono. Lo cogió antes que ella y contestó:

—Drake & Butler artesanos.

—Morgan, soy Gabriel. ¿Sara se encuentra en la oficina?

—Sí, ahora se pone.

—Espera, quería preguntarte algo.

—Adelante.

—Voy a darle una sorpresa. Llegaré mañana por la noche y no quiero que lo sepa. ¿Estará en tu casa?

—No. Ahora se aloja en el *Moon*. ¿Algo más? —preguntó impaciente.

—Espero que podamos celebrar lo que le tengo preparado y te unas a nosotros. Voy a pedirle que se case conmigo, porque no soporto estar más tiempo lejos de ella —le contó, denotando triunfo en su voz.

—La harás muy feliz, Gabriel —pronunció con un hilo de voz, sintiendo que las piernas le temblaban de nerviosismo ante la noticia.

—Guárdame el secreto, Morgan.

—Tranquilo. Te dejo con ella, tengo mucho trabajo —se despidió, con el corazón roto en mil pedazos.

La avisó de que cogiera el teléfono, saliendo del taller con el cofre en los brazos. Abatido, montó en el coche rumbo a la mansión Drake para dejar a los criados el regalo.

El cambio en su cara no pasó inadvertido a la chica. Recibió las alegres bromas del español, luchando contra sus locas ansias de salir corriendo tras Morgan.

Las copas de champán circulaban de un invitado a otro, junto al exquisito marisco que los camareros, vestidos con librea blanca, ofrecían a los huéspedes.

John Drake estaba sentado en su sillón de cuero favorito, ya recuperado de la neumonía. Controlaba que el personal de servicio que había contratado para el evento cumpliera con sus obligaciones a la perfección.

Sus implacables ojos grises dominaban con férrea determinación todo su entorno, cuando se disponía a soplar la interminable hilera de velas de la tarta dispuesta en una mesa alargada, que guardaban para las grandes ocasiones.

Adam, con la falsedad oculta tras una abierta sonrisa, rezaba por que este fuera el último cumpleaños del viejo. Parecía un cuervo que fuera a saltar

sobre el dinero de su padre. Lo que haría sin tardanza tras el momento de celebrar su funeral.

Los invitados aplaudieron divertidos cuando el anciano pensó su deseo y comenzaron a llegar los regalos.

Morgan pasó desapercibido toda la velada, deseando volver a casa y beber hasta emborracharse. En la soledad del hogar ahogaría sus penas, la fiesta no era lugar para dar un espectáculo. Se marcharía después de entregarle el regalo a John, quien para guardar las formas ante los invitados había permitido la entrada de su hijo menor en la fiesta sin ningún contratiempo.

Todo el mundo había ofrecido sus obsequios, solo faltaba el suyo. Lo había dejado en el despacho de su padre. Saliendo de las sombras, Morgan se adelantó.

—Pareces un cadáver andante, Morgan —replicó John con ironía.

—Me alegra que tú no lo seas, padre. Feliz cumpleaños. —Sonrió por primera vez en muchos días—. ¿Te importa acompañarme a tu despacho? Mi regalo está esperándote allí y me gustaría que lo abrieras a solas.

El Mayor accedió a ir tras él, disculpándose ante la gente por su ausencia unos minutos. Morgan no quería que nadie viera la sorpresa para que fuera un momento emocionante entre los dos.

Cuando el anciano entró en la habitación descubrió un enorme envoltorio de terciopelo azul.

—¿Qué es? —preguntó, acercándose fascinado.

—Un cofre muy especial para guardar tus documentos. Te encantará abrirlo a la menor oportunidad, te lo aseguro.

El viejo destapó la tela, dejando ver el contenido que despertó sus murmullos de admiración. El brillo castaño del palisandro refulgió a la luz de la lámpara.

—¿Es obra tuya? —valoró satisfecho.

—Por supuesto. Pero lo que hay en su interior es un regalo que la hermana de David creó con sus propias manos. Ha conseguido que renazca, padre —le comentó con los ojos repletos de ilusión.

—Adam me contó que es muy bonita, cuando la conoció la noche que os encontrasteis se quedó fascinado. Nunca le había visto tan impresionado por una mujer —comentó sabiendo que ponía el dedo en la llaga, pues conocía la reacción que tuvo Morgan contra su hermano.

El aludido no mostró ninguna reacción a pesar de los celos que le quemaban las entrañas.

John ensartó la llave que Morgan le ofrecía en la cerradura con el emblema de los Drake.

Subió la tapa lentamente y palideció: los ojos de Eleanor le miraron con dulzura traspasándole el alma. El lienzo era tan perfecto, que el rostro de su esposa parecía a punto de salir del cuadro; sus labios llenos invitaban a besarla de nuevo como antaño. La piel suave y blanca le tentaba a rozarla con dedos trémulos.

Entonces, junto a los rizos castaños, descubrió la figura de un niño que descansaba la cabeza en el hombro de la mujer. La cólera hirvió en la sangre de John cuando contempló, boquiabierto, el retrato del pequeño Morgan a su lado.

Lanzando el cofre al suelo, le miró con los ojos llenos de rabia.

—¡Este cuadro es un sacrilegio! ¿Cómo ha osado esa zorra pintarte a su lado? ¡A ti, que fuiste su asesino! —replicó furioso.

—Vuelve a insultarla y olvidaré que eres un anciano —le recriminó Morgan con determinación.

—No tienes coraje para enfrentarte a mí —le escupió con desprecio.

—Tú sí lo tenías para apalea a un niño. Eres un desgraciado —le acusó lleno de rencor, dejando salir todo el dolor que guardaba durante años.

—Tú me has hecho ser así, después de convertirte en un asqueroso desviado en Irak.

—Por esa razón abandonaste a tu hijo cuando más te necesitaba, diciendo a los médicos que para ti ya estaba muerto. —Se plantó frente a él para obligarle a mirarle, cara a cara—. Mi madre estará revolviéndose en su tumba por la desgraciada vida que me diste.

—¡No te atrevas a nombrarla, malnacido! —La cólera inyectó de sangre los ojos del anciano.

El bastón con mango alargado que usaba durante su recuperación se estrelló sobre la cara de Morgan, provocándole una intensa quemazón en el pómulo rasgado.

El viejo estaba dispuesto a humillarlo como en el pasado.

—¡Defiéndete, bastardo! —le insultó.

—Te gustaría que levantara la mano contra ti, ¿verdad? —Se limpió la sangre que corría por su mejilla.

Las manos de John sostenían el bastón con mano firme y una furia asesina que iba derramándose por cada célula de su cuerpo.

—Sabes que podría hacerte pedazos con solo dejarme llevar por la rabia

que siento contra ti, padre. Pero no soy un animal sin corazón como tú — sentenció, dándose la vuelta para marcharse.

El golpe llegó con inusitada crueldad contra su espalda, haciendo que Morgan se derrumbara de bruces. Sin la más mínima compasión, John arremetió contra su hijo, lacerando la sensible piel en los riñones, los costados, el pecho... Provocando decenas de moratones a lo largo del cuerpo desplomado en el suelo.

Morgan no se defendió en ningún momento, dejando que cada punzada y cada herida que sufría fueran el último castigo por perder a Sara. Buscaba la autodestrucción y sabía que estaba en las mejores manos para conseguirla: las manos de quien más le odiaba en el mundo, así que se abandonó al maltrato sin oponer resistencia.

Con cada golpe, John repetía a gritos:

—¡Debiste morir tú y no ella! —Recordando, entre gemidos, la agonía de su esposa y el dolor por su pérdida del que nunca se había recuperado, descargó su furia en el brutal ataque del bastón sobre los riñones de Morgan mientras volvían a su memoria los gritos de dolor de aquel horrendo parto que no acababa nunca, en el que veía cómo los preciosos ojos de Eleanor iban perdiendo la vida con cada contracción. Cada vez que golpeaba el pecho y el vientre de Morgan y escuchaba los gemidos que emitía mordiéndose los labios, John sentía que la herida de su corazón sanaba un poco más. Quería que sufriera una y otra vez, como él, que había acabado con el alma hecha jirones con cada mirada al rostro de su hijo, que tanto se parecía a ella. Quería que sangrara como su madre sangró para darle la vida que no merecía. Quería que sufriera hasta volverse loco de dolor, como John había pasado noches enteras gritando la ausencia de su esposa. Quería destruirle, pisotear a aquel hombre que le arrebató a la única mujer que había querido, y así acabar con el veneno que le roía las entrañas desde que nació.

Morgan repetía en su mente una siniestra letanía:

«Acaba conmigo de una vez...».

John mantuvo el despiadado castigo hasta que el bastón se rompió en pedazos, a la vez que las costillas de su hijo.

Morgan no emitió ni un gemido de queja. Nada tenía ya sentido para él sin Sara, nada le importaba en su vida... había tocado fondo. Deseaba la ansiada muerte con ayuda de su padre.

Mortificándole aún más, el Mayor destrozó a patadas el cofre y pisoteó el retrato hasta hacerlo añicos.

Cogiendo a Morgan por el cabello, levantó el rostro inflamado y le escupió:
—Tu cuerpo en un ataúd sería el mejor regalo de cumpleaños.

Dejándole tirado en el suelo salió del despacho, limpiándose el sudor con un pañuelo y recomponiendo su rostro alterado, como si nada hubiera ocurrido.

Morgan se levantó despacio, arrastrando su maltrecho cuerpo con cuidado hasta la puerta trasera del jardín para que nadie le viera en ese estado. Todos los invitados estaban en el salón brindando con champán y cantando cumpleaños feliz.

Pero Adam contempló la huida de su hermano con una sonrisa al volver del baño, y salió tras él.

—Morgan, tengo que hablar contigo —le llamó cuando ya estaba acercándose a la acera. Su hermano le miró a través de la sangre que corría por su cara. Las fuerzas le abandonaban poco a poco.

—Sé a lo que vienes. Ahora estoy más débil que tú. ¿Te tomarás la revancha de nuestras antiguas peleas? —preguntó preparado. Pegarse con él no lo consideraba un deshonor.

—Lo estoy deseando. —Adam, en respuesta, le propinó un brutal puñetazo en el rostro herido, que Morgan aguantó tambaleándose.

Lo que el abogado no esperaba era la furia con la que se lo devolvió, tirándole al césped. Las costillas rotas le produjeron un horrible suplicio con el movimiento, que le hizo resollar cayendo de rodillas y apretándose el pecho con la mano. Cuando bajó la cabeza, Morgan notó que tenía la camisa empapada de sangre, y al apartar la mano descubrió el corte por donde sobresalía el hueso fracturado de una costilla.

Adam aprovechó ese momento para empujarle contra el suelo, montándose a horcajadas sobre él.

—¡Nunca he odiado a nadie como a ti, Morgan! ¡Me arrebataste a la única persona que he querido en mi vida! ¡Me dejaste sin mi madre y solo tenía cinco años! —le increpó, cogiéndole por la coronilla.

—¡Los dos la perdimos, Adam! Al menos tú... disfrutaste de ella —respondió agotado.

—Es el único consuelo que me queda. Saber que nunca te abrazará ni te besará como lo hizo conmigo.

Otro puñetazo de Adam le hizo sangrar la nariz. Su hermano no sentía ni un atisbo de piedad.

—¿No crees que es suficiente castigo? —replicó con un nudo en la

garganta, cegado por la sangre que caía por sus ojos.

—Cada paliza que te daba nuestro padre, liberaba mi dolor. Pero esta noche verte con ella en ese maldito cuadro me lo ha devuelto mil veces —le confesó dolido.

Había descubierto la pintura destrozada al pasar por el despacho y no pudo evitar pararse a mirar el hermoso rostro de su madre.

Levantando a Morgan por la camiseta, lo lanzó contra el capó de su coche aparcado en la acera. La respiración se le cortó con el golpe.

—¿Te sentiste solo en el hospital de Nueva York? Eres un miserable vagabundo, hermanito.

—Nunca... habéis sido... mi familia —contestó con un hilo de voz, recuperando el aliento—. Quédate todo el dinero, yo no lo quiero.

—Lo que verdaderamente deseas jamás saldrá de los labios de tu padre. —Adam le conocía demasiado bien—. La mejor alegría que podrías darle es pegarte un tiro. Concédele esa satisfacción al menos.

—Ya no quiero nada de vosotros. Pero me prometerás algo a cambio —le pidió dejándose caer, a punto de desplomarse sobre el capó de su coche.

—Adelante —le miró satisfecho.

—No volverá a saber de mí, pero tú le cuidarás y velarás por su salud. —Solo esperaba que su marcha fuera su manera de compensar a John por quitarle a la mujer que amaba, aunque quedara a merced del buitres de su hijo—. Dame tu palabra de que estarás con él hasta el final, Adam.

—Lo prometo —contestó antes de regresar a la fiesta.

«Podríamos haber sido los mejores hermanos», pensó con tristeza montando en su coche, diciendo adiós para siempre a la familia que nunca le quiso.

Apenas consiguió mantener la consciencia mientras conducía al único lugar donde tendría consuelo. Le costaba respirar, el camino se hacía un interminable suplicio, hasta que por fin detuvo el coche en su destino y se cayó de bruces al bajar de él.

Una espesa y fría lluvia comenzó a caer, empapándole en pocos minutos. Solo llevaba un pantalón de vestir negro y la camiseta del mismo color, que se calaron en un abrir y cerrar de ojos.

Subió la colina que se mostraba ante él, arrastrándose. Los huesos rotos de sus costillas se clavaban como hierros candentes en el costado. La cabeza le daba vueltas por la pérdida de sangre que estaba sufriendo, pero se obligó a seguir.

En lo alto descubrió lo que esperaba: allí reposaban las cenizas de Eleanor en una sencilla lápida de mármol blanco, con la figura de un joven ángel encima de su nombre.

Morgan, acurrucándose sobre ella, intentando entrar en calor, dejó que la amargura saliera de sus entrañas. Lloró por su maltrecha infancia, por la rabia exacerbada que provocaba en su padre; lloró la pérdida de Sara y de su fiel amigo... Y lloró por haber nacido.

—Madre... Llévame contigo —sollozó hundido.

Sin esperanza, dejó de luchar perdiendo el conocimiento, alejado por fin de aquellos a los que tanto daño había hecho.

El lunes David pasó todo el día en la oficina, extrañado de que Morgan no fuera a trabajar. Preocupado, había llamado a su casa y al móvil pero nadie contestaba.

Antes de volver con Laura pasó por el piso de su amigo. Con la llave de repuesto que aún no le había devuelto, entró. El perro había hecho sus necesidades por toda la casa y el comedero estaba vacío.

David se alarmó, Morgan jamás abandonaría a su mascota de aquella manera. Dándole de comer y poniéndole agua limpia llamó a Sara desde la casa.

—¿Sí? —respondió su voz adormilada.

—Hola, cariño. ¿El fin de semana estuviste en el trabajo?

—Sí, recogí mis bocetos el domingo. ¿Por qué?

—¿Viste a Morgan?

—Nos cruzamos un momento. Tenía un aspecto deplorable. ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó alarmada.

—Seguro que no es nada —disimuló—. ¿Sabes si iba a algún sitio?

—Llevaba el cofre de su padre. ¡Ahora que me acuerdo! Era su cumpleaños.

David sintió que algo grave había ocurrido al escuchar las palabras de su hermana.

«La visita a John Drake y la desaparición de Morgan están íntimamente ligadas», intuyó preocupado.

—Llamaré a la mansión. Se iría de juerga tras la fiesta. ¿Tú qué tal te encuentras?

—Voy tirando. ¡Vaya sorpresa!

—¿Es Morgan?

—No. Debajo de mi balcón se ha parado un taxi frente al hotel.
—¿Y eso te hace reír?
—Cuando se baja Gabriel Sanjuán con un enorme ramo de rosas rojas, sí.
—Hermanita, creo que esta noche va a pasar algo importante.
—Tengo que colgar. Oye, David, avísame cuando encuentres a Morgan, seguramente estará durmiendo la mona en algún garito —se burló, intentando parecer despreocupada. Aunque no se sentía ni remotamente así.
—OK. Disfruta de tu noche.
—Lo haré. —El deseo real voló por su mente.
«Aunque daría lo que fuese por que él trajera esas rosas».
—El español está loco por ti. ¿Te irías con él amando a Morgan? —le preguntó sin tapujos.
—Aceptar a Gabriel sería una forma de olvidarle definitivamente —aseguró sin mucha convicción.
—También de engañarte a ti misma, Sara —le advirtió, sintiendo que sus sueños se hubieran truncado.
—Es todo demasiado complicado, David.
—Piénsalo bien. Un beso, peque.
—Otro para ti.

A las diez de la noche en la mansión Drake sonó el teléfono.
—Buenas noches —respondió una voz grave.
—Buenas noches. ¿Podría hablar con John Drake, por favor? Soy David Butler.
—David, soy Adam. Mi padre está descansando ya. El ajetreo de la fiesta le ha dejado exhausto por unos días. Le diré que te llame mañana a la oficina.
—Déjalo, no importa. Solo una pregunta. ¿Estuvo Morgan en el cumpleaños? ¿Sabes a qué hora se fue?
De pronto se escuchó el sonido de otro auricular descolgado. En su habitación, John Drake tenía instalado un dispositivo que señalaba todas las llamadas recibidas. Cuando apareció el número de su hijo cogió el teléfono.
—Lo que haga ese malnacido con su miserable vida no me interesa, David. A partir de ahora solo tengo un heredero y un solo hijo, mi primogénito. El asesino de mi esposa está muerto y enterrado.
—¿Cómo puede ser tan despiadado con Morgan? ¿Qué ha ocurrido?
—Tu hermana hizo un trabajo maravilloso pintando a mi Eleanor. ¡Pero lo destruyó por completo colocándole a su lado! ¡Cómo se ha atrevido a

semejante insulto!

—Usted no merece el regalo que ambos han creado. Ni tener un hijo como Morgan —le acusó con desprecio.

—El mejor obsequio que puede hacerme sería contemplar su esquila en el periódico —contestó sin un ápice de respeto por su hijo.

—Dígame dónde puedo encontrarlo. —Estaba asqueado de las inmundas palabras del viejo—. No me importa lo demás.

—No sé dónde estará, pero recibió la paliza de su vida de manos de un anciano como yo. Ni siquiera se defendió el muy cobarde —comentó mascando las palabras—. No sé cómo sobrevivió en Irak.

—Morgan es el hombre más noble que conozco, John. Tiene honor y respeto, virtudes de las que usted carece. —David colgó, abrumado ante la falta de piedad y escrúpulos de aquel hombre.

Cogió el móvil marcando el número de Laura.

—Cielo, ¿aún no has terminado? —Su voz sonó firme al otro lado.

—Cariño, no me esperes a cenar. Morgan ha desaparecido, hoy faltó al trabajo.

—¿Está enfermo? ¿Le habrá ocurrido algo grave? —Laura empezó a arrepentirse de haberle deseado lo peor.

—No lo sé, pero no ha dormido esta noche en su casa. Voy a dar una vuelta por los bares que frecuenta, tal vez se trata de una simple borrachera. Algo me dice que Morgan necesita ayuda.

—Llámame con noticias, ¿vale?

—Siento aguar nuestra celebración.

—No te preocupes, te guardaré el postre.

—Tú eres el manjar que pienso devorar en cuanto llegue, amor mío. — Laura ronroneó con un suspiro de excitación al otro lado que le hizo endurecerse.

Los ojos negros de Gabriel recorrieron la silueta de Sara en la puerta de su habitación. Los hoyuelos de sus mejillas le daban un aire travieso cuando sonrió, al ofrecerle las flores.

Vestido con chaqueta vaquera, ajustados pantalones de la misma tela y una camiseta blanca que marcaba sus músculos, estaba imponente.

—Mi intuición me dice que una hermosa señorita necesita mimos. Espero que sean los míos.

Con sus grandes manos tomó el rostro de Sara y la besó en la comisura de los labios con dulzura, sintiendo los brazos de la chica apretándole.

—Pasa, Gaby. ¿Por qué no me dijiste que vendrías cuando llamaste el sábado?

—Porque no suelo arruinar las sorpresas, querida. Así que has vuelto a tu hotel. Desde que te conozco siempre te ha gustado vivir sola —reconoció sentándose en uno de los acogedores sillones de la habitación.

—Es mi debilidad.

—Y tú eres la mía, Sara. Siéntate aquí, *baby* —le pidió, palpándose el regazo.

Gabriel nunca se andaba con rodeos cuando se trataba de algo importante. La chica intentaba olvidar los deseos de su corazón, preparándose para el momento que su amigo esperaba. El hombre le acarició la mejilla.

—Mi preciosa pintora. En julio, cuando disfruté de un par de semanas junto a ti, no quise atosigarte. Hubiese venido todos los meses si la universidad no me impusiera seminarios que no tengo más remedio que impartir. —Suspiró con una divertida mueca.

»Tal vez me he metido en un lío escapándome otra semana y dando como excusa la muerte de mi tía —le contó riéndose—, pero no aguanto más, Sara. —La miró intensamente—. Necesito respuestas.

La joven le acarició la barba con cariño.

—Siento complicarte tanto la vida —susurró con nerviosismo.

—No lo sientas, ningún sacrificio es demasiado grande. Quiero que me compliques la vida, ser parte de la tuya, ser parte de ti. —Le cogió las temblorosas manos—. Te amo más de lo que nunca podré amar a nadie. Te colaste en mi alma desde aquella primera clase en la que una jovencita insolente pretendía darme lecciones sobre el arte de Klimt³⁸.

Sara rio a carcajadas, recordando cómo el profesor guapo y varonil que hacía las delicias de todas las chicas de la universidad se enfurecía ante una recién llegada que rebatía todas sus explicaciones.

—¡Era temible! ¿Eh?

—¿Por qué hablas en pasado? ¡Eres temible! —respondió, recalcando la última frase—. Y eso es lo que adoro: tu fuerza, tu coraje, tu obstinación.

—Soy toda una rebelde —contestó risueña con el puño en alto.

—Sara, quiero que sigas volviéndome loco el resto de mis días —le propuso con sus profundos ojos negros, que pretendían llegarle al corazón.

El hombre sacó un estuche del bolsillo de sus pantalones vaqueros y lo puso

en la mano de ella. Cuanto más miraba el estuche, más deseaba huir.

«Ardería en el infierno a cambio de escuchar esa declaración en los labios de él», meditó, echando de menos al que ahora era su enemigo.

Daría todo por que Morgan la amara como aquel hombre que se desvivía eternamente por ella, que la envolvía en mimos como si fuera de cristal, que adorara su cuerpo y su alma hasta desfallecer.

«Morgan, te has vuelto tan duro conmigo», luchó en su interior.

Gabriel nunca la había insultado ni tratado como si no valiera nada.

¿Por qué no podía amarle cómo se merecía? ¿Por qué no la hacía estremecer con el sonido de su voz? ¿Por qué en sus momentos de intimidad había imaginado que otro hombre era el dueño de las caricias que quemaban su piel?

La respuesta era muy sencilla: Gabriel no podía arrancar de sus entrañas el fuego que sentía por Morgan.

Recapacitando fríamente, Sara decidió aceptarle. Lucharía con todas sus fuerzas para hacer feliz a ese hombre bueno, sería tan fácil complacerle, tan dulce compartir su mundo.

—Te sacaré de quicio el resto de mis días, Gaby —respondió besándole en los labios, aun sabiendo que traicionaba a su propio corazón.

—¡Sííí! —El hombre gritó, levantándose con ella entre sus brazos y haciéndola girar como un loco por la habitación.

—¡Gaby! ¡Suéltame!

—Oye, ¿has cenado? —preguntó, dejándola cuidadosamente en el suelo.

—Tendría que haber bajado al comedor cuando te vi salir del taxi.

—No puedo matar de hambre a mi prometida. ¿Conoces algún restaurante cerca?

Sara no pudo evitar recordar el juego de indirectas que cruzaron Morgan y ella en aquella sencilla terraza la noche de su llegada. En el futuro evocaría el recuerdo de su cena de compromiso con Gabriel.

—Conozco un sitio magnífico —le propuso, cogiéndole de la mano y saliendo.

Era la una de la mañana y David seguía llamando a todos los hospitales de Los Ángeles, aliviado de que no hubiera ingresado ningún paciente con el nombre de su amigo. Si no daba señales de vida a la mañana siguiente, iría a la Policía para denunciar su desaparición.

Cansado, decidió llevarse a Lobo a su casa. El pobre animal gemía echado

en un rincón, como si presintiera que su amo nunca volvería. Laura le acogería encantada, adoraba a los perros.

Montado en su Mercedes enfilaba la avenida del *Moon*. Al pasar cerca del hotel descubrió a su hermana saliendo del restaurante con Gabriel.

Mirando por el retrovisor, sonrió al contemplarla bromeando entre carcajadas y abrazos cariñosos. David no quiso romper el romanticismo del momento saludándoles.

—Espero verte siempre así, necesitas ser feliz —musitó esperanzado.

Cuando salía de la avenida directo a la autopista, el móvil sonó. Sobresaltado, puso el intermitente a la derecha deteniéndose en el arcén. Lo cogió cuando emitía el último aviso antes de saltar el buzón de voz. El rostro del hombre se ensombreció al escuchar la voz al otro lado.

—Voy para allá. No lo mueva, Ambrose —respondió.

Dio media vuelta dejando al perro en casa de Morgan de nuevo y condujo a toda velocidad, tomando la dirección de la Mansión Drake con el corazón en la boca.

[38](#) Gustav Klimt. Nacido el 14 de julio de 1862, en Baumgarten, Viena, Austria. Murió el 6 de febrero de 1918, Viena, Austria. Pintor del movimiento modernista.

Capítulo 8

Ambrose Taylor limpiaba cada semana el parque privado de la familia Drake. Siendo su jardinero, no suponía ningún inconveniente desplazarse hasta la pequeña colina en las afueras de la ciudad. Estaba rodeada de una cerca verde de hierro, labrada en forma de cruz a cada lado y unida a un techo de mármol blanco, protegiendo la lápida con las cenizas de la señora. Nunca recibía la visita de su esposo ni de Adam.

Pero el pequeño Morgan, como recordaba, se escapaba de las palizas de su padre montado en su destartalada bicicleta, refugiándose en los brazos del ángel como si alcanzara de esa forma a su madre.

La dama Eleanor, como la llamaba el viejo jardinero, a la que rememoraba paseando entre los árboles con las manos sobre su hinchado vientre y leyendo cuentos a su hijo mayor, esperando la llegada del bebé. Aquel rincón era su lugar preferido.

Tras su muerte, John Drake mandó destruir el acogedor merendero con una pérgola blanca, colocando su tumba en él.

Prohibió durante años que Morgan se acercara a llevarle flores, pero el niño hacía oídos sordos a sus advertencias y volvía cada semana, manteniéndola limpia de malas hierbas y llenando los jarrones de rosas blancas que su madre adoraba.

Esta tarde, Ambrose había dejado olvidada la pequeña azada y los guantes de trabajo en un recodo de la verja.

Antes de marchar a casa con su hija Mary, volvió para recogerlos. Aparcó el coche en la acera, subiendo despacio la colina.

—¡Esta maldita humedad me hace chirriar las rodillas! —exclamó dolorido por la artrosis.

Enjuto, de cabello cano y rozando los setenta, llevaba trabajando para John desde que era un chiquillo. El exmarine admiraba su labor porque Ambrose lograba maravillas con las flores, injertando y creando nuevas especies como las rosas azules, que convertían el jardín de la mansión en un frondoso vergel envidiado por todo el vecindario.

Con la vista fija en el suelo no percibió nada hasta que la imagen del cuerpo desplomado le sobresaltó, al llegar al parque.

—¡Muchacho!

Entró corriendo, acercándose a la tumba. Morgan estaba echado sobre un costado, al borde del síncope. Su piel tenía un tono azulado, el pecho subía y bajaba bruscamente entre estertores.

Ambrose cogió su pañuelo secándole el sudor de la cara. Rebuscó en los bolsillos del herido sacando su cartera y su móvil; él odiaba aquellos trastos. Debía llamar a alguien pero no sabía a quién.

Conociendo el odio que despertaba Morgan en su padre, no podía pedir ayuda en la casa. Rebuscando entre las tarjetas de crédito, una cayó en la hierba llamando su atención: era de la empresa de Morgan. Marcando tembloroso el número del móvil que adjuntaba, rezó para recibir una respuesta.

—¡Morgan, por fin apareces! —respondió David, colérico.

—No habla con él. Soy Ambrose, el jardinero de los Drake, he encontrado a su amigo en la tumba de la señora Eleanor. Está muy mal.

Tras colgar llamó a una ambulancia y esperó ansioso, vigilando la respiración del hombre herido. Quince minutos después, un descontrolado David subía sofocado por la colina, lanzado hacia el hombre.

—Morgan, despierta —le pidió.

Tomándole entre sus brazos le zarandeó, intentando que reaccionara. Un esputo de sangre le hizo toser y abrir los ojos. Su respiración se volvía más angustiada por momentos.

—Perdó... na... me, her... mano —susurró apenas.

Un dolor agudo en el pecho le hizo abrir la boca, presa de la asfixia. David le incorporó para evitar que se ahogara con la sangre que no dejaba de manar de sus labios.

—Sara...

—Morgan, ¿oyes la sirena? La ambulancia ya está aquí —le animó, asustado de su terrible aspecto. No dejaba de manar sangre del costado, que empapó las manos de David en cuestión de segundos.

Cuando el equipo sanitario alcanzó el parque, el corazón del hombre se paró. Los médicos le hicieron la reanimación cardiopulmonar ante el desconcierto de David, que sentía la muerte rondando el frágil cuerpo de su compañero.

La ambulancia llenó con su alarma la madrugada, marchando a toda

velocidad hacia el Cedars Sinai, intentando que Morgan llegara vivo.

En la sala de urgencias las enfermeras que cortaron sus ropas se estremecieron ante su cuerpo desnudo. La mascarilla de oxígeno y la suave sedación acabaron con el suplicio.

Las cicatrices se mezclaban con extensos hematomas púrpura en el torso y la espalda. En el costado derecho un imponente desgarró dejaba ver la punta de una costilla. Se había fracturado la parte externa de la parrilla costal. Los médicos descubrieron en las radiografías que otra costilla se clavaba en el pulmón, colapsándolo y produciendo un neumotórax grave que acabó en un fallo cardíaco.

En quirófano le prepararon para reconstruir los huesos rotos. Colocarían un tubo de drenaje torácico dentro del espacio pleural, para liberar al exterior el aire retenido y descomprimir el pulmón.

Durante tres horas David esperó el transcurso de la operación sintiéndose profundamente culpable del estado del hombre. Pensó que al final Sara y él le habían empujado a la destrucción, abandonándole sin miramientos.

Morgan pedía a gritos una mano que le arrancara del pozo en el que se hundía y ellos le habían sumergido aún más con su incomprensión. Su única opción fue huir: buscar consuelo en la madre que le hubiera comprendido, aunque solo existiera en una lápida.

El antiguo soldado dejó escapar las lágrimas, comprendiendo el suplicio y la angustia que debió de sentir tras cada pérdida. Se arrepintió de las duras palabras que le dirigió cuando discutieron, de no ofrecerle un poco de calor humano para intentar comprenderle, de renegar de su amistad.

Aún resonaba en su cabeza, «Perdóname, hermano», susurrado entre espasmos, y David creyó que jamás volvería a mirarse al espejo sin sentirse decepcionado por haberle fallado.

Cuando a las cuatro de la mañana el médico le comunicó que todo había salido bien, llamó a Laura contándole lo ocurrido y se desahogó.

El enfermo dormiría hasta la mañana una vez que le subieran de la uci. Optó por volver a casa, asearse y descansar un par de horas para poder cuidarle.

Gabriel salió de la ducha envolviéndose una toalla en la cintura. Un *piercing* de aro en el pezón derecho y el tatuaje de un sol sobre su pubis ocultaban la sensualidad del profesor cuando vestía los sobrios trajes de chaqueta en la universidad.

Con las gotas de agua aún resbalando por su musculoso pecho, oyó que llamaban a la puerta de su habitación.

—Tus alumnas tendrían sueños húmedos si te contemplaran ahora mismo —le comentó Sara de pie en la entrada, cautivada por su belleza.

—Eres una chica afortunada entonces, cariño —contestó besándola con pasión.

Respondió a su caricia acercándole por el cuello para enlazar sus lenguas. Al cabo de unos segundos, Sara notó a través de la toalla la erección contenida que nacía en Gabriel y detuvo, despacio, su beso.

La noche anterior, el español había reservado la habitación contigua a la suya sin forzarla a dormir con él. Agradeció el honrado gesto, prometiéndose a sí misma que esa noche le compensaría con creces.

Se había propuesto comenzar una nueva vida sin el fantasma de Morgan. Pero tenía un mal presentimiento desde la cena, una incesante sensación de inquietud se había apoderado de ella y todavía no la abandonaba.

Llamaría a David cuando desayunaran.

—Me muero por un café —le susurró melosa entre sus brazos, que no la habían soltado.

—Y yo lo hago por ti —contestó riendo—. Pero acepto el café.

Los ojos de Morgan se abrieron lentamente a la luz de la mañana que se filtraba por la ventana, dando un cálido aspecto al celeste pálido de las paredes de la habitación.

Era un suplicio volver a la realidad después de la bendita inconsciencia. Esa realidad en forma de dolor hirviente recorría su torso como fuego líquido.

—Sigo vivo... maldita sea... —gimió compungido.

Al mirar sus brazos descubrió que tenía una vía en ambos, que se unía a dos goteros colocados a cada lado de su cama repletos de sangre y suero. Del costado derecho sobresalía, a través de una abertura en la faja costal que llevaba puesta, un drenaje exterior. Una bolsa de color oscuro enganchada en el bajo de la cama se unía al drenaje.

Sintió la vejiga llena e intentó levantarse. Un intenso escozor en el pecho le obligó a echarse de nuevo. Iba a llamar a una enfermera en el momento en que David entró en la habitación.

—Quieto, no debes moverte. —Se apresuró a detenerle antes de que se le saltaran los puntos.

—Llévame al servicio, por favor, no aguanto más. —Su voz sonó en un

débil murmullo.

—Estás sondado, puedes hacerlo en la cama.

Morgan subió un poco la sábana y descubrió el tubo que salía de su pene. Cerrando los ojos orinó, con una sensación de alivio.

David le ofreció agua. Pasándole el brazo por los hombros le dio un pequeño sorbo del vaso que tenía en la mesilla.

—¿Por qué no me llamaste, Morgan? Si Pierce no te hubiera encontrado a tiempo, hoy asistiría a tu funeral —le recriminó con gesto enfadado.

—Ojalá fuera así. —Bajó los ojos con infinita tristeza.

—No vuelvas a decir eso. —Le revolvió los cabellos como era su costumbre—. Has tenido mucha suerte, amigo.

Morgan se mantuvo en silencio al oírle.

—¿Dónde está el colgante que llevaba al cuello? —preguntó alarmado, tocándose el pecho.

—Lo guardé en mi cartera. Aquí está. —David lo sacó.

—¿Puedes ponérmelo? Es lo único que me queda de Sara. —Los dos hombres se miraron en silencio mientras lo hacía.

El móvil de David recibió un mensaje. Lo leyó sonriendo, escribió una breve nota y apagó el teléfono.

—Era Laura deseando que te mejores. Vendrá a verte esta tarde. —Le miró con gesto severo, sentándose en el borde de la cama—. Ahora hablemos en serio: has estado a punto de morir gracias a tu padre, él mismo se jactó de ello cuando llamé a la mansión. ¿Por qué has dejado que te hiciera esto?

—Me aborrecería a mí mismo si le hubiera devuelto los golpes —le confesó sereno—. Quería morir, David. Estoy cansado de vivir... Sin ella no puedo seguir adelante.

Su compañero negó con la cabeza, sin poder creerlo.

—John ha desaparecido de mi vida y con él mi propio dolor. Amar a Sara me ha hecho comprender el sufrimiento de mi padre al perder a su esposa. Pero no puedo cambiar el pasado. —Suspiró resignado—. Ni la idea, que me ha acompañado toda mi existencia, de que nacer fue un error. De que Dios debió dejar a mi madre y no a mí. ¿Vine al mundo solo para recibir los golpes de mi padre junto con su odio? Ya no tengo esperanza, David, estoy tan perdido...

—No hables así, Morgan. Estoy aquí contigo, como siempre. —Le abrazó con cuidado de no hacerle daño. Él permanecía cabizbajo.

—Las últimas semanas te has ido matado lentamente. Y yo he contribuido a

tu desolación. Debí ayudarte y olvidar nuestra pelea, tú lo habrías hecho conmigo —confesó David, arrepentido—. Perdóname por dejarte solo.

—He mortificado a tu hermana, haciéndole todo el daño que podía para que se fuera de mi lado. Estabas en tu derecho de recriminar mi comportamiento. Soy yo quien debe pedirte perdón por ella —se disculpó entristecido, estrechándole la mano—. No quiero hablar de algo que me está rompiendo el alma. Mejor cuéntame por qué demonios estoy rodeado de cables.

—Una de tus costillas rotas desgarró el pulmón, provocando una hemorragia grave y un fallo cardíaco. Te reanimaron en la misma lápida. — Se estremeció al recordarlo—. Entraste de urgencia en el quirófano para recomponer todo el destrozo. Han sido cuatro horas de operación.

—¿Estuviste aquí todo ese tiempo? —preguntó con un nudo en la garganta.

—No me moví de la puerta del quirófano. A las cinco me fui un rato a casa, he vuelto mientras estabas roncando. Acababa de bajar a por café cuando despertaste.

—¿Te das cuenta de que nunca me has abandonado? Eres más hermano mío que mi propia sangre. ¿Sigues creyendo que soy igual que mi padre? —dudó con una amarga desolación en los ojos.

—Eres un hombre bueno, Morgan Drake. Me remuerde la conciencia de haberte insultado como lo hice. Lo siento, amigo mío —contestó David apesadumbrado.

Se dieron otro cálido abrazo entre mutuas palabras de disculpa.

Cuando se calmaron, Morgan le habló.

—No quiero que le cuentes a Sara lo que me ha ocurrido.

—Se enterará de todas maneras y debería saberlo.

—Gabriel llamó a la oficina y me dijo que vendría a darle una sorpresa.

—Llegó anoche. —El rostro de Morgan palideció en un segundo.

—Entonces ya lo habrá hecho...

—Si te refieres a su propuesta de matrimonio... Les vi cenando en un restaurante y parecían muy contentos, Morgan. Supongo que Sara habrá aceptado.

—Deja que sea feliz, él la quiere. En poco tiempo se irá para siempre de mi lado —le costó decir lo último.

—¿Y te quedarás de brazos cruzados? Estás loco por ella, Morgan.

—Es la única mujer que amaré en toda mi vida. Es joven, llena de energía. Necesita a Gabriel, no a mí. Él le dará todo lo que merece.

—¿Qué no puedes ofrecerle tú? ¿Dinero? Tienes más que yo. ¿Una casa

lujosa? Sara odia la ostentación.

—David, no puedo ofrecerle mi salud y la pasión que toda mujer necesita —le contó avergonzado—. Desde Irak no he podido estar con una mujer... Ni siquiera con ella. Esa es la ventaja de Gabriel.

—Sara está deseando cuidarte, Morgan. Atravesó un continente solo para eso.

—Me consolará saber que estará feliz, seguirá pintando, tendrá hijos.

—Podrían ser tuyos.

—David, si no puedo hacer el amor, ¿cómo voy a darle hijos? —Trataba de ocultar a su amigo la verdad que tanto temía.

—Aquí podrían examinarte y hacerte pruebas. Los niños también se adoptan.

—Con el español se ahorrará un centenar de problemas. Olvidémoslo. —Cambió de tema—. ¿Nunca te he dicho que tengo otra casa?

—¿Cuando la has comprado? —preguntó sorprendido.

—Es la herencia de mi madre. A los catorce años logré ponerme en contacto con mi abuelo y mantuvimos correspondencia durante mucho tiempo. Me contó miles de cosas sobre su hija y cuánto aborreció a su yerno desde la primera vez que le vio. Pensaba que se casó con ella por el dinero, pero estaba equivocado. Es lo único decente que ha hecho mi padre en su vida. Amaba a su esposa como a ninguna otra persona de este mundo —continuó relatando.

»Al alistarme en el ejército fui a verle y me entregó las escrituras de una casita, en el condado de Ventura, que regaló a mi madre cuando estudiaba en la universidad. Se encuentra en Palmdale. —Sonrió al pensar en su refugio secreto, que nadie conocía—. Ella vivió allí durante su juventud hasta que acabó los estudios. John no sabe que esa casa existe, ni que soy su dueño legal. He hecho algunos arreglos y compré muebles nuevos.

—¿Vas a mudarte allí? Te vendría bien un cambio de aires —le propuso David.

—Sería maravilloso entregársela a Sara y disfrutarla juntos. Pero... eso es imposible.

—No tires la toalla aún, hermano. Saldré a fumarme un cigarro —se despidió, mirando el trasero de una enfermera que pasaba junto a la puerta—. Te dejo en buena compañía.

—Me cuidarán bien hasta tu vuelta. —Sonrió ante el silbido de su amigo.

Morgan cerró los ojos. La bonita cara de Sara apareció en su mente

atormentándole. Pensar que ya no volvería a verla le llenó de amargura. Dejó que le inundara el alma, desatando la tempestad contenida en un reguero de lágrimas que empaparon la almohada.

La imaginó vestida de novia, pequeña y hermosa; con el vientre hinchado mientras pintaba un paisaje; sosteniendo en los brazos un precioso niño de rubios cabellos y ojos azules como ella.

Aquellos ojos que jamás volverían a brillar frente a él, esa fuerza incontenible de la naturaleza que se había colado a trompicones en su corazón, ahora desgarrado por su ausencia.

Morgan sintió una profunda soledad. Nada llenaría el vacío de Sara, nada en el mundo, excepto ella misma. Con su mal genio, su carácter indómito y rebelde, su tenacidad, su capacidad de entrega hasta el límite...

Si no le hubieran reanimado, habría encontrado la paz definitiva y no la agonía de interminables noches sin ella.

—Sara, me muero sin ti. ¿Para qué quiero esta horrible vida? —se dijo, con la amargura de saber que nunca más podría soñar con un futuro juntos.

—Para estar conmigo —musitó una voz cerca de él.

Morgan abrió los ojos de improviso. Sentada a su lado en el sillón estaba la culpable de sus anhelos, contemplándole con una sonrisa.

—¿Estoy soñando? —preguntó, temeroso de verla desaparecer, extendiendo una de sus manos para tocarla.

—Un sueño no puede hacerte esto. —La muchacha se levantó, acercando el rostro al del hombre.

Tomando su cara entre las manos le besó dulcemente. Morgan devolvió su beso mil veces más apasionado, mordiendo sus carnosos labios y dejando que la lengua de Sara le explorara a placer. Se unieron ansiosos, separándose despacio para recuperar el aliento.

—Estoy cansado de fingir lo que no siento. Todo lo que te dije la noche que te marchaste era mentira. Perdóname, Sara —sollozó estremecido—. Cariño, te amo con todas mis fuerzas. Te deseo tanto que voy a volverme loco, pero no puedes quedarte conmigo, soy un fracaso.

—Yo también fui demasiado cruel. ¿Por qué crees que no eres suficiente hombre para mí? ¿De verdad prefieres que me vaya con Gabriel? —Le estrechó con cariño las manos—. Morgan, he oído la conversación con David. Estaba fuera de la habitación y no me atrevía a entrar. El mensaje que sonó era el mío diciéndole donde estaba.

—En Irak me hicieron cosas que nunca he contado a nadie. —Le rozó el

corto cabello—. Sería un castigo encadenarte a un hombre enfermo como yo. Tal vez no pueda darte nunca placer, ni hijos... Llegarías a detestarme con el tiempo.

Acariciando su hoyuelo, le confesó suavemente:

—Eres el único hombre al que amo desde los quince años. Gabriel nunca ocupará tu lugar en mi corazón, me estaba engañando a mí misma a pesar de que es un hombre adorable. Lo he intentado, he luchado por olvidarte. ¡Y Dios sabe que no puedo hacerlo! —Se derrumbó deshecha en lágrimas.

El llanto de Sara le conmovió, llenándolo de ternura. Quitándole las gafas besó sus ojos, sosteniéndola cerca para perderse en el cielo azul de su mirada.

—Estás clavado en mi alma y no quiero arrancarte de ella. Morgan, eres mi destino y yo el tuyo. Te haré olvidar el horror de la prisión entre mis brazos, te daré el cariño que nunca tuviste. Te cuidaré, te pondré fuerte de nuevo y no me importa si puedes satisfacerme o no. Te amo con tu cuerpo herido y tus horribles temores.

—Si te digo lo que llevo ocultando años dejarás de quererme, te daré el mismo asco que sintió mi padre cuando los médicos se lo contaron. —Estaba deseando explotar, soltar aquel secreto que le desgarraba las entrañas.

—Eres el hombre de mis sueños, tesoro. ¿De qué tienes miedo? Confía en mí, yo no voy a abandonarte.

—Ni siquiera puedo decirlo en voz alta. —La ansiedad le estaba agobiando, ni se atrevía a mirarla.

—Libérate de ese dolor que te está matando. No te dejaré solo —le animó comprensiva, cogiendo su cara entre las manos.

—Me violaron... durante días. —Se tapó la cara humillado, dejando que el llanto le colmara con violentos estremecimientos—. Destrozaron mi hombría una y otra vez, haciendo que sea incapaz de tocar a ninguna mujer, ni siquiera a la única que he amado. —Al fin lo había confesado.

Las lágrimas empaparon las manos de Sara que tomó las suyas, obligándole a mirarla. Ahora comprendía el martirio que ese hombre había soportado. Por qué ni siquiera podía tener intimidad con ella.

Meciéndole entre sus brazos le calmó, hablándole bajito mientras sus propias lágrimas se derramaban por su rostro.

—Ya sé que mi cuerpo es repugnante, tus ojos lo decían aquella noche, Sara. Pero ahora me aborrecerás aún más.

—Nunca te he despreciado por tu cuerpo, ¿no te das cuenta? La mirada que creíste ver era solo de compasión. En ese instante supe cuánto habías sufrido.

—Levantó su rostro frente a ella, con ternura—. Y ahora que conozco lo que tanto miedo te da, te quiero aún más, tesoro mío.

—¿No te avergüenzas de mí? ¿No vas a dejarme por lo que sabes? —preguntó, hipando como un chiquillo.

—Pase lo que pase estaré contigo.

Dulcemente besó el hoyuelo de su barbilla, limpiándole las lágrimas, y le acarició el largo cabello.

—No quiero hacerte sufrir y que seas desgraciada a mi lado. No me lo perdonaría —le confesó.

—Soy feliz, Morgan, inmensamente feliz. En cuanto al sexo, iremos poco a poco. Si necesitas ayuda médica, visitaremos al mejor psicólogo que encontremos para liberarte de ese bloqueo mental que tienes.

—¿Por qué un psicólogo?

—Cielo, si tuvieras problemas de erección no te abultarían tanto los pantalones en ciertas ocasiones... Y por los gemidos que podía escuchar en la ducha, llegas perfectamente al final. ¿Me equivoco?

Morgan se sonrojó hasta el nacimiento del pelo al oírla, lo que provocó que Sara se lo comiera a besos.

—Intentémoslo primero tú y yo solos, ¿vale? A ver qué pasa —le propuso sintiéndose un poco más seguro.

—De acuerdo, Morgan. Solo nosotros.

Se deleitó con el vello oscuro que sobresalía de la faja, sorprendida de ver su colgante en torno al cuello de Morgan.

—Es hora de que te lo devuelva. Lo encontré en tu habitación. —Se desabrochó el colgante con su ayuda, pues los cables le impedían doblar los brazos, y lo colocó con delicadeza en el cuello de la joven.

Uniéndolo su frente con la de la muchacha, preguntó:

—Sara Butler, ¿te convertirás en mi esposa? —le pidió esperanzado.

—¿Estás seguro de querer aguantarme eternamente? —respondió emocionada.

—No quiero nada más en la vida que estar contigo. ¿Aceptas a este idiota testarudo? —Le guiñó un ojo, haciéndola sonreír por su gesto de dolor al tenerlo morado.

—Llevo casi veinte años esperando escuchar esa pregunta de tus labios. —Le dio un suave beso—. Estoy deseando ser tu mujer porque estoy perdidamente enamorada de ti, pedazo de cabezota.

—Te prometo que seré el mejor marido que existe. Se acabaron las

mentiras y los ataques endiablados.

—Trato hecho —respondió ofreciéndole su mano.

—Tú me convertirás en un hombre mejor —afirmó, estrechándola entre las suyas y besándola con ardor.

Sara recorrió la estancia curioseando. Era una suerte que David hubiera conseguido una habitación privada solo para él. Morgan necesitaba intimidad lejos de miradas extrañas.

El ventanal de aluminio gris, con persianas celestes, daba a un jardín de palmeras y margaritas en flor de vivo color amarillo y césped mullido que invitaba a andar descalzo sobre él.

Las paredes ayudaban a relajar al enfermo, un sofá de piel marrón de dos plazas le permitiría pasar las noches cómodamente a su lado, sin necesidad de volver a casa.

El aseo de azulejos blancos con el lavabo, el váter y una placa de ducha con mampara de cristal bastante grande, brillaba por su limpieza. Un espejo mediano sobre el frontal del armario blanco para guardar los utensilios del enfermo reflejó la nariz de Sara, enrojecida después de tanto llorar.

—Son las once, el doctor vendrá a verte. La enfermera me dijo que te traerían un zumo para comprobar si lo toleras. ¿Tienes hambre?

—No como mucho, ya lo sabes.

—Eso va a cambiar a partir de ahora. Vas a cuidarte o te enfrentarás a mí.

—Sí, mi niña. Aún no estamos casados y ya me das órdenes. —Sonrió, enarcando una ceja.

—Y las que te quedan como no me hagas caso. Me gusta que me llames así. —Se ruborizó como una colegiala.

—Lo haré a todas horas si te complace. ¿Cuándo le darás la noticia a Gabriel? —le soltó Morgan a bocajarro.

—Mañana a mediodía habíamos quedado para almorzar, entonces se lo diré. —Le observó—. No me mires así, sé lo que estás pensando.

—¿Me lees la mente?

—Te conozco muy bien. En el fondo temes que me arrepienta de casarme contigo y me largue con él, ¿verdad, Morgan?

El hombre se mordió los labios mirándola de reojo. Al fin asintió.

—Te he dado mi palabra, no pienso cambiar de idea.

—También se la diste a él, Sara —contestó, fulminándola con sus penetrantes ojos.

—No empieces a contraatacar. Voy a contarte un secreto que yo también

guardaba, para que confíes en mí. Anoche tenía en la habitación contigua a la mía un hombre atractivo, educado y bien dispuesto a darme una noche de sexo haciendo realidad todas mis fantasías.

Morgan sintió un ramalazo de celos al escuchar sus palabras. Su mandíbula se tensó sin lograr disimularlo. Sara mantuvo el rostro tan próximo al de Morgan que él se deleitó, aspirando su perfume.

—No me acosté con él. Las pocas veces que lo hice en España, siempre imaginé que eras tú quien me poseía. Señor Drake, eres el único hombre que deseo sentir dentro de mí, y te amarraré a mi cama para conseguirlo — susurró lasciva en su oído.

Las palabras de Sara hicieron que se le erizara el vello de la nuca y un hormigueo de excitación le recorriera el estómago. Que conociera todos sus miedos comenzaba a darle seguridad en sí mismo. Saber que ya no tenía nada que temer por el pasado acrecentaba poco a poco su deseo, como si la oscura puerta de sus miedos hubiera quedado cerrada para siempre.

—Recupérate, amor mío, y yo haré revivir tu hombría —le provocó sensual.

—Mi virilidad lleva mucho tiempo dormida y podría ser peligroso que la despiertes. —Sonrió con cara de canalla.

—Estoy segura de que llegado el momento tu arma funcionara perfectamente, creo que lo único que necesitabas era liberarte de tu secreto. ¿Te sientes más tranquilo ahora que conoces el mío?

—Enterarme de lo que tu perversa cabecita soñaba está disipando mis dudas.

—Me alegro —le dijo bajándose de la cama.

Morgan la atrapó antes de que se escapara de sus manos y la atrajo hacia él. Su voz grave hizo que la muchacha se humedeciera en segundos.

—Empieza a tomar vitaminas, porque pienso estar dentro de ti tantas veces que gritarás de placer pidiéndome clemencia. Solo dame tiempo para recuperarme y no te arrepentirás.

Sara se ruborizó intensamente entre las carcajadas de Morgan.

Capítulo 9

Morgan toleró la ingesta de líquido perfectamente y empezó a sentir apetito.

Por la tarde el doctor Lawrence fue a visitarle. Desabrochó la faja, palpando las costillas para comprobar si se soldaban correctamente.

Cercano a la edad de Morgan, pelirrojo y con inteligentes ojos marrones de expresión divertida, era conocido como el mejor traumatólogo de Los Ángeles.

—Deberá llevar la faja durante ocho semanas. Evitará que aumente el dolor al moverse y respirar. Quiero que al menos dos veces al día realice ejercicios de inspiración y espiración profundas —le informó con gesto profesional.

—¿Cuándo me quitarán esto? —preguntó señalando el drenaje.

—El próximo sábado. En un par de días le despojaremos también de la sonda. —Le sonrió afable—. Su amigo me ha dicho que no presentará cargos por agresión contra los delincuentes que le atacaron. ¿Está seguro de eso, Morgan? El hospital apoyaría con informes su causa en un tribunal.

—No, doctor, se lo agradezco. Ni siquiera les vi la cara cuando me golpearon por la espalda, solo sentí algo duro que me hirió. No sé si era un bate de béisbol, pero por lo duro que era lo parecía. —David había mentido al ingresarle fingiendo una agresión por robo, para ahorrarle la humillación del trato de su padre. Sacó todo el dinero de la cartera de Morgan para que pareciera un robo y luego le contó lo que había inventado.

—Respetaré su decisión. —Repasó los informes que tenía en la mano antes de tomar asiento junto a él—. He visto su expediente. Así que fue marine de las fuerzas especiales.

—Hace mucho tiempo. No salí bien parado de la experiencia, como puede ver. —Señaló las cicatrices.

—¿Cuánto hace que no le cambian la medicación?

—Al menos cinco años, reconozco que tampoco me he preocupado mucho por mi salud.

—Morgan, fui médico militar hace unos años. Vi a gran parte de los hombres destrozados física y mentalmente al volver de conflictos armados.

Algunos no admiten que regresan tocados. —Le fulminó con la mirada—. Contésteme sinceramente. ¿Tuvo depresión a su regreso?

—No —mintió descaradamente.

—¿No ha recibido tratamiento psicológico? Es normal que después de la situación límite que vivió le quedara alguna fobia. —El médico sabía que le mentía como un bellaco.

—Nunca fui a uno. No lo necesito, en serio —aseguró intentando convencerle.

—Escuche, la dolencia que padece se ve afectada por el estrés y los malos hábitos. Si a ello le sumamos una depresión crónica, es el mejor caldo de cultivo para que nunca se recupere.

—Mi vida a partir de ahora va a ser muy distinta, se lo prometo —le aseguró con gesto inocente.

—Eso espero. ¿Ha tenido mucho dolor en la espalda?

—A veces el dolor es para volverse loco, incluso me inyectaba el antiinflamatorio que lleva cloruro mórfico y ya no me hacía efecto.

—Lo único que conseguiría es adormecer la zona. Morgan, tiene tres hernias de disco en la zona dorsal y lumbar de su espalda. Los nervios y el ganglio espinal están aplastados y las vértebras desplazadas sobre ellos, ese es el motivo de su dolor.

—Entiendo —dijo suspirando.

—Las torturas que sufrió hicieron estragos en las células nerviosas, dejándolas aún más sensibles de lo que son. Le recetaré analgésicos más fuertes, pero la mejor solución sería quirúrgica —le informó con gesto severo—. En las radiografías he visto que sus lesiones se han agravado con los años, y la paliza que ha sufrido no le ayuda.

—¿Cómo sería la nueva operación? —se interesó, curioso.

—Existe el peligro de quedar tetrapléjico si tocamos sus nervios demasiado, pero es una ínfima posibilidad. También dejaría de sufrir y podría llevar una vida normal, aunque sin excesos. Usted decide.

—Doctor, lo cierto es que llevo tantos años padeciendo que ya no recuerdo lo que era sentirse sano. Sería un milagro ser una persona normal de nuevo. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Adelante —le animó mientras tomaba asiento junto a la cama.

—Si me quedara postrado en una silla porque la operación saliera mal... ¿Podría tener relaciones íntimas con normalidad? Después de casi veinte años de abstinencia el deseo ha regresado. No me gustaría perderlo otra vez.

—Sé todo lo que sufrió, Morgan, y al sonarle no se apreciaba nada anormal. ¿Ha vuelto con fuerza el deseo entonces? ¿Ha hecho el amor a menudo?

—No, solo me he masturbado.

—¿Mucho?

—Como un quinceañero —contestó muerto de vergüenza.

—Imagino que esa guapa mujer que espera en la puerta es la culpable, ¿no?

—La única culpable, le doy mi palabra —sentenció, tocándose el corazón con dos dedos.

—Si se secciona la médula espinal como en el caso de accidentes de tráfico, tendría dificultades de erección. Pero este no sería su caso, Morgan —le explicó para tranquilizarle—. Lo que haríamos es liberar los nervios oprimidos por las vértebras, nada más.

—Es un alivio saberlo, gracias doctor.

—Mi consejo por prescripción facultativa es que siga practicando sus habilidades amorosas todo lo que necesite, cuando esté recuperado, claro. —Le guiñó un ojo con picardía.

—¿Puede llamar a Sara, por favor? Es mi prometida. —Sintió una inmensa alegría al calificarla de ese modo por primera vez.

El médico la hizo entrar y le contó todo lo que habían hablado.

—No me dé la respuesta ahora, piénselo con calma y mañana cuando venga a verme me contesta.

Una vez solos, la muchacha contempló a Morgan con ternura.

—Debes operarte.

—Sara, si me quedara paralítico... ¿Seguirías queriéndome? —preguntó, temeroso de una respuesta negativa.

Todavía le acosaba la duda de si conseguiría hacerla feliz, al menos hasta que pudiera darle todo el placer y la pasión que deseaba entregarle.

—Te amo con todas las consecuencias.

—Aún no puedo evitar pensar que has elegido la peor opción, que quizás volver con... —Sin dejarle terminar, Sara se levantó como un rayo y salió enfadada de la habitación.

En el control de enfermería le informaron de que la persona que buscaba pasaría por la planta en quince minutos, puesto que era su última ronda hasta la jornada siguiente.

David y Laura acababan de llegar. Fueron literalmente acosados por ella, que estaba hecha un manojo de nervios.

Desconcertados, le dieron lo que les pedía y Laura la acompañó a la tienda de regalos, dejando a David con Morgan.

—¿A dónde ha ido tan enojada? —se extrañó Morgan.

—Mejor no preguntes. He pasado por tu casa y he cogido un neceser con cosas de aseo. Un buen afeitado te vendrá de perlas.

—Son casi las ocho de la tarde, ¿para qué voy a afeitarme ahora?

—Te he dicho que no preguntes —le aconsejó divertido.

Un cuarto de hora después entró un anciano en la habitación con una beatífica sonrisa en la cara. Vestido con una bata blanca y modales educados, se acercó a la cama. Haciendo la señal de la cruz sobre la frente de un estupefacto Morgan, preguntó:

—¿Preparado para hacer tus votos, hijo mío?

—Si todavía no está preparado, padre, se le ha acabado el tiempo —respondió Sara entrando.

Llevaba en las manos un pequeño ramo de rosas blancas. Laura la había maquillado y vestía para variar un jersey blanco que su cuñada traía puesto, a cambio de su blusa negra. Era el contrapunto de Sara, siempre envolvía su esbelta figura con colores claros.

David la llevó de su brazo hasta la cama de Morgan, que estaba con la boca abierta. Cogiendo sus propios anillos los dejó en las manos del cura, quien los bendijo.

—Sara Butler, ¿quieres a Morgan Drake como legítimo esposo para amarlo y respetarlo, en las alegrías y en las penas, en la salud y la enfermedad —dijo recalcando las últimas palabras—, todos los días de tu vida?

Contemplando al hombre que tenía los ojos turbios llenos de emoción, respondió:

—Sí quiero. Para siempre.

—Morgan Drake, ¿quieres a Sara Butler como tu legítima esposa para amarla y respetarla, en las alegrías y las penas, la salud y la enfermedad, todos los días de tu vida?

Conmovido, contestó con firmeza:

—Sí quiero. Para siempre.

—Colócale el anillo, Morgan. Y tú a él, Sara. —Con manos temblorosas los intercambiaron.

—Ante Dios y los hombres, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Sus bocas se unieron en un beso tan tierno que Laura sollozó sin poder

contenerse. David sabía que ella hubiera deseado un gesto igual de romántico por su parte. Y pensó que ya era hora de dejar de vivir en pecado.

Cuando el sacerdote estrechó las manos de los esposos e iba a irse, exclamó:

—Padre, espere un momento. Cuñado, ¿me devuelves nuestros anillos?

—Vale, egoísta —respondió riendo.

—Voy a darle más trabajo. Tiene que celebrar una segunda boda.

Laura gimió, dejando que el llanto brotara incontenible. Sara la cogió de la mano llevándola al baño rápidamente y saliendo, a los dos minutos, con su ropa de siempre.

—Una novia no puede ir de luto —dijo, entregándole su ramo con un sonoro beso en la mejilla.

El anciano repitió contento los votos, y al terminar felicitó a los esposos.

—Dios estará hoy muy contento, hijos míos.

David le dio una buena limosna para los pobres antes de que se marchara. Los cuatro se miraron, riendo a carcajadas después de tan improvisada ceremonia.

Sara se sentó en la cama, dejando que Morgan la apretara contra él.

—¡Estás realmente loca! —le soltó admirado—. Pero ha sido lo más hermoso que me han hecho nunca.

La miró, enamorado hasta la médula, con aquellos preciosos ojos de hierba.

—Estoy harta de que me pidas continuamente que te deje. Así no te atormentarás cuando vaya a despedirme de Gabriel.

—Yo confío en ti, cariño. Ahora estoy ahorcado.

—Ya no te librarás de mí. —Le sonrió feliz.

—Bueno, cuñado, por fin somos familia. Cuando salga de la segunda operación y me reponga, nos iremos de viaje todos juntos.

—¿Qué operación? —preguntó David preocupado.

—La que aliviará el dolor de mi espalda definitivamente.

—¿No es peligrosa? —le preguntó Laura preocupada, dándole un beso en la frente.

—Un poquito más de lo normal. Pero soy capaz de enfrentarme a lo que sea teniendo a mi esposa conmigo —contestó mirando a Sara, arrobado.

—Y a nosotros, no lo olvides.

—Gracias, Laura. Sé que no te caigo demasiado bien después de mi comportamiento con tu amiga del alma.

—Me caes de fábula y te quiero un montón, pero no aguanto que la trates

mal. Mi peque es una gran mujer y se merece todo el amor del mundo. ¡Ay, qué tonta me estoy poniendo!

—Y lo que te queda, cariño. Además, este idiota tiene la culpa de lo que te ocurre —regañó a su hermano.

—¡Me llamas idiota después de tirarme de cabeza al altar sin pensármelo! —se defendió de Sara.

—Es que hay algo que no esperas, ni siquiera lo habíamos hablado aún — comentó Laura, temiendo su reacción.

Morgan abrió los ojos como platos al ver que Sara se tocaba el vientre con disimulo. Tarareando bajito una nana se burló de su amigo, hasta que ella le dio un toque en la cabeza.

—¡Auu! Oye, niña, más respeto a tu marido.

—¿Qué coño os pasa a todos? Dímelo ya, Laura, por favor —se impacientó David.

—Verás, cariño, es algo muy importante que nos va a cambiar la vida al cien por cien —le explicó Laura, intentando allanarle el camino.

—¿Te han destinado a otro hospital fuera de la ciudad? Ya sabíamos que aún no tenías la plaza definitiva, pero no te preocupes, cielo, lo solucionaremos. ¿Tan lejos está? —La miró preocupado por la cara de su chica, que negaba con una sonrisa nerviosa.

—No, David. Mi trabajo ya es seguro, me lo dijeron esta mañana, y menos mal porque necesitaremos mi sueldo para cubrir gastos.

—¿Qué gastos? No tenemos alquiler que pagar y aún no necesitamos otra casa más grande, la nuestra es perfecta para los dos.

—Sí la necesitamos, ahora más que nunca —insistió la pobre Laura, mordiéndose la lengua para no maldecir al idiota de su marido que no se enteraba de sus insinuaciones.

—¡David, que ya no sois dos! —estalló su hermana impaciente.

—Cariño, vas a ser papá —le anunció al fin su mujer con los ojos humedecidos de emoción.

—¡No puede ser! ¿Cómo ha pasado? —David palideció, sentándose en el sillón.

—¿Te explico el método tradicional cómo funciona, tío? —se burló Morgan, aguantando una carcajada.

—No esperaba que te sentara tan mal la noticia. Ya veo que el bebé... no entra en tus... planes de futuro —le soltó Laura con un sollozo, saliendo por la puerta hecha un mar de lágrimas.

Su marido se levantó con rapidez y la atrapó en el pasillo antes de que se marchara, metiéndola en brazos en la habitación mientras la besaba dulcemente.

—¿Estás contento? —preguntó, sonándose la nariz con un pañuelo.

—Soy el hombre más afortunado de la Tierra. Lo siento mi vida, es que me has dejado sin palabras. —La mimó con ternura.

—Anda, idos a celebrarlo —les sugirió su hermana abrazándoles—. ¡Voy a ser tía! —gritó como una loca, dando saltitos hacia Morgan.

—Eh, ¿no hay un beso de la mamá para el tío Morgan?

Laura se lanzó cariñosa a achucharlo. Las dos chicas se fueron de la habitación al pasillo y el enfermo aprovechó para hablar con su amigo.

—David, quiero que os quedéis la casa de la avenida. Necesitáis espacio, mi sobrino no va a nacer en esa caja de cerillas.

—Morgan, no puedo aceptarlo.

—Tiene cuatro habitaciones y podéis transformar mi estudio en una habitación de juegos. Sara y yo nos iremos a la de las colinas.

—Pediré un préstamo y te pagaré hasta el último dólar —le aseguró su amigo.

—No me vas a pagar nada, porque es vuestro regalo de boda.

—Morgan, es demasiado —respondió turbado.

—Pero a cambio me ayudarás a organizar mi nueva casa. Sara no debe enterarse de que la arreglamos hasta que se la entregue.

—De acuerdo.

—Aquí estaré al menos un mes, tenemos tiempo. Mis muebles son todos tuyos, cambia lo que quieras. Si pudieras traerme el portátil, te diré los diseños que quiero y los mandas al taller grande para que los vayan haciendo —planeó decidido—. Pagaré todo de mi bolsillo, te hace falta el dinero para el bebé.

—A la orden mi teniente. —Se cuadró David entre risas.

Antes de marcharse, Morgan le llamó:

—David, manda a hacer primero lo que hay en la carpeta que pone «Proyectos».

—Sí, mi amo.

Su compañero le tiró una almohada que esquivó de milagro.

Una vez que David y Laura se fueron, Sara le arropó cariñosa.

—Estoy muy cansado y tengo sueño —le dijo extrañado.

—Han sido muchas emociones por hoy. Te ponen calmantes para ayudarte

a dormir sin dolor.

Él le acarició la cabeza con la mano mientras dejaba caer su cara en la almohada.

—No dejes de mirarme nunca, cariño. Eres lo más bonito que he visto en mi vida —le dijo besando su nariz.

—Tú sí que eres guapo. Las enfermeras cuchichean entre ellas cada vez que salen de tu habitación —reveló celosa.

—¿Por qué?

—Porque eres muy apetecible. Y estás completamente desnudo bajo esta sábana.

—Vaya espectáculo. Mañana cuando vengan a lavarme quiero que lo hagas tú —le pidió tímido.

—¿Estás seguro?

—Debo superar el miedo que tengo a que toques mis heridas. Además, no quiero que me mire gente extraña.

—Si no estás preparado, no voy a obligarte.

—Ni siquiera puedo contemplarme en un espejo, Sara. Tengo que confesarte algo más —dijo turbado—. La noche que Gabriel se marchaba, antes de que llegaras a casa, recogí a una prostituta porque me sentía terriblemente solo.

La muchacha se sintió incómoda al escucharlo.

—Te juro por la memoria de mi madre que no me acosté con ella, no buscaba eso. Lo único que deseaba era que me acariciara y me abrazara para imaginar que eras tú. Te echaba mucho de menos.

—¿Lo hizo? —preguntó, inquieta ante su angustia.

—Al verme sin camiseta se atrevió a tocarme con un simple roce de sus dedos en el pecho, pero se apartó con tanto asco que no pudo seguir. Cuando la chica se marchó, destrocé el espejo de mi baño a puñetazos. Iba a cortarme las venas con un trozo roto, pero llegaste en ese momento y no me atreví a hacerlo —le confesó mirándola a los ojos, sintiéndose culpable.

—Morgan, si me hubiera retrasado unas horas... ¡Te habrías matado! —respondió asustada, sintiendo un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.

—Sí —asintió afligido.

—Júrame que nunca más volverás a intentarlo —le suplicó entre besos.

—Nunca más, lo juro, Sara. —Le besó la mejilla, consolándola.

—Cierra los ojos. Ya es hora de que sea tu mujer quien te acaricie, amor mío.

Le incorporó desabrochando el corsé. De su neceser cogió un bote de aceite de rosa mosqueta, poniéndolo en la mesilla. Al despojarle de la faja el hombre empezó a temblar, nervioso, sin poder evitarlo.

—Relájate —le pidió, rozándole el hoyuelo con los dedos.

La muchacha se estremeció al contemplar atentamente el destrozo de su cuerpo. Las cicatrices le llenaron el corazón de ansia al pensar en el padecimiento de aquel hombre que parecía la imagen de un Cristo viviente.

Sus dedos rozaron muy despacio cada una de las heridas, mimándole al tocar suavemente, y Morgan no aguantó las ganas de llorar, derrumbándose de nuevo como un crío entre amargos sollozos. Ella le tomó en sus brazos, consolándolo mientras susurraba palabras que le apaciguaran y le acariciaba la espalda.

—Ya no recordaba cómo eran las caricias. ¿De verdad no te parezco un monstruo horrible? —musitó temeroso.

—No eres ningún monstruo, mi vida. Eres lo que más amo en este mundo.

Vertió en sus manos el aceite, calentándolo entre ellas, y lo aplicó sobre la espalda y el pecho con delicadeza, cuidando de no mover el tubo del drenaje.

Sus nervios se liberaron de la tensión poco a poco y disfrutó de las caricias de su esposa.

Había perdido más de diez kilos en el último mes, a pesar de su imponente físico, marcándose las doloridas costillas bajo los músculos. Los moratones de color azul oscuro recorrían su rostro y su pecho.

—Te pondré esta loción a diario, tu piel necesita cuidados. ¿Te has convencido de que no saldré corriendo despavorida ante ti?

—Eres muy paciente conmigo, cariño. Gracias por ser tan maravillosa. —Suspiró aliviado, con una gran sonrisa que iluminó la habitación y el corazón de su esposa.

—Te bañaré mañana y el resto de mi vida si quieres. Me tomaré la revancha por aquellas veces que te aprovechaste de mi pierna rota —le provocó mientras le abrochaba el corsé de nuevo.

—¡No me aproveché! Te sacaba de la bañera porque tú no podías.

—Y me sobabas, sinvergüenza. —Se rio a carcajadas.

—Aún no tienes idea de lo pulpo que voy a ser —le advirtió con picardía.

—¿Me vas a dar miedo, lobo feroz? —preguntó pícaro, recordando que la llamó caperucita aquella primera noche.

—Ya no tienes que temer nada de mí —le aseguró su marido con ojos soñadores.

—Gritas mucho y gruñes más. Pero nunca me asustaste.

—Me sentiría muy mal si me consideraras una amenaza. —Le besó la nariz apretándola contra su pecho—. ¿Por qué no te vas a casa y descansas? Mañana podrías visitarme.

—Ni hablar, no pienso moverme de aquí. Dormiré en el sofá.

—No estarás cómoda, cielo. No quiero que pases malas noches aquí.

—Tienes una mujer muy pequeña que cabe en cualquier sitio —respondió, besándole y echándose en el sofá frente a su cama.

—Pero eres grande por dentro. Te quiero, mi vida —susurró, bostezando somnoliento.

—Y yo a ti. Aunque me debes una estupenda noche de bodas.

—Saldaré mi deuda muy pronto.

—Más te vale, no aguantaré demasiado tiempo sin poseerte —le aseguró ella.

—Si yo he pasado más de diez años en celibato, tú lo harás un par de meses —le advirtió riendo.

Capítulo 10

Su piel recibía la caricia del agua caliente ante la atenta mirada de su esposa. Desnudo en la cama, los enormes hematomas la hacían detenerse en las zonas más frágiles, rozándolas delicadamente con la esponja ante los gemidos de Morgan. Le lavó sin prisas, riendo por el rubor de su marido al llegar a los genitales y disfrutando el placer de contemplarle relajado y tranquilo, sin angustia.

Se sentía dichoso mientras lo secaba, cada toque de la toalla iba acompañado de un tierno beso en la zona, deliciosamente perfumada por el gel de leche de almendras.

Morgan, embargado de afecto y cariño, se dejó llevar por un sentimiento que desconocía y había buscado desde pequeño: ser querido y entregarse sin miedo al rechazo.

Su esposa le cubrió con la sábana y una manta después de colocarle el corsé de nuevo, mientras enredaba sus dedos en la melena de oscuros destellos azules.

—Tienes un pelo precioso. Mañana te lo lavaré si quieres.

—Anoche, mientras dormías, le pregunté al enfermero que reponía el suero si podrían venir hoy a cortármelo. Me dijo que el barbero lo haría tras la visita del médico.

—No quiero que te lo cortes.

—Solo por debajo de las orejas, nena. Tendré que estar en la cama bastante tiempo y es una molestia llevarlo tan largo. Estaré más cómodo.

—Pero no lo cortes del todo. Contrasta con tus fuertes rasgos.

—Es gracioso que me diga eso una chica que lo lleva casi rapado.

—Pero mi pelo es muy fino, no como el tuyo.

—Recuerdo que era ondulado y extremadamente suave. Sigue siéndolo. Debo hacerte mi primera petición como marido.

—Sé lo que me vas a decir.

—Déjalo crecer de nuevo —le pidió con cara de gatito lastimoso.

—Ya no aguanto el pelo largo —se quejó ella.

—Por favor, por favor —imploró con un gracioso mohín.

—¿No te gusto así?

—Estás preciosa. Pero ahora no podría atrapar tus cabellos en mi mano cuando te cabalgue duro y rápido, mientras hago que grites como una loca hasta que tu sexo acabe repleto de mí —le susurró al oído con aquella voz grave que le llenaba de mariposas el estómago.

Morgan se erotizaba cada día más, adquiriendo lentamente confianza en su sexualidad.

—Espero que me demuestres con hechos lo que acabas de decirme, marine. ¿Serás capaz de empotrarme contra la pared aunque me partas en dos, esposo mío?

—Cuando termine contigo, esposa mía, va a parecer que has corrido la maratón de New York. Te prometo que no vas a poder andar en una semana de lo bien que lo vamos a pasar. —Le pellizó el trasero, haciendo que ella diera un respingo.

—Debo marcharme —suspiró acalorada—. Quedé con Gabriel a la una. Cuanto antes arregle esta despedida, mejor —le dijo con lástima. Tenía ganas de seguir con el morboso jueguecito que se traían entre manos, pero no debía.

—Se llevará una gran decepción. Pero he de admitir, aunque suene miserable, que me alegro.

—Claro, tú has sido el vencedor en el torneo.

—No siempre tuve ventaja.

—Te equivocas. En el fondo siempre he sabido que mi vida con Gaby nunca funcionaría.

—¿Y la nuestra? —preguntó retándola.

—Tampoco, pero ya estoy encadenada a ti. —Le sacó la lengua.

Morgan no dejó que se escapara, la atrajo sobre él apoderándose de su boca, posesivo. Sorbió su lengua con fruición, atrapando su trasero entre las manos mientras la apretaba con fuerza.

Cuando soltó sus labios, le dio un pequeño mordisco en el cuello que excitó a la muchacha, haciendo que sus pezones se apretaran duros contra la camiseta de tirantes.

Aquello no pasó desapercibido a su marido. Subió las manos lentamente por su espalda, acariciando los costados y deteniéndose en sus pechos sin dejar de mirarla con sus inmensos ojos verdes, que ya la desnudaban.

Las grandes manos abarcaron su contorno dejando que las palmas rozaran los pezones a través de la tela, haciéndola gemir.

—Tus pechos me vuelven loco. No aguantaré mucho tiempo sin apoderarme de ti. Me has quitado el miedo, pero has liberado a un animal en celo, Sara —le dijo seductor.

—¿Te has propuesto que vaya al almuerzo jadeando? —Le tiró del largo cabello para perderse en sus preciosos ojos verdes.

—Solo recuerda que toda tú eres mía, señora Drake.

Sus dientes apresaron el endurecido botón izquierdo entre la tela. El jadeo de su esposa le llenó de orgullo.

—Morgan, mis pechos son muy sensibles.

Soltándolo, delicado, la tentó:

—Eso suena fantástico, porque pienso tenerlos en mi boca hasta saciarme de ellos.

Las mejillas de la chica estaban encendidas, presa del deseo.

—No te convienen estos juegos. Estás convaleciente.

—Pero tú no. ¿Qué me impide hacer gozar a mi esposa mientras me recupero? —soltó con gesto inocente.

—No es justo. O los dos disfrutamos o ninguno. Habrá tiempo cuando estemos en casa —le riñó, recomponiendo su ropa tras bajarse de la cama.

—Caerás en mi poder tarde o temprano. —Sonrió, pícaro—. Vas a llegar tarde, ya son las doce y media.

—Sí, y me marcho demasiado caliente.

—Así me gusta tenerte. Encendida y ardiendo solo para mí.

—Adiós, sátiro. Hasta la tarde, llamaré a casa de Laura a ver cómo está Lobo.

—Diles que cuiden bien a mi otro amor. Me echará de menos.

—Yo le doy todos los mimos que esa enorme bola de pelo quiere. —Lanzándole un beso, salió corriendo de la habitación.

—Cuando llegues ya casi habrán acabado —murmuró Morgan, firmando un informe que había escondido en la mesilla la noche anterior.

El taxi que cogió en el hospital la llevó hasta Santa Catalina, donde Gabriel la esperaba, desde hacía media hora, en el restaurante mexicano *El Mirador*.

Adornado al estilo de vieja tasca con banderas de México y camareros vestidos de mariachis, la condujeron a los reservados con una mesa cercana a la ventana de cortinas a listas rojas y verdes, alejada de la vista del resto de los comensales. Gabriel la había elegido para tener más intimidad.

Su antiguo profesor se levantó al verla llegar, vestido con una chaqueta de

cuero, una camiseta negra de corte heavy y ceñidos vaqueros, que dibujaban el abultamiento que no pasaba desapercibido entre sus piernas.

El hombre la abrazó dispuesto a besarla en los labios, pero Sara le detuvo, poniendo su mano en los de él con gesto serio. Acariciando su mejilla, le miró con afecto.

—Tenemos que hablar, Gaby.

—No rompas este momento, Sara, déjame fingir que todo va bien... aunque sea una ilusión —le suplicó con pena. Ya sabía que iba a perderla.

—Pero no va bien. Ha ocurrido algo muy importante en las últimas veinticuatro horas.

—Siéntate, por favor —la invitó, retirando su silla—. Debe de ser sumamente grave lo que te ha pasado, para no hablar conmigo desde la mañana del lunes.

—Salí corriendo del *Moon* sin darte una explicación cuando David me llamó. Lo siento —se disculpó.

El camarero les trajo la carta, aunque Sara no tenía mucho apetito. Pidió un licuado de banana, el español una Coronita.

—Te escucho. —Le tembló la voz ante lo esperado.

—Gaby, mi hermano me llevó al *Sinaí* para ver a Morgan. Le encontró de madrugada, le habían dado una paliza brutal y estaba muy grave cuando lo ingresaron. Le operaron esa misma noche.

—Espero que se recupere —contestó preocupado. Aunque fuera su rival, sabía que en el fondo no era mal tipo.

—Has sido un gran apoyo en mi vida, Gaby —prosiguió decidida—, pero volví para saber si podría ser feliz contigo. Te dije en Madrid que debía arreglar una parte de mi pasado.

—Esa parte era Morgan. El choque que tuvimos aquella noche me hizo descubrir que estaba enamorado de ti, igual que yo. No le culpo, yo también me hubiera enfadado si después de cuidarte viniera otro a usurpar mi puesto. —La tristeza de sus ojos negros rompió el alma de su amiga—. Y tú siempre lo has amado, Sara, no puedes disimularlo.

Los ojos de la chica reflejaron sorpresa al escuchar sus palabras.

—Gaby, yo... —Sentía que no había sido justa con su leal amigo.

—Un lazo invisible os unía, aunque los dos ni siquiera lo supierais.

La muchacha se secó una lágrima que rodaba por su mejilla. Gabriel le cogió la mano, besándola con adoración. Sus vivos ojos también se llenaron de lágrimas que no podía disimular.

—Sara, yo nunca podré romper ese lazo. Tus ojos no reflejan la misma pasión conmigo. Os devoráis mutuamente sin daros cuenta. —Dio un hondo suspiro de resignación—. No puedo ganar esta partida y no te obligaré a casarte con quien no amas realmente. Ahora sé que no seríamos felices juntos.

—Perdóname, nunca quise hacerte daño. —Se le escapó un sollozo—. Te mereces una mujer que te ame por el gran hombre que eres. No quiero perderte como amigo.

—Lo seré siempre, Sara, no lo dudes. Deberíamos marcharnos, ninguno tiene apetito.

—No, aunque sea raro en mí —dijo ella sonriendo.

El profesor pagó la cuenta y la acompañó a la salida. En la recepción del restaurante se encontraba su maleta.

—He adelantado el vuelo a Madrid para las cinco de esta tarde. Te dejaré en el hospital y luego el taxi me llevará al aeropuerto.

—Ya sabías lo que iba a decirte, ¿verdad? —Gabriel asintió, decaído.

Antes de entrar en el coche se abrazaron. Por el camino le dijo su último piropo.

—Hubieses sido la novia más linda. —Le acarició la mejilla con ternura.

—Siempre tendrás un hueco en mi corazón, Gaby.

—Gracias, Sara. Pero adviértele a Morgan algo de mi parte.

—Dime. —Le apretó las manos con cariño.

—Si no te cuida como es debido, sabrá lo que es la furia española —dijo con gesto feroz.

—Se lo diré.

Frente al hospital, Sara le besó dulcemente en la cara. Antes de dejarla le preguntó:

—¿Por qué evitaste que te besara en los labios en el restaurante?

—Porque Morgan es mi marido desde anoche. —Se rio al sorprenderle—. Llámame cuando llegues a Madrid.

—Lo haré, señora Drake —se despidió, envidiando con toda su alma al hombre que le había arrebatado a la mujer que amaba hacía años. La esperanza de encontrar a alguien que llenara ese vacío le dio algo de consuelo mientras se dirigía a su solitaria vida en Madrid.

Sosegada, Sara subió hasta la quinta planta donde se encontraba su esposo.

Al llegar a la habitación 525 pensó que se había equivocado, puesto que no había ninguna cama. Salió al pasillo y comprobó que era la correcta.

Fue hasta el control de enfermería y preguntó si se habían llevado a Morgan para hacerle una prueba.

—No hay pruebas pendientes para hoy. Helen, ¿el señor Drake tenía hora para radiografía o tac?

La enfermera salió del *office* con un *planning* en las manos, comprobando el apellido.

—Anna, ese hombre entró en quirófano a la una de la tarde.

—¿Quirófano? ¿Qué le ha pasado? —preguntó asustada.

—No se preocupe. El doctor Lawrence tenía reservado uno para esa hora. Es una operación de espalda.

—¿Desde cuándo lo tenía?

—Desde anoche. El doctor habló con su marido y le informó.

—Si yo estuve en la habitación hasta esta misma mañana. —No entendía nada.

—A medianoche entré a cambiar el suero y usted dormía profundamente.

—Le sonrió.

Sara bajó preocupada a la sala de espera de quirófano y se sentó, nerviosa, a esperar. Eran cerca de las cuatro.

Una hora después el doctor Lawrence apareció en la sala con una sonrisa. Tranquilizándola, la tomó de las manos sentándose a su lado.

—Todo ha salido estupendamente. Ni Morgan ni yo le dijimos nada anoche por expreso deseo de él. No quería angustiarla.

—Pero debió habérmelo contado. No me hubiera movido de su lado —replicó enfadada.

—Sabe que tendrá que pasar muchas horas junto a su cama y me dijo que hoy debía despedirse de alguien muy querido para usted.

—Entonces... ¿No hay peligro de que se quede parapléjico?

—Ninguno. He liberado los nervios y la médula espinal aplastados por las vértebras. No están desgarrados. Ahora Morgan respirará aliviado sin ese sufrimiento —le informó, satisfecho del resultado—. Deberá estar un par de días bocabajo. Luego reposará normalmente. Hoy es miércoles, el sábado le quitaré la sonda y el drenaje del costado. Dentro de una semana empezará a caminar y hará ejercicios de rehabilitación.

—¿Cuándo podremos volver a casa?

—Si la recuperación sigue su curso, el dos de septiembre le daré el alta.

Pero deberá hacer reposo en casa un mes más.

—Dentro de dos semanas. ¡Fantástico!

—Sería un buen regalo de bodas. Enhorabuena, Sara.

—Se lo ha dicho. —Sonrió ilusionada.

—Es un honor que se casaran anoche en mi planta. Dentro de poco podrán hacer el viaje de novios.

—No tengo prisa. Quiero que Morgan esté recuperado del todo.

—Ahora que estamos solos, quiero comentarle algo importante. Su marido me dijo que no ha recibido tratamiento psicológico porque no lo necesitó. Usted le conoce bien, dígame lo que oculta. Basta con ver sus cicatrices y leer el informe para darse cuenta de que debió de ser la experiencia más horrible que un hombre pueda tener. Atendí a soldados prisioneros del ejército de Sadam que acabaron en psiquiátricos al volver a casa.

—Tiene pesadillas terroríficas desde entonces. Le he visto despertarse gritando en plena noche y no saber dónde se encuentra, como si volviera a la prisión —le contó angustiada—. Mi hermano estuvo con él allí. David no sufrió torturas, pero necesitó ir al psicólogo durante seis meses para olvidar el terror hacia sus captores. Imagine lo que mi marido lleva guardado... incluidas las violaciones.

—¿Quién trató a su hermano?

—El doctor Andrew.

—Llévele a verle, acompañele en las sesiones si con ello se siente más seguro.

—No, doctor. Morgan no confía en los médicos. Cuando esté preparado me contará todo lo que sufrió, estoy segura.

—Esperemos que se abra a usted. El amor mueve montañas. —Se levantó esperanzado—. Debo prepararme para otra operación. Suba a la habitación, estará despierto en media hora. Le llevarán pronto.

—Muy bien. Gracias por su sinceridad.

—Me gusta hablar claro a mis pacientes. Es lo menos que puedo hacer, y su marido ha padecido demasiado siendo tan joven.

Aún se encontraba medio adormecido al llegar a su cómoda habitación. Mirándole con un rictus de enfado en su rostro, vislumbró a Sara al lado de la ventana.

La postura que Morgan debía mantener era muy incómoda. Su esposa le acarició la mejilla, sentándose en el sillón junto a él.

—Eres un jodido mentiroso. ¿Lo sabías?

—Quería que te despidieras tranquila de Gabriel sin tener que pensar en mí.

—Me he llevado un susto de muerte al no encontrarte cuando regresé, y me dijeron las enfermeras que te estaban operando. ¡Casi me da un síncope, Morgan! —se exasperó—. Menos mal que el doctor Lawrence me calmó.

—Es un alivio. Me sentía aterrado ante la idea de que pudiera morir en el quirófano sin verte por última vez —suspiró despacio, con aire inocente.

Su mujer no pudo reprocharle nada más ante la mirada confiada de sus ojos de niño.

—Ya se acabó tu suplicio. Volverás a sonreír y yo estaré frente a ti, contemplando esa preciosa cara de felicidad.

Sara le abrazó sin querer contenerse, comiéndoselo a besos mientras el hombre se derretía. La sinceridad de Morgan, expresando sin tapujos sus sentimientos, la conmovía. Poco a poco regresaba el hombre de su adolescencia.

—Además, bicho malo nunca muere, como dicen en España. Y tú eres muy, muy malo —le picó burlándose de él—. ¿Sabes que estás muy guapo con el pelo más corto?

—¿Te gusta de verdad?

—Me encanta. Todo lo que hay en ti me enamora.

—Es estupendo escuchar eso. —Se estremeció, molesto—. Cariño, ¿puedes darme un poco de agua? Tengo la boca seca.

—Solo un sorbo —le advirtió, acercándole el vaso con la pajita que había preparado.

—¿Sigo lleno de cables?

—Te han quitado las bolsas de sangre. Ahora tienes una única vía con suero por donde te administrarán los antibióticos.

—Y este tubo saliendo del costado es un suplicio, no me deja moverme a gusto. —Lo señaló con una mueca de dolor.

—Está terminantemente prohibido que hagas movimientos bruscos. El sábado te quitarán todo lo que te molesta, sé paciente, mi vida.

Morgan pasó la noche entre sueños confusos en los que gemía intranquilo. Los sedantes que le suministraban no lograban acabar con sus pesadillas del todo. Sara le tranquilizaba, acariciando su frente y hablándole bajito.

—Estás a salvo. Estoya tu lado, descansa.

—La celda...las ratas...—murmuró en sueños.

El enfermo no podía creer que los dos días hubiesen transcurrido tan rápido. David le visitó varias veces sin Laura. Su amigo no quería que la chica estuviera en contacto con los gérmenes del hospital en su estado, y Morgan estuvo de acuerdo en que fuera a verle cuando ya estuviera en casa.

Los dos hermanos se turnaron para distraerle y hacer más llevadero su suplicio. Leyeron sus pasajes favoritos de *El Señor de los Anillos*, que adoraba; jugaron a adivinar el nombre de actores y películas, capitales del mundo, títulos de libros.

Aun sin proponérselo, la inteligencia y sagacidad de Morgan siempre relucía ante ellos. Su solitaria infancia le había dado una extensa cultura.

Eran las diez de la mañana del sábado cuando seguían en plena sesión de Trivial.

—Nombre que recibe el monumento erigido a la expiación de los pecados para los judíos —leyó su esposa.

—La Torre de Babel —contestó David muy convencido.

—Anda ya memo, es el Muro de las Lamentaciones —contestó Morgan riendo.

—Correcto —dijo Sara.

—¿Quién pintó *La muchacha con sombrero rojo*³⁹? —preguntó David.

—Esta es para mi niña —contestó su marido, cayéndosele la baba.

—No puedo creer que no la sepas —respondió su esposa.

—Te cedo el honor de contestar.

—Johannes Vermeer. Es el pintor más famoso del siglo XVII después de Rembrandt⁴⁰.

—¡Eso no vale, brujita! ¡Llevas ventaja sobre mí! —exclamó su hermano.

—¡Hubieras estudiado Bellas Artes! —respondieron sus contrincantes al unísono.

Una llamada en la puerta interrumpió el juego. David la abrió, haciendo pasar al médico acompañado de una enfermera con un carro de curas.

—Tiene un aspecto magnífico, Morgan —le saludó.

—Son excelentes cuidadores, doctor.

—Y después de despojarle de toda esta parafernalia que lleva puesta, se sentirá en el cielo.

—Saldré fuera —dijo David.

—¿Puedo quedarme, doctor?

—Por supuesto, Sara. Debe ayudarme a mantenerle quieto.

Morgan, al ver los utensilios del carro de curas, se tensó nervioso. En su

mente aparecieron las imágenes de las bandejas dispuestas en la mesa de la sala de interrogatorios.

Un sudor frío comenzó a transpirar de sus manos y su pecho, humedeciendo el corsé. Sara lo notó y le susurró palabras tranquilizadoras para calmarle.

El médico descubrió las sábanas hasta la cintura, desabrochando el corsé con cuidado. Dejó al descubierto la espalda con un gran apósito en el medio.

—Voy a cortar el hilo de los puntos que mantienen el drenaje unido a la piel —dijo la enfermera colocándose a su izquierda. Un par de rápidos cortes con el bisturí acabaron con la sujeción. Solo quedaba sacar el tubo.

—Respire suavemente, acabaré en seguida.

Morgan lo hizo lentamente hasta que sintió un profundo dolor, como si le desgarraran el costado con cada tramo que iba saliendo de la herida. La enfermera trabajaba muy despacio para romper la sutura interior del drenaje.

En el último tirón, el hombre se agarró con la mano derecha al barrote de la cama, mordiendo la almohada durante la salida de los diez centímetros de tubo que había llevado anclados en el pulmón. Sara se puso pálida al contemplar cómo su marido sufría, Morgan tenía las lágrimas a punto de brotar.

La enfermera aplicó una generosa cantidad de povidona yodada⁴¹ en la herida, limpiando la zona y aplicando un apósito en el agujero que quedó abierto.

El doctor destapó la lesión de la espalda dando el visto bueno: veinte puntos de sutura a lo largo de la línea intermedia, desde las vértebras dorsales hasta la terminación de la cintura. Él mismo limpió con la solución yodada las grapas firmemente clavadas en la piel y colocó un nuevo apósito.

Con ayuda de la enfermera y de su esposa, le volvieron bocarriba para extraerle la sonda y la vía del brazo derecho.

—Ahora intente relajarse, acabaré en un segundo.

El médico descubrió su desnudez, comprobando que Morgan era presa de los nervios al cerrar los ojos.

—He leído su historial, seré muy cuidadoso, lo prometo. Manténgase quieto.

Sara tomó su mano, apretándola firme entre las suyas, y envolvió su cabeza en un abrazo con las caras de ambos unidas.

—Mantén tus ojos fijos en mí —le instó la muchacha, como él había hecho en la montaña.

Su esposo no pudo reprimir un lamento, respirando muy profundo como le

había pedido el doctor, al sentir cómo la sonda tiraba de la uretra al salir. Morgan jadeó durante todo el proceso, intentando que los escalofríos que recorrían su cuerpo no entorpecieran la maniobra.

Finalmente el médico acabó de sacar el fino tubo, examinando el miembro del hombre para comprobar que no aparecían restos de coágulos sanguíneos.

La enfermera sacó la aguja de la vía que tenía en el brazo con rapidez, sin que el paciente se percatara de ello.

—Se acabó, mañana no hay curas. El lunes vendré a verle y si se encuentra con ánimos, le empezaremos a levantar esa misma tarde. Descanse ahora. En una semana le quitaremos las grapas que quedan.

—Gracias, doctor, lo haré —musitó apenas.

Sintiendo los horribles recuerdos del pasado inundando su mente, tenía el rostro desolado. La joven le echó sobre su pecho, consolándolo.

Al hombre le embargó la suprema necesidad de contarle de una vez por todas el martirio que supuso aquella cárcel de Bagdad.

—Sara, sé que es un tema muy duro y te costará oírlo, pero necesito confesar lo que me hicieron. —Se le quebró la voz—. No puedo mantenerlo en mi cabeza ni un minuto más, estoy cansado de soñar todas las noches con esas odiosas pesadillas. Lo siento, cielo.

—No dejes de hablar por muy crudo que sea. Grita, llora, pero no lo guardes más —le animó, sintiendo que debía controlar los nervios ante sus recuerdos.

—Tú eres la única persona en quien confío para romper este silencio que me está destruyendo poco a poco. Te prometí que no volverías a sufrir y tendré que romper mi palabra. —Le rozó la barbilla dulcemente.

—Tu confianza es el mejor regalo que puedes hacerme. —Le acarició el rostro—. David sigue fuera, le diré que vuelva con Laura y nos deje solos.

Sara salió al pasillo con una sonrisa en su pálido rostro.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó su hermano ansioso.

—No. Solo hazme el favor de irte a casa y no volver hasta el lunes.

—De acuerdo —le dijo abrazándola, alertado por el leve temblor de su hermana.

—Morgan va a abrir las puertas del pasado ante mí —le susurró—. Quiero estar a solas con él para que se sienta cómodo y seguro.

—Por supuesto, no apareceré por aquí. Vas a oír cosas horribles. ¿Estarás preparada? —Sara asintió, decidida.

—Gracias, cariño, disfruta de tu esposa.

—Y de sus náuseas —bromeó riendo.

Al despedirse por el corredor, David levantó el pulgar como los antiguos emperadores romanos y le gritó:

—¡Lo conseguiste!

Sara suspiró, llenando de aire sus pulmones y de ánimo el corazón, preparándose para escuchar las atrocidades que Morgan le iba a contar.

Tras entrar en la habitación, se sentó junto a su marido tomándole la mano, afectuosa.

—Adelante, cielo. Te escucho.

[39](#) Autor Johannes Vermeer. Entre 1664-1667. Oleo sobre tabla. Movimiento Barroco.

[40](#) Rembrandt Harmenszoon van Rijn. (Leiden, 15 de julio de 1606-Ámsterdam, 4 de octubre de 1669. Pintor y grabador. Movimiento Barroco.

[41](#) Este producto es una solución de povidona y yodo al 10%. Es empleado frecuentemente como desinfectante y antiséptico, principalmente para tratar cortes menores en la piel.

Capítulo 11

—Mi celda era tan húmeda y gélida que tiritabas hasta que los dientes te crujían. Desde la primera noche nos mantuvieron desnudos, hasta que nuestros soldados tomaron la prisión. No sé dónde se encontraba el barracón en el que nos metieron cuando nos tendieron la emboscada, antes de llegar al búnker. Nos habían disparado con fusiles eléctricos que hacían perder la consciencia.

»Despertamos con vendas en los ojos y maniatados de pies y manos. Al quitarnos las vendas comenzaron los golpes con porras, bastante certeros al carecer de la ropa que nos protegería un poco.

»A todos nos dieron una soberana paliza, a puñetazos y patadas nos tiraban de las sillas contra el suelo y nos lanzaban contra las paredes, rompiéndonos los dientes. Gritaban que por qué estábamos allí, si atentábamos contra Sadam... Lo repitieron durante toda la sesión. Como no sacaron información, nos metieron juntos en la celda.

Tomando aire para tranquilizarse, prosiguió.

—Obligué a mis hombres a guardar silencio bajo consejo de guerra y expulsión deshonrosa del ejército si me desobedecían. Yo asumí el mando y las consecuencias. De madrugada entró un iraquí enorme preguntando quién era el oficial en jefe y contesté yo. No volví a hablar con mis compañeros en los siguientes cinco meses. Al acabar conmigo me llevaban a la celda común, para que vieran lo que sucedería si no colaboraban, y volvían a meterme incomunicado en la mía.

Sara escuchaba en silencio, sin hacerle preguntas.

—Me llevaron a otra que llegué a conocer muy bien. Estaba cubierta de azulejos blancos y el techo era del mismo color. En una mesa de metal había cuchillos, lancetas, un soplete. En otra vi una batería grande, con cables largos acabados en puntas afiladas y un tubo en el otro extremo.

Al hombre se le quebró la voz al recordar. La joven le besó la frente y se acercó más a él.

—Utilizaron muchas veces la batería. Me amarraban en cruz con los brazos

tensos y las piernas abiertas. Clavaban lentamente las puntas en los lugares más sensibles: los riñones, los costados, los pectorales, en el vientre, las ingles o los testículos, y encendían el aparato. Sentías que te quemaba cada nervio, cada vena, cada músculo hasta que te volvías loco entre las convulsiones y los vómitos.

Sara tragó saliva para no emitir un solo gemido que detuviera a Morgan.

—Lo peor fue cuando me colocaron en una mesa grande que había a un lado, también de metal, con grilletes en la parte de arriba y en la de abajo. Ahí me amarraron hasta que casi me cortaban la circulación y probaron un nuevo método para que hablara: me cogieron el pene metiendo un cable muy fino dentro.

»Era tan atroz cómo me destrozaba al introducirlo, que me desmayé. Pero me despertaron a bofetadas y siguieron con la tortura. Cuando vi que enchufaban el cable a la batería, les pedí a gritos que me mataran. Nunca he sufrido un dolor tan lacerante como aquel al accionar la electricidad. Creí que iban a reventarme las caderas.

Las lágrimas de Morgan se deslizaban por su cara, como un mar que ansiaba libertad.

Sara lloraba a su lado, con el alma encogida al imaginar el mal que le habían hecho a ese hombre destrozado que temblaba como un niño. Se había sentado abrazándolo, con la cabeza sobre su hombro, estrechándolo contra ella amorosamente para infundirle ánimo.

—Lo hicieron varias veces durante esos meses. Si no conseguían que hablara me violaban uno tras otro, poniéndome una bolsa en la cabeza para asfixiarme.

»Siempre me decían: «Te gustará, eres unapestoso maricón. No volverás a acostarte con una mujer, porque has dejado de ser un hombre». Era su juego favorito cada noche hasta que se cansaron, porque tenía el ano tan desgarrado que corría una hemorragia continua entre mis piernas.

Morgan respiró hondo, controlando el terror ante las imágenes que se agolpaban en su cabeza, decidido a exorcizar todos sus fantasmas de una vez por todas. Continuó hablando.

—Si quedaba inconsciente por falta de aire, me daban otra descarga que me despertaba; en otras ocasiones probaban nuevos métodos.

»Con una fusta de cuero el soldado que era un gigante me amarraba a dos estacas clavadas en el suelo de arena de un patio interior, pisando mi cabeza mientras la usaba con fuerza, arrancándome jirones de piel. Luego traían sal y

la derramaban a lo largo de todo el cuerpo, haciendo que me retorciera entre gritos.

»Una noche, las ratas que poblaban mi celda al olor de la sangre me mordieron en las piernas mientras estaba desvanecido, y esa fue mi salvación. Cogí una infección tan grande que emergía pus de las heridas y no volvieron a abusar de mí.

Miró por primera vez a los llorosos ojos de su esposa, besando su rostro dulcemente.

—No sé cuánto tiempo estuve enfermo hasta que los soldados americanos nos encontraron. Estaba cubierto de excrementos, vómitos y sangre putrefacta. Me contaron después que llegué al hospital de Nueva York al borde del coma, con el bazo y la uretra hechos trizas. La infección por poco no acabó conmigo y casi perdí los dos órganos, pero lograron salvarlos. Me operaron recomponiendo la uretra y el tejido roto que pudieron remendar en todo mi cuerpo. No se podía reconstruir mejor y ya nunca volvería a tener mi antiguo aspecto.

Suspiró, aliviado al fin.

—En todos estos años mi interés por el sexo fue nulo, ni siquiera me masturbaba hasta que llegaste tú. Pero en mis sueños vuelvo a estar allí, recuerdo las palabras que me gritaban, veo sus caras y me despierto sin saber dónde estoy, muerto de miedo. —Morgan se derrumbó angustiado en los brazos de su esposa, con el horror pintado en sus temerosos ojos—. Sara, no quiero volverme loco, me aterra que me encierren en un psiquiátrico.

—Tú no estás loco, vida mía, no te va a pasar nada, te lo prometo. Desahógate, llorar es bueno. Cuéntame todo lo que te hace sufrir: tu infancia, las peleas con tu padre... Por fin te sentirás en paz. Debes hacerlo o no recuperarás la serenidad nunca —le animó a continuar.

—En el hospital militar de Nueva York donde me ingresaron, había en la habitación de enfrente un muchacho de dieciocho años que estaba muy grave. El camión que conducía había pisado una mina en Irak, haciendo que perdiera las piernas hasta los muslos. El chico estaba sedado con morfina para evitar que sufriera.

Volvió a perderse en los recuerdos.

—Su padre me lo contó. Siempre recordaré a aquel hombre: se llamaba Marcus. Tendría unos sesenta y cinco años, bajito y entrado en carnes, de carácter alegre y muy ruidoso, le contaba chistes picantes al muchacho, aunque supiera que no podía escucharle. Eso le recordaba la ilusión de los

tiempos felices.

»Llevaba viudo tres años. Era un gran mecánico, con su propio taller en el centro, dos calles más abajo de donde estarían hoy nuestras oficinas. Mantenía la esperanza de llevarse a su único hijo de vuelta a casa, recuperado, para que le ayudara llevando la administración.

»Cuando el chico descansaba tranquilo, venía a mi habitación y charlábamos de cine antiguo, adoraba el de los años treinta y el baloncesto. Era un gran fanático de los Lakers.

»El pobre hombre me preguntaba extrañado cómo era posible que mi padre no se quedara a mi lado, ni me visitara estando tan enfermo.

Se le hizo un nudo en la garganta antes de proseguir.

—Él no se movía de la cama de su hijo, día y noche. Me impresionaba su forma de cuidarle, tierna y generosa. Se pasaba largas jornadas aliviando la sed de sus labios, besándole la frente mientras acariciaba su flequillo pelirrojo, susurrándole con todo el amor del mundo que luchara por sobrevivir.

»En los peores momentos, en los que el dolor me hacía gritar, Marcus me cogía la mano, consolándome. Me animaba a ser valiente y a que no me desmoronara.

Sintió las manos de Sara limpiando las lágrimas, que se derramaban por su cara sin haberse dado cuenta.

—Me sentía tan abandonado, me apenaba ver las visitas de los otros soldados y que nadie viniera a pasar conmigo unos minutos. Sus caras de felicidad al recibir a sus mujeres o sus hijos me partían el corazón.

—Ojalá hubiera estado allí contigo. —Sara le besó la cara, sintiéndose inmensamente culpable.

—Yo preguntaba a las enfermeras todos los días si mi padre había telefoneado, si vendría...

»Una noche el chico empeoró. La infección lo mató durante la madrugada; Marcus se volvió loco. Abrazado a su hijo, no quería que se lo llevaran a enterrarle. Lloraba preguntándole a Dios por qué le había arrebatado lo que más quería. Tuvieron que sedarle para que soltara las manos del muchacho.

»En mi habitación también lloré. Deseaba ser aquel soldado y tener un padre que me amara con dulzura, aunque tuviera que morir a cambio.

»El pobre viejo me dijo adiós, derrotado, cuando su hermano se lo llevaba unas horas más tarde.

»Al salir del hospital fui a su taller. Me dijeron que el día del entierro se

había pegado un tiro con el arma de su hijo.

—Lo siento mucho, cielo. Debería haber ido a visitarte —respondió la joven, dejando escapar un sollozo incontenible.

—Bastante tenías con la vuelta de David y el accidente de tus padres. —La arrulló—. Cuando vine a casa ya te habías marchado a estudiar a España.

—Nunca debí guardarme aquel beso que no te di en la terraza de mi madre, la última noche que nos vimos. Saber que alguien te esperaba te habría dado un poco de consuelo. —Agachó la cabeza, avergonzada.

—Eso forma parte del pasado, Sara, no te atormentes tú también —susurró cerrando los ojos, agotado.

Morgan se durmió minutos después, con los ojos hinchados de llorar y sin probar la comida que le trajeron.

Sara necesitaba respirar aire puro y salió al balcón que había al final de la planta, donde no quedaba nadie. Lejos de miradas ajenas sollozó, sentada con la cara entre las piernas, rememorando lo que había escuchado y con el alma llena de profundo amor por su marido.

Durante el tiempo que estuvieron solos el fin de semana, aprovechaba el descanso de Morgan para desahogar la pena que suponía conocer la desdicha del hombre.

Ella sabía que su esposo no estaría del todo seguro de sí mismo hasta que lograra hacerle el amor, a pesar de haberle contado todo su pasado. Y Sara deseaba ese momento de intimidad con cada fibra de su ser. No había hombre en el mundo que, como Morgan, la hiciera vibrar hasta los huesos sin haberla poseído aún.

Hablar de su infancia desataba dolorosos recuerdos. En los días siguientes Sara escuchó la parte de su vida que no conocía.

—La antigua criada de nuestra casa, que estuvo en el parto de mi madre, me contó que unos minutos después de que muriera desangrada mi padre intentó estrangularme con sus propias manos, loco de desesperación.

Su esposa se tapó la boca, ahogando un gemido.

—Los criados se lo impidieron y la vieja Marcia se ocupó de mí, hasta que él la echó cuando yo tenía cuatro años, porque sabía que la adoraba. Mis gritos pidiendo que me llevara con ella aún resuenan en mi cabeza, acallados por sus bofetadas.

Sara se estremeció de impotencia.

—Desde el primer día que llegué a este mundo comenzó mi calvario. Si Adam tuviera otro carácter hubiese sido mi consuelo. Con cinco años más que yo, gracias a mi padre, que fomentó su síndrome de Caín, se convirtió en mi mayor enemigo. Me contaron que fui prácticamente abandonado por mi progenitor, que solo se acordaba de su hijo menor para descargar su furia sobre él.

La risa amarga de Morgan rompió el corazón de la joven.

—Desde que tuve uso de razón intenté que tuviera un simple gesto de cariño conmigo. Nunca he recibido de mi padre besos o abrazos.

»Leía cuentos a mi hermano en su cama, mimándole, mientras yo me escondía tras el sillón a escucharle. A veces me quedaba dormido y era Hillary, la cocinera, quien me llevaba a mi cama en la habitación más fría de toda la mansión. La única que no tenía juguetes.

»Una noche mi padre me descubrió escondido. Me llevó a su despacho y me azotó con su cinturón hasta la madrugada. Tenía seis años. Hasta entonces, los criados que siempre me habían querido muchísimo me protegieron de su cólera. Ya no pudieron hacerlo. Aquella fue la primera paliza a la que seguirían docenas.

Sara soltó una maldición entre dientes. Morgan le dio un beso en los labios para tranquilizarla.

—En el colegio nunca quise desnudarme delante de los otros niños en deporte. Mi uniforme era viejo y usado, al contrario del nuevo de Adam, seguro que lo notaste en la foto.

»John siempre tuvo cuidado de no pegarme fuerte en la cara para no dejar heridas, pero el resto de mi cuerpo estaba plagado de ellas. En el fondo, mi piel siempre ha estado marcada de un modo u otro.

»Me ha apaleado por las cosas más insólitas: perder un bolígrafo en el colegio, pedirle permiso para ir de excursión, visitar la tumba de mi madre, asistir a las fiestas de final de curso... En la graduación de secundaria tenía los costados ensangrentados y me envolví fuertemente en vendas para no faltar.

Con cada relato, Sara tenía los nervios más crispados y sentía más odio contra el maldito cabrón de John Drake.

—Me encariñé con un cachorro de bóxer que me trajo el mayordomo. Cuando descubrió el consuelo que me proporcionaba el animal, me llevó al jardín trasero que estaba rodeado de muros y le pegó un tiro con su pistola delante de mis propios ojos.

»Supongo que por esa pérdida adoro y mimo tanto a Lobo.

Morgan sonrió por primera vez, rememorando la inocente figura de su querido perro.

—Una pelea con Adam en la que ya le sobrepasaba en altura a los diez años, y donde le devolví los puñetazos que me daba cuando era más pequeño, casi me lleva a la tumba.

»John estaba en una misión con su barco desde hacía una semana. Al menos embarcaba con mucha frecuencia, proporcionándome un respiro el tiempo que estaba fuera.

»Llegó de improviso para darle una sorpresa a mi hermano, porque ese día era su cumpleaños y le había dicho que no podría estar con él en casa.

»Al comprobar que tenía un ojo morado y el labio partido me tiró al suelo, llevándome a rastras del pelo por todo el salón hasta mi habitación.

La mirada de Morgan se empañó, pestañeando para no derramar ni una sola lágrima más. Con cada palabra sentía que por fin se alejaba del horror que había protagonizado su vida.

—Me utilizó como saco de boxeo: las bofetadas y los puñetazos estuvieron a punto de hacerme perder el oído derecho. Disfrutó con las patadas que me propinó por todo el cuerpo, hasta que no quedó un trozo de piel sin hematomas.

»Después me encerró, dejándome desnudo y tirado en el suelo. Durante tres días impidió que nadie entrara a ayudarme, dejándome en la puerta un vaso de agua por la mañana y otro por la noche. Se había llevado las mantas de la cama y del armario en pleno febrero.

Resopló para alejar la angustia de volver a aquella época.

—Recuerdo que tiritaba todo el tiempo, haciéndome las necesidades encima porque no tenía fuerzas para bajar de mi cama y no podía ir al baño del pasillo.

»Arriesgándose a ser despedido, Ambrose, quien ya trabajaba para mi padre, se escabulló la última noche, consiguiendo abrir la puerta con una ganzúa, para traerme comida y una manta gruesa. El buen hombre me limpió con toallitas de bebé de su hija.

—¡Dios bendito! —Sara se abrazó a él, necesitaba tocarle con desesperación, no aguantaba más el llanto. Él la apretó contra su pecho, besándole la sien, con su rostro rozando el de ella.

—Tenía fiebre y casi me muero. Tuve que pedir perdón a mi hermano y a mi padre para que consintiera en dejar que Hillary me curara. Ni siquiera

llamó a un médico.

»Con los años, las palizas fueron decreciendo porque me convertí en una sombra callada que apenas existía, hasta que a los diecisiete le pedí permiso para enrolarme y me lo dio. Al fin pude vivir tranquilo, lo más lejos posible de él.

»Viví con terror constante veinticuatro horas al día de esos diecisiete años. Fue la mejor preparación para convertirme en un marine.

Sonrió, satisfecho de haber soltado todo lo que le había hecho sufrir tanto. Sara, con las mejillas empapadas por las lágrimas, aún aferrada a su marido, preguntó con un hilo de voz:

—David me contó que él tiene la culpa de que estés aquí. ¿Por qué no le pegaste la noche que te encontraron? Eres mucho más joven y fuerte. Se lo merecía.

—Quería que acabara conmigo de una vez. Deseaba que quien había intentado matarme a los pocos minutos de nacer, me quitara la vida al final.

—La miró con inmenso amor—. Sin ti ya no tenía fuerzas para seguir.

Sara ya no se contuvo, se aferró a su boca en un beso desesperado mientras Morgan la encerraba fuertemente entre sus brazos.

—Debiste de ser un niño adorable —musitó, embriagada del sabor de sus labios—. Si tu madre viviera, las cosas habrían sido muy diferentes.

—Daría lo que fuera por estar una sola hora con ella. ¿Crees que me hubiera querido un poco? —Las palabras esperanzadas del hombre le dieron ganas de comérselo a besos.

—Te amaría con locura —contestó, dichosa de conocer toda la verdad de quien se había convertido en lo más querido para ella—. Ahora estás seguro y a salvo. De todo tu pasado, Morgan.

—Tener un marido al que han vejado no es agradable. A veces en el hospital pensaba que debería haberme resistido a las violaciones, de la vergüenza que sentía. Llegó un momento en que ya no forcejeaba, no tenía fuerzas para luchar —replicó consternado—. Todavía me siento sucio, mis ojos ya no pueden derramar más lágrimas que logren limpiar ese sentimiento de culpabilidad que me acompaña desde entonces.

—No podías hacer nada, Morgan, te ataban de pies y manos. Si te hubieras resistido, seguro que habrían acabado contigo, y casi te mataron. Ser dócil te mantuvo con vida para que estuvieras hoy a mi lado. Piénsalo y deja de martirizarte, amor mío. —La joven se plantó frente a él, muy seria—. Se acabó machacarte, aprende a quererte porque eres un hombre muy noble. No

te amargues, destierra los pensamientos negativos.

Él la contemplaba en silencio, escuchándola con mucha atención.

—Cuando te vengan a la cabeza, háblame de ellos y yo los haré desaparecer. —Le tomó de la barbilla, traspasando su corazón con aquellos ojos azules que siempre ahondaban en su interior—. No voy a dejar que caigas en una depresión nunca más. ¿Me has oído, esposo mío?

Morgan se rindió ante la fuerza de su mujer, confiaba plenamente en que ella le daría el mejor futuro que podría soñar.

—Gracias por amarme como soy, Sara. Nadie ha hecho eso por mí, salvo tu hermano. Sois mi única familia —musitó con voz temblorosa de emoción.

—También tendrás hijos que adorarán a su padre.

—¿Te gustaría tener un hijo conmigo? —preguntó ilusionado—. Me asusta ser estéril, los médicos dijeron que la tortura en los genitales podría darme futuros problemas. ¿Y si no puedo concebir, Sara?

—Te daré lo hijos que tú quieras. Si no podemos tenerlos propios, intentaremos la adopción —replicó decidida—. ¿Te importaría que no llevaran tu sangre?

—Quiero darles todo el amor que yo nunca tuve, con mi sangre o sin ella. Pero antes de meternos en esa aventura, vamos a disfrutar de nosotros solos un tiempo. ¿Te parece bien, cariño?

—Me parece perfecto, señor Drake. —Le sonrió dichosa.

Como si hubiera ocurrido un milagro, desde esa misma noche su sueño no volvió a estar plagado de pesadillas. Mostrarle a Sara sus desdichas había destruido los fantasmas que le perseguían a lo largo de los años.

El lunes David volvió con su portátil, satisfecho de contemplarle sereno y renovado. Mientras su hermana bajaba a tomar un café, estuvieron charlando.

—Parece que hubieras estado el fin de semana en un balneario y no en el hospital —le comentó satisfecho—. Te noto diferente.

—Creo que no necesitaré la ayuda de un psicólogo, después de todo. Sara me ha inundado de paz, David, y ha sufrido mucho mientras me escuchaba. Tu hermana es un regalo del cielo, debo haber hecho algo bueno en mi vida para merecer tenerla a mi lado.

—Me alegro mucho por los dos, amigo. —Le golpeó el hombro.

—¿Ya le has dicho a Laura que tenéis nueva casa?

—No para de llorar dándote las gracias —le contó con una carcajada.

—Pobrecita, ya creía que dormiríais con el niño hasta que tuviera veinte

años. Si Sara estuvo escuchando nuestra conversación esa mañana, se habrá enterado de lo de la casa. —Se dio cuenta de repente.

—Eres un capullo con mucha suerte. Me contó que cuando te oyó decir que la amabas, tuvo que correr al baño porque no dejaba de llorar.

—Entonces será una sorpresa perfecta. Ya me extrañaba que no lo hubiera mencionado. Le diré que vamos a cambiar los muebles y que elija los que más le gusten. Cuando los tenga listos, te grabo el archivo y podremos comenzar la mudanza.

—¿Cuándo te instalarás? Puedo embalar tus cosas y mandarlas a la nueva casa.

—Sería mucho trabajo, no te preocupes. Solo manda algo de nuestra ropa, unas toallas, vasos y platos de plástico. Creía que estaría ingresado mucho más tiempo, pero el doctor nos dijo que si evoluciono bien, me marchó el día dos.

—¡Estupendo! Volved a tu piso y recogéis vuestras cosas con calma. El bebé no nacerá hasta dentro de siete meses.

—Pero quiero que pasemos nuestra noche de bodas en la otra casa. ¿Crees que estará lista la cama?

—Los grabados están a punto de terminar, la estarán barnizando y puliendo en el taller grande. La semana que viene la montarán directamente en tu casa. Por cierto, ¿dónde tienes las llaves?

—En el primer cajón de la mesilla de mi dormitorio. La dirección está escrita en una tarjeta con ellas.

—OK. Me largo, que alguien tiene que ir a trabajar. Por cierto, en esa enorme cama vais a jugar de lo lindo —le provocó con cara de pillo.

—¡Vete ya a trabajar, salido! —se burló de él, aguantando la risa.

Ante Morgan aparecieron dormitorios de invitados, muebles de salón, escritorios. Todo un mosaico de mágicas creaciones. Absorto en la pantalla, no se dio cuenta de su presencia, hasta que Sara le besó el cuello.

—¿Has desayunado bien?

—Preferiría haberte desayunado a ti —le dijo meloso.

Su esposa, en respuesta, lamió la vena de su cuello, llegando despacio y sensual hasta el hombro. Morgan se estremeció excitado, echando la cabeza hacia atrás.

—Cariño, adoro que hagas eso —ronroneó.

—Cuando estemos en casa te llevaré al cielo entre mis brazos. —Deslizó su mano hasta la cintura del hombre. Recorriendo con la uña la suave tela del

calzoncillo, bajó muy despacio hasta encontrar la dureza que empezaba a erguirse entre sus piernas.

Apretando el generoso miembro por encima de la tela, introdujo los dedos en el interior, tocando la turgente erección. Su mano sopesó los suaves testículos, cobijándolos en ella.

Para entonces, Morgan jadeaba contra sus labios, que le devoraban. Sara los apresó con su lengua, a la vez que bajaba y subía la mano masturbándole.

Oleadas de placer recorrieron su vientre. Si la muchacha seguía estimulándole tan solícita, se derramaría en su mano sin poder contenerse.

Sara escuchó voces de enfermeras en la habitación de al lado y abandonó su labor con pesar. El médico entraría de un momento a otro.

—¡No me dejes ardiendo! —le suplicó su excitado marido.

—Tú lo hiciste la otra mañana, ¿recuerdas?

—Pero has llegado más lejos que yo.

—Es mi venganza. Piensa en muebles si no quieres saltarle un ojo a la enfermera cuando te baje la sábana.

—¿Te ha gustado lo que has visto? —preguntó travieso, intentando mantener la compostura.

—Desde luego no había nada anormal por ahí abajo, así que puedes estar seguro de que eres muy hombre.

—Esperaba mejor opinión. —Le palmeó el trasero al pasar junto a él—. Al menos en el tamaño.

—Cielo, si te cuento los pensamientos que se me pasan por la cabeza al contemplarte, te endurecerás aún más —le respondió guiñándole el ojo.

—¿Te complace cómo es el sexo de tu marido entonces? —insistió ansioso, esperando su respuesta. Sara le miró perversa.

—Se me hace la boca agua deseando probarte.

—¡Oh, no me digas eso! —se quejó, sintiendo que volvía a endurecerse.

—Vamos, Morgan, piensa en armarios, mesas, librerías. —Le arregló la ropa de la cama, quitando el portátil que se había caído a un lado del colchón—. ¿Y estos muebles? —le preguntó echando un vistazo a la pantalla antes de cerrarla.

—Había pensado que podíamos cambiarlos a tu gusto. Cambiar el color de las paredes, comprar lámparas y alfombras.

—La verdad es que tus dormitorios parecen los de Drácula, tan oscuros. Las paredes de tu habitación son de un verde muy bonito, estaría bien la casa de ese color.

—¿El salón te gusta?

—Yo le daría más luz con sofás color crema, la alfombra me encanta. Te haré el amor sobre ella muy a menudo —le comentó, con una mirada que devoraba al hombre como un delicioso manjar, provocándole un estallido de calor en la entrepierna al imaginarla sobre él.

—¡Por Dios, no empieces de nuevo! O te arrepentirás.

—En este momento no puedes cumplir tu amenaza.

—No me tientes, señora Drake. Soy muy capaz de destrozarte la ropa, montarte sobre mí y gozarte salvajemente aunque aparezca el doctor por esa puerta. Por cierto, tendremos que utilizar anticonceptivos para evitar sorpresas.

—Tomo la píldora desde mayo porque mis reglas son irregulares. Así podré sentirte en todo tu esplendor cuando llegue el momento.

A Sara le gustaba cada vez más aquel juego erótico entre ambos.

—Te haré enloquecer. Es una promesa, Sara. —La devoró con ojos ardientes. Ansiaba poseerla con una necesidad imperiosa. Las dudas sobre su virilidad habían quedado olvidadas tras una puerta que jamás volvería a abrir, dando vía libre al deseo insoportable que le dominaba con más fuerza que nunca.

El doctor llamó, abriendo la puerta.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, Morgan?

—Con muchas ganas de vivir y de salir de aquí. No siento el dolor que me destrozaba. Solo molestias en las costillas y por las grapas de la espalda.

—Es normal. Vamos a quitarlas hoy.

El médico le pidió que se colocara de espaldas. Despegó el apósito comprobando que la herida sanaba correctamente y le curó con yodo, tras extraer con cuidado las grapas.

—Sigue su curso bastante bien, tiene una cicatrización inmejorable. Esta tarde podrá levantarse y pasear un poco por la habitación. Sentirá mareos al principio, pero es recomendable que camine para desentumecer las piernas —le recomendó—. No me gusta adelantar acontecimientos, pero veremos cómo transcurre esta semana. Tal vez pueda marcharse a casa antes de lo previsto.

—Ojalá se cumplan sus expectativas, doctor. ¿Mañana podría ducharme? Lo estoy deseando —preguntó impaciente.

«Y más que lo vas a desear», su esposa imaginó una idea perversa que iba a poner en práctica en cuanto tuviera ocasión.

—Si se encuentra bien después de pasear, podrá hacerlo.

El médico se despidió de los dos siguiendo con su rutina de visitas.

Para entretenerse, Morgan le enseñó a su esposa varios muebles en el portátil: sofás de vivos colores, cocinas, armarios, mesas de comedor. Pero no le mostró ningún dormitorio.

Por la tarde un celador le ayudó a levantarse. Tuvo que sujetarle porque al ponerse de pie, el vértigo le mareó.

Acostumbrándose lentamente a la postura erguida después de varios días en la cama, se agarró de la cintura de su esposa y dio unos pasos. Poder ir al servicio era una bendición.

Recorrieron la habitación entre risas. Sara le llegaba casi al pecho y ofrecían una imagen muy divertida con su diferencia de altura.

—Soy un bastón estupendo, ¿eh?

—El más bonito que he visto nunca.

Se sentó en la butaca con algunas leves molestias en la espalda. El corsé era muy incómodo, pero debía llevarlo dos semanas más cuando estuviera en pie.

—Ven con tu marido, cielo, siéntate sobre mis rodillas. —Sara se aproximó dejando que la abrazara, reposando la cabeza sobre su hombro.

—Eres mi sueño hecho mujer, ¿lo sabes?

La muchacha no contestó. Morgan sonrió al verla profundamente dormida, llevaba semanas sin pisar una cama.

Tomándola entre sus brazos, le quitó las gafas y se quedó absorto ante la belleza de sus rasgos. Siguió suavemente con el dedo los pómulos, la pequeña nariz, la boquita entreabierta, la barbilla con una deliciosa hendidura bajo sus labios.

El ciclo se completaba finalmente. Era él quien contemplaba embelesado y lleno de profundo amor a la muchacha, como la primera vez que Sara le acarició dormido, cuando llegó a la oficina cuatro meses atrás.

Debía de ser una buena persona, después de todo, si había logrado ganar el amor de esa rebelde testaruda.

Capítulo 12

Sara le acompañó a la ducha de su habitación. El baño era espacioso, de azulejos blancos y con una placa grande cubierta por media mampara de cristal.

Le había encargado a su hermano que trajera pijamas limpios de Morgan y algo de ropa para ella.

Silbando *El fantasma de la ópera*, preparó la bolsa de aseo de su esposo y las toallas blancas. Sentado en el taburete, intentaba desnudarse, pero el corsé dificultaba sus movimientos.

—Deja que te ayude. —Le desnudó, cuidadosa.

Su esposa estaba absorta en el cuerpo que tenía frente a ella.

Se deleitó con los anchos pectorales y los pezones oscuros que despertaban su lascivo apetito, el vello húmedo con el agua caliente resbalando hasta su pubis, la espalda de músculos definidos hasta el redondo trasero de nalgas prietas y perfectas.

Ni sus numerosas cicatrices empañaban aquella erótica imagen. Estaba mojada entre los muslos solo con mirarle e imaginar mil y una formas de lanzarse sobre él.

Acercándose a la ducha, en la que había un pequeño promontorio para que los pacientes pudieran sentarse, cogió el gel de aceite que había traído y se echó un poco en las manos.

Morgan se lavaba el pelo cuando sintió las manos de Sara que avanzaban por sus costados. Disfrutó sus caricias con deleite, hasta que la boca de su esposa comenzó a lamer la base de su cintura por debajo de la cicatriz de la operación, mordisqueando los glúteos en una incitante travesura que hizo que se escapara un profundo gemido del hombre.

Muy despacio, fue dando la vuelta hasta colocarse frente a Morgan. Mantuvo sus ojos sobre él mientras sus dedos acariciaban el contorno de su fuerte mandíbula y bajaban, como plumas, por la nuez y el cuello. Dejó que sus labios siguieran el camino que antes tomaron sus dedos, dando un pequeño mordisco en el cuello de su marido que jadeó con los ojos cerrados,

disfrutando de su boca mientras acariciaba la cabeza de su mujer, acunándola dulcemente contra su piel. Recorriendo con la mirada su torso, Sara le retuvo con una mano en su pene, que despertaba a sus caricias, mientras recorría con la lengua la aureola derecha, lamiendo el pezón hasta endurecerlo al máximo. Mordisqueándolo con cuidado, succionó el prominente botón arrancando jadeos cada vez más ruidosos del hombre, al mismo ritmo que los movimientos de su mano al masturbarle. Le empujó con cuidado hasta sentarle en el promontorio, chupando el otro con fruición, disfrutando de los suspiros de su caliente marido.

Morgan estaba muy excitado, con el miembro orgullosamente erguido y preparado para tomarla. Cuando vio lo que Sara se proponía hacer la sujetó por los hombros, deteniéndola.

—Cariño, no estamos en casa, podría entrar alguna enfermera con la bandeja del desayuno y vernos.

—Morgan, no es precisamente el desayuno lo que quiero tomar ahora —le incitó lujuriosa.

Se arrodilló entre sus piernas y engulló el pene que ahora le pertenecía como un delicioso caramelo. Su lengua bajaba y subía a lo largo del frenillo, chupando la sensible cabeza.

Para entonces, su hombre aguantaba las ganas de gritar entre fuertes jadeos que casi no podía dominar. Estaba viviendo la mejor de sus fantasías con ella y sus miedos habían desaparecido definitivamente por el desagüe.

Cuando Sara notaba que podría eyacular, lamía sus testículos a placer provocándole excitantes descargas por cada célula de su cuerpo.

Su camiseta y su pantalón estaban chorreando agua. Pero no le importaba, lo que deseaba en ese momento era arrancar a Morgan el mejor orgasmo de su vida, y estaba muy cerca de conseguirlo a juzgar por los eróticos lamentos en boca de su marido.

Sus labios succionaban el miembro sabiamente, sin hacerle daño pero con vigor. Supo que estaba a punto de explotar por el movimiento frenético de sus caderas y los músculos tensos de su vientre.

—Sara, no aguanto más... —le suplicó, con el rostro ruborizado de puro placer.

—Derrámate en mi boca. —Le miró apasionada—. Deja que te saboree, cariño.

Las palabras de su esposa le pusieron aún más duro, dejándose llevar por el intenso placer que sentía desde el pecho a las caderas.

—Me matas, cielo —gimió sofocado en pleno éxtasis, mordiéndose los labios para no gritar.

En un par de movimientos, la muchacha sintió que inundaba su boca y bebió de su marido entre suaves gemidos, haciendo que Morgan se retorciese de placer hasta que su respiración se relajó.

Echando la cabeza en su muslo, le miró dichosa mientras él le acariciaba los hombros, recuperando el aliento.

—Jamás hubiera esperado este asalto —susurró sorprendido—. Ha sido increíble.

—¿Te has convencido de que eres un hombre de la cabeza a los pies?

—Creo que he superado la prueba —respondió mientras la devoraba con la mirada—. Ahora seré yo quien te pruebe.

—Ya nos hemos arriesgado bastante, Morgan. —Se levantó, dispuesta a salir del baño.

—Al menos dúchate conmigo, ¿no? —Le tendió la mano, caballero—. No voy a morderte...

Sara se despojó de toda la ropa, quedándose desnuda.

La imagen de las rotundas formas de su esposa, su sexo suave dispuesto para él y aquel trasero que se ofrecía a sus ojos con lascivia, provocó que en unos minutos tuviera otra erección.

—Olvida lo que he dicho. Eres un pecado y yo seré imbécil si no te poseo ahora mismo —sentenció, mordiéndose los labios.

Como seguía sentado, la atrajo por la cintura, montándola a horcajadas sobre él mientras se abalanzaba sobre los senos.

La muchacha iba a protestar, pero la sensación de su boca cubriendo de saliva sus pezones, bebiendo ansioso de ellos, fue demasiado. Cada roce de la lengua de su marido despertaba descargas eléctricas en el mismo centro de su sexo, succionándola con ternura, mientras sus manos le acariciaban la espalda.

Con todo su cuerpo en llamas por él, notó los largos dedos de Morgan en el clítoris y el sexo que acarició con sabiduría, preparándola dulcemente.

—Estás empapada, amor —le habló al oído, con aquella voz que la enardecía—. ¿Todavía quieres que me detenga?

—Morgan, quiero tenerte dentro... ahora —le pidió desesperada.

Delicado, introdujo lentamente su miembro en la húmeda vagina, llenándola por completo. Nunca se había sentido tan excitada, tan completa como en ese instante.

El juego de sus suaves embestidas se acopló a los enérgicos movimientos de ella cabalgándole, para evitar dañar la herida de su espalda.

La ola de placer envolvió a Sara, que se rindió, ahogando un grito en la boca del hombre. Los espasmos de su orgasmo apretaron su miembro, volviéndole loco de deseo.

Sus caderas se movieron con más rapidez, ahondando en las entrañas de su esposa hasta rozar los puntos sensibles de su sexo, arrancándole otro orgasmo tan intenso que ella sollozó de placer entre sus brazos.

Verla disfrutar encendió su hombría, llegando al delirio de nuevo, derramándose en ella mientras besaba los pechos con adoración.

Se quedaron unos minutos abrazados, recuperando el sentido de la realidad.

—Te prometo una noche de bodas romántica cuando estemos en casa. Iba a morirme si no te tomaba —confesó besándola.

—Me has dado tanto placer que creí estallar. Te he esperado demasiado tiempo y vas a convertirme en mi droga, a la que no pienso renunciar.

—Soy solo para ti, Sara. —La acomodó entre sus brazos para cubrirla de gel.

Bajó a por un café para desayunar junto a Morgan. La complicidad entre ellos después de su arrebató les puso de buen humor. Abrazados, dieron un paseo por la planta. Caminar le provocaba todavía algunas molestias por la postura, pero lo aguantaba deseando salir cuanto antes del hospital.

Por la tarde le recogían para la sesión de rehabilitación, en la que sometían su espalda a ejercicios de estiramiento. El pobre Morgan volvía agotado, aunque con fuerzas renovadas ante su nueva vida.

La semana pasó volando. El viernes, David le llamó al móvil contándole que la cama ya se encontraba en su dormitorio.

—Sara se va a enamorar de la casa —le comentó.

—Eso espero. —Respiró, aliviado.

—Te he dejado algo de ropa y las cosas que me pediste. Te compré un colchón nuevo que pueda aguantar vuestros asaltos sin que se entere todo el vecindario —se burló entre risas.

—No había caído en eso, menos mal que estás en todo.

—Y te he llevado algunas mantas y toallas.

—Eres fantástico —le agradeció a David, tremendamente feliz.

—El fin de semana no podré ir a veros, la madre de Laura ha empeorado.

—Lo siento de veras. Dale mucho cariño de nuestra parte —contestó para

animarle.

—La llave está en tu mesilla otra vez. —David se despidió con un suspiro, intentando ser fuerte ante los momentos difíciles que vivía su chica.

Sara entró después de acabar la llamada. El doctor venía con ella. La cara de felicidad de la muchacha le dio a entender que traía buenas noticias.

—Le veo muy bien, Morgan.

—Me encuentro formidable, duele un poco al ponerme de pie, pero nada comparado al suplicio de antes.

—Con el paso de los días desaparecerá. ¿Seguirá las pautas de descanso que le indique?

—Sin dudar —afirmó muy serio.

—¿Se alimentará en condiciones?

—Se lo aseguro —respondió mirando a su mujer.

—Entonces, mañana podrá volver a casa.

—¿En serio, doctor? ¡No puedo creerlo! —Dio palmadas de alegría.

—Ha sido un paciente estupendo. Le espero dentro de un mes para su revisión.

—Aquí estaré, se lo prometo.

—Cuídese, por favor. Ella le necesita. —Sonrió a Sara mientras se marchaba.

—Tiene mi palabra.

Cogiendo a su chica de la cintura la besó, entusiasmado.

—¡Qué ganas tengo de estar en casa contigo! —gritó saltando como una loca.

—Oye, ¿tienes tus documentos de identidad aquí? —preguntó a la muchacha.

—Siempre los llevo en la cartera.

—Mañana, antes de ir a casa, quiero que visitemos a un juez de paz y nos case legalmente.

—No necesito otra boda. —Se sorprendió de su propuesta.

—Yo sí —afirmó, muy seguro de sí mismo, fulminándola con la mirada—. Entrarás en tu hogar como mi esposa legal en todos los estados, no como mi amante. Buscaremos un precioso vestido de novia.

—Como quieras, pero será imposible encontrarlo tan rápido. —Se desanimó, mirándose las caderas con gesto crítico.

—Tranquila, yo sé dónde.

Esa noche Morgan no conciliaba el sueño por los nervios que tenía.

—Me parece mentira que entrara medio muerto, pensando que te había perdido, y salga llevándote de la mano y curado.

—Quedarme contigo es mi destino, hasta Gaby lo sabía —respondió la joven besándole la mano.

—Con el jaleo de la operación no he tenido tiempo de preguntarte. ¿Le costó aceptarlo?

—Se marchó esa misma tarde. Había comprado el billete de vuelta antes de que habláramos. Se dio cuenta de que te amo desesperadamente.

—Chico listo. —La besó en el pelo con ternura.

—Bastante más que tú. No lo descubriste ni cuando te miraba con cara de boba, al venir a casa de mis padres de permiso. Eres más tonto de lo que creía, marine.

—Muy graciosa. Otra bromita como esa y me divorciaré de ti.

—Adelante. En Madrid hay un hombre que no tendría inconveniente en ocupar tu lugar —le provocó maliciosa.

Morgan recorrió el cuerpo de su esposa con la mirada y la provocó, preguntando con cara de sinvergüenza:

—¿Consiguí alguna vez hacerte llorar de placer como yo esta mañana?

Sara se mordió los labios, con su sexo ardiendo al recordar la ducha más excitante de su vida.

—Nunca llegué a un orgasmo tan intenso con él.

—Entonces has salido ganando, pero si quieres divorciarte aún estás a tiempo. Claro que tenía planeado no dejarte salir de la cama el resto de la semana, ni del mes. De hecho, ibas a tenerme dentro hasta que mi olor se confundiera con el tuyo y ya no pudieras vivir sin sentir mi sexo enterrado en ti —la tentó con su voz grave y seductora.

La muchacha se acaloró al escucharle, notando cómo su vagina le esperaba ansiosa.

—¡Por Dios, Morgan, duérmete ya!

—¿Te ocurre algo? —preguntó con cara de no romper un plato.

—Me ocurrirá si sigues hablando de ese modo.

Su esposo se rio a carcajadas ante el rubor de ella.

Se despidieron de las enfermeras muy temprano. Al salir del hospital, Morgan aspiró la suave brisa de finales de agosto.

Sara le quitó la bolsa de las manos y abrió el maletero del Toyota. Se sentó en el asiento del conductor y su marido en el contiguo.

—¿A dónde vamos?

—Al centro. En la tienda donde te compré el vestido rojo venden trajes de novia, también.

—¿Ese vestido que apareció destrozado en la basura? —preguntó intencionadamente.

—El mismo que me devolviste —respondió molesto.

—Guarda el látigo, cariño. Lo hice por despecho con toda la rabia de mi corazón. No sabes cómo me gustaba ese vestido —gimió con pena.

—Tendrás que suplicarme muchas veces para que vuelva a comprártelo —contestó haciéndose el duro.

—Conozco maneras muy placenteras de sobornarte —le soltó, relamiéndose los labios mientras rozaba con la mano derecha su entrepierna.

—Conduce o no llegarás de una pieza a la boda —le aconsejó, acariciando el escote entre sus pechos.

La *boutique* ofrecía numerosos modelos a cual más hermoso. Morgan la dejó en compañía de la dependienta y caminó calle abajo, hasta otra tienda de moda masculina.

La muchacha se decidió por un vestido marfil descubierto en los hombros, de fino encaje que la hacía más esbelta. Una diadema de flores componía su tocado, junto con unos pendientes de perlas y una gargantilla.

Eligió un *body* también de encaje y medias de seda a juego para la ropa interior.

La joven que la ayudaba se ofreció a maquillarla y Sara se dejó llevar, feliz. La dependienta sonrió al comprobar que había escogido los zapatos con el tacón más alto que tenían.

—Ese hombre es un gigante a mi lado —le contó divertida.

—Y muy guapo, señorita. Es usted afortunada.

—¿Podría guardar mi ropa en una bolsa? Me lo llevaré puesto.

—Por supuesto. ¿Van a casarse ahora?

—Ya nos unió un sacerdote, pero mi marido quiere que lo haga un juez de paz antes de entrar en casa. Es un poco antiguo. —Sonrió, encogiendo los hombros.

—No hay muchos hombres que quieran casarse, y menos dos veces. Cuídelo bien.

—No pienso dejarle escapar —le aseguró entusiasmada.

La elegante figura de Morgana apareció en la entrada de la tienda, dejando boquiabiertas al resto de las mujeres que estaban comprando.

Con una levita azul, una camisa blanca y un pañuelo de seda a juego, estaba impresionante. Había ido a la peluquería donde le lavaron el pelo, dejándolo suelto y peinado hacia atrás. Sus ojos resplandecieron al ver el vestido de Sara.

—Eres lo más bello que existe en este mundo —la alabó, ofreciéndole un ramo de rosas blancas.

—Pareces un príncipe salido de un sueño —replicó con una mirada soñadora en sus ojos azules.

—Tú me liberaste de una horrible pesadilla —le recordó, besándola en la frente.

Dejaron la tienda, agradeciendo las felicitaciones de las señoras. Guardando las bolsas en el coche, Morgan la llevó caminando al final de la calle donde se encontraba el juez.

La semana anterior había reservado cita por teléfono para cuando le dieran el alta. La cara de enamorado de Morgan al hablar con el juez, y el relato de cómo se habían casado en el hospital, le pareció tan dulce que concedió a los novios como regalo el hueco libre de las doce de la mañana donde se disponía a tomar un café.

La ceremonia fue sencilla, los votos parecidos a los que ya habían hecho, pero con el beneplácito de la ley.

—Por el poder que me confiere el Estado de California, yo os declaro marido y mujer.

Esa vez Morgan la besó con ardor, orgulloso de que fuera suya. La licencia se la enviarían unos días después.

Morgan no necesitaba pasar por su piso, porque llevaba en la guantera una copia de las llaves de su nuevo hogar.

—Vamos a casa, cielo. Tengo planes para ti —le susurró Sara al oído.

—Conduce por donde yo te diga.

—Sé el camino perfectamente.

—Este es nuevo —contestó enigmático.

—Como ordenes, mi señor.

Saliendo por la avenida de la playa, giraron por el bulevar Washington hacia Marina del Rey.

—¿Vas a llevarme a un hotel de las afueras?

—Es mucho mejor que eso.

Cogieron la interestatal 405 llegando a la salida de Los Ángeles. Enfilaron el bulevar Palmdale a las dos de la tarde.

Morgan le dijo que detuviera el coche en la calle, pidiéndole que se bajara. Con las llaves en la mano se acercó al jardín de una casa de madera clara con porche de estilo griego, al que se llegaba por un pasillo de losas cobalto que atravesaba el césped.

Sara le miró confundida, esperando en el jardín.

—¿Dónde estamos?

—En tu nueva casa —le anunció abriendo la puerta.

Morgan se acercó tomándola de la mano. En la entrada, la cogió en brazos pasando por el umbral ante las protestas de la muchacha, que no quería que se lastimara.

—Era la casa de estudiante de mi madre. Mi abuelo me la regaló antes de morir y yo la mantuve en buen estado por si algún día encontraba a la mujer que deseara compartirla conmigo. —Mirándola con todo el amor del mundo, susurró—: Tú eres esa mujer.

—Yo no merezco esto, Morgan. —Sara comenzó a llorar desconsolada al oírle.

—Todo lo mío es tuyo ahora. Y esto no es nada comparado a todo lo hermoso que me has dado.

Recorrieron la casa, ilusionados: el salón de paredes blancas contenía un tresillo de tres piezas con sillones verde claro a cada lado del asiento, una mesita de caoba redonda para el té y otra para seis comensales con media docena de sillas a juego estaban frente al aparador de cedro, cuyas baldas de cristal se adornaban de una hermosa vajilla de loza inglesa.

Visillos blancos en los grandes ventanales de madera llenaban de luz la estancia. Estos ofrecían la vista de los preciosos rosales azules y blancos del jardín. Las casitas al otro lado de la calle, con la gente en los jardines tomando el sol y los niños jugando, le daban un aire de pueblecito encantador para empezar una nueva vida.

Cuadros de bellos paisajes con cielos azules que enmarcaban bosques y playas, junto a barcos de velas blancas en el horizonte, se mostraban en cada rincón creados por las manos de Eleanor.

La cocina color miel con todos los electrodomésticos modernos igual que en su antigua casa, pequeña y acogedora, tenía el toque característico de Morgan: frascos de especias repartidos por doquier en la encimera blanca.

Una terraza al lado, de suelo de losas rojizas y paredes de madera de pino con cierre de cristal sobre el ancho ventanal, tenía dispuesta una mesa y dos sillones de mimbre para almorzar al fresco, contemplando el vecindario.

El baño fue lo único que Morgan había reformado, colocando una ducha y una bañera de hidromasaje que invitaban a olvidarse del estrés entre sus paredes. Lo había alicatado con placas en melocotón hasta el techo, del color del mobiliario, y tenía el suelo de brillante mármol gris perla como el resto de la casa.

Había tres dormitorios. Los dos más pequeños de color blanco no tenían muebles, pero estaban llenos de libros y cosas de Morgan.

El tercero sorprendió a la muchacha cuando abrió la puerta: la cama de cisnes la sorprendió por su belleza.

David y Laura la habían vestido con sábanas de seda blanca. Dos copas en el suelo con una tarjeta enorme les hicieron reír.

“¡Disfrutad de una bella noche de amor! Tenéis champán en la nevera”.

—Deberíamos hacerles caso —propuso ansioso.

—Tenemos tiempo hasta la noche de bodas. ¿No prefieres comer algo antes? —contestó ella, fingiendo cansancio.

—Sí. Empezaré por tu sexo.

Los dedos de Morgan desabrocharon lentamente el vestido, al ritmo de sus labios deslizándose por el cuello de su esposa.

La sugerente ropa interior le incitó a acariciarla, introduciendo las manos por el escote hasta alcanzar la suave piel de los pechos. Apretándolos con delicadeza, pasó los dedos por los pezones que se endurecieron al instante.

La despojó de la lencería en un abrir y cerrar de ojos, echándola en la cama frente a él. Sara se incorporó para desnudarle, haciéndolo tan sensual como si abriera un espléndido regalo.

Desnudo ante ella, dejó que lamiera su torso lentamente. La lengua de la muchacha le excitaba lujuriosamente, pasando por las cicatrices donde la piel era más sensible. Besó aquella lengua, posesivo, lamiendo y enredándose con ella.

Bajó por la garganta hasta los erguidos pezones que evitó besar, encendiéndola aún más. Soplaba sobre ellos sin tocarlos, a pesar de morirse de ganas cuando Sara los levantaba hacia su boca.

Su lengua fue resbalando por el vientre llegando al pubis. Llenó de saliva sus dedos y acarició despacio el henchido clítoris.

Los gemidos de su esposa llenaron de gozo sus oídos, acrecentándose cuando abrió sus piernas para lamerlo. El olor dulzón llenó sus sentidos, deleitándose en chupar el botón con más energía. Sara se movía anhelando su boca, enseñándole el ritmo que necesitaba para llegar al orgasmo.

Morgan cerró los ojos dejándose llevar por el instinto. Se olvidó de quién había sido, de su pasado, de su antiguo dolor.

Su mundo en aquel instante era el cuerpo y el sexo de Sara, que gritaba de placer vibrando con sus labios. Las gotas del éxtasis salpicaron deliciosamente su lengua, dejando un dulce sabor en la boca de Morgan.

Sin decir una palabra, la muchacha le acarició el miembro erguido atrayéndole sobre ella. Levantando las caderas de Sara, alzándola con las piernas enlazadas sobre su cintura, la penetró de una embestida. Estaba mojada hasta los muslos.

Contemplar el balanceo de sus pechos le hirvió la sangre. Entró más profundamente en ella, con el miembro por completo en su interior, y ella movió las caderas rápido para recibirle. La muchacha llegó a otro orgasmo, sin poder contenerse, mientras decía su nombre.

Acomodándose sobre su esposa, sin dejar de penetrarla, se agarró al frontal de la cama hundiéndose con mayor brío.

Ella le abrazó por la espalda, mordisqueando sus pezones con pasión. El roce de su lengua sobre ellos le llevó al límite, eyaculando en sus entrañas al borde del grito.

—Quiero tenerte dentro de mí todas las noches —le dijo, abrazada a su pecho, mientras él le acariciaba la espalda con sus largos dedos.

—No pienso dejar de hacerlo mientras viva, tesoro. ¿Te gusta que sea tan apasionado? Me he mostrado un poco salvaje —se disculpó, mirándola embobado.

—Me excita que lo seas, Morgan.

—Entonces recuperemos el tiempo perdido, señora Drake —contestó, subiéndola sobre sus caderas.

Durante la semana siguiente hicieron el amor hasta desfallecer. Comían las vituallas que David les había dejado para recuperar fuerzas. Su hermano había sido previsor surtiendo generosamente la nevera.

Morgan permaneció dentro de ella en todas las posturas que conocía. Era capaz de llevarla al orgasmo con el simple roce de su lengua en las zonas que intuía que la volvían loca. Sabía cómo hacer gozar a una mujer y Sara era la más ardiente que hubiera deseado.

Los dos adoraban el sexo, recreándose en memorizar las sensaciones del otro.

Se unieron como animales en la alfombra del salón, mientras Sara le

cabalgaba y él bebía de sus pechos, alimentándose gozoso de su sabor.

Sobre la encimera de la cocina, Morgan agarraba su trasero como tantas veces había soñado, hundiéndose en ella hasta perder el sentido de la realidad, deleitándose con el perfume de su cuerpo.

Sara le regalaba el exquisito placer de la felación mientras hundía sus largos dedos en ella, tocando hasta su alma en aquellas maravillosas caricias.

La joven no dejaba de besar su cuerpo en cada encuentro, mirando la inmensa luz de sus ojos, brillantes de felicidad al saberse amado. Necesitaba con desesperación sentir que no volvería a perder en el abismo al único hombre que quería.

Por eso iba a someterle a una última prueba.

Se encontraban cómodos y relajados en la bañera, sentados con las piernas entrelazadas, frente a frente. Retirando los cabellos mojados de su cara, la tomó entre las manos hablándole muy seria.

—Cariño, tengo que pedirte algo que te cuesta mucho asimilar.

—Me estás asustando —frunció el ceño con desconfianza.

—Enfréntate desnudo a ese espejo —le sugirió, señalando el que había encima del lavabo.

—Sara... —Aquello le traía malos recuerdos de una noche fatídica.

—Estaré a tu lado —le dijo, levantándose y tirando de él para sacarle fuera.

Envolviéndose la cintura en una toalla, se dejó llevar con la vista fija en el suelo. Recordó la última vez que lo intentó mientras Sara limpiaba el vapor con otra toalla, empujándole a acercarse. Pasando un brazo por su cintura, con la cabeza sobre un lado de su pecho, le susurró:

—Mira lo feliz que eres ahora.

La imagen que el vidrio devolvió no estaba empañada por la soledad, la ira y el miedo. Era un hombre con imperfecciones pero no frágil y humillado. Contemplaba las suaves manos de su esposa recorriendo las heridas con ternura, y los ojos repletos de adoración por él.

El milagro hizo que a Sara se le saltaran las lágrimas ante la amplia sonrisa que se dibujó en los labios de su marido.

—Recuerda siempre esta imagen. Es el reflejo de tu nueva vida, el pasado se ha esfumado por arte de magia —le habló emocionada.

—Tú estás llena de esa magia y me la has contagiado. El niño desgraciado que fui hace siglos ha dado paso al hombre que te quiere con locura. —Le rozó las mejillas con sus dedos.

Instantes después se abrazaron, divertidos ante el espectáculo del trasero de

la chica desprovisto de la toalla, que Morgan le había arrebatado.

Una tarde de septiembre sonó el móvil de Sara.

—Hola, cielo. Sí, me he vuelto una ermitaña como mi marido.

—¡Y una salvaje! —gritó el aludido desde la cocina donde preparaba café.

—David, iremos ahora mismo. En un par de horas estaremos en el hospital —contestó colgando.

Al verla entrar llorando en la cocina, Morgan dejó las tazas sobre la encimera y la abrazó, cariñoso.

—Ha muerto la madre de Laura —presintió él.

Sara asintió con un sollozo. Llevándola al salón, la sentó en sus rodillas.

—Los malos recuerdos vuelven, ¿verdad, preciosa? —le dijo besando su frente y meciéndola como una niña.

—Morgan, cuando perdí a mis padres me sentí tan vacía y sola... —le confesó con un hilo de voz.

—Eras una niña, la cruda realidad te transformó en una mujer. La más fuerte que he conocido —la animó, haciendo que le mirara—. Utiliza esa fuerza para apoyar a Laura. Los dos lo haremos, en su estado este golpe es muy duro.

—Me da tanta pena. Tengo que cuidar de ella.

—Tomaremos el café y saldremos. Esos días nos quedaremos en la otra casa que está más cerca de ellos. Así organizaremos la mudanza para instalarnos definitivamente aquí.

—Tengo miedo, cariño. ¿Y si pierde al bebé con el disgusto? Eso la destrozaría aún más.

—Sara, no va a sufrir un aborto porque todos vamos a estar pendientes de ella. Le pediré a David que se quede las veinticuatro horas del día con su mujer para no dejarla sola ni un minuto, y tú y yo nos encargaremos del trabajo como un buen equipo.

—¿Ya no vas a pelearme conmigo, cielo? —ronroneó como una gatita abrazada a su cuello.

—Te aseguro que pienso pelearme contigo todos los días en nuestra cama. —Se rio con una escandalosa carcajada—. Pero prometo ser bueno en el trabajo.

—¿Bueno tú? ¡Si eres un auténtico demonio! —Se prendó de sus enormes ojos verdes que brillaban de felicidad—. ¿Sabes que tendré que viajar en octubre a Madrid para traer el resto de mis cosas? Menos mal que mi piso era

de alquiler y lo dejé pagado por un año, si no, no sé dónde hubiera metido mis trastos.

—Te acompañaré. Así me enseñarás cómo era tu vida.

—¿Temes que no vuelva? —le picó traviesa.

—Bueno, desde muy jovencita has vivido sola en España, eres una mujer muy independiente y hace muy poco que nos hemos casado, así que te mantendré vigilada en todo momento. —Le apartó el flequillo de la cara—. Además tengo curiosidad por conocer la cueva a la que llamabas casa y donde te reclusas a pintar.

—Sí, claro, estás interesado en conocer mi casa. ¿No será más bien que quieres saber cuáles eran mis compañías, Morgan? —le miró sacándole la lengua.

—No, gracias. Ya tuve el odioso placer de que me presentaras a don perfecto con rizos —contestó levantando la ceja con ironía y apresando su boca en un suave mordisco—. Pero estaré pegado a ti durante todo el viaje, por si acaso decides huir de mí —contestó, poniéndola de pie y dándole una palmada en el trasero—. Ve a vestirte.

—¿Te has dado cuenta de que llevamos más de una semana completamente desnudos? —gritó ella desde el dormitorio.

—Creo que he olvidado lo que es llevar ropa encima. Ha sido una semana de ensueño. —Se asomó al cuarto de baño donde ella se perfumaba, mientras se ponía unos calzoncillos y el resto de la ropa que Sara le había dejado sobre la cama.

—Me siento extraña sin tenerte entre mis piernas —le susurró, abrazándole por la espalda y dándole un tierno beso en una de las cicatrices.

—Deberíamos despedirnos de la otra casa. ¿No te parece? —preguntó perverso, dándose la vuelta hasta rozar con su nariz la de ella.

—De cada mueble y cada habitación, señor Drake.

—A tus órdenes, mi ama.

Después del funeral, Sara no se separó de su cuñada ni un segundo. David la llevó a una revisión y el médico le recomendó reposo absoluto hasta que pasara el cuarto mes; el disgusto casi le provocó un aborto, aunque afortunadamente el embarazo siguió adelante sin ningún problema gracias a que todos la cuidaron con cariño.

Morgan se hizo cargo del trabajo para que su socio pudiera estar con ella en cualquier momento. Sara trabajaba por las mañanas en el taller.

Había acabado la última mesa con el Poseidón. Tomado de una escultura griega del museo de Los Ángeles, presentaba un hombre de musculatura cincelada con el pecho de pectorales amplios de gladiador, y el vientre con los abdominales profusamente marcados hasta el pubis que tapaba una ola de agua marina. El cabello dorado como la piel acariciada por el sol, caía en bucles hasta los hombros, una tiara ondulada recortaba su frente despejada, de larga nariz ateniense y ojos azules como el océano que guardaba con gesto feroz. La boca de labios finos y la férrea mandíbula se mostraban altivas mirando al frente. Los brazos de bíceps fornidos se estiraban abiertos con las manos extendidas, para controlar la fuerza de las aguas. A su espalda, el cielo celeste de verano proporcionaba un marco incomparable para el Dios del Mar, resaltando su imponente cuerpo.

Morgan la mimaba con ternura, comiéndosela a besos cada vez que aparecía tras ella, que se derretía ante las atenciones de su marido.

Una tarde después de almorzar apareció con una mochila, un par de cervezas y el corpachón de Lobo tras él.

Había estado con Laura durante la semana de luna de miel hogareña que sus amos habían pasado, y el animal se encontraba feliz de compartir la vida con sus dueños otra vez.

—¿Qué hacéis aquí los dos? —preguntó sorprendida.

—Venimos a raptarte, bella dama —dijo, lo que corroboró el pero con un sonoro ladrido.

Sacándola en brazos del taller se la llevó hasta la puerta para que no pudiera escapar.

Morgan condujo hasta Venice, ante la atenta mirada de Sara que contemplaba intrigada el camino. Cuando detuvo el coche en el mirador, encima de una pequeña cala escondida, sacó una bolsa y se la dio.

—¡Qué playa tan bonita! Me gusta almorzar con esta preciosa vista.

Al abrir la bolsa creía que serían bocadillos. El contenido la dejó con la boca abierta.

—Puedes cambiarte en el coche, por aquí no pasa casi nadie.

Dejándola a solas, cogió la mochila y sacó al perro dirigiéndose hacia los escalones que bajaban a la arena.

Sara se desvistió con rapidez, poniéndose el escueto bikini que acaba de comprarle su marido. Cuando llegó al lugar donde Morgan se había acomodado con Lobo, ya estaban colocadas las toallas y su almuerzo.

—¿Puedo darme un baño cortito antes de comer? —preguntó ilusionada.

—Ya estás tardando, nena.

La chica corrió a la orilla, gritando como una cría mientras se zambullía en el agua. Cuando emergió de su buceo, la emoción le apresó la garganta dejándola sin palabras. Morgan venía caminando con Lobo, vestido con un traje de surf hasta las rodillas y sin mangas.

Al sentir el agua del mar que tanto amaba mojar sus pies, suspiró. Lentamente fue dejándose cubrir por ella hasta zambullirse en el verde azulado. Apareció frente a Sara, quien le abrazó llorando sin poder evitarlo.

—Gracias —susurró entre hipidos.

—Es tu recompensa, cariño. Te has sacrificado sin bañarte solo por mí. — La besó entusiasmado.

Un fuerte silbido hizo que Lobo les acompañara en una loca carrera. Pasaron toda la tarde nadando y jugando en el agua como si fueran adolescentes revoltosos.

Antes de que el sol se pusiera, dieron buena cuenta de la ensalada y los bocadillos. Contemplaron el crepúsculo fuertemente abrazados, con el perro echado a su lado y ni un alma en toda la playa. El verano estaba a punto de terminar a finales de septiembre.

A mediados de octubre se escaparon cuatro días a Madrid. Sara le llevó a su viejo piso del barrio de Lavapiés y recogió toda la ropa, los libros y los recuerdos más importantes.

Era un pequeño estudio de un solo dormitorio, con una cama que usaba también como sofá para leer y un armario blanco empotrado en la pared; con pósters de Bela Lugosi por todo el salón y una minúscula cocina americana a un lado, se había convertido en el rincón ideal para una artista bohemia.

Enormes cojines le servían de asiento, echados sobre la alfombra de lana azul de estilo *hippie*, frente al pequeño televisor.

Su marido bromeó al ver que el cuarto de baño estaba adornado con una tapa de felpa rosa en el inodoro y cortinas del mismo color.

—Nunca hubiera imaginado que lo pondrías rosa. Esperaba la oscura cueva del vampiro —se burló de ella a carcajadas.

—Ya venía con el mobiliario y estaba nuevo. Ahorré gastos.

Las vecinas felicitaron a la pareja y Morgan estalló en una risa incontenible cuando su mujer le tradujo lo que había comentado una de ellas.

—¡Esa mujer es una sinvergüenza! —exclamó la chica.

—¿Qué ha dicho la buena señora, cielo?

—Espera que todo lo tengas tan grande como tu estatura.

—Habrá visto tu cara de satisfecha. —Le guiñó un ojo—. Deberías enseñarme español.

—¿Quieres aprenderlo en serio?

—Me gustaría mucho, profesora. ¿Cómo se dice a esta parte del cuerpo? —preguntó acariciando uno de sus senos por encima de la camiseta.

—Pechos.

—Pechos. ¿Y ésta? —Sin previo aviso, le apretó el trasero entre sus manos, acercándola hasta él.

—Culo.

—Por favor, tradúceme la frase “quiero hacerte el amor en la encimera de la cocina”.

Su esposa no tuvo tiempo de hacerlo. Sin previo aviso la había cogido, enlazando sus piernas en la cintura. En un suspiro, los jadeos de ambos llenaron la noche madrileña.

El resto de las cosas que no cabían en las cinco maletas que llevaban consigo, las regaló a sus amigas de la galería y la universidad.

Las tres chicas se quedaron de piedra al ver la belleza de Morgan.

Su esposa disimuló sus celos, que no pasaron desapercibidos para él. De vuelta en el hotel la provocó, divertido.

—Parece que les he gustado mucho a tus amigas.

—No me he dado cuenta —fingió distraída.

—Claro, por eso solo las has estrangulado con la mirada; no podías hacerlo con tus propias manos porque es delito —la desafió irónico.

—Con cualquiera de ellas harías mejor pareja que conmigo —le aseguró, recordando a las altas, morenas y exuberantes bellezas españolas.

—¿Aún no he saboreado bastante tu cuerpo para quitarte ese absurdo complejo de enana que tienes?

—Si miro a otras chicas bonitas siempre me siento así. Me doy cuenta de mi aspecto a tu lado y cómo te observan las mujeres babeando a tu paso —admitió avergonzada.

—Yo te quiero como eres: pequeña, adorable y tan fogosa que me arde la sangre cuando me sumerjo en ti. Ninguna mujer me hará sentir eso, solo tú, cariño mío, y no quiero a otra que no sea mi hermosa Sara. —La besó dulcemente.

Esa noche Morgan se dedicó en cuerpo y alma a liberarla de sus pequeños

temores.

Sara no quiso visitar a Gabriel; verla con Morgan le haría sufrir y decidió que volvería en otra ocasión, cuando él lo hubiera superado.

En cambio, aprovecharon para visitar el Museo del Prado. Disfrutaron como locos ante los Velázquez, era una maravilla contemplarlos en persona después de haber trabajado con su obra.

Al llegar a Venice, Morgan celebró que la revisión de su espalda había dado un resultado positivo. Debía cargar un peso limitado y llevar pautas de vida sana, pero estaba curado por fin.

En noviembre colgaron en el salón una nueva versión del cuadro de Eleanor que Sara había pintado a escondidas, mucho más hermoso que antes. Morgan tembló emocionado; que John lo destrozara le dolió infinitamente más que la paliza.

Un magnífico reloj acompañó al cuadro como regalo de cumpleaños.

Su marido le trajo una fina alianza de oro blanco a juego con la suya. Ambas tenían grabada la fecha del veinticinco de septiembre, cuando se casaron.

La de Sara tenía algo especial, una inscripción que la hizo sollozar: “Eres mi Redención”.

Para celebrarlo fueron a bailar. Morgan se movía muy bien a pesar de haber estado lesionado tanto tiempo. Recorrieron los locales de fiesta durante toda la noche al ritmo del reggaeton⁴², pegados sus cuerpos y llenos de sensualidad en los giros de caderas, con las manos de su marido resbalando por sus pechos y el trasero bien apretado contra él.

En el transcurso del invierno Sara consiguió que disfrutara de su juventud y saliera a todos los sitios que se había prohibido durante años: no se perdían un estreno de las mejores obras de teatro, incluido el concierto de Il Divo⁴³ en el Teatro Griego de Los Ángeles.

Para la ocasión, Morgan tenía preparado otro espectacular vestido de noche de corte griego unido sobre un hombro, esta vez de color negro. La seda drapeada aprisionó suavemente los pechos de Sara, cubriendo sus torneadas piernas hasta los tobillos. Unas sandalias plateadas de tacón la hicieron más esbelta al lado de su marido.

Él destapó el frasco de Coco Chanel que había encargado, derramando unas gotas en el escote de su mujer. El delicioso aroma que envolvió a la muchacha lo excitó.

Morgan estaba impresionante con el traje negro de Armani y la camisa blanca a juego.

En el teatro, la gente se volvía a mirar a la joven pareja que desplegaban una exquisita elegancia.

Completaron la temporada de invierno viendo un partido de los Lakers en el Staples Center, donde gritaron como posesos animando a su equipo y cenando en la torre giratoria del hotel Westin.

Los sábados hacían la compra en el Farmers Market: Morgan exigía a los vendedores la garantía de que las verduras fueran frescas y la carne de buena calidad. Sara se enorgullecía de que fuera un amo de casa estupendo, mejor que ella misma.

Entre semana trabajaban duro y acabaron toda la colección antes de lo esperado. Cuando las tiendas de antigüedades la expusieron, los clientes se entusiasmaron y Sara se involucró en una nueva remesa de encargos a cada cual más bello.

El embarazo de Laura llegó a buen fin después del disgusto. En marzo dio a luz a una niña morena, muy parecida a su padre, a la que llamaron Margaret como su abuela.

El bebé cautivó a Morgan, que iba a verla a diario y se peleaba con David por cogerla. Le había comprado una montaña de juguetes con los que llenaron su antigua casa, y le diseñó todo el mobiliario de su habitación, haciendo él mismo la cuna con estrellas grabadas.

Sara se daba cuenta de la tristeza en los ojos de su marido. Sin decírselo a su esposa, se hizo pruebas de esterilidad en una clínica privada. Deseaba fervientemente tener un hijo al que darle todo el amor que él nunca había tenido. Si no podía ser padre biológico, quería saberlo cuanto antes para organizar los trámites de adopción de un pequeño al que proporcionarle estabilidad y cariño.

En mayo recibió el resultado de las pruebas. Sara llegaba de ver a su sobrina y le notó preocupado.

—¿Qué te pasa? —preguntó, sentándose en su rodillas como a él le gustaba.

—Cuando nació Margaret me hice pruebas para saber si soy fértil. Te dije que sería buena idea esperar un tiempo, pero ver a esa criatura me hace desear tener uno mío. Ese sobre contiene los resultados —dijo señalando el que estaba encima de la mesa, con un deje de angustia en su voz.

Sara se levantó y lo colocó frente a él.

—Ábrelo tú, yo no puedo hacerlo —respondió retorciéndose las manos.

—No quiero que te angusties por eso, Morgan.

—No puedo evitarlo —susurró nervioso, evitando mirarla.

Antes de que la detuviera, su esposa rompió el sobre en pedazos.

—¿¿Qué has hecho?! ¡Ahora no sé si podré darte un hijo! —La miró desolado.

La muchacha le retuvo en el sofá. Cogió la cara del hombre entre las manos y la acercó a su vientre.

—Ya me lo has dado, amor mío.

—¿Estás embarazada? —preguntó con la voz estrangulada por la emoción.

—Estoy de un mes. Dejé de tomar anticonceptivos cuando nació la niña. Serás un padre increíble.

Sara le abrazó, besando cada lágrima que resbalaba por sus mejillas.

El catorce de enero, Morgan salió disparado al baño buscando toallas.

Sara había roto aguas hacía una hora. Las contracciones se sucedieron una tras otra, haciendo que dilatara tan rápido que la cabeza de su hijo estaba a punto de salir.

Ninguno de los libros que el padre leyó durante el embarazo le preparó para traer al bebé él mismo.

Los gritos de su esposa retumbaban en la casa, echada entre cojines en el suelo del salón. Había llamado a una ambulancia hacía media hora y parecía que nunca llegaría.

Morgan, recordando la muerte de su madre, animaba a empujar a la muchacha que se retorció de dolor. En su interior se horrorizaba ante la posibilidad de perderla.

—La ambulancia está a punto de llegar. ¡Vamos, empuja! —le pidió, evitando que descubriera la angustia que empezaba a sentir.

«¡Por favor, Dios mío, no dejes que muera como mi madre! Ni ella ni mi hijo, te lo suplico», pensó intentando controlar el temblor de sus manos.

Sara estaba muy asustada, no había imaginado que daría a luz a su primer hijo en casa y no hacerlo en la seguridad de un hospital, como era la intención de ambos desde el principio, sería más duro. Y desde luego sin un solo calmante que aliviara el lacerante dolor que empezaba a partirla en dos. Tenía tanto miedo de que se repitiera la historia de Eleanor...

La parte superior de la cabeza asomó por la vagina. El hombre recordó los dibujos que había visto sobre el parto y actuó con decisión, olvidando sus

propios temores para concentrarse en salvar la vida de su hijo. Introdujo la mano cogiendo el hombro del niño, lo giró despacio mordiéndose los labios ante el grito que dio Sara y tiró, con mucho cuidado, hacia fuera. En unos segundos, el cuerpo de su retoño palpitaba de vida en sus manos rebosando de amor el corazón de su padre, quien besó su carita con toda la ternura de la que era capaz entre sollozos de alivio.

Con una gasa limpió la mucosidad de la boca y el llanto del bebé resonó fuerte. Le envolvió en una manta, acercándolo a su esposa con una sonrisa.

—Toma, cariño, aquí tienes a tu pequeño. Lo siento, tesoro, no quería que pasaras tanto miedo por mi culpa. —Lo depositó en sus brazos, besándole la frente sudorosa.

—Mi vida, tú no tienes la culpa de que este enano haya querido presentarse tres días antes de que me ingresaran y encima con prisa por conocernos —contestó, abrazando a su marido con dulzura, bebiéndose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

La joven madre lloró feliz al contemplar los verdes ojos de su hijo, que se abrieron para ella. Con un hoyuelo en la barbilla y la nariz de Sara, era el bebé más guapo que había visto nunca.

Morgan la obligó a empujar de nuevo, sacando la placenta antes de que el parto terminara. Con el niño mamando de su pecho se durmió, agotada por el esfuerzo.

Su marido pudo desahogar los nervios, intentando tranquilizarse mientras dominaba el ataque de ansiedad que había tenido minutos antes, respirando profundamente para calmar los frenéticos latidos de su corazón frente a la ventana por la que veía llegar la ambulancia, pensando cuán diferente fue la acogida que le dieron en su propio nacimiento.

Cuando la madre despertó en el hospital donde pasaría la noche, contempló emocionada a aquel hombre bueno con su hijo en los brazos, cantándole una nana.

—Morgan junior, tienes un papá muy valiente —le dijo a su retoño cuando se sentó junto a ella.

—Sara, si volvemos a buscar un hermanito, juro que te ingresaré en el hospital a los ocho meses —aseveró preocupado—. No soportaré otro parto en casa.

—¿Te asustaste mucho, mi vida? —Le acarició dulcemente el hoyuelo.

—Seguiré acojonado el resto de mis días —respondió riendo.

[42](#) Género musical bailable que tiene sus raíces en la música de América Latina y el Caribe. Su sonido se deriva del reggae jamaicano, influido por el hip hop. Popularidad muy alta desde la década de 1990 en Latinoamérica

[43](#) Grupo musical comprendido por un cuarteto vocal de cuatro cantantes masculinos, cuyos miembros son Urs Bühler, Carlos Marín, David Miller y Sébastien Izambard, formado en Inglaterra en 2003. El nombre del grupo

significa artista divino en italiano. Interpretan desde ópera a música melódica.

Epílogo

El travieso Morgan correteaba por el salón montado en la bicicleta que le había regalado el tío David y con Lobo pegado a sus talones, como siempre.

Con solo tres años era el vivo retrato de su padre. Alegre y revoltoso, el pequeño huracán le veía como su héroe, siguiéndole a todas partes.

El móvil que usaba para el trabajo sonó. Morgan se limpió las manos de chocolate después de meter en el horno la tarta que estaba haciendo y contestó.

—Dígame.

—¿Es usted Morgan Drake?

—Sí —respondió, inquieto por la sensación de que algo grave ocurría.

—Le llamo del *Cedars Sinai*. Su padre nos ha pedido que le localizáramos.

—¿Se ha puesto enfermo? —logró preguntar tras unos segundos de silencio.

—Tiene cáncer de pulmón en fase terminal. Está agonizando. Su último deseo es verle antes de morir.

—¿Mi hermano Adam no está con él? —le interrogó extrañado.

—No. Le trajeron de un asilo de ancianos de los suburbios en el que lleva varios años. ¿Vendrá a despedirse de él?

—Iré esta noche —afirmó, después de luchar consigo mismo unos minutos —. Gracias por avisarme.

Sara llegó de hacer la compra. Morgan se lo contó cuando el niño dormía en el sofá y disponían de tiempo para estar solos en la cocina. La mirada triste de su marido no le pasó desapercibida.

—¿Crees que estás preparado, cielo? —Tomó sus grandes manos, que apenas abarcaban las suyas, al acariciarle el vientre que comenzaba a redondearse a los cuatro meses de embarazo.

—Mi hermano le abandonó en un asilo para gente sin recursos y rompió la promesa que me hizo. Supongo que se habrá llevado todo su dinero.

—No quiero que vuelvas a sufrir, Morgan —manifestó muy preocupada.

—Solo cumpliré la última voluntad de un viejo enfermo. Ya no significa

nada para mí —contestó, intentando convencerse a sí mismo.

—Mientes, cariño. El paso de los años no te ha hecho olvidar del todo a tu padre. —Él guardó silencio, cabizbajo—. He descubierto cómo revisas las esquelas del periódico a diario, preguntándote si aún sigue con vida. ¿Me equivoco?

Su marido negó con la cabeza, apretándola con ternura entre sus brazos.

—Ya no tiene poder sobre mí. Estaré bien, Sara.

En la uci, John Drake vislumbró a Morgan a través de la mascarilla que lo conectaba a un respirador. Sus pulmones destrozados no podían absorber oxígeno libremente.

Tomó asiento junto a su cama con gesto serio. Se le rompía el alma al contemplar el estado de su padre después de tantos años sin verle. El anciano, quitándose la mascarilla entre temblores, le habló con un hilo de voz.

—Creí que... no vendrías. No... después de... aquella noche.

—¿Para qué querías verme? —preguntó cortante, disimulando su turbación.

—Los años que llevo en el centro... me han hecho reflexionar... sobre lo injus... to y despiadado que he... sido contigo, hijo —susurró.

Morgan disimuló la emoción que le despertaban las palabras de su padre.

—Lo has comprendido al quedarte solo —ironizó—. Yo lo estuve muchas veces en la cama de un hospital de Nueva York, a punto de morir. Esperando cada día de aquellos largos seis meses que vinieras a verme. —Le fulminó con la mirada—. Nunca lo hiciste, padre, y ahora pretendes que el consuelo te lo dé yo.

—Te he causado tanto daño... Sin embargo, siempre me has querido. A pesar... de todo. Adam, deseaba mi... dinero nada más. Lo... consiguió y me abandonó —replicó el viejo con lágrimas inundando sus ojos.

—¿Por qué no te pusiste antes en contacto conmigo?

—Me avergonzaba de mi comportamiento, del suplicio... en que convertí... tu vida. Sé que Dios me castigará... con las peores... torturas del infierno por ello. Pero no quiero reunirme con tu madre sin... pedir... te perdón —sollozó su padre con un lamento.

Morgan aguantaba el nudo en la garganta que amenazaba explotar. El deplorable aspecto de su padre contribuía a ello. Viéndole tan enfermo, ahogado, se le ablandó el corazón. El resentimiento dio paso a una inmensa lástima. Cogiendo la mano temblorosa entre las suyas, dejó que las lágrimas brotarán, liberándole del dolor de su infancia herida.

—Te perdono, papá. —Suspiró aliviado, sintiendo que un océano de calma y paz llenaba su corazón—. Tienes un nieto de tres años, ¿sabes? Y otra que viene en camino, a la que llamaremos Eleanor.

El anciano sonrió, mirándole con cariño por primera vez desde que nació.

—Gracias, hijo. Ojalá pudiera empezar de nuevo.

—Dímelo antes de marcharte, te lo suplico. Necesito escucharlo aunque solo sea una vez —le rogó, besando su cara demacrada dulcemente.

John le acarició el hoyuelo, tan parecido al de su madre, y en el último estertor pronunció:

—Te... quiero... Morgan.

El sonido del electrocardiograma que anunció el fallecimiento se mezcló con el amargo llanto de su hijo.

De vuelta en casa, besó a su pequeño arropándole con las mantas. Sara le esperaba despierta y le llevó de la mano al dormitorio, ayudándole a desnudarse.

Sentado en la cama, mencionó las palabras de su padre entre lágrimas amargas y sin consuelo. Su esposa le abrazó, profundamente orgullosa de él, amándole más que nunca.

Sintiendo que su vida por fin tenía sentido, Morgan la miró con inmensa gratitud.

FIN

Agradecimientos

Para Mónica, mi correctora.

Por tu maravillosa dedicación, por el inmenso amor que pones en tu trabajo, por ser esa persona increíble al otro lado de la pantalla.

Gracias por ser una chica tan fantástica y ayudarme a ser mejor escritora.

Web: www.veronicavalenzuela.org

Facebook: @vevalen1

Títulos publicados

- **Romántica:**

Ácido Fólico.
Juramentos de Sangre.
Me enamoré mientras dormía.
Me enamoré mientras mentías.
Philip Moonfark. / El diario oscuro.
Rock, amor y pepperoni.
Tras los besos perdidos.
Tu sonrisa mueve mi mundo.
Un amor inesperado.
¿Sabes una cosa? Te quiero.
¿Te confieso una cosa? Te amo
Entre acordes
Me faltabas tú.
Balada de amor para un soldado.
Herido.
No escuches al viento.
La vida en violeta.
Permíteme amar otra vez.
Secretos de Arena.

- **Fantasía:**

Crónicas de la Magia Sellada.
Issa Nobunaga.
Pompeya, comienza la aventura.
Tres profecías. / Saga Íroas, Hijos de los dioses - vol.1/2
Éter. / Saga Íroas, Hijos de los dioses - vol.2/2
El corazón del tiempo. / Saga Bellenuit - vol.1/3
La Octava punta de la estrella. / Saga Bellenuit - vol.2/3

- **Juvenil:**

Ángeles desterrados.
Bajo el paraguas azul.
Elecciones. / Saga Las crónicas de los tres colores. - vol. 1/2
Isla rubí 1: El rubí de sangre vol 1/ 2

Dónde estamos:



www.nowevolution.net



info@nowevolution.net



twitter.com/nowevolution



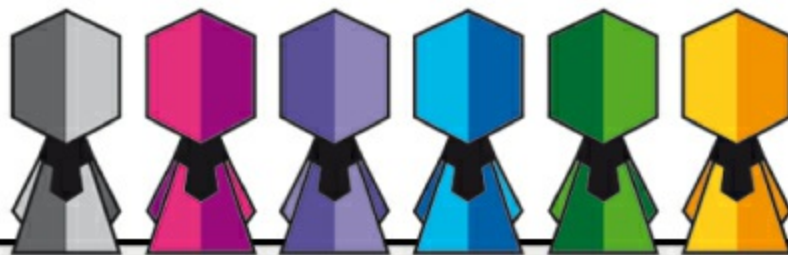
facebook.com/nowevolutioned



nowevolution.deviantart.com



nowevolution.blogspot.com



.nowevolution.

Entre acordes

HELENA NIETO



Entre acordes

Nieto, Helena

9788416936236

272 Páginas

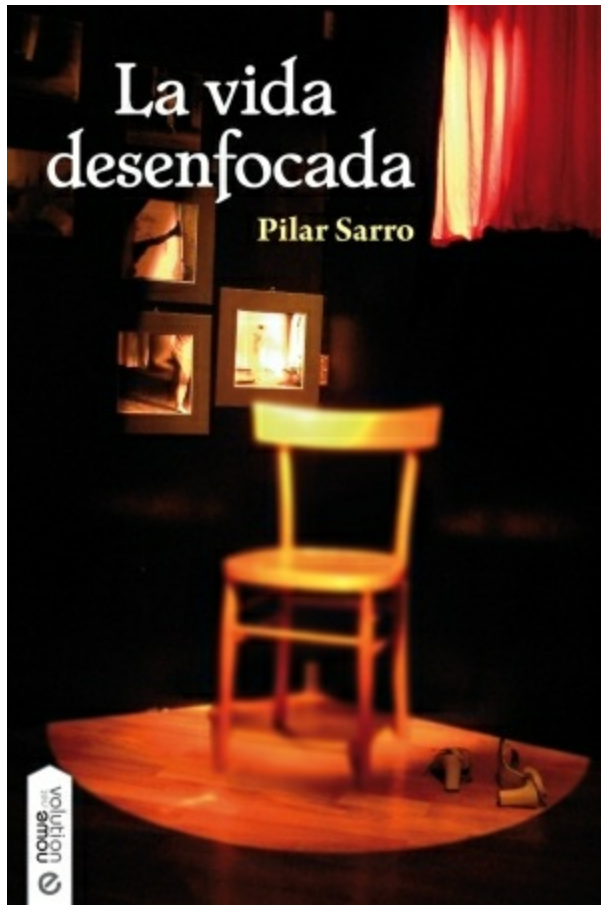
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Álex Bécquer es un hombre separado, joven, atractivo y padre de un niño de siete años a su cargo. Además es propietario del conocido pub Adagio, donde la música es parte esencial para sus clientes y para él mismo, por lo que tiene que repartir su tiempo entre el trabajo y el cuidado de su hijo. Su vida dará un giro total con la llegada de Edith Anaya, su nueva camarera, que alterará su mundo de una forma que no creía que fuera posible.

Mientras Álex tiene pendientes los papeles del divorcio y la custodia del pequeño Diego. Edith, que siempre ha tenido los pies en el suelo, se plantea uno de los tabúes de nuestra sociedad: ¿Te liarías con un hombre que todavía está casado y que tiene buena relación con su mujer?

Entre acordes nos habla de música, canciones que lo dicen todo, amores difíciles y relaciones que nos quitan el aliento.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La vida desenfocada

Sarro, Pilar

9788493826659

550 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La metamorfosis de los personajes en el núcleo central de la obra y Pilar Sarro ha conseguido trasportarnos hasta estas vidas, "tan normales" que nos hace partícipes de ellas sin apenas darnos cuenta. Dejamos atrás la era franquista de nuestro país, para descubrir las nuevas visiones sobre la vida que ya explotaban fuera de nuestras fronteras.

Sinopsis

Mateo, un joven recién licenciado en psicología, no sabe cómo enfrentarse a su vida de adulto. En tanto encuentra un trabajo a su medida, decide ofrecerse como voluntario en una pequeña asociación de atención al indigente. De la mano de una coordinadora y otro voluntario, se adentrará en la noche madrileña, ofreciendo café y bocadillos a las personas sin hogar. En ese contexto se produce el encuentro con una mujer madura, Carmen, en la que creará reconocer alguien olvidado. A través de las conversaciones entre estos dos personajes, sabremos del pasado de Carmen, desde su nacimiento en un pueblo perdido de la provincia de Teruel, hasta su llegada a Madrid a ejercer su profesión de actriz teatral. En medio, asistiremos a su vida de estudiante en

la Sorbona de París, sus primeros trabajos en los teatros parisinos, el rechazo de su familia, o sus amores contrariados. Esos relatos ayudarán a Mateo a sobrevivir cuando su tranquila vida se ve interrumpida con la muerte de su padre; y a Carmen a aceptar que la ayuda de los otros no implica perder la dignidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



¿Sabes una cosa? Te quiero

Estríngana, Moruena

9788494435782

366 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«Vuelve la escritora de novelas románticas más adictiva del 2015, sus historias tienen intrigas, pasión y no vas a dejar de leer cuando hayas comenzado.»

Sinopsis

Hay que tener cuidado con los sueños, pues cuando llegan, te toca lidiar con ellos y no siempre son como esperabas...

Bryan y Lusy tienen el mismo sueño, ambos desean ser chef y es por eso que ambos tratan de entrar en un concurso televisivo para lograr su meta.

La mala suerte del destino hace que Bryan pase y Lusy se quede a las puertas del sueño.

Las vidas de ambos van por caminos separados. Bryan se hace un cocinero famoso que vive por y para su trabajo. Lusy ha dejado de lado su sueño por falta de dinero, pues costearse buenos cursos no es tan fácil y menos cuando tus padres no te apoyan y piensan que ser chef no es tan bonito como parece. Pero lo que ambos no esperaban era que la vida los juntara de nuevo, que sus caminos una vez más tuvieran un punto de unión. Donde uno está quemado por la vida que lleva y ya no se reconoce a sí mismo, otra tiene toda la ilusión por la vida que espera llevar un día.

Dos almas unidas por la pasión a la cocina y por ese deseo que les quema la

piel cada vez que
están juntas.

Un amor que nacerá a fuego lento y una pasión que arderá entre fogones.

Receta en vídeo de la autora, galletas y mucho amor --->

<https://youtu.be/3MB-uY33ago>

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Tres profecías

Nogués Aymerich, Jordi

9788493989514

540 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tres profecías, primer volumen de una saga de dos números: Íroas, hijos de los Dioses. La segunda entrega llamada Éter finaliza la saga. La combinación de la Historia más documentada, con las costumbres de la antigua Grecia, los juegos olímpicos como nunca te lo han contado desde el punto de vista de los atletas, la colonización griega y unido a la guerra de los dioses mitológicos.

Las profecías

Primera Profecía:

Un hombre tocado por los dioses helenos será vuestro enemigo; la naturaleza estará con él. La Atlántida caerá

Amón- Ra, Oasis de Siwa

Segunda Profecía:

Una mujer será su gran amor; su pérdida le transformará en un demonio, un asesino, un violador de mujeres.

Adivina de Mégara.

Tercera Profecía.

Zeus y Hera le vigilan. Sufrirá una metamorfosis cual mariposa.

Apolo, Oráculo de Delfos.

La saga, básicamente, narra la caída de la Atlántida, el famoso continente que

Platón describió en la Grecia Clásica, 2.500 años atrás.

El argumento está situado en la Grecia Arcaica del siglo VIII a.C. Allí un joven ateniense es elegido por los Dioses Olímpicos como Íroas (Héroe) para luchar contra la amenaza atlante; recibe los poderes de la Diosa Althea, que se presenta a él en forma de loba cavernaria. El protagonista participa en los Juegos Olímpicos y en la colonización por todo el Mediterráneo. Estos dos hechos lo marcarán para toda la vida: se hace hombre, conoce a la mujer de su vida y se convierte en el personaje que Zeus y Hera (las máximas divinidades olímpicas). Como hombre sufre las vicisitudes derivadas de su condición: amor, amistad, pérdida, desesperación, resignación, lucha. Como Íroas disfruta del poder de los Dioses y de sus beneficios.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



LOS HIJOS DE LUGH

NOAH GOLDWIN



nowe
with
delight



Los hijos de Lugh

Goldwin, Noah

9788416936083

260 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La vida de Darkos está a punto de sufrir un gran cambio: Ha sido señalado por Lugh, dios supremo celta y líder de los dioses de la luz, con el don de la inmortalidad y sentidos sobrehumanos, el guerrero druida ha nacido. Las antiguas divinidades celtas le han elegido para salvar a su pueblo, los Hijos del Sol, del exterminio.

Dentro de él comienza a desarrollarse un ser cuya naturaleza es bien distinta a la humana. Poseedor de un secreto ancestral y guerrero innato, es el encargado de acabar con el cruel destino que el rey de Inglaterra ha marcado para los suyos.

La guerra se acerca, la batalla entre dos ejércitos enemigos está a punto de culminar una era de torturas y desgracias. Los Hijos del Sol se han alzado, están preparados para el combate final y Darkos será el abanderado de toda una raza que sellará el destino de todo su pueblo.

La leyenda de Darkos comienza: batallas, Historia, amistad, pasión, sangre, mitología celta, un origen alternativo a los primeros vampiros que se conocen y mucho más te esperan en esta fabulosa novela de fantasía oscura.

[Cómpralo y empieza a leer](#)